
Embarazada del
PADRE DE MI EX
YULE TRAVALON

Embarazada del
PADRE DE MI EX

YULE TRAVALON

Copyright © YULE TRAVALON

Publicación Independiente | Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Su propósito es entretener a las personas. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con nombres, fechas o eventos reales es pura coincidencia.

Se prohíbe el almacenamiento y/o la reproducción de cualquier parte de esta obra, por cualquier medio —tangible o intangible— sin el consentimiento por escrito del autor.

La violación de los derechos de autor es un delito conforme las leyes internacionales de propiedad intelectual y puede ser sancionada de acuerdo con la legislación aplicable en cada país.

"Dentro de mí habita un grito.
Por la noche sale con sus garras, a la caza
De algo que amar."

— Sylvia Plath,
fragmento de su poema *Olmo*.

Índice

Índice
Capítulo 01
Capítulo 02
Capítulo 03
Capítulo 04
Capítulo 05
Capítulo 06
Capítulo 07
Capítulo 08
Capítulo 09
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30

Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Epílogo

¡Lee también!

Capítulo 01

Isabela Rojas

Dos años después de llegar a Londres, tras ser aceptada en un máster extremadamente competitivo, ahí estaba yo, en lo que se suponía que debía ser el punto culminante de mi carrera: viviendo de favor en casa de mi tutora, luchando por terminar la tesis y cuidando sola de un bebé de ocho meses.

Siendo sincera, la vida universitaria —con su ritmo frenético y ese constante coqueteo con acabar ingresada en un psiquiátrico o medicada con ansiolíticos— me parecía un paraíso comparado con lo que estaba viviendo.

—Theo, por favor, hijo mío, mamá necesita dormir.

Aquella madrugada, como todas las anteriores, estaba al límite.

Mi bebé no dejaba de llorar.

No importaba cuánto lo meciera, si le ofrecía el pecho, el chupete o le cambiaba el pañal... lloraba a pleno pulmón.

Lo acunaba de un lado a otro en la cocina mientras preparaba un café bien cargado. Estaba a un biberón de distancia del colapso.

En cuanto oí pasos en el pasillo, cerré los ojos y contuve la respiración. Me insulté mentalmente con todos los improperios posibles.

De todas las cosas que deseaba en la vida, interrumpir el sueño de Margareth Harrington, mi tutora, era la última.

—Otra noche sin dormir, ¿eh? —preguntó la mujer, de unos cincuenta años, con buen humor.

Llevaba el pelo encrespado recogido en un moño y vestía una bata de lino. Se apoyó en el marco de la puerta, observándome con preocupación.

—Dormir es para los débiles, profesora. O al menos para quienes no tienen bebés.

La mujer suspiró y se acercó a mí. Cogió a Theo con la soltura de quien ha criado a tres hijos.

—No puedes seguir así, querida. Tienes que descansar.

—Descansaré en cuanto entregue la tesis, lo prometo.

—¿Y qué tan cerca estás de eso? —arqueó una ceja, con curiosidad.

—Unas veinte páginas, tal vez menos. Esta semana lo termino.

—Si Theo te lo permite, ¿verdad, pequeñín? —Le hizo cosquillas en la barriguita y empezó a ponerle caritas divertidas.

Eso lo calmó por un momento. Siempre se entretenía con mi profesora.

La verdad es que tuve muchísima suerte, como si me hubiera tocado la lotería al tenerla como tutora. Si no fuera por ella, ya habría abandonado el máster y me habrían obligado a devolver todo el dinero que el gobierno me concedió para estudiar. Y, al vivir en su casa, tenía acceso total a su biblioteca, su buena voluntad y ayuda con Theo.

—¿Y cuándo fue la última vez que saliste a divertirte un poco?

Me miró de arriba abajo, evaluándome.

—Esas ojeras no son de salir de fiesta por la noche.

—Ya ni tengo edad para eso.

—Edad sí que tienes —rió—. Eres joven. Y deberías disfrutarlo.

—Sí, y la última vez que lo hice, conocí a un inglés encantador, rico y mujeriego que me dejó embarazada, destrozó mis planes y me abandonó con este pequeño pedacito de ser humano.

Theo rompió a llorar otra vez.

Y Margareth lo abrazó, meciéndolo en su regazo.

—Tranquilo, pequeñín, solo está cansada.

Puse el café en el termo y luego llené mi taza. También le serví a mi tutora, porque era adicta al café.

En cuestión de minutos, consiguió distraer a mi hijo y la cocina volvió al profundo silencio de la madrugada.

Era increíble cómo lograba ser todo lo que yo estaba intentando desesperadamente ser: una académica respetada, una madre ejemplar y, al parecer, mi salvadora.

—Deberías divertirte. Recargar energías. Tu hijo lo necesita.

—¿Cómo dices?

Me senté a la mesa y quedamos frente a frente.

—Ellos lo perciben. Saben cuándo estamos felices y satisfechas. Muchas veces proyectan algo de eso. Apuesto a que el llanto de Theo es todo el llanto que tú quieres soltar.

Asentí en silencio.

Lo único que quería era llorar, pero hasta eso me parecía una pérdida de tiempo.

Cuando me gradué en Administración en la Universidad Federal de Minas Gerais (UFMG), lo único que tenía era un sueño: volver a hacer un intercambio en el Reino Unido, como había hecho de adolescente, y encontrar una manera de trabajar en una gran empresa.

La vida quiso que pasara el proceso del máster en la UFMG y obtuviera una beca para la London School of Economics.

La vida, al fin, parecía un sueño, y para completarlo todo, conocí al hombre de mis sueños: Alex Thornhill. Y el resto es la triste historia de cómo fui engañada, abandonada en el altar y dejada embarazada por un imbécil que me ofreció dinero para abortar y desapareció del mapa.

—Quizá necesites una noche de fiesta para recargar energías, terminar la tesis y dejar a Theo...

—¿Con un hermanito? —bromeé—. No, Maggie, no puedo.

—Pero ya falta poco, ¿verdad? Las últimas páginas que me entregaste están todas aprobadas. Solo queda la conclusión.

—Sí... Y soy pésima en eso —suspiré—. En realidad, creo que solo estoy ansiosa.

—¿Por qué?

—Por lo que viene después. La beca ya se ha acabado, prácticamente estoy viviendo de prestado en tu casa...

—Querida, tú administras esta propiedad —me corrigió—. Simplemente no aceptas que te pague por ello.

—Y no lo haré. Ya me diste un techo, comida, incluso cuidas de Theo por mí... No puedo aceptar tu dinero.

Golpeé con los dedos la mesa, nerviosa.

—Al mismo tiempo... no quiero volver a Brasil. No ahora. Si trabajara uno o dos años aquí ganando en libras, podría volver a Minas y vivir muy bien.

Ella asintió, pero me lanzó una mirada de reproche, como diciendo: "pero no quieres aceptar mi dinero, así que lo estás complicando".

—Bueno, quizá tenga una propuesta que te interese.

—No, no puedo aceptar. De verdad, Maggie, prácticamente me salvaste en el peor momento de mi vida.

Agitó la mano frente a su cara, como si todo aquello fueran tonterías.

—La ama de llaves de la casa de mi hermano se jubilará pronto —explicó—. Es un hombre difícil de tratar, te aviso desde ya.

—Hmm...

—Pero no harás nada muy distinto a lo que haces aquí. Administrarás la casa y sus finanzas, supervisarás al personal, te asegurarás de que todo esté en orden. Solo que es una mansión diez veces más grande que esta.

Me empezó a interesar.

Todos decían que Margareth también era difícil de tratar, pero la verdad es que era estrictamente profesional, pragmática y reservada. Solo se abrió conmigo cuando me vio embarazada y desesperada. Creo que se vio reflejada en mi situación.

—El tamaño del lugar no me asusta. Yo solo quería trabajar en una gran corporación...

—Bueno, vas a trabajar para el dueño de una gran corporación, pero administrando su hogar —sonrió—. No da mucho trabajo, vive viajando y trabajando. Pero es exigente, le gusta que

todo esté organizado en su sitio. Y tú eres buena gestionando personas.

—¿Tienes idea del sueldo? —fruncí los labios.

—Creo que unas setenta mil libras al año.

¿Setenta mil libras? Mi mente empezó a dar vueltas al oírlo. En dos años podría volver con un millón de reales en el bolsillo y empezar una nueva vida en Brasil, dándole a mi hijo todo el confort del mundo y tiempo suficiente para encontrar un buen trabajo.

—Además de alojamiento, comidas, transporte... todo lo que tienes aquí —ella mecía a Theo suavemente en sus brazos mientras dormía—. Si no puedes aceptar mi dinero, creo que es una buena alternativa.

—¿Puedes conseguirme una entrevista?

—¡Por supuesto, querida!

Tomé a Theo en brazos y lo acuné. Margareth cogió el móvil y me envió la dirección por mensaje.

—Cuando amanezca, le llamaré para decirle que tengo una candidata excelente para él —antes de irse, me sujetó del brazo—. Pero termina la tesis, no la dejes ahora. Aunque trabajes y vivas allí, quiero que termines el máster. Si no...

—Si no, tendré que devolver todo el dinero al gobierno, y no tengo ni de dónde sacarlo —suspiré.

—Si no, no cumplirás tu sueño —sonrió con dulzura—. ¿Recuerdas que fue por eso que viniste a Londres?

—Sí, lo recuerdo.

—Y cuando te vayas de aquí, te irás con tu sueño cumplido y con un regalo maravilloso —besó la frente de Theo—. Me recuerda a Brad, mi pequeño, cuando tenía este tamaño. No sé qué hace en Japón, tan lejos de su madre... pero así es, ¿no? Cuando crecen, persiguen sus sueños y nos dejan con el nido vacío. Así que disfrútalo, querida.

Volví a la habitación y acosté a Theo en la cuna.

Encendí el ordenador y abrí mi tesis para intentar escribir algo, pensando en la propuesta que Maggie me había mencionado.

Por un lado, me daría pena dejarla. Estaba muy sola, vivía rodeada de libros y de investigaciones académicas de la LSE. Por otro lado, había llegado el momento de enfrentar la realidad: mi tiempo en Londres estaba llegando a su fin y necesitaba volver a Brasil con una sensación de logro.

Y definitivamente un diploma no sería suficiente, sobre todo porque ya venía con un año de retraso.

Me quedé frente a la pantalla hasta que mis ojos se nublaron y el sueño me venció. Me acosté con la esperanza de que el día siguiente sería mejor.

Capítulo 02

Isabela Rojas

A la mañana siguiente, dejé a Theo con Natalie, una de las empleadas de la casa de Margareth, y me fui a la entrevista.

Londres amanecía con ese clima que enamora: toda la ciudad envuelta en una niebla espesa, con ese típico frío húmedo que le daba un aire de romance victoriano.

Estaba nerviosa, no solo por estar lejos de mi bebé por primera vez, sino por la gran oportunidad laboral que tenía ante mí. Aún no era una multinacional, pero sí la posibilidad de trabajar para el CEO de una.

En cuanto el taxi bordeó el río Támesis, mi corazón empezó a latir con fuerza contra el pecho y la ansiedad se apoderó de mí. Solo entonces entendí la seriedad de la situación y me di cuenta de cuán rico era el hermano de mi tutora, cuando entramos en la calle Kensington Palace Gardens.

—¿Viene por algo relacionado con el gobierno? —el taxista me miró por el retrovisor.

—No, es una entrevista en una propiedad privada.

En aquella calle estrecha, flanqueada por árboles antiguos y altos, una mansión emergió de la niebla de forma casi teatral. Era un edificio imponente de tres plantas, hecho de piedra gris, con torres que apuntaban al cielo nublado. Parecía un palacio medieval.

El taxi se detuvo frente a un gran portón de hierro forjado, con las iniciales "H" entrelazadas de forma intrincada. Tras una breve verificación de seguridad, las puertas se abrieron con un chirrido solemne y el coche avanzó por un largo sendero rodeado de jardines meticulosamente cuidados.

—¡Muchas gracias! —Pagué y bajé del coche.

Me quedé parada un momento para asimilar la magnitud de la mansión Harrington. Arquitectura moderna, elegante, pero con un aire sombrío.

En la puerta, me recibió una mujer de estatura baja, con el cabello plateado recogido en un moño impecable. Llevaba un uniforme pulcro que la hacía parecer aún mayor de lo que probablemente era.

—¿Señorita Rojas? —me miró de arriba abajo.

—Sí, soy yo.

Parpadeó lentamente, analizándome. Torció los labios y suspiró, como si aquello fuera a ser una pérdida de tiempo.

—Pensé que sería mayor.

—Todo el mundo piensa lo mismo —intenté reír para aliviar la tensión, pero no funcionó—. Mi padre siempre decía que tenía una mente de adulta, incluso cuando era niña.

—Me llamo Mary Rigby. Soy la actual ama de llaves —ignoró por completo mi comentario y volvió a evaluarme—. Vamos a sentarnos en el salón para la entrevista.

Tuve que seguirla por un pasillo adornado con tapices y retratos de los antepasados de los Harrington. Al llegar al salón, me quedé impresionada: muebles nuevos con estética de época y una chimenea de mármol encendida que proyectaba un resplandor cálido sobre todo.

Mary señaló un sofá de terciopelo donde me senté, manteniendo la espalda recta. Ella se acomodó frente a mí, cruzó las manos y me observó en silencio durante un minuto entero.

—Yo la habría descartado de inmediato, pero como viene recomendada por la hermana del señor Harrington...

—Margareth. Es mi tutora en la universidad —sonreí, limpiándome las manos en los vaqueros.

—¿Y qué busca una joven con un máster al querer ser ama de llaves en una casa como esta?

—Tuve algunos imprevistos en mi vida y tuve que pausar los estudios. Me alojé en casa de la hermana del señor Harrington y me encargué de todo allí: las finanzas, la organización, la logística. Llevo haciéndolo año y medio.

Me miró de una forma que me hizo sentir que eso no era suficiente.

Tragué saliva, cambiando de estrategia.

—Tengo una sólida formación en administración y, aunque mi experiencia con mansiones es limitada, tengo amplias habilidades en organización y gestión de personas. Además, aprendo rápido y me adapto con facilidad a nuevos entornos.

—¿Y cómo lidiaría con la presión de trabajar para uno de los hombres más influyentes de Londres, señorita Rojas?

Confieso que no investigué mucho sobre el señor Harrington.

Estaba tan agotada, y usé todas mis fuerzas para escribir dos páginas de la tesis, que lo único que hice fue mirar algunas fotos suyas en Google.

—Dueño del segundo banco más grande del Reino Unido —añadió Mary—. ¿Y que rara vez está en casa, pero cuyas expectativas son excepcionalmente altas?

—Soy objetiva, clara y eficiente —respondí—. Establezco una rutina predecible que garantiza que todas las tareas se lleven a cabo a la perfección, independientemente de la presencia del señor Harrington.

—Bien.

Mary esbozó una leve sonrisa, aunque su mirada evaluadora seguía intacta.

—Aún me queda un mes antes de jubilarme, así que creo que en una semana podré distinguir si de verdad eres buena... o simplemente intentas engañarme.

—Una semana es todo lo que necesito.

—El señor Harrington no es un hombre difícil, pero no le gusta que le molesten. Paga a la ama de llaves para que sea la señora de la casa, para que resuelva los problemas, los conflictos y

cualquier otra cosa que surja, sin que su valioso tiempo se vea afectado.

—Por supuesto.

—Tus funciones: redactar informes y dejarlos en su despacho los fines de semana, velar por el estado de la casa y del personal, mantener los secretos de esta propiedad bien guardados y asegurarte de que todo esté en perfecto orden. Hay quince empleadas, tres chóferes, tres jardineros, cinco cocineros y veinte agentes de seguridad.

Parpadeé, sin aliento, solo de imaginar tener que gestionar a tanta gente.

—Tus beneficios: dispondrás de un espacio dentro de la mansión, en la parte trasera, de cien metros cuadrados, equipado con todo lo necesario y abastecido con fondos del señor Harrington.

Mis ojos brillaron, ya imaginando la comodidad y las noches bien dormidas.

—Cien mil libras al año.

—¿Cien mil? —la interrumpí, estupefacta, ya que era mucho más de lo que Margareth había mencionado.

Volvería a Brasil y mi hijo y yo podríamos vivir con toda la dignidad del mundo.

Mary simplemente puso los ojos en blanco y siguió hablando con su tono monótono:

—Chófer particular, la cocinera preparará tus comidas...

—Mi hijo va a adorar este lugar.

—¿Cómo dice? —La mujer se atragantó.

—Mi bebé, Theo. Ya me lo imagino gateando por el jardín.

Ella levantó el dedo índice y lo movió de lado a lado rápidamente, como si reprendiera a una niña.

—Nada de bebés.

—¿Perdón?

—El señor Harrington tiene pocas reglas respecto a la ama de llaves, claro, quiere evitarse cualquier dolor de cabeza, pero exige que no haya niños en la propiedad. Y mucho menos bebés.

Tragué saliva y abrí los ojos de par en par, horrorizada al oír aquello.

¿Cómo iba a vivir aquí sin mi hijo?

—Puede dejarlo con el padre, con una niñera o en una guardería de jornada completa. Incluso en un internado. Puedo encargarme de eso.

—El padre. Claro... —parpadeé lentamente.

Ninguna de esas opciones era válida. ¿El padre? Nos había abandonado. ¿Una niñera? Primero necesitaba dinero para cubrir mis propias necesidades. ¿Un internado? ¿Está loca? ¿Cómo voy a vivir lejos de mi hijo?

—¿Algún problema, señorita Rojas?

—No, ningún problema. Yo... lo resolveré.

—Perfecto. Acostúmbrese, porque eso es lo que hace una ama de llaves: resolver los problemas de la casa.

—Maravilloso.

—Firme estos papeles. —Se levantó y fue a buscar una carpeta.

Tuve que firmar una cantidad interminable de documentos que parecía no tener fin: certificados de antecedentes, cláusulas sobre demandas carísimas que tendría que pagar si algún secreto o información personal de la casa o de la familia se filtraba, entre muchas otras precauciones para proteger a los Harrington.

—Estoy deseando verla en acción. ¿Nos vemos mañana?

—Sí, claro —tragué saliva, desesperada.

Después de todo, ¿con quién dejaría a mi hijo?

Natalie me había salvado aquella mañana, pero no podría hacerlo todos los días de la semana.

Mary finalmente esbozó una pequeña sonrisa, la primera señal de aprobación.

—El chófer irá a buscarla a las cinco de la mañana. Un turno de ama de llaves no tiene fin: dura todo el día, pero como estará en período de prueba, la llevarán de vuelta a las nueve de la noche.

—¿¡A las nueve!? —abrí los ojos como platos.

¿Cómo iba a darle el pecho a Theo? ¿Quién le cambiaría el pañal, lo arrullaría o jugaría con él durante el día?

—A partir de ahora, su prioridad será esta casa y el bienestar de la familia Harrington. ¿Alguna pregunta?

—No, señora Rigby. ¡Nos vemos mañana!

Capítulo 03

Isabela Rojas

Todo lo que veía por la ventanilla del taxi era una mancha borrosa mientras atravesábamos las calles de Londres bañadas por la lluvia. La entrevista me había dejado un sabor amargo en la boca: por un lado, la emoción de ganar dinero y volver a Brasil con buenas perspectivas, y por otro, el más absoluto desasosiego.

—¡Natalie, estoy en pánico! —dije en cuanto entré en casa de Margareth.

Natalie apareció en el pasillo con un trapo de cocina en una mano y a Theo en el otro brazo.

—¿Qué ha pasado? ¿Has visto un gnomo saltando a la pata coja?

—¿Qué? —entrecerré los ojos—. No, no fue eso. Fue algo mucho peor.

—¿Peor como que el gnomo te ha robado algo o solo se ha quedado mirándote mientras saltaba?

Dejé caer el bolso al suelo con un golpe seco. Caminé hasta Theo y lo tomé en brazos. Lo apreté contra mi pecho como si la simple idea de separarnos me provocara un dolor físico.

—Ha sido... complicado. La mansión es increíble, Natalie, parece sacada de una película. Pero la ama de llaves, Mary, es tan intimidante... Y me ha soltado una bomba.

Natalie me llevó a la cocina y me preparó una infusión de manzanilla con hierba luisa. En cuanto tuve la taza caliente entre las manos, dejé que el vapor me acariciara la cara e inhalé profundamente su aroma para intentar calmarme.

—Cuéntamelo todo, amiga. No me dejes aquí imaginando lo peor.

—Parecía reticente al principio, pero al final me ofreció un período de prueba. ¿Sabes cuánto gana una ama de llaves en esa casa? ¡Cien mil libras al año!

—¡Maldita suertuda!

—Voy a poder vivir en la propiedad, tener chófer privado, cocinera... y seré la jefa de todo el personal.

—Sigo sin entender cuál es la parte mala...

—Theo no puede venir conmigo.

Natalie abrió los ojos de par en par y dejó caer la taza sobre la mesa. La porcelana no se rompió, pero volcó y lo empapó todo.

—¡Déjalo, ya lo limpio! —Agarró el trapo y empezó a secar con rapidez.

—En esa mansión están prohibidos los bebés y los niños, por orden del señor Harrington.

—¿Ese hombre no tiene hijos?

—No lo sé... —Me rasqué la nuca.

—¡Es una locura! ¿Cómo esperan que vivas allí y dejes a Theo? ¿Qué piensas hacer?

Me masajeé las sienes, intentando alejar la sensación de pánico que se apoderaba de mí cada vez que respiraba. Llevé la taza a los labios, bebí un sorbo grande y me quedé mirando a Theo, que se agitaba intentando alcanzar otra taza sobre la mesa.

—No lo sé, Naty. De verdad, no lo sé. Margareth me ha ayudado tanto… no quiero seguir siendo una carga para ella.

—¿Una carga? Ni hablar... El problema es que pasa todo el día en la universidad.

—Exacto. Y esta oportunidad podría cambiar nuestras vidas. Pero sin Theo... ni siquiera puedo imaginármelo.

Natalie se acercó y me puso una mano en el hombro.

—¿Y si llora? ¿Y si me echa de menos? ¿Y si quiere mamar?

—Eh, eh, mírame —dijo, esperando a que la mirase—. Vamos a encontrar una solución. Siempre lo hacemos. Tal vez...

—¿Tal vez qué?

—Estoy pensando, espera.

Cerró los ojos y pareció concentrarse con fuerza, buscando una idea.

—Vas a sustituir a esa ama de llaves, ¿verdad?

—Sí, se jubila en un mes. Así que me quedaré allí, pero sin Theo...

—Tal vez yo pueda cuidar de Theo. Solo por un tiempo, claro, hasta que te hayas asentado y veas cómo funcionan las cosas.

—Pero...

—Esa ama de llaves se va, ¿no?

—Sí.

—Y tú vas a estar al mando, ¿cierto?

—Ajá.

—Cuando tú mandes, encontraremos la forma de llevar a Theo contigo. Así... discretamente. Sin que nadie se entere.

Tuve que reír de los nervios.

—¿A escondidas? ¿En una mansión con veinte guardias? Me parece que la que vio al gnomo a la pata coja fuiste tú.

—Lo vi. Y estaba desnudo. Eso es lo que más me asusta. —Se persignó—. Pero escúchame: cuando tú estés al mando, solo habrá una persona por encima de ti: el señor Harrington. Mientras Theo no llore, nadie va a notar ni a preocuparse por su presencia.

—¿Y cómo hago para que no llore?

—Dale el chupete untado con miel, ponle la música de la Gallina Pintadita al revés, ¡yo qué sé! ¡Son cien mil libras al año!

—No me lo recuerdes...

—Va a funcionar, te lo prometo. Hagamos esto: yo cuido de Theo, tú vas allí y lo das todo, demuestras que no pueden vivir sin ti.

Luego ya veremos cómo metemos al niño. En el peor de los casos, tendrán que buscar otra ama de llaves.

Me mordí el labio mientras pensaba en esa propuesta.

Era una locura, y ya estaba planeando romper reglas —algo que detesto—, pero... ¿y si funcionaba? ¿Y si lo lográbamos?

Haría lo que fuera por estar cerca de mi hijo.

—¿Estás segura de que puede funcionar, Naty?

Me agarró la mano y la apretó con fuerza.

—Isa, si hay algo que he aprendido de ti, es que siempre hay una salida. Te quedaste embarazada, seguiste con el máster, tuviste a tu bebé, lo criaste tú sola y además administraste esta casa... —Sus ojos brillaban—. Eres una de las mujeres más fuertes que conozco. Lo vas a conseguir.

—¿Y si Theo se siente abandonado?

—¡Claro que no! Yo cuidaré de él hasta que tengas la posibilidad de llevártelo contigo. ¿Quién sabe? Igual hasta me contratas allí. Amo a Margareth, pero cinco mil libras extra al año no le vienen mal a nadie...

—Exacto. Si lo consigo, te ayudaré con eso. —La abracé, sintiendo un alivio instantáneo—. Gracias, amiga.

—¡Faltaría más! ¡Va a ser divertido! ¡Y me encantan las aventuras!

Su entusiasmo me dio cierta seguridad y fuerza para seguir adelante. Sin embargo, el peligro inminente me hacía un nudo en el estómago, y no quería correr riesgos innecesarios. Después de todo, Margareth me había recomendado, y no quería poner en juego nuestra relación.

—Ah, y vas a tener que sacarte leche la noche anterior, para que Theo tenga para el día siguiente.

—Dios mío, ¿cómo voy a hacer eso?

—Vamos a comprar todo lo necesario, no te preocupes.

Capítulo 04

Alexander Harrington

La lluvia caía con fuerza afuera, y las gotas tamborileaban contra los ventanales panorámicos de mi despacho, en lo alto del rascacielos del banco. Desde aquella altura, Londres se extendía como mi propio reflejo: un laberinto gris e infinito, cubierto por la niebla.

Estaba revisando el último informe financiero del banco; había una cifra que simplemente no encajaba, cuando la puerta del despacho se abrió bruscamente.

No era habitual que interrumpieran mi aislamiento, salvo que se tratara de algo realmente importante.

—Dicen que puedes mover montañas con tu poder, Alexander. ¿Podrías traer un poco de sol a Londres hoy?

La voz masculina llenó la sala, rompiendo la monotonía y el aire sombrío que nos envolvía.

Oliver Radcliffe, amigo de toda la vida y mi abogado personal, entró y se sentó sin esperar invitación. Cuando mi secretario llegó apresurado para anunciar que Oliver estaba allí, el muy bastardo giró el rostro y dijo:

—Quiero café. El mío con el doble de azúcar de lo que le gusta a Alex Ander.

Rodé los ojos. Odiaba que me llamara con ese apodo ridículo.

—El señor Harrington no toma azúcar —respondió Arthur, tragando saliva, apenas logrando articular palabra.

—Entonces el triple, chico. ¡Y rápido! —Oliver lo despachó con un gesto—. Qué mono, parece que su madre lo ha vestido esta mañana.

—¿A qué debo el honor, Oliver? —pregunté secamente, volviendo a concentrarme en los números.

Tiró su abrigo encima de mi escritorio y yo lo aparté sin miramientos, dejándolo caer al suelo. Oliver sonrió y cruzó las piernas mientras rebuscaba en su cartera de cuero.

—Ha llegado tu tarjeta del Club de Caballeros. Te da acceso VIP a las fiestas privadas tras los desfiles de moda, eventos de la realeza, conciertos...

Tomé la tarjeta negra con el símbolo de un sombrero de copa dorado y la arrojé directamente a la papelera. Parpadeé mientras él remataba el tema y enganchaba el siguiente.

—...Siempre llega una nueva remesa de chicas al Club de Caballeros, para el disfrute total de sus miembros.

—Nunca he necesitado una tarjeta para entrar en ningún sitio —aclaré, carraspeando—. Y no suelo frecuentar ese tipo de lugares.

—Claro. ¿Por qué se entregaría Alex Ander Harrington a los placeres carnales, verdad? Pero yo cumplí con entregarla. El club ha prosperado gracias a tu apoyo.

—Los hombres débiles se entregan a los placeres, Oliver. Yo soy un hombre de negocios. Invierto en negocios sólidos. La mitad del dinero del banco sostiene la máquina de guerra británica y no me ves por ahí disparando... aunque mi abogado lo merezca.

—Pero admites que a veces te dan ganas de pegarme un tiro, ¿a que sí?

Esbocé una sonrisa de lado solo con imaginarlo.

Oliver tenía ese raro don de hacerme sonreír, pese al peso constante que cargaba sobre los hombros. Por eso lo soportaba. Era

el contrapunto que me recordaba que el mundo no era solo mi Londres gris.

—Siguiente tema.

—Cambiemos de asunto, entonces —dijo hojeando unos papeles—. La documentación para la transición de amas de llaves está lista. La actual se marcha y la nueva está preparada para empezar.

—¿Hay alguna razón por la que esta reunión no haya sido un simple correo de dos líneas?

Oliver era la única persona que no se intimidaba ante mi mal humor. Tal vez porque nos conocimos en Oxford, en una época en la que aún conservaba algo de inocencia y estaba abierto a la vida. Algo que terminó por completo cuando Susan murió, y meses después, también nuestro bebé... en mis brazos.

—Sí, hay una razón —respondió, deslizando un documento frente a mí.

Lo analicé con calma, leí toda la información y lo miré con seriedad.

—¿Brasileña? ¿Está legalmente en el país? ¿Lo has comprobado?

—La edad —dijo, señalando un dato en el papel.

—¿Veinticinco años? —Fruncí el ceño—. Descartada.

—Venga ya, Alex Ander...

—No. Inexperta. Una mujer que no sabe nada de la vida, mucho menos de administrar una casa. Demasiado joven —crucé los brazos—. Las adolescentes crean problemas. Los adultos los resuelven.

—¿Veinticinco ahora es adolescencia para ti? —Oliver se rió—. ¿Solo porque tienes sesenta?

—Cuarenta y cinco, imbécil.

Oliver tomó mi estilográfica del escritorio, sacó una libreta del bolsillo y anotó la palabra.

—Me encanta cuando hablas como un lord inglés. Pareces tu abuelo.

—No importa lo que yo piense —lo ignoré, detestaba los rodeos—. Importan las estadísticas. Una mujer de esa edad no tiene nada en la cabeza.

—Susan tenía dieciséis cuando la conociste. Tú, diecisiete. ¿Ella no tenía nada en la cabeza?

—Si vuelvo a oír el nombre de mi mujer en tu boca, la próxima vez estará llena de tierra, Oliver.

—Tu exmujer, Alex. Murió.

Guardamos silencio durante un largo rato, hasta que logré volver al presente. A veces se me olvidaba que Susan ya no estaba aquí, porque mi vida seguía exactamente igual desde que ella se fue.

Mi mundo se había detenido en el tiempo. Aún llevaba el anillo de matrimonio y, a veces, todavía esperaba verla entrar por esa puerta sin ser anunciada. Le encantaba romper las reglas; sabía que eso me irritaba de una forma que me hacía absurdamente feliz... pero solo porque era ella quien lo hacía.

—¿De qué estábamos hablando?

—De la nueva ama de llaves.

—Ah, despídela.

—No. En lo personal, me ha gustado su currículum. Está a punto de terminar un máster en administración sostenible. Buenas calificaciones, los profesores la elogian constantemente... Y ya sabes cómo son los malditos británicos: siempre tan formales y reservados... —Hizo una mueca.

—No me lo digas...

—Y ha sido recomendada por tu hermana mayor, así que...

—¿Esa fue una recomendación de Margareth?

—Sí. Trabajó durante un año y medio como ama de llaves en su casa.

—¿En ese lugar desorganizado y caótico? —Alcé una ceja.

—Te digo que la chica es buena. Solo me pareció raro, porque en tu casa no trabaja nadie menor de ochenta y cinco años.

—¡Asinino!

—Voy a apuntar esa, milord. —Garabateó su bloc de notas—. Quizá una persona más joven aporte... un poco de color a ese lugar tan lúgubre.

—Me gusta tal y como está. No quiero cambios. Y espero que la señorita... Rojas —leí el nombre en el papel— lo tenga claro.

—Oh, seguramente se lo habrán dejado clarísimo. Que ni un milímetro puede moverse de su sitio o le cortarán la cabeza.

Oliver se inclinó hacia adelante, con un destello de interés en los ojos.

—¿Es guapa, Alex Ander?

—¿Y eso importa?

—La belleza cura el alma, alegra la vista, armoniza los espacios.

—No lo sé. Me estás hablando de esta criatura por primera vez ahora, Oliver.

—Entonces ya me contarás si es guapa, si combina con ese aire de baja Edad Media de tu casa o si es más del estilo Ilustración.

—Detesto admirar tu agudeza. —Tuve que ceder a otra sonrisa de medio lado, aunque me autocensuré al instante—. Bastardo descarado.

—Ese inglés sí lo entendí —dijo, satisfecho.

—¿Qué más, pesado?

—Tu hijo. El Alex que no es el Ander.

—¿Qué ha hecho ahora ese chico?

—Nada tan grandioso desde que supe que dejó embarazada a una universitaria y tuvimos que pagar un aborto. —Tragó saliva—. En realidad, algo grandioso sí: tu hijo ha decidido que quiere ser alcalde de Londres.

Me cubrí el rostro con la palma abierta y me froté entre los ojos.

—Tu padre puso la misma cara. Tu abuelo... bueno, necesitó el nebulizador. Y tu bisabuelo, probablemente se revolvió en la tumba.

—Sé directo.

—Es curioso, ¿no? Los Harrington siempre han sido extremadamente poderosos, pero discretos. Silenciosos. Jamás se han metido directamente en política.

—Porque la política es un juego de negocios, y nosotros invertimos en quien da mejores resultados —dije, y al instante me sentí como mi padre.

Peor aún: como mi abuelo.

Trágicamente, como algún antepasado CEO del banco que repitió esa frase hasta que llegó a mí.

—¿Qué opinas de esto, Alexander?

—¿Quieres mi opinión sincera?

—Por favor.

—Es una idiotez. El chico solo quiere llamar la atención. No tiene un proyecto político real ni sabe qué quiere defender. Solo quiere... sentarse con los adultos.

—Mejor eso que tener que tapar otro escándalo de aborto, ¿no crees? —Oliver apretó los labios.

—Por eso odio a los jóvenes. Son tan estúpidos y están tan perdidos... —Respiré hondo y me enderecé en la silla ejecutiva—. Intenta disuadirlo.

—Puedo intentarlo, pero tú eres su padre.

—Agenda una reunión para este fin de semana, entonces.

—El chico va a viajar por Europa. Estará fuera tres meses... —Oliver revisó su móvil—. Lo que una gira por Europa tiene que ver con ser alcalde de Londres aún no lo entiendo.

—Exactamente. Es joven y estúpido.

—Sí. Pero sigue siendo tu hijo —repitió Oliver, mirándome con seriedad.

—Vale, Oliver, fui un pésimo padre. Sin una mujer que me ayudara, lo crié suelto por ahí, complaciéndole en todo para compensar la ausencia de su madre. ¿Contento?

Respiró hondo y esbozó una sonrisa comprensiva.

—Es un comienzo, amigo. Solo quiero advertirte que aún tienes la correa de ese perro, pero si crece y triunfa en política, vas a perder el control sobre él.

Me reí. Incluso mis ojos brillaron ante el desafío implícito en sus palabras.

—Soy dueño de uno de los bancos más grandes del mundo. Tengo la correa de quien me dé la gana, Oliver.

—¡Así se habla, joder!

—Cuida ese lenguaje en mi despacho —lo reprendí—. Eres mi abogado, compórtate como tal.

—Así se habla, líquido espeso y fuerte que sale de la cab...

Negué con la cabeza, indicándole que se callara de inmediato.

—Entonces, ¿despido a la ama de llaves o no?

—A la primera cagada que cometa, sin duda. Por ahora... dejemos las cosas como están. Fue una recomendación de Margareth y, aunque sea un caos, siempre se rodea de buena gente.

—Como Susan, por ejemplo —sonrió—. ¿Recuerdas cómo tu padre la odió desde el primer día?

—Lo recuerdo —dije, respirando hondo.

—Creo que fue entonces cuando descubriste que era el amor de tu vida...

Oliver siguió hablando de trivialidades.

Lo odiaba por eso.

Y, sin embargo, no podía negar que eso aligeraba mi día. No me hacía daño dejar los números de lado unos minutos para recordar a Susan... y cuánto la echábamos de menos.

Capítulo 05

Isabela Rojas

Tres semanas después.

En las últimas semanas, me había sumergido por completo en la rutina de la mansión Harrington y me di cuenta de que era muy distinta a la casa de Margareth.

Aquel lugar parecía un mundo aparte; me sentía como si estuviera gestionando una pequeña nación, por la cantidad de empleados, personas que circulaban constantemente y requerían la atención de la ama de llaves.

El señor Harrington tenía tres hijos: dos hijas a las que conocí rápidamente. Charlotte, la menor, tenía veinte años, estudiaba moda y cada día traía amigos para trabajos o fiestas; Penélope, la mayor, con veintiséis, ya no vivía en la mansión, estaba casada y formando su propia familia: acababa de tener un hijo. Y Alexander Jr., el del medio, de veintidós, al que no conocí porque estaba de viaje.

—¿No te parece raro que no haya fotos familiares ni objetos personales por aquí? —pregunté.

Mary, por supuesto, era la típica señora británica con esa mirada de tormenta, los labios apretados en señal de desaprobación y una actitud que parecía censurar cada palabra que salía de mi boca.

—El señor Harrington lo quiso así, desde el fallecimiento de su esposa.

—Ah... ¿perdió a su esposa? ¿Hace mucho?

—Hace diecisiete años... —suspiró, como si no tuviera fuerzas ni siquiera para recordar aquella época—. Las cosas cambiaron desde entonces. Pero no hagas demasiadas preguntas ni seas indiscreta. Es un hombre reservado y no le gusta abrir su vida a nadie.

—Es solo que... la casa es preciosa —miré a mi alrededor—, pero no parece un hogar. Parece que no se ha hecho para vivir. Todo huele a nuevo, es impersonal... frío.

—A él le gusta así —zanjó Mary—. Además, el patrón pasa muy poco tiempo en casa, así que tampoco le importa.

Era extraño.

Un hombre que apenas pisaba el lugar para dormir, pero que tenía prácticamente una pequeña aldea trabajando en la propiedad: manteniéndolo todo limpio, sirviendo las comidas, haciendo mantenimiento dentro y fuera, asegurando la seguridad…

—Está bien ser indiscreta conmigo —Mary me miró como si eso también fuese pecado—. Pero cuando trates con él, sé siempre formal, directa y breve. Su tiempo es muy valioso y no le gusta sentir que lo está perdiendo.

—Entendido. ¿Cuándo lo conoceré?

—El señor Harrington dijo que en la última semana, cuando yo me marche. Si permaneces como mi sustituta, se presentará. De lo contrario, no hay necesidad.

—Qué sistemático... —suspiré.

—¿Cómo dices?

—Un hombre muy ocupado, sin duda.

A pesar de ser fría y emocionalmente distante, Mary era una enciclopedia viviente en cuanto a todos los protocolos y procedimientos de la casa.

Me sentía como en *Downton Abbey*, en un entorno aristocrático con una coreografía compleja en cada pequeño evento

cotidiano, que debía respetarse para mantener el orden.

—No seas amiga de los empleados —me repitió en varias ocasiones—. Eres la supervisora. Deben respetarte... y temerte.

Asentía con la cabeza, pero en el fondo sabía que me costaría mantener esa máscara de mujer dura y autoritaria.

Crecí en una casa llena de afecto. Sí, teníamos una empleada doméstica, pero era parte de la familia. Celebrábamos con ella incluso la Navidad y el Año Nuevo.

Y como yo era el "elemento nuevo" en aquel lugar, notaba las miradas desconfiadas, las maquinaciones detrás de cada gesto, como si quisieran ponerme a prueba y hacerme quedar como una tonta. En las dos primeras semanas escuché más de una vez:

—Ah, no lo sabía. No me avisaste.

A lo que Mary replicaba con firmeza:

—Él te paga para que gestiones este lugar con mano de hierro y resuelvas los problemas. Si alguien, quien sea, intenta dejarte en evidencia, mándalo directamente a la calle.

Y aunque siempre asentía y me tomaba en serio sus palabras, no me veía como la Dama de Hierro de esta propiedad.

Quería crear un entorno más acogedor, seguro y familiar... sobre todo porque pensaba traer a mi bebé aquí.

A escondidas, sí, pero pensaba traerlo.

Y vivir bajo la amenaza constante de enemigos invisibles o en un estado de paranoia no sería saludable. Ni para mí, ni mucho menos para Theo.

Al final de esa semana, Mary retiró todas sus pertenencias de la mansión para que el espacio destinado a la ama de llaves fuera pintado, redecorado y preparado para mi llegada.

Fui a comprobar el progreso antes de terminar mi turno y me quedé pensando cómo colocaría una cuna allí sin que nadie lo notara.

Después de completar mis tareas del día, recogí mis cosas y me dirigí al pasillo central de la casa.

Mi corazón dio un vuelco inexplicable en cuanto lo vi por primera vez.

Alexander estaba de pie frente al ventanal por donde entraba la luz lateral de la casa, como si contemplara la vastedad gris del cielo londinense. Su mirada, perdida en el horizonte, tenía una melancolía que, por alguna razón, resonó profundamente en mí.

Debería haber seguido mi camino. Al fin y al cabo, estaba allí solo para trabajar, pero la forma en que parecía cargar el peso del mundo sobre los hombros me hizo detenerme.

Había en él una tristeza que conocía bien, una que había visto muchas veces en el espejo. Contuve la respiración y me escondí detrás de una columna, observándolo en secreto.

Nunca lo había visto hasta ese momento, salvo en imágenes de Google.

Y ninguna foto —ni física ni digital— se acercaba a lo que era aquel hombre. Entendí al instante por qué todos sentían una mezcla de respeto y temor hacia él.

Alexander era alto, de hombros anchos y brazos fuertes. A pesar de sus cuarenta y cinco años, el tiempo había dejado pocas marcas en su rostro, salvo cierta melancolía y una mirada algo distante.

Su cabello negro ya mostraba varios hilos plateados, al igual que su barba, todo meticulosamente arreglado y en su sitio. Llevaba un traje azul marino, zapatos de vestir que parecían recién estrenados, y definitivamente tenía la postura de un comandante: alguien que no aceptaría otro lugar que no fuera el de líder.

Y aunque parecía una muralla imposible de escalar o atravesar, noté su cabeza ligeramente inclinada hacia abajo, como si el cansancio se dibujara en las líneas de su frente. Cada vez que suspiraba, yo temblaba en silencio.

¿Cómo podía sentirme tan atraída por un hombre al que ni siquiera conocía?

Era más que su aspecto imponente. Era la forma en que, incluso desde lejos, sentía una conexión inexplicable, como si, de algún modo, él comprendiera la soledad que yo luchaba por ocultar.

Más allá del monumento que era —porque sí, aquel hombre era un espectáculo—, nada me preparó para su perfume. Alexander olía a bergamota y pimienta negra, y cuanto más tiempo pasaba allí, quieta, más intenso y profundo se volvía ese aroma: a madera fresca de cedro, cuero, ámbar.

Incluso a distancia, tenía un olor cálido, casi hipnótico.

Me quedé allí, escondida, luchando con mis propios pensamientos. Sabía que cualquier implicación, por mínima que fuera, podía complicar mi empleo en la mansión.

"Mantén la distancia", oí la voz de Mary en mi cabeza, como si fuera mi propia conciencia.

Conocía la norma. Sabía que no debía importunarlo, mucho menos espiarlo. Pero era irresistible.

Por más que irradiara una tristeza solitaria, Alexander hizo que mi bajo vientre ardiera. Había algo en él... misterioso. Y no podía negar el encanto con el que observaba el mundo exterior: como si todo le resultara insuficiente, como si la vida fuera demasiado pequeña, absurda y mediocre.

Él no notó mi presencia, y yo me alejé de puntillas para no llamar la atención.

De regreso a casa, dentro del coche privado que me recogía y me llevaba cada día, murmuré para mí misma:

—Estás aquí para gestionar una casa, no para desentrañar los misterios de un hombre solitario...

—¿Algún problema, señora? —el chófer me miró por el retrovisor.

—No. —Abrí mucho los ojos—. En realidad, hablaba sola. Conmigo misma. Lo hago con frecuencia.

—Ah, ya veo. ¿Y qué le ha parecido la propiedad?

—Un lugar fantástico y con mucho potencial. Es muy diferente de la casa de la señora Harrington... —Me mordí la lengua para no

decir *"no parece un hogar"*, así que añadí—: Me impresiona cómo funciona, dada su magnitud.

—Sí, el lugar es increíble. Y es curioso cómo, a lo largo del día, se va quedando cada vez más vacío... hasta que todos se marchan.

—Hmm.

Mi *"hmm"* era en realidad un *"cuéntame más"*, pero creo que el chófer entendió que ya era demasiada intimidad, así que adoptó una postura más rígida, se centró en la carretera y condujo en silencio hasta que llegamos.

Me sentía rara. Todos me veían como la "nueva señora Mary" y yo no podía ser más distinta de ella. Aun así, me encargaría de que todo funcionara perfectamente en ese lugar.

—Buenas noches y que descanse, señora. Nos vemos mañana.

—Llámame Isabela, no soy tan mayor. —Le guiñé un ojo.

Y entré en casa, deseando con ansias abrazar a Theo y jugar con él.

Capítulo 06

Isabela Rojas

Al inicio de la cuarta semana, justo cuando finalizaba mi período de prueba, Mary Rigby se retiró casi por completo y me dejó a cargo de la gestión de la casa.

Fue entonces cuando comenzaron a surgir los problemas: una empleada llamada Kate estaba generando malestar en la cocina con las demás mujeres, y la chef principal —una nutricionista famosa— se negaba rotundamente a seguir mis indicaciones respecto a mi alimentación.

Y para completar...

—Isabela, ¿podemos hablar un momento?

Penélope Harrington se acercó a mí y, de inmediato, olvidé lo furiosa y frustrada que estaba por tener mi autoridad cuestionada. Le sonreí.

—Sí, señora.

—Mi hijo cumplirá dos años en quince días —empezó.

—¡Qué ternura! Nunca lo veo por aquí…

—Sí, mi padre tiene una regla muy estricta sobre niños en la propiedad. La regla es más o menos así: no.

Lo dijo con un tono tan enfático y rotundo que juro que pude imaginar cómo sería la voz de ese hombre tan perfumado.

—¿Cree que podría organizarlo todo? Podemos hacer una fiesta en la zona exterior, con un pequeño circo, animales exóticos, payasos, castillo hinchable…

—¿La fiesta se celebraría aquí? —Tragué saliva.

—En el exterior. Ningún niño entrará en la mansión.

—Verá, señora Penélope, no creo que sea buena idea —suspiré—. Su padre...

—Es un hombre metódico, sistemático y extremadamente rígido con sus reglas —sonrió con ligereza—, pero la prohibición es que los niños no entren en la casa.

—En la propiedad. Toda la propiedad —hice un gesto circular con los dedos para indicar que el jardín también contaba.

—Tú organizas todo y yo me encargo de él, ¿de acuerdo?

—Puedo organizarlo, pero no puedo garantizar que la fiesta llegue a celebrarse.

—Saldrá bien. —Cruzó los dedos y se marchó rápidamente.

El resto del día ignoré a las empleadas de cocina y me refugié en mi zona privada, que ya estaba completamente reformada y lista para mí: una cama de tamaño queen, la más grande que había visto en mi vida; un vestidor con luces, espejos y espacio para guardar cincuenta veces más ropa de la que poseía, y una pequeña oficina para estudiar y trabajar.

Estaba planeando el mejor sitio para poner la cuna de Theo e imaginando cómo podría traer los muebles.

Natalie había sugerido llevar las piezas una por una hasta tenerlo todo montado. Un trabajo titánico.

Cuando la mansión quedó completamente en silencio, al punto de que cada respiración parecía un estruendo, terminé el informe escrito sobre todo lo que había ocurrido la semana anterior y que aún no había entregado... porque había un monumento en medio de la escalera que impedía el paso.

Subí de puntillas hasta la planta superior.

Empujé la puerta del despacho, que estaba entreabierta. El lugar estaba completamente a oscuras, salvo por una lámpara de mesa encendida.

Observé las estanterías forradas de libros de negocios, la mesa completamente desordenada —algo inédito, siempre estaba impecable— y la silla ejecutiva girada hacia el fondo.

Organicé todo en su sitio y coloqué la carpeta con el informe en el centro del escritorio.

—Ahora solo necesito descubrir cómo traer la…

Estaba hablando en voz alta. Por un instante, casi pronuncio el nombre de mi hijo. Al girar la silla para colocarla en su sitio, una mano grande se cerró alrededor de mi brazo.

—¿Siempre hablas sola cuando crees que nadie te escucha?

Di un respingo, y la silla giró, revelando a Alexander Harrington con un pequeño libro de contabilidad en la otra mano.

Estaba más informal que la última vez que lo vi: sin chaqueta, con la camisa blanca de manga larga desabrochada hasta el tercer botón, revelando parte de su pecho firme, con algunos pelos plateados. El cabello estaba ligeramente despeinado, como si se lo hubiese pasado varias veces la mano por encima.

—¡Señor Harrington! —Intenté retroceder, tirando de mi brazo.

Sin embargo, el mismo gesto que hice para alejarme, él lo replicó para acercarme.

—Lo siento mucho, no sabía que estaba aquí.

Sentí cómo se aceleraba mi corazón, no solo por el susto, sino por la cercanía repentina.

Su contacto hizo que todo mi cuerpo se estremeciera. Un escalofrío recorrió mi espalda, me hizo arquearme suavemente y no podía dejar de parpadear, de lo nerviosa que estaba.

—Deberías haber tocado.

Su voz era grave, ronca, profunda. Retumbaba en mis oídos y me dejaba aún más erizada.

—Sí, señor.

Mary había sido muy clara respecto a las interacciones con mi jefe: no debían existir. Pero, en caso de que llegaran a producirse —y yo sabía que estaría caminando por la cuerda floja si eso ocurría—, lo único que debía hacer era repetir *"sí, señor"* varias veces mientras me alejaba hasta salir de su campo de visión.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Sí, señor. —Di unos pasos hacia atrás, pero mi brazo se quedó donde estaba, porque él no me soltó.

—¿Eh? —Frunció el ceño.

Aquello lo hizo parecer tan irritado… y de alguna forma, absurdamente sexy.

—Sí, señor. Ya me iba, señor.

—Respóndeme —insistió.

Y por la forma en que tiró de mí, tropecé y estuve a punto de caer justo frente a sus zapatos cuando, una vez más, me sujetó y me atrajo directamente a su regazo.

Qué vergüenza.

Acabé sentada sobre esos muslos firmes y anchos, sintiendo el cinturón duro bajo mi trasero, su abdomen subiendo y bajando con cada respiración mientras intentaba apartarme y recomponerme al mismo tiempo.

—No hagas nada —murmuró junto a mi oído—. Déjame a mí.

Acomodó sus manos en mis hombros y se levantó, dejándome firme en el suelo, mientras me observaba desde arriba.

—Listo. Creo que así está mejor —dijo.

Pero no me soltó.

La presión de su mano me quemaba la piel, dejándome entumecida, con una necesidad urgente de huir.

—Ahora respóndeme: ¿qué estás haciendo aquí?

—Si el señor sigue sujetándome así, voy a volver a caer.

Me soltó de inmediato, como si ni siquiera se hubiera dado cuenta de lo que estaba haciendo.

—Yo... vine a dejar el informe.

—¿Un lunes?

—No fue posible el sábado, señor. Lo siento.

—No te disculpes. Solo los débiles se disculpan —gruñó—. Corrige tu actitud y hazlo correctamente. Eso basta.

—Entendido.

—¿Y a qué te referías cuando dijiste: "ahora solo necesito descubrir cómo traer al…"?

Me quedé paralizada, con la sensación de que habían pasado minutos desde que hizo la pregunta. Intenté encontrar una respuesta adecuada, pero las palabras se mezclaban en mi cabeza.

Siempre había sido rápida, con gran capacidad de reacción. Era mi segundo nombre.

Pero delante de ese hombre… hasta olvidé quién era.

—¿Qué o a quién quieres traer…?

—¡El asunto! —Abrí los ojos con fuerza—. Penélope, su hija, me pidió que organizara una fiesta para su hijo. En el jardín…

—No —me interrumpió, negando con la cabeza como si el tema estuviera cerrado.

—Pero es el cumpleaños de su nieto, señor Harrington.

—Esta propiedad tiene reglas. Y las reglas son lo que separa a los animales de los civilizados.

—Sí, pero es solo un niño que va a cumplir dos años.

—Los niños no son bienvenidos en esta propiedad. Penélope lo sabe, y tú también deberías saberlo.

—Cuando dice *propiedad*…

Entonces entendí por qué Mary me había dicho que debía limitarme a decir *"sí, señor"*.

Al no recibir esa respuesta, una vena comenzó a marcarse en su frente. El hombre parecía tan irritado, tan absorto, tan incrédulo…

que me dejó terminar de hablar.

—Cuando dice propiedad, ¿se refiere solo a la mansión o también incluye la zona exterior? Quiero decir, los jardines, el césped, el bosque… es mucho espacio, y puedo garantizar que no habrá risas, ni llantos, ni gritos, ni una sola voz infantil que lo moleste.

Parpadeó dos veces. Y se quedó en silencio.

Sus ojos parecían estar tramando algún tipo de tortura medieval para mí. Tal vez quemarme como a una bruja, arrojarme al lago del fondo, encadenarme en una mazmorra secreta o encerrarme en la torre más alta de la propiedad.

—Entendido —tragué saliva, al ver que no diría nada más—. No volverá a ocurrir, lo prometo.

Él siguió mirándome, como si mi presencia ya no fuera bienvenida.

—¿Está usted bien? Solo por saber… ¿Esta es su forma de cerrar una conversación o ha sufrido un derrame cerebral y debería llamar a emergencias?

Ni siquiera parpadeó.

Sin embargo, siguió mis pasos con la mirada hasta que salí del despacho, cerré la puerta tras de mí y bajé lo más rápido que pude para irme.

Agarré mi bolso, con el corazón latiéndome en la garganta, sintiendo una falta de aire terrible y las piernas temblorosas sin saber ni siquiera dónde estaba la salida. Me sentía completamente perdida en aquel lugar.

—Dios mío… ese hombre da miedo.

Capítulo 07

Isabela Rojas

Después de aquel desastroso primer encuentro con mi jefe, cada vez que pasaba una hora más, esperaba que alguien apareciera con una caja en la mano y me ordenara que recogiera mis cosas.

En lugar de eso, ese viernes me vi sosteniendo un contrato de trabajo definitivo, un manojo de llaves que parecía poder abrir todas las puertas del reino y varias tarjetas vinculadas a la cuenta administrativa de la mansión Harrington.

Sentada frente al pequeño escritorio que ahora era *mi oficina*, intenté procesar el torbellino de emociones.

—Todo está listo para que pueda vivir aquí —murmuré, mirando a mi alrededor.

Aquel lugar se había transformado en una especie de estudio que tenía todo lo que necesitaba.

—Solo falta una cosa.

Encendí la pantalla del móvil y observé el fondo: un bebé de ojos enormes y brillantes, mordiendo su dinosaurio amarillo y babeando, con la sonrisa más hermosa del mundo.

El pequeño Theo.

Llamé a Natalie para saber cómo iba el plan.

—Hola, amiga. ¿Puedes hablar? —contestó.

—¿Todo listo para esta noche?

—Sí. Forré una bolsa de mano con una manta, Theo cabrá perfectamente. Ha estado jugando todo el día, así que cuando se duerma, será como una piedra.

—Ojalá, amiga —crucé los dedos—. El "camión de mudanza" pasará por ahí a las siete. No pierdas la maleta en la que va Theo.

—La llevaré yo misma.

—¿Y si los guardias quieren abrirlo todo? ¿Revisar mis cosas, por seguridad?

—Por eso necesito que estés en la entrada de la casa para recibirme. Si pasa algo, montamos una escena y, en el peor de los casos, agarramos la bolsa con Theo, la metemos bajo el brazo y salimos corriendo como dos locas.

Solté un suspiro de alivio.

Pero seguía tensa. No me sentiría realmente tranquila hasta que Theo estuviera aquí conmigo, completamente a salvo.

Natalie, maestra de los planes descabellados, había ideado una solución genial para amortiguar cualquier ruido que Theo pudiera hacer: paneles insonorizantes.

Como su hermano tocaba en una banda y ensayaba por las noches —justo cuando Natalie tenía que estudiar—, su padre había instalado paneles acústicos decorativos y el problema del ruido se resolvió.

Conseguí que, durante la reforma de mi habitación, contrataran al padre de Natalie para hacer ese trabajo. Así, el llanto de mi hijo no llamaría la atención y podría vivir aquí en secreto por un buen tiempo.

Aún tenía la esperanza de que, con el tiempo, demostrando mi buen trabajo y consolidando mi posición, pudiera encontrar la forma de convencer a mi jefe de que un bebé podía coexistir en el mismo espacio que él —siempre y cuando nunca se cruzaran.

Mientras guardaba el contrato en el cajón, una sensación de logro me invadió.

Theo estaba en camino y todo estaba listo para recibirlo.

Decidí salir de la habitación para comprobar el cambio de turno del personal de la mansión.

Caminando por el inmenso y silencioso pasillo, pensé en cómo habría sido mi vida si el padre de mi hijo no nos hubiera abandonado.

Jamás permitiría que Theo estuviera lejos de mí, pero habría sido bueno tener a alguien con quien compartir su crianza, su crecimiento, su vida.

Imaginar que mi hijo tendría que vivir escondido durante un año me apretaba el pecho y me revolvía el corazón.

Fui a la cocina y supervisé la llegada de las empleadas del turno de noche.

Les di las indicaciones sobre la cena de la familia Harrington y, cuando di la vuelta para regresar a mis aposentos, una figura imponente se interpuso en mi camino.

Alexander estaba más formal que la última vez que lo había visto. Llevaba un traje gris oscuro con cuadros sutiles, y su aroma cálido e inconfundible invadió mis sentidos.

Parecía desconcertado al encontrarme allí, y yo estaba al cien por cien nerviosa.

¿Habría descubierto algo?

—Buenas noches, Isabela —su voz profunda resonó en el amplio espacio.

—Señor Harrington, buenas noches —tragué saliva.

—¿Cómo van las cosas?

—Todo bajo control.

Intenté responder rápidamente, esperando que mi nerviosismo no fuera evidente. Tampoco quería hacerle perder su valioso tiempo.

Él asintió y, por un instante, pareció que seguiría su camino. Pero entonces se detuvo y volvió a mirarme.

—Isabela, quería agradecerte tu dedicación y esfuerzo.

—¿Perdón?

—Antes de marcharse por última vez, la señora Rigby te elogió mucho. Dijo que, a pesar de tu juventud, has mantenido la mansión en orden prácticamente sola en las últimas semanas.

—Fue muy generosa. Mary fue una gran maestra.

—¿Tienes todo lo que necesitas para instalarte aquí de forma definitiva?

—Sí, señor.

—Perfecto.

No apartó la mirada ni un segundo.

Y aquello empezó a incomodarme. De alguna manera, mi cuerpo decidió que hiperventilar era la forma correcta de responder a esa mirada, y mis manos se humedecieron.

—Le... agradezco la confianza, señor Harrington. Hoy he recibido mi contrato oficial. No le decepcionaré.

—Estoy seguro de que no lo harás. ¿Ya te has adaptado a la mansión? ¿Conoces bien todo?

—Sí, ya he memorizado dónde está cada cosa —sonreí, aunque *adaptarse* era poco para describir el caos controlado de los últimos días—. Este lugar es increíble.

—Me alegra que lo pienses.

—Solo que... parece un sitio solitario.

Carraspeé al darme cuenta de que mi comentario no fue bien recibido.

—Cuando las amigas de Charlotte se van y Penélope no organiza reuniones aquí, todo se queda bastante desértico y silencioso.

—Así me gusta.

Asentí, incómoda.

—Lo imagino. ¿No hay fotos de familia o…?

—Me gusta este lugar tal como está. Por el mismo motivo que me gustan las reglas estrictas, Isabela. Transmiten confianza, respeto e incluso seguridad —dijo con un tono más frío—. Sabes que tu función es asegurarte de que todo se mantenga como está, ¿verdad?

—Por supuesto, señor Harrington —di un paso atrás—. No quiero quitarle más tiempo. Estoy esperando que llegue mi mudanza. Prometo hacer el menor ruido posible.

—Buenas noches, Isabela.

Lo observé mientras subía las escaleras con una elegancia que parecía tan natural como la gravedad.

Aquel hombre tenía una forma tan refinada de comportarse que hasta su respiración parecía elegante. Y cuando lo contradije…

Dios mío. Incluso molesto, seguía siendo sobrio, con ese tono bajo y profundo, como si hablara al oído.

Volví a mi despacho y revisé por última vez todo el espacio. Arreglé la camita improvisada para Theo y esperé la llamada de Natalie.

Cada vez que quedaba libre de mis ocupaciones, mi mente volaba inevitablemente hacia él: el hombre que dirigía todo esto.

Debía de haber algo más en Alexander Harrington que no fueran sus reglas y su elegancia. Que era un CEO de mano de hierro y un genio financiero, no me cabía duda... pero ¿dónde estaba el calor humano? ¿La conexión con sus hijos, con la casa que tanto exigía mantener impecable?

Parecía un hombre difícil de descifrar y, aunque ese no fuera mi papel, sentía curiosidad.

Había algo en él que despertaba mi interés... y aún no sabía identificar qué era.

Capítulo 08

Isabela Rojas

La noche en la mansión se sumió en un silencio profundo, el momento perfecto para la llegada clandestina de un pequeño intruso.

No podía contener los nervios mientras esperaba en la sala trasera, espiando por la ventana cada vez que el sonido de un motor rompía la calma.

Rezaba con todas mis fuerzas para que el plan de Natalie funcionara; de lo contrario, ese sería mi primer y último día oficial en la mansión.

Finalmente, los faros de un camión de mudanza cortaron la oscuridad, y mi corazón se aceleró. Era la señal que esperaba. El vehículo se detuvo discretamente cerca de la entrada de servicio y corrí a abrir la puerta antes de que alguien más lo notara.

Natalie salió rápidamente del camión, cargando una bolsa de mano grande, estratégicamente modificada por dentro para transportar la carga más preciosa: Theo.

Antes de entregarme la bolsa, Natalie fue interceptada por dos guardias de seguridad.

—Buenas noches, señora. Tenemos que revisar todo lo que se introduce en la propiedad —dijo uno de ellos, con voz firme, mientras ya abría la cremallera.

Mi corazón dio un brinco.

—¡No, por favor! —Le agarré del brazo—. Son cosas... íntimas.

—Lo siento, señora. Solo cumplimos órdenes. Tenemos que verificar cada objeto.

Natalie empezó a hablar sin parar mientras tiraba de la bolsa hacia ella. El guardia lo tomó como un desafío y tiró en sentido contrario. Yo quedé en medio, intentando evitar que dejaran caer a mi bebé.

—¿Quieres avergonzarla? ¡Esa bolsa está llena de cosas íntimas! Lencería, vibradores, juguetes BDSM... —soltó Natalie sin pestañear.

Y yo quería morirme de la vergüenza.

—No hace falta —una voz autoritaria y familiar cortó la noche como un cuchillo.

Alexander Harrington se acercó, con esa postura de dueño del mundo y una mirada que impondría respeto hasta al más temerario.

Los guardias se enderezaron de inmediato, reconociendo su autoridad.

—Señor Harrington —empezó uno de ellos—, solo estábamos siguiendo el protocolo de seguridad.

Alexander se detuvo frente a nosotros, su mirada recorrió la escena antes de fijarse en los hombres.

—Isabela es la nueva ama de llaves de esta casa. Está por encima de todos en la cadena de mando, salvo por mí. Si ella dice que no hace falta, entonces no hace falta.

Los guardias se miraron entre sí, desconcertados, sin saber qué hacer.

Asintieron, por supuesto. Quedó claro que de todas las cosas que podían ocurrir en sus vidas, contrariar a Alexander Harrington era la última que deseaban.

Retrocedieron.

—Con permiso. —Alexander extendió la mano y tomó la bolsa, dando por zanjada toda aquella situación.

En cuanto agarró la correa, yo la sujeté también, por encima de su mano, con firmeza.

El contacto fue eléctrico, chispas de una energía inesperada recorrieron mi piel, haciéndome jadear levemente. Nuestras miradas se encontraron, y por un breve instante, todo desapareció de mi campo de visión, salvo Alexander.

—Suelta.

—No. No puedo.

—¿Mary no te enseñó? Tus respuestas deben ser "sí, señor".

—No puedo, señor. No puedo soltar. Es que… me da mucha vergüenza.

Él retiró su mano lentamente, sus ojos aún fijos en los míos.

—Bien —dijo con frialdad.

Iba a seguir su camino, pero dio media vuelta, se acercó a mi rostro hasta que su respiración cálida rozó mi piel y susurró:

—No soy un hombre mojigato, pero no quiero extraños en mi casa. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Sí, señor.

—Vive tu placer con intensidad, pero no traigas a otros hombres a mi casa.

—Le aseguro que eso nunca ocurrirá, señor.

—Perfecto. ¡Ayudad a cargar todo esto! —ordenó a los guardias, y se marchó.

—Gracias, señor Harrington… —murmuré, aún sintiendo el calor de su toque irradiar por mis dedos.

Corrí a mi habitación y me metí en el vestidor. Cerré la puerta mientras escuchaba a los hombres colocando cajas de libros, objetos y maletas en el cuarto.

Abrí la bolsa y vi a Theo dormir plácidamente, abrazado a su dinosaurio amarillo. Movía el chupete en la boca con lentitud.

Revisé si estaba herido, pero no. Las mantas debajo y alrededor de él habían creado una especie de nido, que por lo que vi, le encantaba, porque parecía estar muy cómodo.

—Shhh, ya está, mi amor. Mamá está aquí —acaricié su cabecita.

Unos minutos después, Natalie llamó a la puerta con suavidad.

—Ya se han ido.

Volví al cuarto y saqué a Theo de la bolsa. Observé su carita serena mientras lo acunaba en brazos y hacía un sonido constante de *mmm-mmm-mmm* para mantenerlo dormido.

—Ahora podré pasar todos los momentos del día contigo, mi bebé —apoyé los labios en su frente—. Esto va a funcionar. Solo necesitamos un año, y luego nos iremos a Brasil para empezar de nuevo.

Natalie me abrazó con fuerza.

—Eres la madre más valiente que conozco, Isa. Todo va a salir bien.

Sentí consuelo en sus palabras.

Estaba arriesgándome, sí, pero lo hacía por el bienestar de mi hijo.

Cuando Theo empezó a moverse y sus grandes ojos expresivos se abrieron, mi corazón se desbordó de amor. Parpadeó despacio y sonrió con picardía.

—¿Echaste de menos a mamá? —le hice cosquillas en la barriga—. ¿Sí, verdad? ¿Estabas cansado de estar lejos de mamá todo el día?

—Ahora la que va a echarlo de menos soy yo —dijo Natalie, haciendo un puchero.

—¿Eh, pequeñín? Ahora estás aquí con mamá. Y te prometo, mi amor, que nunca más estaremos tanto tiempo separados —volví a besarle la frente, embriagándome con ese olor dulce de bebé que tanto me hacía falta. Que me calmaba.

—Amiga, ahora tengo que irme.

—¿Ya?

—Sí, tengo que estudiar. Y mañana madrugo para trabajar. ¿Todo bien por aquí?

—Sí, muchas gracias, Naty —la abracé—. Si no fuera por ti, no lo habría logrado.

—Como recompensa, quiero trabajar aquí. Cuando haya una vacante, ponme en la lista prioritaria —me guiñó un ojo.

—Cuenta con ello. En cuanto haya una vacante, es tuya.

—¡Chao, pequeño! ¡Voy a echarte de menos! —Natalie le mordió el pie por encima del calcetín—. No hagas todas las travesuras de golpe, espera a que tu tía venga a verlas —me tocó el hombro—. Chao, amiga. Ve mandándome noticias.

—Vale, chao, Naty.

En cuanto se fue, cerré la puerta con llave y le di el pecho a Theo.

Hacía tiempo que no teníamos ese contacto. Me extraía leche todos los días para alimentarlo, y cuando llegaba a casa él ya estaba dormido y yo agotada. Me sentía muy culpable por eso.

—¿Te gustará este lugar? —pregunté en voz baja mientras mamaba—. Tenemos un jardín enorme ahí fuera, y un día te lo voy a enseñar. Hay muchos árboles, un lago, y una parte del bosque que es tan oscura que, si miras hacia arriba, puedes contar las estrellas...

Theo sonrió, sus manitas tocaron mi rostro.

Sentir su contacto me daba valor y disipaba cualquier duda que tuviera sobre nuestro futuro incierto.

—Eres mi pequeño príncipe, Theo. Y no importa lo que pase, mamá siempre te cuidará, te protegerá y te amará más que a nada en este mundo —continué, con los ojos llenos de lágrimas de emoción y felicidad al poder reconstruir ese vínculo con mi hijo—. Cada vez que tenga un momento libre, mamá vendrá a cuidarte.

Pasé el resto de la noche meciéndolo, observando cada respiración, cada pequeño suspiro suyo dentro de la cuna improvisada en el suelo del vestidor.

Por fin, ese lugar tenía alma de hogar.

Theo era todo lo que faltaba. Y así, mi noche se llenó de risitas suaves y canciones de cuna, hasta que él se durmió por completo.

—Mamá va a hacer todo lo posible para que tengas una vida llena de alegría y amor. Confía en mamá.

Esa noche, después de tantas noches mal dormidas y tanto estrés por el futuro, sentí una paz extraña envolviéndome… y dormí como un ángel.

Capítulo 09

Alexander Harrington

Isabela tenía algo intrigante que, de alguna manera, no podía ignorar.

Y lo intenté.

El poco tiempo que pasaba en casa era solo para descansar. Esta mansión se había convertido en mi refugio, el único lugar donde podía aislarme y no ser molestado por nada. Pero algo en mi interior deseaba ser perturbado por ella.

Primero intenté buscarle defectos, errores, cosas fuera de lugar.

Imposible.

Era competente, discreta y parecía anticiparse a los problemas antes de que ocurrieran.

Estaba sorprendido. Y eso era raro.

Cuando mi hermana me la recomendó, esperaba decepcionarme en la primera semana y despedirla. Pero ya habían pasado cuatro semanas, e Isabela parecía adaptarse a la casa con una perfección irritante.

Trabajaba en silencio, sin llamar la atención, y aun así, en los últimos días, su presencia era todo lo que podía percibir.

Incluso cuando intentaba concentrarme en los negocios, en los viajes, en las obligaciones... mis pensamientos volvían a ella.

Isabela, con su forma sutil y reservada, se había infiltrado en mi rutina. Y lo más irritante era que, por más que intentara mantener todo estrictamente profesional, algo dentro de mí… algo más primitivo, me decía que ella era más que una empleada excepcional.

Pero eso es ridículo.

Me estaba preparando para un viaje de negocios a Estados Unidos, uno de los contratos más importantes del año. Necesitaba estar al cien por cien concentrado. Y, sin embargo, no lograba sacármela de la cabeza...

El timbre interrumpió mis pensamientos.

Miré el Rolex en mi muñeca: eran las 17:00. Oliver, como siempre, puntual.

Escuché golpes suaves en la puerta del despacho, y la voz de Isabela me erizó la piel.

—¿Sí?

Ella entreabrió la puerta, pero no entró.

—Señor Harrington, su abogado, el señor Radcliffe, ha llegado.

—Dígale que pase, Isabela.

Segundos después, cuando cruzó la puerta, Oliver aún tenía el rostro girado hacia atrás, mirando a Isabela.

La sonrisa que traía en los labios era completamente inapropiada, y solo me di cuenta de que estaba gruñendo cuando se sentó frente a mí y frunció el ceño.

—Vamos a terminar esto rápido. Estaré fuera siete días y no quiero perder el tiempo.

Oliver arqueó una ceja con aire irónico.

—¿Qué pasa?

—Bonita la vista desde aquí, ¿verdad, Alex Ander?

Lo sabía. En cuanto cruzó esa puerta, algo me dijo que no solo venía a hablar de contratos y documentos.

—Por eso no te dejo pisar mi casa.

—Eso también es curioso, ¿no crees? ¿Tú? ¿En casa? ¿Antes de las nueve de la noche?

—¿Qué estás insinuando?

—Que la vista desde aquí es preciosa. Hay que aprovecharla.

Gruñí en silencio, cogí la pluma y extendí la mano.

—Concordemos en que esta casa nunca había estado tan… ¿viva? —sacó los documentos de su maletín—. ¿Tenemos a alguien a quien agradecer por ello?

Miré hacia la puerta del despacho, cerrada, pero era como si pudiera ver a Isabela con su moño práctico, con algunos mechones sueltos enmarcando su rostro.

Llevaba una elegancia natural, incluso en los momentos más comunes.

—Ah... ya veo lo que pasa —asintió con sutileza—. Esa mirada.

—¿Qué mirada?

—La tuya.

—No tengo ni idea de lo que hablas, Oliver.

El muy cabrón echó un vistazo por encima del hombro hacia la puerta cerrada. Luego me miró y me lanzó una de esas sonrisas provocadoras que detesto.

—Entiendo por qué sales del banco a las 16:00 y llegas aquí a las 17:00 últimamente —dijo, con esa sonrisa insoportable.

Rodé los ojos y traté de concentrarme en los papeles que había traído.

—Oliver, sería útil que guardaras tus pensamientos para ti —repliqué mientras tomaba la primera hoja, la hojeaba superficialmente y la firmaba—. Estamos aquí para hablar de negocios.

—Te diré cuál es el verdadero negocio —Oliver me lanzó una mirada desafiante—. ¿Por qué lleva esa ropa de abuelita? ¿Y cómo consigue estar tan buena con eso?

Golpeé la mesa con la palma abierta, marcando el límite.

—Mis empleados tienen uniforme.

—Sí, pero ¿por qué uno de abuelita? ¿Mary Rigby? Lo entiendo, tenía sentido. Pero esta pobre mujer… Parece un pajarito

enjaulado. ¿Dónde está la belleza en eso?

—La belleza está en que es mi empleada, en mi casa, siguiendo mis reglas. Nada más.

—Uh, pronombres posesivos —entrecerró los ojos y chasqueó la lengua—. Mía. Mía. Mía. Uuh, la testosterona.

—No vas a sacarme de quicio. Ya lo hacen los americanos con maestría.

Detestaba Estados Unidos. Y detestaba aún más tener que ir personalmente a cerrar ciertos negocios. Pero Oliver se estaba esforzando en irritarme tanto como ellos.

—¿Cuál es el drama? Es guapa, tiene un cuerpazo, una presencia intrigante. ¿No crees?

Me detuve un instante, intentando que no se notara mi irritación creciente. Era cierto que Isabela era… intrigante. Desde el primer momento en que nuestras miradas se cruzaron, hubo algo en ella que me atrajo. No era solo su eficiencia, ni su educación impecable. Era algo más, algo que ni siquiera quería admitir.

—No vamos a distraernos con eso, Oliver. Tengo un viaje importante en dos días. Terminemos lo que hay que hacer —dije,

intentando mantener un tono profesional, aunque sabía que él notaría mi evasiva.

Oliver me lanzó una mirada sospechosa mientras sacaba más papeles para que firmara.

Pero, por supuesto, no pudo resistirse...

—Pero distraerse es algo tan bueno, ¿no crees? Voy a contarte mi nueva distracción.

Rodé los ojos y aceleré las firmas para terminar con aquello de una vez.

—Siempre me pregunté para qué servirían mis habilidades de boy scout. Papá me metió en los scouts con ocho años, pasé años haciendo nudos en cuerdas y, mira tú… ahora me distraigo atando mujeres con nudos perfectos, despertando toda su sensibilidad. Y, amigo, permíteme decirte algo: cuando estimulas la sensibilidad de una mujer… su orgasmo es una locura.

Solté la pluma sobre el papel y lo miré, absorto.

Parpadeé varias veces, intentando encontrar una respuesta, pero recordé uno de los sabios consejos de mi padre: *cuando no tengas nada bueno que decir, guarda silencio.*

—Me alegra que hayas encontrado una distracción —dije—, aunque sea visual, por ahora. Algo que te haga regresar a casa antes de las nueve de la noche.

—Las distracciones son un lujo que no puedo permitirme. Ya lo sabes. E Isabela... no es más que una empleada valiosa de esta casa.

Mis palabras sonaron más duras de lo que pretendía, quizás intentando convencerme a mí mismo de lo que decía.

—Claro, claro. Lo entiendo. Pero respóndeme con sinceridad: ¿de verdad crees eso? Porque, francamente, Alex Ander, he visto docenas de empleados en esta mansión, y nunca te vi hablar así de nadie. Tampoco llegar tan temprano del trabajo.

—Es solo una coincidencia.

—Sí, coincidencias. Los hombres como nosotros creemos en ellas, ¿verdad? —entrecerró los ojos con provocación.

Tenía razón.

Hombres como nosotros no creíamos en coincidencias.

—¿Y qué quieres decir con "nunca te vi hablar así de alguien"?

—*Mía* —declaró de forma teatral, como si yo fuera un vikingo proclamando propiedad.

—No hablé así.

—Sí que lo hiciste.

—Exageras.

—Pero no invento.

Me quedé en silencio por un momento, luchando contra el torbellino de pensamientos que sus palabras habían despertado. Oliver tenía razón en algo: Isabela era diferente. No sabía exactamente por qué, pero había algo en ella que me hacía cuestionar el camino que siempre había considerado correcto en mi vida.

—Yo... —empecé a hablar, pero desistí enseguida. No había nada que decir. No podía justificar lo que ni yo mismo entendía—. Revisa esas firmas de una vez, Oliver. No tengo toda la noche.

Oliver rió, claramente satisfecho con mi conflicto interno.

—Todo perfecto, caligrafía impecable.

—Bufón.

Siguió hablando de forma casual, y yo intenté ignorarlo.

Fue difícil.

Cada palabra que salía de su boca parecía hurgar en una herida que no quería admitir que existía.

—Sabes, Alex Ander… a veces, lo que necesitamos no son solo contratos, números, ni viajes a Estados Unidos. Quizás lo que tú necesitas, amigo mío, es algo —o alguien— que traiga un poco de caos a tu vida perfectamente organizada.

—Soy CEO de un banco inglés, querido amigo. Ya tengo caos suficiente para toda una vida, gracias —repliqué, intentando mantenerme firme.

Celebré internamente cuando terminé de firmar todos los papeles y se los entregué.

Oliver volvió a reír y se levantó, listo para irse.

—Quizás sí, quizás no. Pero voy a proponerte un reto.

—Dilo.

—Intenta no pensar en ella mientras estés en Estados Unidos —guiñó un ojo—. Tal vez así te des cuenta de lo mismo que yo.

—No será difícil. Cuando voy a ese infierno de país, pienso en cualquier cosa solo para aliviar el estrés.

—Y no hay nada mejor para aliviar el estrés que pensar en atar a tu ama de llaves, dejar su piel toda rojita y sensible, hasta que con el más mínimo roce...

Se levantó y salió corriendo al verme levantarme con intención de perseguirle.

—¡El caos puede ser bienvenido, amigo! Porque solo él es capaz de sacarnos del lugar donde estamos atrapados.

Me quedé observando cómo salía de la mansión, con la carpeta de documentos bajo el brazo y esa sonrisa insoportable en el rostro. En cuanto se fue, sentí un peso instalarse sobre mis hombros.

No pensaba en Isabela de esa manera.

De ninguna manera.

Y si volvía temprano a casa era porque… bueno… era mi casa.

Sin embargo, ¿cómo podía una mujer de su edad ser tan cuidadosa, eficiente, madura y sensata? Tan distinta de todas las personas de su generación, e incluso de mis propias hijas, ocupadas con fiestas y trivialidades. ¿Cómo lograba Isabela mantenerse tan centrada?

Miré por la ventana del despacho, donde ella estaba sentada en un banco del jardín, observando la fuente.

¿Por qué había traído esa maleta con contenido erótico a mi casa? ¿Pensaba hacer alguna locura mientras yo estuviera fuera? Y, lo más preocupante… ¿por qué estaba tan curioso?

Las palabras de Oliver resonaron en mi cabeza:

—*Quizás necesitas a alguien que traiga un poco de caos.*

No.

Odiaba el caos.

Había pasado toda mi vida intentando imponer orden mientras todo a mi alrededor se desmoronaba. El caos era la receta perfecta para la destrucción y el desequilibrio.

Y, aun así, no podía dejar de pensar en ella.

Desde el día en que llegó, toda mi atención se había volcado por completo en su figura.

Quizás la distancia me hiciera bien. Me ayudara a poner la cabeza en su sitio.

Eso era lo que necesitaba.

Capítulo 10

Alexander Harrington

Dos días después.

Estaba listo para salir de viaje.

Las maletas ya estaban en el coche y mis pensamientos estaban completamente centrados en la reunión crucial que tendría en Estados Unidos.

Penélope, por supuesto, eligió precisamente ese momento para aparecer en la mansión con otra de sus demandas emocionales.

—Papá, ¿podemos hablar?

Intentó bloquear mi salida, y de inmediato le di la espalda y busqué otra salida para abandonar la casa.

Ella me siguió.

Suspiré, ya imaginando de qué se trataba.

Sabía que estaba planeando algo grande para el cumpleaños de mi nieto, y también sabía perfectamente lo que iba a responderle.

—Penélope, estoy a punto de volar a Manhattan. No tengo tiempo para esto ahora.

Pero no se detuvo.

Al contrario, aceleró el paso hasta colocarse a mi lado y me lanzó una mirada firme.

—Quiero que la fiesta de cumpleaños de mi hijo sea aquí, papá. En la mansión. Es el lugar perfecto. —Su voz tenía esa dulzura medida que siempre usaba cuando intentaba salirse con la suya.

—Ya dije que no va a suceder. Esta casa no es lugar para fiestas infantiles. Y esa es mi última palabra.

No estaba dispuesto a debatir algo tan trivial cuando tenía asuntos mucho más importantes entre manos.

Penélope cruzó los brazos y, para mi sorpresa, sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas.

—Papá, por favor… —Su voz se quebró, y vi el momento exacto en que apeló a lo emocional—. Los mejores recuerdos que tengo de mamá son de los cumpleaños que organizaba para

nosotros. Solo quiero que mi hijo tenga algo parecido. Algo especial, aquí, en casa.

Sentí cómo se me tensaba la mandíbula. ¿De verdad haría eso? ¿Usaría la memoria de su madre para manipularme? Mis sentimientos hacia Susan eran delicados, pero no lo suficiente como para ceder ante algo que sabía que traería caos a mi casa.

—Penélope —respiré hondo y me froté la frente—, llorar no va a funcionarme. Nunca funcionó. Y lo sabes. Eres adulta, compórtate como tal.

Ella me miró, incrédula, con las lágrimas cayendo libremente por el rostro.

—Llorar es para los débiles, Penélope. ¿No te enseñé eso ya?

Salí por la puerta trasera, ignorando su desesperación. Tuve que dar la vuelta más larga para llegar a los jardines frontales. Mi paciencia para esos dramas era inexistente, y no me dejaría arrastrar por sentimientos que no me servían de nada.

Al pasar por la entrada principal de la mansión, vi a Isabela observando la escena de reojo.

Intentaba fingir que no estaba allí, pero noté cómo sus ojos me seguían mientras caminaba.

—Mantén el orden mientras estoy fuera, Isabela —le dije sin rodeos—. Y recuerda, no tolero errores. Ni uno solo. Es tu responsabilidad que todo se mantenga en orden.

Ella asintió rápidamente y bajó la cabeza.

Penélope seguía llorando a mis espaldas, e Isabela lo había presenciado todo.

No sabía exactamente qué estaba pensando, pero no me importaba.

Entré en el coche, me abroché el cinturón y le hice una señal al chófer para que me llevara al aeropuerto.

Lo único que importaba era que dejaba todo en orden antes de marcharme.

Isabela Rojas

Estaba organizando algunos detalles en el salón cuando escuché los pasos pesados de Alexander resonando por los pasillos,

seguidos de un llanto ahogado.

Penélope.

No era difícil entender lo que había pasado.

Habían discutido.

Desde lejos, vi a Alexander salir de la mansión, el rostro imperturbable como siempre, como si nada pudiera alterar su rígida postura de control.

Se marchó y dejó a su hija mayor en medio del jardín, sollozando en voz baja.

Me acerqué despacio, intentando medir qué decir, o incluso si debía decir algo. Pero antes de que pudiera decidir, Penélope se giró hacia mí con los ojos enrojecidos y las lágrimas aún deslizándose por sus mejillas.

—¡Él... él es tan frío! —balbuceó, intentando secarse el rostro con las manos—. ¡Parece que está muerto por dentro!

—Penélope, vamos dentro a tomar un té —le ofrecí, guiándola hasta el sofá del salón.

Se dejó caer en el asiento y abrazó un cojín, como si se le hubieran agotado las fuerzas.

Me quedé de pie frente a ella, intentando encontrar las palabras adecuadas.

Sabía que la relación entre ella y su padre siempre había sido complicada, pero la intensidad de su tristeza me tocó profundamente.

—No va a permitir la fiesta, ¿verdad? —pregunté en voz baja, aunque ya conocía la respuesta.

Ella negó con la cabeza y comenzó a llorar aún más fuerte, los sollozos sacudiendo su cuerpo.

—Pero no vamos a cancelar la organización. Es este fin de semana.

—¿Por qué no hacerla en tu casa? ¿Tu marido no quiere?

—Es importante para mí. Era cuando me sentía más cerca de mamá.

—¿Y crear nuevos recuerdos, en tu casa, no sería lo ideal?

Me miró con un odio que sabía que no iba dirigido a mí.

—Él no va a matar los recuerdos de mi madre.

Tragué saliva y bajé la mirada.

—Solo quería algo especial para mi hijo. Algo que devolviera vida y luz a esta casa, pero no... él necesita seguir aferrado a su maldita frialdad. —Penélope respiró hondo, intentando recobrar el control—. Ella siempre hacía todo con tanto amor... Solo quería eso para mi hijo. ¿Es demasiado pedir?

Guardé silencio, sintiendo el peso de sus palabras.

Aquello significaba mucho para ella.

No me habían dado un manual con la historia completa de los Harrington. Eran tan discretos y reservados que apenas había nada sobre ellos en internet.

Todo lo que sabía era lo que iba descubriendo conviviendo con ellos. Y, juzgando por las palabras de Penélope, tenía que darle la razón: los recuerdos eran importantes, y comprendía su deseo de querer recrear algo especial para su hijo.

Por otro lado, Alexander había sido muy claro: *mantén el orden mientras esté fuera*.

Aquello era una orden directa y contundente. No había margen para errores.

—Él nunca va a cambiar —continuó Penélope, secándose las lágrimas con el dorso de la mano—. Nunca va a entender lo que esto significa para mí. ¿Y sabes qué más? No me importa lo que diga.

Me tensé, anticipando lo que vendría después.

—Vamos a hacer la fiesta. Aunque no tengamos su permiso. —Su voz, antes temblorosa, ahora era firme, casi desafiante—. Quiero que mi hijo tenga un día increíble, como los que yo siempre tuve, y voy a asegurarme de que así sea.

Sentí un nudo en el estómago.

—Penélope... —empecé, intentando mantener la calma, pero mi propia voz salió débil. No podía ocultar mi nerviosismo—. Esto... no sé si es buena idea. Tu padre dejó claro que no quiere niños aquí. Y si algo sale mal...

Me miró con una determinación en los ojos que solo otra mujer es capaz de reconocer cuando ve a alguien realmente decidida.

—Isabela, por favor. Sabes lo que esto significa para mí. Necesito tu ayuda para organizarlo todo. Eres la ama de llaves, tienes el control de la casa. Puedes hacer que suceda.

Me sentí dividida.

Por un lado, quería ayudar a Penélope; comprendía el valor emocional que esto tenía para ella. Pero por otro, el miedo a desobedecer una orden directa de Alexander me dominaba.

Apenas me estaba estableciendo en la mansión, y ya me veía en medio de una guerra entre padre e hija.

¿Y si eso me costaba el trabajo?

Pensé en Theo. En cómo necesitaba conservar ese empleo. Todo iba bien y no podía arriesgarme. Alexander había dejado claro que estaba bajo observación, y sabía que cualquier error podía ser el último.

—Penélope, te entiendo. De verdad que te entiendo. —Respiré hondo, intentando encontrar una salida—. Pero si hacemos esto sin su permiso... puedo meterme en un buen lío. Y si él descubre que fui yo quien lo organizó... puedo perder mi trabajo. Y necesito este dinero.

Ella me miró, su expresión suavizándose al notar mi miedo.

—No voy a dejar que esto recaiga sobre ti, Isabela. Asumo toda la responsabilidad. Si él se entera, diré que fue idea mía, que

no te di opción. —Penélope me agarró la mano; su expresión ahora era una mezcla de determinación y súplica—. Por favor, ayúdame a darle a mi hijo este momento feliz. Solo esta vez.

Suspiré, sintiendo un nudo en el pecho.

La idea de desafiar a Alexander era aterradora, pero al mismo tiempo, era imposible no sentir empatía por Penélope.

El conflicto dentro de mí era abrumador.

Sabía que tendría que decidir pronto, y fuera cual fuera mi elección, las consecuencias serían duras.

—Vamos a pensar en algo —susurré, aún sin saber qué hacer —. Pero tienes que prometerme que, si algo sale mal, no seré yo la responsable.

Penélope me miró con gratitud y alivio.

Quería creer que todo saldría bien.

Sin embargo, una parte de mí —esa que siempre intentaba prever los desastres antes de que ocurrieran— sabía que el margen de error era enorme.

—Lo prometo. No vas a perder tu trabajo.

Capítulo 11

Isabela Rojas

Organizar una fiesta en contra de una orden directa de Alexander Harrington era exactamente el tipo de cosa que me había prometido no hacer jamás.

Solo la idea me provocaba ardor en el estómago.

Y, sin embargo, allí estaba yo, organizando los preparativos para el cumpleaños del hijo de Penélope como si no pasara nada.

El mayor trabajo fue conseguir que todos los empleados de la mansión firmaran un acuerdo de confidencialidad con una cláusula de multa exorbitante si llegaban a mencionar el evento al dueño de la casa. Siento que perdí cuatro años de vida solo en eso.

Mientras daba instrucciones al equipo de decoración, mi corazón latía con fuerza, como si Alexander pudiera aparecer por la puerta en cualquier momento y despedirme sin más.

Un mini circo se había montado en el bosque de la mansión, los árboles cobraban vida con cintas, globos y figuras de animales hechas con globoflexia. El exterior de la casa se había transformado en un escenario vibrante, en un contraste absoluto con la seriedad opresiva que dominaba el interior.

Una parte de mí adoraba el ambiente alegre que estábamos creando. Pero otra parte, la racional, me gritaba que aquello no era una buena idea.

Penélope me había sonreído con gratitud esa mañana, y ahora la veía jugar con su hijo en el jardín, ignorando por completo el hecho de que, si algo salía mal, sería mi cabeza la que rodaría.

Inspiré profundamente, intentando calmarme mientras observaba los preparativos. El equipo parecía ir bien, pero mi cerebro iba a mil por hora.

¿Sería capaz de mantener todo esto en secreto para Alexander?

Era tan controlador, tan estricto con sus normas… Y aunque intentara justificarme, sabía que no serviría de nada.

Me lo advirtió. Con todas las letras.

La idea de desobedecer sus reglas me ponía nerviosa, pero al mismo tiempo no podía evitar sentir empatía por Penélope. Solo quería crear recuerdos bonitos para su hijo, algo que lo conectara con la memoria de su madre.

¿Quién podría culparla por eso? ¿Y yo? ¿Quién era yo para negarle algo tan importante?

Mientras coordinaba al equipo de floristas, el peso de lo que estaba haciendo cayó de golpe sobre mí. Estaba viviendo una contradicción constante, intentando equilibrar el deseo de ayudar a Penélope con el miedo a ser despedida por Alexander.

Sabía que, de una forma u otra, alguien acabaría perdiendo.

Y probablemente sería yo.

—¿Señora Rojas? —la jefa de decoración me interrumpió en medio de mis pensamientos—. ¿Dónde colocamos el escenario para el mago?

—Ah, sí. En el centro, por favor, cerca de la mesa principal, para que capte la atención de los niños —respondí, con un nudo formándose en la garganta.

Me alejé un momento, necesitaba una pausa.

Fui a mi habitación y cogí el móvil para llamar a Natalie. Mientras Theo dormía en su cuna improvisada dentro del vestidor, necesitaba desahogarme.

—Natalie, ¿tienes un minuto?

—Para ti, siempre. ¿Qué pasa, amiga?

Me senté en la cama y suspiré, sintiendo el peso de la situación.

—Estoy organizando la fiesta de cumpleaños del hijo de Penélope —empecé, con voz baja y cargada de culpa.

—¡Ah, qué bien! Pero espera… ¿no dijiste que Alexander lo había prohibido?

—Exacto. Lo prohibió. —Me froté las sienes, sintiendo cómo empezaba a dolerme la cabeza—. Penélope prácticamente me suplicó. Y lo entiendo, ¿sabes? Solo quiere algo especial para su hijo. Pero… estoy rompiendo las reglas. Si él se entera, estoy acabada.

—¿No dijiste que tu jefe estaba de viaje?

—Sí.

—¿Y cuándo vuelve?

—Entre el miércoles y el jueves. Habrá tiempo de desmontar todo y borrar cualquier rastro de la fiesta.

—Perfecto. Pero sigue siendo complicado…

—Lo sé. Pero ella dijo que asumiría toda la culpa si algo salía mal.

—¿Y tú le crees? Porque, amiga, cuando hay problemas, la cuerda siempre se rompe por el lado más débil.

—Sí —suspiré—. Por desgracia.

—Dime cómo te sientes con todo esto.

Guardé silencio un momento, reflexionando sobre la pregunta.

Sabía cómo me sentía. Dividida. Quería ayudar a Penélope, verla feliz. Pero el miedo a que Alexander descubriera lo que estaba haciendo me estaba carcomiendo.

—No lo sé —respondí por fin—. Siento que estoy entre dos decisiones equivocadas. Si ayudo a Penélope, corro el riesgo de perder el trabajo. Si no la ayudo, me sentiré fatal por no haber hecho algo que podría haber sido especial. No sé qué hacer, Natalie. Me estoy ahogando aquí.

Ella se quedó en silencio un instante y luego suspiró, comprensiva.

—¿Crees que Alexander sospecha algo?

Solo escuchar su nombre hizo que el corazón se me acelerara.

—No, claro que no. Se fue de viaje y dejó a su hija aquí, hecha un mar de lágrimas.

Natalie se rió al otro lado de la línea, con ese tipo de risa que indicaba que sabía más de lo que dejaba entrever.

—Estás nerviosa, Isa. ¿Nerviosa por la idea de que él lo descubra… o por *él*?

—¿Qué? ¿Cómo así? ¿Qué estás insinuando?

—Vi tu cara aquella noche, cuando él puso la mano encima de la tuya sobre la bolsa.

—¿Hmm? No me acuerdo de eso.

—Claro que no —rió más fuerte—. Te quedaste paralizada, sin reacción, hasta palideciste.

—Claro, estaba a punto de descubrir a mi hijo, ¿cómo no iba a ponerme así?

—Esa no era cara de susto, no.

—¿Qué estás insinuando?

—¿Yo? ¿Insinuar? Nada, por supuesto. Solo que… apareció de la nada, ¿no? Vino a defenderte con toda la pompa. Hasta quiso cargar tu maleta. Un hombre como él no debe ni cargar su propio maletín del trabajo.

—Creo que lo estás entendiendo todo mal, Natalie —reflexioné—. Alexander es… complicado. Controlador. Frío. Directo. Además, es mi jefe. No tengo nada que ver con él y él mucho menos conmigo.

—Ajá… —Natalie alargó la palabra con tono juguetón—. Igualito que con Alex, ¿te acuerdas? Luchabas contra tus sentimientos, sobre todo cuando se trataba de hombres autoritarios. Hasta que te rendiste…

—Y mira cómo acabó. Me dejó plantada en el altar, embarazada, el muy cabrón me mandó dinero para abortar y desapareció del mapa.

Suspiré, sabiendo que Natalie tenía razón, pero negándome a admitirlo.

—No voy a cometer el mismo error otra vez. ¿Es guapo? Claro que lo es. Mucho mayor que yo, tiene edad para ser mi padre. Pero

no voy a repetir lo mismo. Esta fábrica está cerrada para británicos. Solo quiero trabajar, ganar mi dinerito honradamente y volver a Brasil…

—Hasta que ese hombre te agarre la mano otra vez… luego el muslo… luego las braguitas…

—Para, ya. —Fruncí el ceño—. Alexander es el tipo de hombre que jamás se enamoraría de nadie. Se cerró al amor. Y aunque no lo estuviera, ¿yo sería una opción? Jamás. ¿Qué tenemos en común? Nada. Y yo tampoco… no sé… no quiero eso. No con él.

Estaba siendo sincera. Al menos, eso quería creer.

—Uy, estás en fase de negación. Freud lo explica. Pero cuidado, ¿vale? Vi cómo te agarró la mano, vi su cara y la tuya. Quizá Alexander no sea el hombre que tú piensas.

Claro que lo era. Un CEO frío y calculador, incapaz de sentir algo que no fuera interés por su cartera bancaria.

—Eso es, amiga. Cuidado, ¿vale? Haz la fiesta, limpia todo, hasta el último confeti, y buena suerte. Todo va a salir bien.

—Gracias, Naty.

—Después de todo, lo peor que puede pasar… es que todo salga mal.

Colgó y, como por arte de magia, Theo empezó a llorar.

Fui hasta la cuna y lo tomé en brazos, intentando calmarlo, pero seguía inquieto.

¿Qué podía ser?

—No es el pañal, hijo. Y comiste antes de dormir… ¿tienes hambre? —Intenté ofrecerle el pecho, pero lo rechazó—. ¿Por qué lloras, mi amor? Díselo a mamá…

Miré a mi alrededor, y aunque teníamos aislamiento acústico, la simple idea de que alguien pudiera pegar la oreja a la puerta y escuchar el llanto me aterraba.

—Ayuda a tu mamá, Theo —murmuré, intentando bromear con él—. Mamá ya está metida hasta el cuello en un lío tremendo, no llores, por favor…

Su llanto tenía un tono de sufrimiento que me deshacía por dentro.

Lo intenté todo: le cambié el pañal, le ofrecí el pecho de nuevo, probé distraerlo con juegos, lo acuné en mis brazos para que durmiera, pero nada funcionaba. Parecía decidido a llorar hasta ponerse rojo.

Momentos así me hacían sentir que no solo había perdido el control sobre mi hijo, sino también sobre mi propia vida.

Y no podía permitirme fallar, porque todo dependía de este trabajo. De mantener a Theo a salvo y bien hasta que volviéramos a Brasil.

Necesitaba mantener el control de todo, pero al mismo tiempo, sentía que el universo entero conspiraba contra mí.

Y para empeorar las cosas, la figura de Alexander seguía rondando por mi cabeza, incluso cuando intentaba expulsarlo.

No quería eso. No quería sentir nada por él.

Sin embargo, una parte silenciosa de mi mente susurraba, me decía que ya estaba demasiado cansada de cargar con todo sola. Sería bueno tener a un hombre maduro, fuerte, responsable… aunque fuera rudo y autoritario, que me tomara de la mano y compartiera el peso conmigo.

Pero Alexander no era ese hombre.

Eso era una tontería, una fantasía mediocre de una madre desesperada.

Capítulo 12

Isabela Rojas

No descansé ni un minuto ese fin de semana.

Las ojeras ya se me marcaban con fuerza, fruto del cansancio acumulado.

Era domingo, la fiesta estaba a punto de comenzar, los primeros invitados ya habían llegado, pero desde el viernes el ritmo en la mansión se había vuelto frenético.

Penélope me dejó toda la responsabilidad: decoración, comida, seguridad, entretenimiento, recuerdos. En medio de tanto caos, ya no sabía ni cómo me llamaba, mucho menos qué estaba haciendo. Me puse en piloto automático y seguí adelante.

Y a cada segundo, ya fuera cerrando tratos con proveedores o recibiendo confirmaciones de padres que traerían a sus hijos, una voz dentro de mi cabeza repetía que estaba a punto de ser descubierta.

Me despertaba cada día con el corazón encogido, y con cada paso que daba por la casa, sentía que arrastraba la culpa y el miedo a cuestas.

Alexander era el hombre más implacable que había conocido.

¿Su fama? Que era el CEO más poderoso del Reino Unido, que financiaba a los grandes de Europa y Estados Unidos, pero lo peor: que sentía cierto placer en destruir empresas, reducirlas a polvo y comprarlas solo para borrarlas del mapa.

No quería ni imaginar lo que ese hombre sería capaz de hacer conmigo si llegaba a enterarse de algo —o mejor dicho, *cuando* se enterara.

Entre coordinación y coordinación, corría a mi habitación, donde Theo me esperaba. Mi hijo era lo único que me daba luz y paz en medio de esa tormenta de ansiedad.

Aun así, estaba inquieto y alterado.

Lloraba con más frecuencia e intensidad, y por más que intentara calmarlo con canciones y caricias, no lograba tranquilizarlo. El aislamiento acústico del cuarto me ayudaba a mantener la discreción, pero la sensación de que alguien podía descubrirlo en cualquier momento me carcomía por dentro.

—Todo está bien, mi amor. Mamá ya va a quedarse contigo, solo un poquito más… —repetía mientras lo amamantaba, intentando ignorar el miedo creciente de que Alexander o cualquier otro empleado descubriese el secreto que escondía en mi loft.

La tensión era palpable.

Cada vez que sonaba el teléfono o llegaba un mensaje, el corazón me daba un vuelco. Penélope, ansiosa por cada detalle de la fiesta, llamaba cada cinco minutos.

—Isabela, ¿dónde estás? ¿Te has olvidado de que hay una fiesta en marcha? ¡Las empleadas están perdidas sin ti! ¡Están sirviendo los dulces ahora, cuando deberían ser los entrantes! —su voz resonó por el móvil y, antes de que pudiera protestar, ya había colgado.

Suspiré y miré a Theo, que seguía aferrado a mi pecho, mamando a su ritmo.

—Hijo, mamá tiene que irse y enseguida vuelve para que termines de comer, ¿vale?

Lo dejé en la cuna, rodeado de sus juguetes. Puse un dibujo animado en el móvil, le di un beso en la frente y salí a toda prisa del cuarto.

Cerré la puerta como pude y corrí hacia la parte exterior de la casa.

En el camino, fui delegando tareas conforme encontraba a los empleados. Para mi sorpresa, los que más problemas daban eran los que Penélope había traído, no los de la mansión.

El personal fijo ya había aprendido a respetarme y seguir mis instrucciones. No sé si por miedo o por aprecio. Cuando Alexander dejó clara mi autoridad y mi capacidad para despedir a quien quisiera, todos dejaron de tratarme como si fuera una intrusa.

Estaba al borde de la locura con tantas órdenes para tantos equipos distintos.

Y aun así, sabía que no estaba dando lo mejor de mí, porque mi atención estaba dividida entre organizar la fiesta, el pánico de tener que desmontarlo todo sin dejar rastro, y lo peor de todo: el miedo constante a que descubrieran a mi hijo escondido.

Al volver para ajustar los últimos detalles del bufé, me di cuenta de que todo funcionaba en perfecta armonía. Penélope estaba exagerando, como siempre, causando caos con sus dramas innecesarios.

La fiesta estaba animada, los niños felices, los padres entretenidos con varias actividades —pintacaras, escalada, castillos hinchables y más—, y la música de fondo era agradable.

Aun así, no podía quitarme de encima la sensación de que algo estaba a punto de salir mal.

—Esto es para que aprendas: la próxima vez, dile que contrate a una organizadora de eventos —murmuré para mí misma, y enseguida me corregí.

Cuando por fin logré un momento de respiro y todo parecía estar bajo control, decidí volver a la habitación.

Quería terminar de dar el pecho a Theo antes de seguir con todo ese estrés.

Empujé la puerta, que estaba entreabierta —algo que ya me pareció extraño—, y fui hacia el vestidor con una sonrisa en el rostro, lista para jugar con él.

—¿Dónde está mamá? ¿Dónde está mamá? ¿Dónde está mamá? ¡Aquí está...!

Fue entonces cuando un escalofrío me recorrió la espalda.

Y mi voz desapareció por completo.

El móvil seguía reproduciendo el dibujo animado que había puesto, y los juguetes estaban esparcidos por el suelo, pero…

La cuna estaba vacía.

—¿Theo? —Lo busqué por todos los rincones.

El corazón casi se me detuvo.

—¡Theo! —Grité con el alma en vilo, sintiendo cómo el pánico se apoderaba de mí.

Las piernas me temblaban. ¿Dónde estaba? ¿Cómo había desaparecido? La casa era enorme, pero no podía haberse ido solo.

—¡Theo! ¡Hijo! ¡Contéstame!

Registré el baño, los armarios, debajo de la cama, cada rincón de ese espacio: no estaba en ninguna parte.

Salí como loca por los pasillos, mi cuerpo funcionando en piloto automático. Con cada paso, mi mente imaginaba lo peor.

¿Y si alguien se lo había llevado? ¿Y si había caído a la piscina? ¿Y si estaba herido? No podía pensar con claridad, solo oía el martilleo de mi corazón.

Subí y bajé escaleras, revisé habitaciones, abrí puertas que ni sabía adónde llevaban. El desespero aumentaba a cada segundo.

Entonces lo oí. Un llanto suave y familiar, proveniente de lejos.

Seguí el sonido como si mi vida dependiera de ello —y, en verdad, dependía. Corrí por el pasillo hasta que el llanto me condujo a la biblioteca de Alexander, el único lugar de la mansión al que nunca había entrado.

Mis manos temblaban al empujar la puerta, y el llanto de Theo se volvió más claro.

Entré, y allí estaba él, en medio de la sala, agitando desesperado su dinosaurio amarillo y llorando a pleno pulmón.

Dejé de respirar.

Corrí hacia él y lo tomé en brazos.

—¿Cómo llegaste aquí, hijo? ¿Cómo saliste de la habitación? ¿Qué es eso de andar gateando sin que mamá te supervise?

Lo abracé con fuerza contra mi pecho y cerré los ojos, sintiendo un alivio inmediato.

—Gracias, Dios. Gracias...

—No. No des las gracias todavía. —Una voz grave y rasposa llenó la habitación.

Las piernas me fallaron, se me fueron de debajo del cuerpo, y me dejé caer al suelo abrazando a mi hijo mientras miraba a mi jefe.

Alexander estaba sentado en un rincón de la sala, con las piernas cruzadas, su mirada seria y penetrante clavada en mí como si quisiera aplastarme con sus zapatos de cuero lustrado. Me observaba con frialdad, respiró hondo y pareció contar mentalmente hasta diez para no perder el control.

—S-s-señor Harrington… Puedo explicarlo —logré decir, con la voz temblorosa y el cuerpo paralizado por el terror.

Alexander arqueó una ceja sin apartar los ojos de mí.

Su mirada era más intensa que cualquier cosa que hubiera sentido antes. Parecía confundido, decepcionado, molesto y traicionado, todo mezclado y contenido en esos ojos oscuros y ese traje perfectamente entallado.

—Sí —dijo, con voz firme—. Vas a tener que explicarlo *todo*.

Capítulo 13

Isabela Rojas

Mi corazón latía tan fuerte que me faltaba el aire.

Alexander se puso en pie, metió las manos en los bolsillos y dio unos pasos hacia mí. Me miraba con frialdad, con irritación, como si hubiese ofendido su honor y el de toda su familia.

Abracé a Theo contra mi pecho, sintiendo su cuerpecito temblar entre sollozos.

Respiré hondo, pero de pronto mi mente se quedó en blanco, las palabras desaparecieron, apenas podía articular una frase. Lo único que logré decir fue:

—Yo... puedo... explicarlo...

Alexander miró a Theo como si fuese un fantasma, algo que le asustaba y que no quería seguir viendo. Cuando levantó la mano, hasta mi hijo dejó de llorar, tan seria fue su expresión.

—Viniste a mi casa, desobedeciste mis normas y me ocultaste esto.

—Alexander, por favor. Escúchame.

Sabía que mi voz salía débil, casi imperceptible, pero lo único que deseaba era que me comprendiera. Que viese que no tenía otra opción, que solo intentaba proteger a Theo, que estaba haciendo todo lo posible por garantizar un futuro mejor para él y para mí dadas las circunstancias.

Pero él no se movió.

No mostró ni una pizca de emoción más allá de la frialdad y el desprecio.

Theo volvió a llorar con más fuerza, quizás percibiendo la tensión entre nosotros, y lo acuné en mis brazos, intentando calmarlo con un suave vaivén.

Todo mi cuerpo estaba paralizado, pero mi instinto de madre me decía que no lo soltara, que lo protegiera del juicio implacable de Alexander.

—Te contraté a pesar de tu juventud y tu falta de experiencia, ¿y así me pagas la confianza? ¿Organizas una fiesta a mis espaldas y además escondes a tu hijo?

Estaba a punto de entreabrir los labios cuando él me fulminó con la mirada:

—Pensé muchas cosas sobre ti, pero al menos creía que tenías integridad.

Sus palabras me golpearon como una bofetada.

Jamás imaginé que alguien me trataría así.

—Yo... solo quería darle un futuro mejor a mi hijo —murmuré, con la voz quebrada por los sollozos—. No tenía otra opción.

Él ladeó la cabeza, estudiando mi rostro como si buscara algo.

—¿Que no tenías opción? —soltó una risa vacía, cínica—. Siempre hay una opción, Isabela. Pero tú me engañaste, me mentiste, pensaste que podías ocultarlo y seguir tan tranquila a mis espaldas hasta que yo lo descubriera.

—Alexander, yo... —Theo lloraba cada vez con más fuerza, y sentí las lágrimas resbalar por mis propias mejillas—. Por favor. Necesito este trabajo. Necesito el dinero. Te prometo que mi hijo será invisible, no lo volverás a ver ni a oír. Solo déjame seguir con mi trabajo.

Él entrecerró los ojos, sin una chispa de compasión en la mirada.

Parecía decidido a mantenerse distante, completamente ajeno a cualquier sentimiento de comprensión.

—¿Lo necesitas, verdad? —Dio un paso hacia adelante, y cada palabra suya me desgarraba por dentro—. Eso no es asunto mío. Mi casa, mis normas. Y quiero que te vayas de aquí en siete días.

Sentí como si el suelo se abriera bajo mis pies.

—¿Siete... días?

Asintió, con los ojos fijos en los míos, sin apartarlos ni un segundo.

—Siete días para marcharte. Quiero que todas tus cosas, cada rastro de este... problema... haya desaparecido de mi casa para entonces.

Mis rodillas flaquearon y estuve a punto de derrumbarme, pero me obligué a mantenerme en pie por Theo, que seguía sollozando en mis brazos.

—Alexander, te lo ruego. —Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas. Ya no me quedaba dignidad alguna—. Por favor, no tenemos a dónde ir. Theo... es tan pequeño. No sé qué hacer...

Él dio un paso atrás, cruzó los brazos, y la indiferencia en su rostro solo sirvió para aplastar la poca esperanza que me quedaba.

—Isabela, no soy responsable de ti ni de tu hijo. No lo hiciste sola, ¿verdad? Pues apáñatelas.

Lo miré, buscando algo, cualquier signo en su rostro que indicara que podía cambiar de idea, que aún quedaba un resquicio de compasión.

Pero Alexander no parecía un hombre que reconsiderase nada.

Parecía inalcanzable, como si hubiese construido una muralla impenetrable a su alrededor.

Theo empezó a balbucear, aún entre llantos, y lo estreché contra mí, deseando que no absorbiera esa energía fría e implacable que nos envolvía.

—Yo... lo siento mucho, Alexander —murmuré, incapaz de contener las lágrimas—. Me equivoqué. Debería habértelo contado. No quería faltarte al respeto.

Él se encogió de hombros, con el rostro completamente cerrado.

Respiró hondo y me miró a los ojos. Cuando parecía que iba a decir algo, simplemente se giró y se alejó.

Me dio la espalda como si ya no existiera, como si no importara que estuviera al borde del colapso.

Era como si se marchara de una reunión de negocios que no había salido como esperaba, y no de una escena que estaba destruyendo el último vestigio de esperanza que me quedaba.

De espaldas a él, con la vista nublada por las lágrimas, me giré y caminé por el pasillo, sintiendo el peso de mi hijo en los brazos como un recordatorio de todo lo que estaba en juego.

Esa casa, que por un breve instante me pareció un refugio, ahora era un lugar hostil, un espacio donde Theo y yo jamás seríamos bienvenidos. No podíamos seguir allí.

Había sido ingenua, infantil.

Todo no había sido más que un delirio de una mujer desesperada.

Y aunque tenía el corazón hecho pedazos, no dejé que mi hijo me viera débil.

Entré en el cuarto, cerré la puerta con llave y me tragué el llanto. Hice todo lo posible por hacerle dormir: le di el pecho, intenté

distraerlo, pero al final, Theo cayó rendido por el cansancio.

Y yo también.

Capítulo 14

Isabela Rojas

A la mañana siguiente, la mansión parecía un campo de batalla tras una derrota. El aire era denso, el silencio ensordecedor, y todo parecía milimétricamente fuera de lugar: la decoración de la fiesta infantil había desaparecido por completo, como si nunca hubiera existido.

Pero más allá de eso, los empleados me miraban con desprecio o directamente fingían no verme. Me sentía una completa extraña en aquel lugar.

Sentía el peso de las consecuencias sobre los hombros.

Alexander me había dado siete días para marcharme, y aunque pensé que tendría tiempo, era demasiado opresivo permanecer en un sitio donde cada paso parecía llevarme a una zona de exclusión y juicio.

Me sentía culpable, por supuesto. Pero lo haría todo de nuevo, por Theo.

Mi hijo era la única fuerza que me ayudaba a sobrellevar el abandono y el desprecio del canalla al que jamás llamaría padre.

Mientras cruzaba el salón vacío, escuché una voz suave a mis espaldas:

—¿Isabela?

Era Charlotte, la hija menor de Alexander.

Había tenido poco contacto con ella, pero siempre fue educada. Charlotte era una joven de veinte años, independiente y llena de vida. Y la única allí que me miró con humanidad, sin juzgarme.

—¿Necesita algo, señorita Harrington? —pregunté.

—No, estoy bien. ¿Y tú? ¿Cómo estás?

Suspiré, sintiendo una mezcla de vergüenza y alivio al ver que alguien, al menos, se había molestado en dirigirme la palabra.

—No tengo ni idea de cómo responder a esa pregunta...

Ella asintió y me invitó a sentarme en el sofá.

—Estoy paralizada por el miedo. Pero voy a sobrevivir, por mi hijo.

—Sí. Él te dará fuerzas.

Cuando puso su mano sobre la mía y me sonrió, sentí unas ganas inmensas de llorar.

—Me equivoqué. Soy una mujer que sabe asumir sus errores. La idea era mantener a Theo encerrado en la habitación durante un año, ahorrar lo suficiente y volver a Brasil. Llora, claro, pero es un bebé adorable... Solo quisiera entender cómo un hombre como tu padre puede mirar a una criatura tan indefensa y odiarla. No tiene ningún sentido.

Charlotte asintió, retiró las manos a su regazo y... dudó.

Como si no supiera si debía contarme algo.

—Mi padre es... complicado.

—Eso parece —fruncí el ceño.

—Reaccionó de una forma mucho más intensa de lo habitual, la verdad. Suele ser más... predecible en sus actos. Es pragmático.

—Sí, sin duda...

—Los bebés y los niños son un límite para él —apretó los labios.

—Sé que tiene sus normas y que las rompí —susurré, sintiendo de nuevo el peso de la culpa—. Pero no imaginé que... reaccionaría así.

Charlotte suspiró y desvió la mirada un momento.

—Mi padre... —comenzó, eligiendo cuidadosamente cada palabra— siempre fue estricto, pero no siempre fue tan... frío. Hubo un tiempo en que era distinto. Yo era muy pequeña, pero recuerdo que era divertido, un padrazo, lleno de cariño y amor para todos nosotros. Tenía una ligereza que hoy en día nadie ve en él.

—¿Qué pasó para que cambiara así? —pregunté, con un interés genuino.

Volvió a dudar, durante largos tres minutos, hasta que decidió que merecía saber la verdad.

—Fue por mi madre. Ella... —Charlotte respiró hondo, y vi una sombra de tristeza en su mirada—. Mi madre murió en el parto de mi hermanito. Y él... nació prematuro.

Sentí un nudo en el pecho al escuchar eso, pero me mantuve en silencio, esperando que continuara.

—Fue una lucha mantenerlo con vida. Yo era pequeña, pero recuerdo que mi padre lo dejó todo. Prácticamente transformó la planta superior de la casa en un hospital. Comía, dormía y trabajaba al lado de la incubadora de mi hermano; lo hizo durante semanas. Por supuesto, no dormía ni comía bien. Dejó de ir a la empresa, a eventos sociales... jamás se apartaba de la incubadora. Cuando yo le pedía que jugara conmigo, me decía que no se movería de ahí hasta que todo fuese seguro para mi hermano.

Charlotte cerró los ojos un instante, como si aún pudiera sentir el peso de aquella época.

—Cuando por fin los médicos dijeron que el bebé podía salir de la incubadora... mi padre se puso tan feliz. Era como un nuevo comienzo, ¿sabes? Estaba destrozado por la muerte de mamá, pero en ese momento lo invadió la esperanza...

Sequé una lágrima que me había caído sin darme cuenta.

—Y no volvió a la empresa. Cargaba al bebé por toda la casa, lo hacía todo con él en brazos, como si fuera el mayor regalo que alguien le hubiese dado.

Ella ya no pudo contenerse más, y las lágrimas comenzaron a correr por su rostro.

—Unos días después... mi hermanito murió. En brazos de papá.

Sentí que el corazón se me detenía al escuchar eso.

No podía mover los ojos, ni respirar. Me quedé petrificada, como si unas raíces me sujetaran al suelo, dejándome atrapada.

No sabía cómo reaccionar, ni qué decir.

De todas las historias que había imaginado sobre Alexander, esa definitivamente no estaba entre ellas. Primero, porque no podía imaginar a ese hombre dejando todo por un bebé. Y mucho menos, concebir la dimensión del dolor que supuso aquella pérdida.

—Así fue como... se cerró —dijo Charlotte.

—Dios mío...

—Sí. Mi padre nunca volvió a ser el mismo. La pérdida destruyó algo dentro de él... y no regresó. Es como si viviera en piloto automático todos los días.

—¿Recibió terapia?

—Lo único que aceptó fue volver al trabajo. Siempre es el primero en llegar y el último en irse. Y creo que, al no tratar adecuadamente esa pérdida, fue creando normas cada vez más rígidas para no exponerse a ninguna vulnerabilidad.

Intenté procesar lo que Charlotte me había contado, pero era un torbellino de emociones imposible de digerir.

Solo pensar en perder a Theo... no lo soportaría.

Eso no suavizaba lo impiadoso ni lo frío que Alexander había sido conmigo, pero sin duda explicaba el origen de ese comportamiento. Y, sinceramente, no quería juzgarle.

—¿Te dijo cosas horribles?

—Fue duro conmigo, dijo verdades difíciles de tragar... pero no, cosas horribles no.

Charlotte asintió con una expresión triste.

—Menos mal. A mi hermana la echó delante de todos, despidió a todo el personal de la casa... y si le conozco bien, mucha gente va a acabar vendiendo la empresa y mudándose de país. Porque si algo define a mi padre es que es rencoroso y vengativo.

—Dios mío...

—Eso es. No quiero que te hundas. Es terco y siempre cree tener la razón. Me da pena que te vayas. Me pareciste una buena persona, alguien que puso orden en la casa sin ese aire militar de la señora Rigby.

—Gracias, Charlotte.

Tragué saliva e intenté imaginar lo que debió de sentir al ver a Theo por primera vez. Tal vez todo ese dolor y miedo lo golpearon de golpe, y al perder el control de sus emociones, Alexander sintió que perdía también el control de su mundo.

Yo no quería hacerle daño. Y estaba segura de que mi hijo tampoco.

Sentí que las lágrimas amenazaban con brotar de nuevo.

—Nunca imaginé que eso le había ocurrido. Si lo hubiera sabido, no habría aceptado el trabajo. Y mucho menos habría traído a Theo aquí.

—Pensaste que era solo un rico arrogante que despreciaba todo, ¿no? —Charlotte sonrió con tristeza—. No. Mi padre es la persona más empática que conozco. Lo es. Solo que se ha olvidado. Solo está herido. Mi terapeuta dice que ha creado esa coraza para soportar todo lo que vivió.

—Y qué coraza tan gruesa, ¿eh? Hasta el punto de arruinar la fiesta de su nieto, humillar a su hija y despedir a todo el equipo... —Respiré hondo.

Charlotte suspiró y se pasó una mano por el pelo.

—Pero sé que, en el fondo, la buena persona que fue todavía existe.

—Ojalá tengas razón, Charlotte.

Asentí con la cabeza, aún tratando de absorber toda la situación.

Era difícil comprender cómo alguien podía ser consumido por un trauma hasta volverse tan implacable. Pero, al mismo tiempo, veía una lógica torcida en el dolor de Alexander.

—Siento mucho haber causado todo esto, Charlotte. No quería provocar semejante caos.

Ella colocó una mano sobre mi hombro, con una mirada comprensiva.

—Lo entiendo. Y sinceramente... sé que fue muy duro contigo. Pero... está librando una batalla interna que ni siquiera nosotros, que convivimos con él, logramos entender del todo. Pero fue la primera vez, desde que tengo memoria, que algo lo sacó de su zona de confort... y eso es bueno.

—¿Bueno?

—Mi terapeuta dice que el viento que nos sacude pero no nos derriba nos hace más fuertes. Y sé que mi padre necesita fuerza

para liberarse de esa coraza que construyó.

Asentí, en silencio.

Charlotte se levantó, aún con la mano sobre mi hombro, y me miró con amabilidad, como no esperaba de ningún Harrington.

—No te vayas sin despedirte, ¿vale? Me caíste bien.

—Tú también me caíste bien, Charlotte. Gracias por la charla.

—Gracias a ti. No dejes que Theo absorba la tensión de esta casa, que pronto se va a librar del cretino de Alexander Harrington —dijo con un tono tan teatral que no pude evitar reírme.

Me quedé allí, sola, pensando en lo que Charlotte me había contado.

Por un momento, todo cobró sentido.

La reacción brutal, la necesidad de controlar todo, su frialdad. Todo era una muralla que había construido a su alrededor para protegerse del dolor de una pérdida que aún no había superado.

Y, de repente, ese hombre frío y arrogante que tanto despreciaba se me presentó como alguien herido, alguien que se había aislado del mundo para no enfrentarse a su propia vulnerabilidad.

Y lo entendía, porque fue exactamente lo que quise hacer cuando fui abandonada y rechazada por un imbécil que me prometió todo y, al final, solo me ofreció dinero para abortar.

Sin embargo, Theo fue la diferencia.

Charlotte se equivocaba en una cosa.

Alexander no necesitaba más fuerza. Ya era un hombre fuerte.

Nadie sobrevive tantos años así, sin perder la cordura, si no es fuerte.

Él necesitaba luz.

Y lo sabía, porque fue exactamente lo que yo necesité.

No importaban mis heridas, mis problemas o mis lamentos; el llanto de Theo jamás era más fuerte que su sonrisa. Cuando mi hijo reía, dormía, me tocaba, me abrazaba, balbuceaba alguna palabra... me sentía curada.

Y eso era exactamente lo que ese hombre necesitaba: curarse.

Capítulo 15

Alexander Harrington

El despacho me recibió con ese aire austero, denso y cargado, como si hasta las paredes supieran que no era un día cualquiera.

Atravesar la entrada y la recepción, donde los empleados bajaban la mirada por respeto, siempre me recordaba que la Tierra giraba, que el tiempo pasaba.

Pero hoy, ese consuelo sonaba vacío.

Crucé la antesala de mi secretario y cerré la puerta con fuerza.

Todo lo que necesitaba era silencio para ordenar mis ideas, aunque sabía que organizar mis pensamientos era casi imposible.

El recuerdo de Isabela entrando en la biblioteca, buscando a su hijo, todavía me dejaba un sabor amargo en la boca. Esa

sensación de traición, de alguien habiéndome pasado por encima dentro de mi propia casa, me corroía como ácido.

—Un bebé —murmuré para mí mismo, con tono de burla.

Aparentemente, incluso la persona más dedicada y competente era capaz de mentir descaradamente si tenía una buena razón.

Caminé en círculos por la sala presidencial del banco, respiré hondo, pero no fue suficiente. Mis dedos encontraron el móvil casi por inercia y, en cuestión de segundos, Margareth, mi hermana mayor, estaba al otro lado de la línea.

Tenía que escuchar lo que yo tenía que decirle.

Ella me había recomendado a Isabela, y ahora yo estaba pagando las consecuencias.

—Margareth —mi voz sonó seca, cortante—. Tenemos que hablar. Ahora.

—Buenos días para ti también, Alexander. Siempre tan... directo.

—No tengo tiempo para bromas. Estoy molesto.

—¿Qué ha pasado? ¿La gobernanta ha movido los cuadros de tu mansión? ¿O están desalineados por dos milímetros y eso es

imperdonable?

—Ojalá fuera eso —me froté la frente con fuerza—. Parece que tu recomendación, la mujer que prácticamente empujaste dentro de mi casa, ha decidido romper todas las normas posibles.

—¿Isabela?

Su voz sonó despreocupada, como si la acusación no tuviera el menor peso.

—Sí, Isabela —repliqué, molesto por su falta de seriedad—. ¿Sabes qué me encontré en mi biblioteca, Margareth? Un bebé. Persiguiéndome. Gateando por el suelo y balbuceando lo que sea que balbucean los bebés.

—¡Qué mono! Pero... ¿tiene bien las rodillitas?

—¡Tu adorable recomendada trajo a un niño a mi casa!

—Un segundo, Alé, voy a buscar el diccionario.

Respiré hondo. Estaba a punto de arrancarme la piel de la frente de tanto frotarla. Solo quería que, por una vez en la vida, mi hermana mostrara un poco de juicio y empatía.

Pero se rió.

—Vamos, Alé, aquí son las cinco de la tarde en Japón. Estoy esperando a que mi hijo salga de la universidad para ir a cenar algo.

—Es un asunto serio, Margareth.

—¿Y qué hay de tan sagrado en esa biblioteca tuya? ¿Tienes una copia original de la Biblia? ¿Cuadros de genios renacentistas? ¿Una medalla del rey?

Cerré los ojos y respiré hondo.

Contar hasta diez no era algo que solía hacer, pero Margareth conseguía que me lo planteara.

—No se trata de arte —dije entre dientes—. Se trata de las normas de mi casa. Normas que ella rompió sin pensárselo dos veces. Un bebé, Margareth. Mi casa se convirtió en una guardería y yo fui el último en enterarme.

Ella soltó un suspiro, uno de esos que usaba cuando quería desafiarme.

—¿Y qué tiene de tan insoportable? Es una excelente empleada. ¿No fue eso lo que me dijiste cuando llamaste agradeciendo que te la hubiera recomendado? ¿Recuerdas? "Competente, organizada, discreta. Distinta a todas las mujeres de

su edad que no tienen nada en la cabeza". Creo que fueron tus palabras.

—Competente, sí —admití—. Hasta que escondió un secreto monumental en mi casa. Perdió todo el crédito que había ganado, Margareth. Y tú sabes perfectamente por qué no quiero niños en mi casa. No seas torpe.

Margareth volvió a reír, esta vez más fuerte.

—¿Qué tiene de gracioso?

—En toda mi vida, te he visto perder la compostura muy pocas veces. Pero por culpa de un bebé... esto es inédito y fascinante.

—No te burles de mi dolor.

—Perdona si parece que me burlo. Es solo que... esto es algo nuevo, incluso para mí.

Me senté en la silla presidencial y respiré hondo.

Llamarla había sido una pésima idea.

—Alexander, eres uno de los hombres más poderosos del mundo. CEO del segundo banco más grande del Reino Unido.

—¿Y?

—No hay nada más pragmático que un banco, porque busca preservar la riqueza. Pero tampoco hay nada más innovador, porque quiere generar más riqueza.

—Te escucho...

—¿Sabes por qué te admiro? Porque nunca huyes de un desafío, Alexander. Nunca. Siempre te estás renovando, expandiendo fronteras. Donde otros ven fracaso, tú ves oportunidad. Nuestro banco familiar duplica beneficios cada año porque tú ves posibilidades donde los demás solo ven agujeros.

—¿Y?

—Y ahora... ¿vas a dejar que un bebé te derrote?

Esa provocación me molestó profundamente.

—La comparación es absurda —repliqué—. Mis desafíos profesionales son racionales. Calculados. Un niño en casa... no es algo que pueda prever ni controlar.

—Claro que no —respondió ella con una calma que me sacaba de quicio—. Pero quizá eso es precisamente lo que necesitas. La vida no siempre es controlable, Alexander. Ahí estás tú, el maestro de las decisiones difíciles, del riesgo medido... y resulta que un niño es lo que amenaza con derrumbar tu imperio personal.

—No juegues conmigo, Margareth.

—No estoy jugando, hermanito. Estoy siendo realista.

Cerré el puño, sintiendo cómo las palabras de Margareth eran venenosas, incluso cuando venían disfrazadas de broma.

—No debería haber esperado otra cosa de ti —dije, intentando mantener la calma—. Siempre has sido impulsiva. No piensas en las consecuencias. Ese es tu problema, Margareth.

—¿Mi problema es ser impulsiva? —preguntó, claramente divirtiéndose con mi irritación—. Alexander, tu problema es que te has enterrado tanto en tu propio mundo, en el control, la rigidez y el pragmatismo, que mira tú por dónde... un niño indefenso te ha hecho perder el norte. ¡A ti! Alexander. Uno de los hombres más poderosos de las islas británicas.

Gruñí.

—¡Contrólate, hombre!

Quería terminar esa conversación, pero algo dentro de mí me impedía colgar.

—No es el niño, Margareth. Si no lo hubiese visto, si hubiese seguido oculto... —suspiré—. Es el hecho de que ella haya mentido. Que haya desobedecido en mi propia casa.

—Sí, omitió —respondió con calma—. Igual que una madre desesperada que ve una única oportunidad para darle una vida digna a su hijo. Y aun así fue competente, diligente, mantuvo tu casa en orden, respetó tus normas. Lo hizo tan bien que tú mismo la elogiaste. Y tú no eres precisamente un hombre dado a los halagos, ¿verdad, Alexander?

Fruncí el ceño y respiré hondo.

—Isabela solo tomó una decisión. Una decisión difícil, dicho sea de paso. Como muchas de las que tú mismo tomas cuando se trata de algo más grande que tus propios intereses.

—Jamás sacrificaría mis valores por algo así.

—¿Seguro? Porque parece que Isabela sacrificó su propia seguridad por algo mucho mayor: su vida y la de su hijo. Y para alguien que presume de que nada lo doblega, pareces... inquieto. Yo diría incluso... desafiado.

Inspiré hondo, intentando contener el impulso de gritar.

—¿Desafiado? —me burlé.

—Por un bebé.

—Has perdido la cabeza.

—Que apenas sabe decir "mamá".

—La presencia del niño me incomoda.

—Pues finge que no está. Y deja que la mujer siga gestionando tu casa. ¿No lo hacía bien?

—Eres tan pragmática que me sacas de quicio.

—Cariño, me crié con los mismos padres que tú —se echó a reír—. Pero es difícil, ¿verdad? Perdonar a una madre desesperada por una pequeña omisión que no hizo daño a nadie.

—¿Perdonar?

—Sí, perdonarla por esa "mentirijilla", por sentirte traicionado y engañado.

—Perdonar no resuelve nada.

—Claro que no. Después de todo, el perfecto e impecable Alexander nunca ha cometido errores, nunca ha tenido que pedir disculpas, ¿verdad? —Hizo una pausa—. Y lo digo sin ironía. Nunca has tenido que pedir perdón ni que te perdonen por nada en casa. El hijo ejemplar, el intachable, la copia de papá y el favorito de mamá. Tan diligente, tan correcto, tan aristocrático, tan virtuoso...

—Basta.

—Nunca te enseñaron el valor del perdón. Ni el de ser perdonado. Y ahí estás, cargando con una culpa desde hace más de

una década porque eres incapaz de perdonarte por algo que ni siquiera fue culpa tuya.

—He dicho que basta, Margareth —gruñí.

Sabía dónde apretar. Sabía exactamente dónde dolía más.

Y ya había perdido demasiado tiempo con esa conversación.

—Esa mujer es mi problema. Voy a echarla a la calle, y tú verás si vuelves de Japón para darle cobijo. Si no, será allí donde ella y su hijo duerman: en la calle.

—Alexander...

Colgué.

Sentía el corazón martilleándome el pecho y la cabeza a punto de estallar. No estaba en condiciones de seguir discutiendo con ella. Margareth jamás admitiría que estaba equivocada. Que había cometido un error.

Y, para rematar, me lanzó un último dardo por mensaje:

"Sería muy interesante ver cómo te las arreglas con algo que no puedes simplemente destruir, ignorar o comprar.

Si yo fuera tú, no dejaría escapar una buena oportunidad como esta.”

No respondí.

Colgué el teléfono, encendí el ordenador y abrí mis hojas de cálculo, donde los números no pueden mentir ni manipular nada.

Y me quedé durante horas mirando la misma línea, inquieto, sin saber qué hacer, porque no conseguía pensar en otra cosa que no fuera Isabela y su hijo.

Me repetí a mí mismo durante todo aquel día: Margareth estaba equivocada. Yo era inquebrantable. Un bebé no podía sacarme de mis casillas. La mentira de mi empleada solo me molestaba porque había violado mis normas, no porque sintiera que entre nosotros existía —o pudiera existir— algún tipo de conexión.

Y era mejor seguir encerrado en aquella oficina donde todo tenía lógica, cálculo y control, que entregarme a lo incierto.

En mi vida no había espacio para cambios de planes ni para la ruptura de reglas. Y, definitivamente, una mujer incapaz de respetar una exigencia tan sencilla no podría satisfacer ninguna otra de mis demandas.

Capítulo 16

Alexander Harrington

La conversación con mi hermana mayor me dejó inquieto.

Pasé el resto del día sin ser productivo, ignoré las llamadas de Penélope —no había nada que pudiera decirme que me hiciera retractarme de la decisión de impedirle la entrada en mi casa— e intenté concentrarme en asuntos importantes.

Fue difícil.

Las palabras de Margareth me perturbaban todavía al final del día.

Tenía ese don. Se decía pragmática, pero no había lógica alguna en lo que decía. Sus afirmaciones eran falsas, sus insinuaciones, una exageración. Yo vivía perfectamente antes de la llegada de Isabela y su maldito bebé, así que ¿por qué les daría otra oportunidad?

Isabela iba a demostrarme quién era en realidad.

Al darle aquel ultimátum, sabía que iba a romperse, que revelaría su verdadera naturaleza y mostraría lo que ocultaba bajo su fachada de mujer perfecta.

Sin embargo, en lugar de fragilidad, lo que encontré fue determinación.

El primer día decidí observarla de cerca.

No podía admitirlo ni ante Margareth ni ante Isabela, pero una parte de mí quería saber hasta qué punto una mujer como ella podía sostener esa… ilusión de control. Al fin y al cabo, no era más que una empleada temporal, cargando con un peso que, tarde o temprano, no sería capaz de mantener.

Era temprano por la mañana cuando la vi, distraída en la cocina, con Theo en brazos mientras le susurraba algo para calmarlo.

La forma suave y tierna en la que le hablaba al bebé era algo que no esperaba.

La había conocido como alguien eficiente, puntual, estricta en su trato con el personal. Pero allí, en ese instante en el que creía estar sola, era… otra persona.

Me aparté de la puerta para no ser visto y seguí observando.

Isabela sostenía a Theo contra su pecho, murmurándole palabras cariñosas en voz baja, como si sólo él pudiera oírlas. Theo, en respuesta, aferraba sus deditos a los de ella y la miraba hacia arriba, como si viera el mundo entero reflejado en el rostro de su madre.

Frustrante.

No debería estar prestando atención a ese tipo de cosas.

Era tan banal, tan tonto e irrelevante...

Y, aun así, allí estaba yo.

Me encerré en el despacho, investigué todo sobre esa mujer. Vi su matrícula en una universidad de Brasil, su admisión en un máster altamente competitivo en una buena universidad británica, sus artículos aprobados, sus ideas lúcidas y modernas.

¿Cómo podía conformarse con vivir como prisionera siendo madre? Tenía un futuro brillante por delante.

Esa misma tarde, por un descuido mío, me crucé con ella en el pasillo.

Estaba distraída, tal vez pensando en sus tareas, y al girar la esquina casi chocó conmigo. Por un instante se detuvo y dio un paso atrás, bajando la mirada para evitar la mía.

—Señor Harrington, disculpe, yo... no esperaba encontrarle por aquí antes de las cinco... —balbuceó, claramente desconcertada.

—He traído trabajo a casa. Necesito vigilar... algunas cosas.

—Si necesita algo, estoy a su disposición —sonrió.

Y aquello me incomodó de tal forma que me tembló el ojo.

¿Cómo podía? Estaba a punto de ser despedida y, aun así, no agachaba la cabeza.

No sé por qué no seguí mi camino. Algo en su expresión, en la forma en que su respiración vacilaba, me retuvo allí. Ella alzó el rostro, sus ojos castaños brillaron al encontrarse con los míos, y en ese instante percibí algo distinto.

Algo que no debería estar allí.

Entonces rompí el silencio.

—¿Está lista para irse?

—Maletas hechas. En realidad tengo pocas cosas. Buena parte del mobiliario fue por pura cortesía suya...

—¿Y a dónde piensa ir?

Ella dudó un momento, como si sopesara hasta qué punto podía ser sincera. Pero su respuesta, como era de esperarse, fue

cuidadosa, medida.

—Me quedaré en casa de una amiga un tiempo hasta encontrar un trabajo de media jornada. No quiero volver a casa de mi directora de tesis, ya abusé bastante de su buena voluntad. Y... necesito terminar mi disertación, pero... supongo que nada de eso es relevante para un hombre ocupado como usted.

—¿Sobre qué trata su disertación?

—La sostenibilidad como diferencial competitivo en el sector de grandes empresas.

—Parece un tema desafiante, considerando que las empresas tradicionales no suelen querer cambiar sus métodos —analicé.

—Me gustan los desafíos —Isabela suspiró—. ¿Las cosas le están yendo bien?

—Sí, van bien.

—Si hay algo que pueda mejorar para no incomodarle en mis últimos días aquí, por favor, hágamelo saber.

Parecía a punto de derrumbarse, pero se mantenía firme.

Y, por alguna razón, ver esa fuerza tan presente en ella, incluso con todas sus dificultades, me conmovió.

—Le avisaré.

—Señor Harrington, si no es mucho pedir, ¿podría solicitarle algo?

—Diga.

—No despida a los empleados de la casa por un error mío. Estas personas tienen familias, hijos, cuentas que pagar.

—Si todo eso fuera realmente importante, habrían impedido que se rompieran las normas —apreté la mandíbula.

—Sólo seguían órdenes. Y en este caso, yo estaba por encima y di la orden equivocada. Soy la culpable.

Parpadeé e intenté vaciar mi mente. Me di cuenta de que sujetaba el móvil con más fuerza de la necesaria. ¿Qué me estaba pasando? Era solo un ama de llaves, alguien que estaría lejos en siete días. Una empleada.

¿Por qué tenía ese efecto tan extraño sobre mí?

—Estoy segura de que, sin mi presencia aquí, guiados por alguien con mano firme y que no desafíe sus normas, cumplirán con sus expectativas.

—Tengo que irme —negué con la cabeza y respondí con frialdad.

Pasé el resto del día revisando los mejores currículos de amas de llaves que Oliver había seleccionado para mí. A la mañana siguiente entrevisté a cinco candidatas y me sentí profundamente decepcionado.

Vagué por la casa buscando cualquier detalle fuera de lugar, cualquier motivo de queja contra Isabela.

Pero no encontré nada.

Una parte de mí quería confrontarla, irritarla, hacerla perder los estribos.

¿Cómo era posible que, con el mundo desmoronándose a su alrededor, se mostrara tan serena? ¿Tan plena?

A primera hora de la tarde, después del almuerzo, llamé suavemente a la puerta de su habitación y no obtuve respuesta. Abrí la puerta y me encontré con una estancia limpia y perfumada, las maletas cerradas, abultadas por la ropa, y un sonido que provenía del vestidor.

Me apoyé contra la pared, casi escondiéndome para que no me viera, y la observé, de rodillas en el suelo, amamantando a Theo.

El pequeño se reía a carcajadas y balbuceaba palabras que sólo tenían sentido para él, e Isabela reía también, fingiendo

entender todo lo que decía.

—¿Seguro que no quieres mamar? Mamá va a tener que trabajar y sólo podrá verte bien dentro de unas cuatro o cinco horas...

El niño se agitaba en sus brazos, chillando de alegría y mirándome. Era la escena más... fuera de lugar que había presenciado en esa casa en los últimos años.

Y, aun así, parecía lo correcto. Como si, de alguna manera, ese momento les perteneciera a los dos. Como si la habitación vacía e impersonal —fría, incluso— retrocediera ante la risa suave de aquel niño.

Theo se movía en brazos de su madre, extendiendo las manos hacia mí, y yo me apoyé aún más contra la pared, conteniendo la respiración, temiendo que ella notara mi presencia.

¡Maldita sea! La casa era mía, ¿cómo podía tener miedo de algo tan... ridículo?

—Si no quieres mamar, entonces quédate aquí. —Puso un vídeo infantil en el móvil y rodeó al niño con juguetes en la cuna improvisada—. Mamá va a ducharse y luego a trabajar.

Pasó por el pasillo sin mirar atrás, cerró la puerta del baño que estaba dentro del vestidor y, segundos después, el sonido de la ducha y su canto llenaron el ambiente.

El pequeño parecía disfrutar escuchando a su madre cantar, pero seguía embelesado con mi presencia.

—¡Da! —dijo, señalándome con un dinosaurio amarillo.

—No. No hagas eso.

—¡Da! —Lanzó el juguete con fuerza a mis pies—. ¡Da!

—No. Ahora te quedas sin juguete, para que aprendas las consecuencias de la vida.

—¡Da!

—No.

Frunció los labios y cerró los ojos. La simple amenaza de llanto me hizo agacharme, recoger el maldito dinosaurio amarillo y devolvérselo.

—¿Feliz ahora?

El bebé soltó una carcajada y mordisqueó el juguete mientras me miraba.

—Eso te va a poner enfermo.

—¡Da! —respondió.

—Tienes demasiada energía para alguien tan pequeño —comenté, examinándolo—. Enanito.

Theo rió, probablemente sin entender, pero contagiado por la ligereza de su propia risa. Isabela le hablaba desde el baño y, al darme cuenta de que iba a salir, me alejé del vestidor, salí lo más rápido que pude de la habitación y cerré la puerta tras de mí.

Acabé chocando con Charlotte, que llevaba puestos unos auriculares.

—¿Papá?

—Hola. ¿Te he hecho daño? ¿Estás bien? —La sujeté por los hombros.

—¿Qué hacía en la habitación del ama de llaves?

—Sólo... revisando... algunas... cosas... —Miré a mi alrededor —. Ella no estaba.

—Es su hora de descanso. Se queda con el... —Tragó saliva, como si pronunciar "bebé" fuera un crimen.

Y, en esta casa, durante mucho tiempo, lo fue.

—Ya veo. Luego hablaré con ella. ¿Necesitas algo?

—No, estoy bien. ¿Y usted?

—Claro. Siempre.

Volví al despacho y me encerré en él el resto del día.

Suspiré aliviado por haberme apartado antes de involucrarme más de lo necesario o de ser descubierto allí.

Imprimí algunos informes de cambio y valoración de nuestra moneda frente al euro, pero mi mente seguía lejos, repasando la misma imagen de Isabela y Theo juntos, en el suelo, escondidos en el vestidor.

Incluso en ese espacio diminuto y sin lujos, parecían tan... felices.

Maldita sea. Eso no era aceptable. ¿Qué estaba haciendo? Eran sólo tonterías, distracciones absurdas de mi cerebro que debía ignorar para concentrarme en lo que realmente importaba, en lo que me daba propósito en la vida.

Al tercer día, tampoco fui al banco.

Dejé una nota manuscrita debajo de la puerta de Isabela, diciéndole que sería bueno que llevara al bebé a tomar el sol y un poco de aire fresco, porque estar encerrado en una habitación durante días no podía ser sano para el pequeño.

Y así fue como, desde el despacho, los vi en el jardín.

Isabela llevaba al niño en brazos, mostrándole el césped, los árboles, el cielo azul en el horizonte y los pájaros que cantaban alrededor. Todo parecía mágico.

Me escondí al menos dos veces detrás de la cortina, el corazón acelerado y la mirada atenta para asegurarme de que nadie me viera. Sentí un nudo extraño en el pecho, una incomodidad difícil de explicar.

Theo, incluso desde lejos, estiró los brazos hacia mí y balbuceó algo en voz alta.

Isabela se volvió para ver hacia dónde señalaba su hijo, y nuestras miradas se cruzaron. Me quedé tan sorprendido que no me moví a tiempo para esconderme, pero ella bajó la cabeza y siguió caminando deprisa, como si hubiera cometido un error que pudiera costarle la vida.

En ese instante, algo en mí despertó.

Un impulso que no sabía describir, pero que me hizo querer mantenerlos allí. A Isabela y a Theo. En esa casa.

Ella representaba un tipo de resistencia que hacía años no veía. Una capacidad de disfrutar de las pequeñas cosas de la vida.

Y Theo... bueno, él era un paquete de felicidad, una explosión de emociones comprimidas.

Lo que más me dolía era que, desde la primera vez que lo vi en la biblioteca, mis piernas, mis brazos, mi corazón... casi dejaron de funcionar.

Sentí como si estuviera teniendo un derrame cerebral. Por un instante, me quedé ciego, sin sentidos.

Era igual a Matthew, mi hijo muerto.

Los mismos ojos. El mismo cabello fino. La misma boca. Las uñas idénticas. Incluso las expresiones que hacía.

Sin embargo, no permitiría que esos sentimientos nublaran mi juicio.

¿Quién era yo, un adolescente? No podía dejarme llevar ni conmover por algo tan... mundano.

Cerré la ventana, corrí las cortinas, encendí el ordenador y apoyé las manos sobre el escritorio, intentando recuperar el control sobre mí mismo.

No importaba lo que la debilidad de mi corazón quisiera decir.

No iba a permitir que un niño me derrotara.

Capítulo 17

Isabela Rojas

Faltaba solo un día para marcharme.

Me sentía orgullosa porque había hecho bien mi trabajo, no había dejado nada a medias y, aunque no había logrado apaciguar el corazón de Alexander, tenía la conciencia tranquila de haber dado lo mejor de mí.

Eso no me eximía de culpa.

De hecho, desde que conocí su historia y la pensaba cada día, me arrepentía de haber traído a mi hijo y de haber aceptado aquel empleo. No era justo para su dolor, y si conquistar mi futuro significaba herir a alguien como Alexander, prefería buscar otro camino.

Aquella última noche, todo parecía estar en paz.

Theo dormía profundamente, con un sueño tan plácido que casi parecía un crimen no apretujarlo de lo adorable que estaba. La

casa también estaba en silencio, algo poco habitual —la presencia de Alexander solía ir acompañada de una tensión constante, como si todos los empleados caminaran sobre cristales.

Salí a pasear por la propiedad para dar las gracias por haber vivido todo aquello.

Yo venía de una casa humilde en Minas Gerais, y comparada con aquella mansión, todo allí parecía de alta gama, tecnología punta rodeada de naturaleza, justo lo que soñaba poder ofrecerle algún día a mi hijo cuando volviéramos a Brasil.

Quería verlo correr descalzo por la hierba, montar en bicicleta, trepar a los árboles... en fin, explorar el mundo, como hice yo.

Volví a la habitación y, al abrir la puerta, escuché un sonido agudo.

Tardé un segundo en entender qué pasaba, pero pronto me di cuenta de que era Theo. Lloraba, un llanto que parecía salir del fondo del pecho, lleno de dolor y malestar.

Dejé la puerta entreabierta y salí corriendo, con el corazón acelerado, y lo encontré con la carita roja, agitado, los ojos semicerrados.

Lo tomé en brazos y sentí su cuerpecito ardiendo, mucho más caliente de lo normal.

—Ay, hijo mío, no... —murmuré, sintiendo cómo crecía la ansiedad.

Seguía llorando, su rostro cada vez más enrojecido, y mi mente intentaba procesar qué debía hacer. Ya era tarde y no tenía a quién recurrir. Natalie estaba lejos, el hospital quedaba bastante retirado y no quería molestar al nuevo conductor.

Desesperada, intenté llamar a algunos conocidos en la ciudad, pero a esas horas todos debían estar dormidos. Theo, sin embargo, no parecía querer calmarse, y la fiebre no bajaba.

Por primera vez, me sentí realmente impotente.

Con las manos temblando, busqué los medicamentos de emergencia que siempre tenía cerca, pero el termómetro marcaba una temperatura alarmante, y sabía que una fiebre tan alta en un bebé podía ser peligrosa.

De repente, miré hacia la puerta entreabierta y cerré los ojos, deseando desaparecer.

Me di cuenta de que el llanto de Theo había traspasado los muros de la habitación, y al mirar por el pasillo vi a Alexander

acercándose, con una expresión de confusión e irritación en el rostro.

Aparentemente, el sonido había llegado hasta el despacho.

—¡Perdóneme! ¡Ha sido un descuido mío! Tendría que haber cerrado la puerta. Si no le importa... —me interpuse en la entrada e intenté cerrarla.

—Su llanto suena raro —sujetó la puerta con firmeza y exigió que la abriera de nuevo—. ¿Qué ha pasado?

—Tiene fiebre alta. Y yo... yo no sé qué hacer. Tengo algunos medicamentos, pero... —mi voz vaciló, revelando la vulnerabilidad que siempre intentaba esconder de él.

Alexander no dudó. Entró en la habitación y miró al pequeño, que no dejaba de llorar. Yo intentaba mantener la calma, pero en realidad estaba al borde del pánico. Theo se retorcía en la cama y empezaba a ponerse morado del esfuerzo por respirar y llorar al mismo tiempo.

—¿Le has tomado la temperatura?

—Sí.

—¿Puedo cogerlo?

Me quedé paralizada ante aquella pregunta.

Parpadeé rápidamente e hice un gesto afirmativo, sin saber si debía o no hacerlo.

Él extendió los brazos y, de alguna manera, Theo fue hacia él, casi como pidiendo ayuda. Alexander lo sostuvo con habilidad, como si tuviera experiencia. Su toque, aunque firme, era cuidadoso, y parecía saber exactamente cómo acomodar su cuerpo para darle más confort.

—¿Cuántos grados tiene?

—Treinta y nueve... y medio, quizá más.

Seguía en estado de shock al verlo allí, ayudándome de verdad.

Él asintió, su rostro se transformó en una máscara de concentración.

—Necesita compresas frías. Ve a por toallas y un recipiente con agua fría. Ya.

Salí corriendo, mi cuerpo en piloto automático, sin tiempo para pensar. Cuando regresé con las toallas y la palangana, encontré a Alexander sentado en el sillón, con Theo acurrucado en brazos. Ya no lloraba, solo sollozaba.

Aquella escena me pilló completamente por sorpresa.

El Alexander que yo conocía era impenetrable, reservado. Pero allí, con mi hijo en brazos, parecía un hombre completamente diferente.

—Necesito que vengas ahora mismo a la mansión. Hay un niño con fiebre alta, parece tener mucha congestión en la nariz y la garganta. Trae todo lo que sea necesario, pero date prisa —ordenó, su voz como un trueno.

—¿Quién era?

—Uno de los médicos de la familia. Cuidó de mis hijas.

—Ah... Gracias.

Él asintió simplemente, y juntos comenzamos a enfriar el cuerpo febril de Theo con las toallas húmedas, lo que pareció darle algo de alivio.

—¿Por qué no vuelves a dormir? Cuando despiertes, te sentirás mejor.

—No, voy a quedarme cuidándolo —respondí.

—No te lo decía a ti. Se lo decía al niño —frunció el ceño.

Eso me dejó algo desconcertada.

Todo el mundo, al hablar con un bebé, cambia el tono, se vuelve más dulce, más cariñoso. Pero él no. Parecía estar delegando una tarea a un subordinado.

—No seas cabezota y duerme. Cuando despiertes, te sentirás mejor.

Theo extendió su manita y le agarró la nariz a Alexander. Ambos se quedaron mirándose en silencio durante varios minutos.

—Qué niño más testarudo. Duerme.

Theo resistió un poco más, pero como por arte de magia, apoyó la cabecita en el pecho de Alexander y se quedó dormido, con la mano aferrada a un botón de su camisa.

—Es fuerte —murmuró Alexander de repente, mientras pasaba una toalla por la frente de Theo—. Pero yo soy más.

Lo miré, sorprendida.

—Perdón por las molestias. Estaba perfectamente antes de dormir... y, de repente, se puso así.

—Algunos virus y bacterias son así, no te preocupes. Ahora... túmbate y duerme también. El pediatra llegará enseguida y mañana Theo se despertará como nuevo.

—Gracias. No sé cómo agradecérselo.

—No te preocupes por eso.

—Había olvidado esta sensación —suspiré.

—¿Qué sensación?

—La de perder el control. Siempre estoy bien porque mi hijo está bien, pero verlo así... me destroza. Y estamos lejos de casa... en un lugar donde no podría pagar una cuenta médica sin tener que ahorrar y recortar gastos necesarios...

Alexander me miró un instante, con una intensidad que no esperaba. Era como si, detrás de aquella fachada fría y rígida, habitara la sombra de algo... profundamente doloroso.

—Lo siento, no quería arruinarle la noche.

—Eres... una madre entregada —dijo en voz baja, casi como si hablara para sí mismo.

Aquella declaración, viniendo de él, me dejó sin palabras.

Algo en la forma en que pronunció esas palabras me invadió con una ola de emoción. Alexander Harrington, el hombre que creía incapaz de mostrar empatía, estaba allí, cuidando de mi hijo, reconociendo mi dedicación como madre.

—Gracias.

Permanecimos en silencio hasta que llegó el médico, un hombre mayor que Alexander, cuyas manos eran tan ligeras que Theo ni siquiera se despertó mientras lo examinaban y le administraban una inyección.

Sentí un inmenso alivio cuando la fiebre comenzó a bajar poco a poco, cuando Theo dejó de sudar frío y su color volvió. Seguía en brazos de Alexander, con la cabeza apoyada en su pecho, y pude ver lo cuidadoso que era, manteniéndolo en una posición cómoda.

Fue entonces, en medio de ese silencio, cuando Alexander empezó a hablar, como si se estuviera desahogando consigo mismo.

—Me recuerda mucho a Matthew —su voz era baja, casi un susurro.

Lo miré, sorprendida, pero él no apartó la vista de Theo.

—Perdí a mi hijo menor, era mucho más pequeño que el tuyo... —continuó, y noté que sus palabras llevaban una carga de dolor tan profunda que casi podía tocarse—. Hice todo lo que pude, dejé el trabajo, pasé días y noches a su lado, pero al final... no fue suficiente.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo. No supe qué decir. Por primera vez, veía el lado humano de Alexander, el que ocultaba bajo años de rigidez y control.

—Lo siento mucho —murmuré, sin saber qué más decir.

Me miró, y por un instante, nuestras miradas se encontraron en una conexión que iba más allá de las palabras.

No había juicio, ni resentimiento. Solo una comprensión silenciosa del dolor que ambos cargábamos dentro.

—Me impresiona lo importante que es para ti —dijo, volviendo a mirar a Theo, que ahora dormía plácidamente en sus brazos.

—Es todo para mí.

Sentí una emoción profunda al ver al hombre que, hasta entonces, había juzgado incapaz de cualquier vulnerabilidad, sosteniendo a mi hijo como si fuera parte de su propia vida.

—Y tu resiliencia me impresiona, porque yo también habría hecho cualquier cosa por mi hijo. De hecho, lo hice, pero no fue suficiente.

—Matthew debe estar orgulloso de usted, señor Harrington. Seguro que, desde donde esté, sonríe al saber que tuvo un padre que lo dio todo por él.

—No debí hacer lo suficiente. Si no, él seguiría aquí.

—No sea tan cruel consigo mismo.

Alexander asintió, y pude ver una leve sonrisa, casi imperceptible, dibujarse en sus labios.

—Eres más fuerte de lo que crees, Isabela. No dejes que nadie te quite eso. Ni siquiera yo.

Aquellas palabras, pronunciadas con tanta sinceridad, me dieron una fuerza que ni siquiera sabía que tenía. El miedo, la ansiedad, todo parecía disiparse. Ya no me sentía sola. Por un breve momento, Alexander se había convertido en alguien en quien podía confiar, alguien que entendía lo que estaba viviendo.

—Deshaz las maletas.

—¿Qué? —abrí los ojos, atónita.

—Me has oído. No me hagas repetirlo —afirmó con ese tono terco tan suyo—. Termina tu tesis, sigue cuidando de la casa y contrataremos a alguien que te ayude con Theo.

—No.

—Insisto.

—No. Si me quedo —y estaré muy agradecida por ello—, yo misma cuidaré de mi hijo. No dejaré que otra persona se encargue de él. Puedo organizarme. Theo no da tanto trabajo.

Alexander me miró con una expresión de admiración que me desarmó por completo.

—¿Estás segura?

—Absolutamente.

Asintió y me señaló la cama con la mirada.

—Ahora acuéstate y descansa.

—Voy a poner a Theo en la cuna...

—Será lo mejor.

Con cierta reticencia, Alexander me entregó a Theo y yo lo llevé hasta la cuna, dentro del vestidor. Él se quedó allí unos minutos más, observándolo dormir.

Salí de la habitación para preparar una infusión de anís, y cuando regresé, Alexander ya se estaba yendo. Le ofrecí una taza y él aceptó.

Nos quedamos en el pasillo, bebiendo en silencio.

Tenía muchas preguntas, muchas curiosidades, y cosas que quería entender, pero simplemente agradecí el momento y disfruté de la compañía de Alexander.

—Ahora descansa. Él te necesitará mañana.

Volví a la habitación, cerré la puerta y traté de comprender lo que estaba sintiendo.

Estaba aterrada, siendo sincera. Era la primera vez que mi hijo se enfermaba. Pero, de algún modo, agradecí ese pequeño milagro que permitió que mi jefe comenzara a reconectar con su lado más humano.

La noche siguió siendo oscura, pero menos fría. Y, por primera vez en mucho tiempo, me sentí en paz.

Porque sentí, de verdad, que ya no estaba tan sola como pensaba.

Capítulo 18

Isabela Rojas

A la mañana siguiente, antes de ir a la empresa, Alexander me llamó a su despacho. Apenas tuve tiempo de recogerme el pelo en un moño apretado, tragar mi café de un sorbo y subir a toda prisa.

Respiré hondo antes de llamar a la puerta. Poco después, oí su voz, firme y autoritaria, al otro lado.

—Entra.

Abrí la puerta y lo vi sentado tras su enorme escritorio de caoba. Su mirada, que la noche anterior había sido más cálida, había vuelto a ser impenetrable. Me observaba con una intensidad tal que parecía estudiar cada uno de mis movimientos.

—Siéntate, Isabela.

Obedecí, sintiendo cómo el nerviosismo afloraba mientras me acomodaba en la silla frente a él. Su sola presencia, incluso en

silencio, irradiaba una fuerza casi palpable. En ese momento, parecía absorber toda mi determinación.

Alexander mantenía los ojos fijos en mí, como si analizara cada uno de mis defectos y debilidades.

Respiró hondo antes de hablar.

—Después de reflexionar sobre lo ocurrido ayer, he llegado a la conclusión de que no tiene sentido tomar una decisión impulsiva —dijo con un tono más suave—. Expulsarte, dadas las circunstancias, sería una medida... drástica. Así que he decidido ofrecerte una alternativa.

—¿Qué tiene en mente?

—Te quedarás como mi ama de llaves hasta que encuentre a una adecuada. Pero también quiero que termines tu disertación de máster y que tú y tu hijo tengáis un espacio digno donde vivir.

—Muy generoso por su parte.

—Volver a casa de Margareth... ni pensarlo. Ese lugar viejo y lleno de polvo enfermaría aún más al niño. Y solo Dios sabe la clase de amigas que tienes...

—Tengo buenas amigas.

Se inclinó ligeramente hacia delante, apoyando los codos en la mesa y entrelazando las manos. Sus ojos me atraparon con una intensidad que me hizo sentir expuesta, como si intentara ver más allá de mis palabras.

—Margareth me dijo que tu intención es quedarte aquí un año. Tiempo suficiente para ahorrar algo de dinero y poder volver a tu país.

—Sí, es cierto.

—Un plazo razonable para que termines tus estudios, pongas en orden tu vida y para que yo no tenga prisa en encontrar sustituta.

—El acuerdo parece muy ventajoso para mí —asentí, esperando que continuara.

El peso de su silencio era casi asfixiante, y me obligué a mantener la mirada fija en él, aunque mi cuerpo quisiera escapar de aquella presencia tan abrumadora.

—Por el amor de Dios, saca a ese niño del vestidor y del suelo. Haré que le consigan una cuna de calidad; ponlo en tu habitación —hizo una pausa, observando mi reacción—. Como yo trabajo mañana y tarde, puedes aprovechar la mansión: llévalo al

exterior, necesita sol, aire fresco y ver a otras personas. Pero te pido que, cuando yo esté en casa, sea prácticamente invisible para mí.

Bajé la cabeza y asentí en silencio.

Había actuado de forma tan heroica anoche que pensé que eso podría cambiar algo en él. Me equivocaba. Y no iba a quejarme. Esta propuesta ya era una ganancia.

Debía ver este lugar por lo que realmente era: no un hogar, sino un sitio provisional. Theo y yo ya vivíamos en un aislamiento silencioso, y la única diferencia era que ahora ese aislamiento tendría normas claras.

—Entiendo. No será un problema.

Pareció satisfecho con mi respuesta, pero continuó, sin ceder ni un centímetro de su postura autoritaria.

—Ese niño tendrá seguimiento médico, nutricionista y cocinera propia, además de profesores. No me gusta la idea de dejarlo en una guardería, pero necesita estimulación.

—Eso es... increíble.

—Y lo más importante, Isabela... No quiero interrupciones ni interferencias. Necesito orden y disciplina aquí. Deberás seguir todo lo que diga, rigurosamente.

—Sí, señor.

—No vuelvas a mentirme. Ni a ocultarme nada.

—No lo haré.

A cada palabra sentía el peso de las restricciones, pero algo en la expresión de Alexander se suavizó por un breve momento, quizás por la forma dulce en la que aceptaba todo sin oponer resistencia.

Era como si estuviera hipnotizado, incrédulo de que pudiera ser una mujer educada, dispuesta a ver el lado bueno de las cosas. Sin embargo, pronto volvió a recomponerse, borrando cualquier rastro de emoción.

—¿Aceptas los términos?

—Sí, los acepto.

—Todo está detallado en este documento —me entregó una carpeta negra con once folios—. Léelo con calma, fírmalo y déjalo sobre la mesa de mi despacho.

—De acuerdo. Lo revisaré con calma y lo dejaré aquí lo antes posible. ¿Necesita algo más, señor Harrington?

Alexander me observó durante un largo momento, en silencio.

La tensión en el aire parecía crecer con cada segundo que pasaba. La sala, antes fría e impersonal, ahora se sentía estrecha, sofocante. Su mirada permanecía fija en mí, y sentí una oleada de calor subir por mi rostro. Había algo en sus ojos que no lograba descifrar, algo que contradecía toda su rigidez.

—Solo eso.

La frialdad de su voz no coincidía con la intensidad de su mirada, y antes de poder evitarlo, sentí cómo mi corazón comenzaba a acelerarse.

Me miraba como si quisiera descubrir secretos que ni yo misma conocía, como si mi silencio y mi vulnerabilidad fueran enigmas que deseaba resolver.

Desvié la mirada, intentando mantener el autocontrol.

—Una vez más, gracias por la oportunidad, señor Harrington.

Él seguía observándome en silencio, como si buscara algo más allá de lo evidente. Sentí que mi respiración vacilaba y que mis pensamientos se volvían confusos.

La forma en que me miraba, cómo su presencia parecía llenar todo el espacio a mi alrededor, me afectaba de una manera que aún no lograba comprender.

Por un instante, no éramos jefe y empleada. No había reglas ni protocolos. Era como si, en ese momento, estuviésemos solos en un universo aparte, donde las palabras sobraban y nuestras miradas lo decían todo.

—¿Por qué estás aquí, Isabela? —preguntó, su voz suave, casi como si pensara en voz alta.

La pregunta me tomó por sorpresa. Tardé unos segundos en encontrar una respuesta. Intenté recomponerme, pero el calor que subía a mis mejillas me delataba.

—Porque necesito este trabajo. Y porque... Theo me necesita.

—No. Me refiero a por qué estás aquí, en Londres, Isabela.

—Ah, eso... —sonreí, intentando aligerar el ambiente—. Hice un intercambio aquí una vez. Siempre soñé con vivir en Londres. ¿Es una de las ciudades más caras del mundo? Sí.

Él asintió de inmediato.

—Pero adoro su cultura, la literatura, la música británica. Soy un poco... anticuada. A veces siento que nací en la época equivocada.

—Sé específica o pensaré que me estás mintiendo.

—Estoy enamorada de los libros de Jane Austen... *Cumbres Borrascosas*, Virginia Woolf, C. S. Lewis... Sylvia Plath.

—Sylvia Plath no es británica. Es estadounidense —frunció el ceño.

Y ese gesto lo hacía increíblemente atractivo; su expresión de leve irritación le daba un aire aún más masculino.

—Lo sé. Solo quería comprobar si sabía de literatura.

—No me pongas a prueba —entrecerró los ojos.

—Me encantan los Beatles... *Queen* es mi grupo favorito de todos los tiempos.

—Buen gusto —asintió, evaluándome.

—También me gustan cantantes modernos como Florence and the Machine y Adele.

—Muy buen gusto —dijo, acariciándose el mentón.

—Me fascina la arquitectura británica, el ritmo acelerado de la gente...

—¿Ritmo acelerado?

—Siempre tienen prisa, andan corriendo por todas partes.

—Ah.

—Sueño con visitar el Museo Británico. Dicen que hay muchísimas piezas egipcias, ¿verdad?

—Sí. Mi banco financió a muchos de los arqueólogos que trajeron rarezas de varios países hasta allí.

—¡Qué interesante! Espero poder visitarlo antes de irme. Quizá en algún día libre...

—Quizá. ¿Y el máster?

—Fue mi gran oportunidad de volver a Londres con una beca, trabajando en algo que realmente me apasiona. Me esforcé muchísimo, estudié como una loca.

La sonrisa ladeada que se dibujó en sus labios hizo que me ardieran las mejillas.

—Pero tuve a Theo, la beca se acabó y... si no entrego la disertación pronto, tendré que devolver el dinero. Y, como puede ver, no estoy precisamente en condiciones de hacerlo.

Asintió, sus ojos aún fijos en los míos. Había algo en su expresión que suavizaba sus rasgos duros. Seguía mirándome, y sentí que, de alguna manera, nos estábamos acercando, a pesar de las barreras que él mismo insistía en mantener.

—¿Y el padre de Theo... es británico?

—Sí. Lo conocí en una fiesta en casa de Margareth. Decía que estudiaba arte y... bueno... era encantador, me llenó de promesas...

Alexander miró su reloj de pulsera.

Fue evidente que se arrepintió de haber preguntado. Lo noté en su expresión. Así que me contuve y no añadí nada más.

—Debo ir al banco. Lee el acuerdo y comunícame cualquier duda.

—Por supuesto, señor Harrington.

Asentí, conteniendo el torbellino de emociones que me agitaba por dentro. Me levanté, dispuesta a salir del despacho, pero antes de llegar a la puerta, escuché su voz de nuevo:

—Isabela.

Me giré, sorprendida de que me llamara.

—Eres una mujer... fuerte. Y yo... espero que cuides bien del niño —dijo, con la voz baja, casi en un susurro.

Esas palabras, pronunciadas con tanta suavidad, hicieron que mi corazón se acelerara. Había algo en su mirada, una fragilidad que parecía querer ocultar, y eso me conmovió más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—Cuidaré de él, lo prometo. Es mi vida.

Salí del despacho con una sensación extraña.

El Alexander que acababa de ver era muy distinto al que creía conocer. Había una ternura contenida en su mirada, una vulnerabilidad oculta que jamás habría imaginado en alguien como él.

Y eso despertaba algo en mí. Algo que sabía que podía ser peligroso, pero que me resultaba imposible ignorar.

Caminé por los pasillos de la mansión con el corazón encogido, pero también con una emoción nueva creciendo en mi interior. Alexander Harrington era un hombre difícil, inflexible, casi inalcanzable. Pero en la noche anterior y aquella mañana, me había permitido vislumbrar una parte de él que iba mucho más allá de su máscara de hielo.

Y, por más que lo intentara, no podría sacarme de la cabeza aquella mirada.

Capítulo 19

Alexander Harrington

Era horrible volver al despacho y sentir que debería estar en otro lugar: en mi casa. El mercado financiero estaba en plena ebullición, Londres rebosaba de vida ahí fuera, y yo tenía muchísimo trabajo por hacer.

La mesa estaba cubierta de informes, contratos, cifras.

Todo perfectamente ordenado. Lo prefería así. Control, orden y eficiencia, como debía ser.

Sin embargo, yo no estaba realmente allí. Mi cuerpo, sí. Pero mi mente... deseaba estar en casa.

Ni siquiera el impecable orden del despacho, el aroma a café fuerte en el aire o la agitación del banco lograban anclarme al presente; inevitablemente, mis pensamientos volvían a Isabela.

Desde el momento en que había llegado, la veía con claridad en mi mente, en los más mínimos detalles, y esa sensación me

incomodaba.

Sus ojos asustados ayer... Ah, cómo deseaba abrazarla.

Y su forma tan dulce y gentil, incluso frente a mis exigencias... Tuve que hacer un gran esfuerzo para no acorralarla contra la mesa y cometer una locura.

Esa mujer despertaba en mí algo que todo mi autocontrol parecía incapaz de contener. Sabía que era cuestión de tiempo. Tarde o temprano cedería al deseo, a esa estúpida necesidad de sentir su mano entre las mías, dominar su boca con la lengua, estrechar su cuerpo hasta arrancarle suspiros.

Dos cosas sucedieron para apartarme de esos pensamientos indebidos, y agradecí que lo hicieran casi de inmediato.

Oliver, mi amigo y abogado, llamó a la puerta y entró en el despacho. Al mismo tiempo, sonó mi teléfono. Al parecer, mi hijo se había acordado de que tenía padre.

—Toma un café y espera. Quiero noticias de mi hijo —le indiqué a Oliver mientras contestaba la llamada—. ¿A qué debo el honor, Junior?

La línea quedó en silencio unos segundos, hasta que respondió, con la voz cansada y despreocupada a la vez:

—Hola, papá. Solo llamaba para saber cómo estabas.

—Bien. Trabajando, como siempre. Ya sabes, soy un hombre muy predecible.

Oliver asintió, y eso me irritó aún más.

—¿Y tú? ¿Dónde andas?

—Estoy en París, papá. Ya sabes, todo el movimiento de la precampaña y estableciendo contactos.

—Una campaña para alcalde de Londres, si no me falla la memoria.

—Exacto.

—¿Y se puede saber qué haces en París?

—Ah, ya sabes, papá. Buenos asesores de imagen... coaches... ampliando mi red de contactos.

—Con franceses.

Oliver desaprobó con un gesto, y esta vez estuve completamente de acuerdo con él.

Los británicos tienen las mejores mentes. ¿Qué demonios buscaba en Francia? Precisamente en Francia.

—Los franceses son modernos y siempre van un paso por delante. Ya lo sabes.

—Sí. Como cuando guillotinaron a la monarquía —dije, provocando.

—Exactamente —rió—. Papá, ¿podrías soltarme unos 15 millones?

—Quince millones —repetí en voz alta, para Oliver o quizá para que mi hijo contase hasta quince millones y se diera cuenta de la barbaridad—. ¿Para qué?

—Mentoría, asesoría, marketing, impresiones, networking... lo básico.

—Ya veo.

El silencio que siguió no presagiaba nada bueno.

Con Alex todo era un juego de evasión, una habilidad que quizás había heredado. Me recordaba a mí en mis primeros años, esquivando compromisos familiares para priorizar los negocios.

Tal vez tuviera la misma urgencia. Pero era difícil ignorar el hecho de que, mientras yo construía algo sólido, Alex se dedicaba a huir, disfrazando su fuga de ambición.

—El abuelo no quiso soltar ni una libra. Mis tíos... todos me colgaron el teléfono.

—¿Será porque los Harrington siempre nos hemos mantenido al margen de cualquier exposición pública? Somos excelentes moviendo los hilos desde las sombras, no en el escenario. Financiamos todo y a todos, porque siempre apostamos por el caballo ganador.

—Voy a ganar las elecciones, papá. Confía en mí.

—¿Y no debería el futuro alcalde de Londres estar... déjame pensar... en Londres? Haciendo networking con sus buenos y viejos amigos británicos. Conservando los valores tradicionales del pueblo... británico.

—No, así no se gana una elección hoy en día.

—Ah, así no se gana una elección —repetí para Oliver.

—Claro que sí. Todos nuestros candidatos siempre ganan —añadió Oliver, cruzando las piernas y alzando el meñique mientras bebía su café.

—Vamos, papá. Me enteré de que soltaste, en secreto, diez millones a mi competidor. Así que, ¿qué daño haría soltar quince para tu propio hijo? Soy de la familia.

—¿Qué te parece esto, Junior? Vuelves a casa y hablamos de esta gran aventura tuya —propuse—. Lo presentas al consejo financiero del banco y, quién sabe, quizá no te den quince... sino cuarenta y cinco millones. ¿Te parece una buena suma?

—Sí, pero no tengo intención de volver a Londres, al menos en los próximos seis meses.

—Ah, no piensa volver en seis meses —repetí para Oliver.

Él puso enseguida una cara de pena exagerada.

—Mucho networking por toda Europa. Estoy prácticamente de gira. Londres será la última parada, unas semanas antes de las elecciones.

—Entiendo, hijo. Entonces, cuando regreses, ven a ver a tu padre —corté la llamada.

Miré a Oliver, buscando su opinión.

Su respuesta fue un respetuoso y sarcástico encogimiento de hombros.

—Dios salve al futuro-tal-vez-alcalde —comentó.

—Sin blasfemias en mi despacho —gruñí.

Me recosté en la silla y respiré hondo, intentando comprender en qué había fallado con esos hijos. Al menos Charlotte no me daba problemas.

—¿Votarías por ese "prefeitón", Alex Ander?

—No. Pero dentro de veinte años, si los bastardos de ese mocoso votan, ganará sin invertir un solo penique.

—¡Quince millones de libras para pasearse por Europa! ¡Qué vida más cómoda!

—El error de él es creer que me engaña. Vagabundo mediocre.

—¡Eh, no hables así de tu propio hijo! —me reprendió Oliver —. Déjame a mí: vagabundo mediocre con delirios de grandeza que, si no hubiera nacido en una familia de renombre, se habría muerto de hambre.

—Vale, basta ya —levanté la mano y la moví con desgana para zanjar el tema—. Dame los papeles.

—¿Qué papeles?

—Los papeles para firmar. ¿Dónde están?

—Papeles... No hay papeles, Alex Ander.

—¿Entonces qué demonios has venido a hacer aquí?

Oliver me miró ofendido, como si fuese una blasfemia insinuar siquiera que había venido por nada importante.

—Saber sobre el ama de llaves, claro. ¿Y bien? ¿La has echado?

—Voy a llamar a seguridad para que te saquen —dije, tomando el móvil y marcando el número.

Oliver arqueó una ceja con una expresión de sorpresa cómica mal disimulada.

—Venga ya, estoy desesperado. Durmiendo junto al fregadero y esperando el reparto.

—¿Qué reparto, Oliver?

—El chisme. Bueno, las mujeres chismean. Nosotros, los hombres, hacemos... repartos estratégicos e imprescindibles para nuestro crecimiento. Así que ayúdame a crecer: ¿qué pasó con la ama de llaves? ¿Ya se ha ido?

—No. No se ha ido.

—¿Pero no habían pasado ya los siete días? Pensé que no tolerabas el irrespeto, Alexander. La mujer escondió a un niño en tu casa, organizó una fiesta prohibida y, aun así, sigue bajo tu techo.

—Sólo por un año. Es temporal. Luego se irá y...

—¡Fascinante! —se recostó, claramente encantado con lo que oía—. ¿Quién diría que una madre soltera y su bebé harían una grieta en la muralla del gran Alexander Harrington?

—No seas ridículo, Oliver —mantuve el tono seco, intentando cerrar el tema.

Pero sabía que cualquier resistencia sólo lo incentivaría más.

—Claro, claro. Solo temporal. No me malinterpretes, pero... ¿no te parece interesante cómo logró que cambiaras de opinión?

Lo ignoré, pero Oliver no paraba.

Conocía mis límites como pocos. Sabía cómo empujarme hasta el borde.

—Para alguien que siempre ha visto la fragilidad como una debilidad, Alexander, estás mostrando un lado... sorprendentemente generoso. Lo admito: me has dejado sin palabras.

—Ya lo he dicho. Es temporal.

Asintió, pero sus ojos brillaban con esa chispa de quien guarda un comentario más.

—¿Temporal, eh, bribón? ¿Tiempo suficiente para volver temprano a casa cada día... espiarla... respirar su aroma en el aire?

—Ni se te ocurra.

—No, yo jamás me atrevería —dijo con fingida inocencia—. Pero vamos, Alex Ander, Isabela es una mujer interesante —continuó, y capté la malicia en su tono—. Me estás convenciendo de que hasta el hombre más impenetrable puede cambiar. ¿Un pase VIP para mi club del infierno? No. ¿Ver a la guapa ama de llaves paseándose por la propiedad? Oh, yeah...

—Oliver —lo interrumpí, cortante, intentando poner fin al asunto—. Si no tienes nada más que observaciones irrelevantes, te sugiero que nos centremos en el trabajo. Y si no hay trabajo, puedes irte.

Suspiró dramáticamente, pero su expresión dejaba claro que aún no había terminado.

—Bueno, si vamos a cambiar de tema... quizá pueda sugerirte una distracción. Algo que te haga olvidar a la señorita Rojas.

—Continúa.

Oliver sonrió, sabiendo que por fin llegaba al motivo real de su visita.

—Sé que estás furioso con Penélope por lo que hizo, pero también sé que adora a Adele. Y tengo dos entradas para el palco. ¿No sería un buen momento para una reconciliación con tu hija mayor?

—Adele —repetí el nombre, que resonó en mi mente.

Tuve una idea. Una que rechacé de inmediato. Pero permití que se filtrara. Al fin y al cabo, si mi vida empezaba a desordenarse... ¿qué daño podía hacer?

—Sí, Alexander. Dos asientos en el palco, concierto agotado, el último antes de que Adele se vaya a Estados Unidos. Una oportunidad perfecta para padre e hija de perdonarse.

—Muy generoso de tu parte —respondí, tanteando si su interés era genuino.

—No me agradezcas —sonrió—. Me encanta ver a las familias felices y unidas.

—Por supuesto. ¿Y cuánto me va a costar?

—No me trates como a uno de esos hombres, Alex Ander. Adoro devolver favores generosos a mis clientes. Por eso creé el Club de Caballeros: para que nuestros queridos aristócratas disfruten de las mujeres más hermosas que pisan Londres.

—Ajá.

—Pero como tú nunca aceptaste tu tarjeta de socio, y además tuviste una pelea reciente con tu hija, pensé que un concierto de Adele sería la ocasión ideal para reconciliaros.

—Penélope no recibirá mi perdón en los próximos diez años.

—Qué amargura.

—Pero aceptaré las entradas.

—Me alegra ser útil —dijo, sacando dos entradas de su carpeta y dejándolas sobre la mesa—. Y si no vas a llevar a Penélope... supongo que será a...

—Eso no es asunto tuyo.

Tomé las entradas y las guardé en el cajón.

—Espero que ella tenga un vestido precioso para la ocasión —añadió, guiñándome un ojo.

Me removí en la silla, valorando el peso de aquel posible paso.

¿Sería eso cruzar la línea entre lo profesional y lo personal? Siempre había controlado esa frontera con precisión.

Pero invitar a Isabela... parecía romper todas las reglas.

—¿Será que los bebés entran gratis o también necesitan entrada? —Oliver me provocó, rascándose la barbilla.

Dudé antes de responder. Mi mirada se perdió en la distancia, pero por dentro era plenamente consciente de todas las preguntas que empezaban a rondarme.

Isabela.

Por más que intentara mantener una postura profesional, no podía negar que había algo en ella que me atraía. Un magnetismo que no sentía desde hacía más de una década.

La mezcla de vulnerabilidad y firmeza en su mirada tras todo lo ocurrido me había afectado más de lo que quería admitir.

Pero mostrar cualquier inclinación ante Oliver era casi como una confesión pública.

Y prefería que siguiera sabiendo poco o nada.

—Charlotte estará encantada de acompañar a su padre al concierto —dije con frialdad.

Él me observó con atención. Sabía que había notado mi vacilación.

—Charlotte, ¿eh, bribón?

—Más respeto.

Sabía que se estaba divirtiendo, pero no le permitiría ganar terreno.

—Gracias por las entradas. Les daremos buen uso.

—Me aseguraré de que haya un buen Grand Cru esperándoles. Con aperitivos incluidos.

—Muy amable de tu parte, Oliver. Ahora, si no es mucha molestia, averigua en qué demonios quiere gastar tanto dinero Junior.

—Por supuesto. Iré a consultar a mis informantes. Y tú, por favor... diviértete.

—Oh, seguro que será muy divertido.

Sin embargo, la simple idea de llevar a Isabela a algo así me perseguía. Una noche en un palco en el concierto de Adele, con Isabela a mi lado... claro, sería sólo una invitación. Nada más.

Estaba plenamente convencido de que podía controlar mis intenciones.

Después de todo, solo quería ofrecerle un entretenimiento británico de calidad. Sano. Apropiado.

Capítulo 20

Isabela Rojas

En los días que siguieron al susto con la salud de Theo, la rutina en la mansión recuperó cierto equilibrio —si es que podía llamarse equilibrio a entrenar y supervisar a más de cincuenta empleados nuevos.

Theo mejoró rápidamente con la atención del pediatra, y eso me aliviaba profundamente, pero había algo en su expresión, en su mirada, que me decía que estaba... triste.

Por las mañanas, en ausencia de Alexander, salíamos a tomar el sol, paseábamos entre los árboles, incluso hicimos un picnic junto al lago. Pero mi hijo siempre parecía buscar algo que no estaba allí. Y definitivamente, no era así antes.

Incluso sin su presencia directa, mantenía todo en orden con la mayor rigurosidad posible, porque sabía que, de algún modo, él

me estaba observando, esperando probablemente el momento adecuado para decirme que lo había decepcionado una vez más.

Y eso me dolía.

Me dolía de una forma que no sabía explicar.

No era simplemente haber cometido un error. Sentía que le había fallado, y esa sensación me pesaba más de lo que quería admitir.

Una semana después de la recuperación de Theo, tras encuentros fugaces con mi jefe en los pasillos, ya me había acostumbrado a la idea de que Alexander era un hombre enigmático y de gestos contenidos. Pero aquella noche que pasamos juntos cuidando de Theo seguía viva en mi memoria, porque ese día, en particular, Alexander parecía... distinto.

Más atento, aunque sin perder su rigidez.

Era como si quisiera acercarse, pero se obligara a mantenerse distante. Esa dualidad me intrigaba, y contra toda lógica... me atraía.

Y no podía permitírmelo. Definitivamente no podía.

¿Qué podría querer un hombre como él conmigo? Veníamos de mundos completamente distintos, vivíamos vidas con propósitos

opuestos. Toda esa chispa en mi pecho no podía ser más que un espejismo de mi imaginación.

El fin de semana, por la noche, entré de puntillas en el despacho para dejar el informe de la casa. Estaba satisfecha: había formado al nuevo personal, todo funcionaba como debía.

Justo cuando dejé el documento sobre la mesa, la silla presidencial giró: Alexander había estado sentado allí en silencio todo el tiempo.

Me sobresalté, claro, pero contuve la expresión.

—Buenas noches, señor. No lo había visto. Ya me marchaba.

—Quédate —su orden fue incisiva—. Isabela.

Solo la forma en la que pronunciaba mi nombre hacía que algo se agitara dentro de mí.

—Señor Harrington —sonreí, girándome del todo hacia él.

—¿Cómo está tu hijo?

—Mucho mejor. Fue solo un susto, pero ahora está sano y lleno de energía. Una vez más, gracias por su preocupación y por la ayuda.

Alexander me observó durante un momento más largo de lo habitual, con esa mirada suya intensa, analítica.

—Me alegra. El pediatra estará disponible siempre que lo necesites.

Le sonreí en señal de agradecimiento y bajé la mirada, insinuando que ya me retiraba.

—Hay algo que me gustaría preguntarte.

La tensión en el aire aumentó. Mi corazón latía más rápido. Alexander raramente introducía un tema con esa seriedad.

—Claro, dígame.

—He conseguido dos entradas para el último concierto de Adele en el Reino Unido. Es este fin de semana. Normalmente se las daría a Penélope y a su marido, pero ella no está en condiciones de merecerlas.

—Ah...

—Tú, sin embargo, me has sorprendido. Y como forma de reconocimiento, me gustaría invitarte a acompañarme.

Parpadeé, desconcertada, sin saber exactamente cómo reaccionar.

Había algo en la formalidad de su invitación que me dejó descolocada. Era extraño... y encantador al mismo tiempo.

—¿Me está... invitando a un concierto?

—Es un concierto en el Royal Albert Hall.

Esbozó una leve sonrisa, como si él mismo no estuviese del todo seguro de mi reacción.

—Sí, Isabela, te estoy invitando a venir conmigo. Es solo un concierto.

Pero algo en su tono, en la forma en que mantenía los ojos fijos en los míos, me decía que no era *solo* eso. Y, aun así, sabía que no debía ilusionarme con el significado detrás de la invitación.

Después de todo, no éramos amigos.

No éramos nada más que jefe y empleada.

Y quizá aquello no era más que un intento de suavizar las tensiones.

—Me encantaría —respondí antes de que la razón me hiciera declinar—. Adele es una de mis cantantes favoritas.

Alexander asintió, y su expresión se suavizó notablemente. Casi parecía... satisfecho.

—Lo sé. Soy un buen oyente.

Odiaba cuando hacía esa expresión de convencido, como si pudiera conseguir cualquier cosa en el mundo con solo desearlo, pero no había racionalización que evitara que el estómago se me revolviera y, poco después, sintiera un cosquilleo, como si mariposas revolotearan dentro de mí.

—Excelente. El coche estará a tu disposición a las siete —decidió—. Deja al niño con alguien de confianza. Será una noche para que te relajes.

Esa última frase me pilló desprevenida.

Alexander nunca se preocupaba por mi bienestar. Siempre era práctico, directo, frío. El simple hecho de que pensara en ofrecerme una noche de descanso era inesperado. Y dulce.

—Me prepararé, entonces —sentí cómo las mejillas se me ruborizaban y desvié la mirada, intentando disimular lo que seguramente ya se reflejaba en mi rostro.

Salí apresurada y me fui directa a mi habitación.

Me sentía como una adolescente, tonta y eufórica, con la necesidad absurda de contárselo a alguien. Natalie lo llamaba "fanficar".

—Hola. Si me has llamado a esta hora, seguro es porque hay bomba —respondió al segundo tono.

—Adivina quién va a estar en el último concierto de Adele en Londres.

—Oh, no... —rezongó—. Perra suertuda. ¿Cómo?

—Adivina.

—No lo sé. Solo sé que llevo seis meses intentando conseguir una entrada y nadie vende. Se agotaron enseguida, ¡y más siendo el concierto final!

—Alexander me ha invitado.

Se quedó callada durante unos diez segundos.

—¿Hola? ¿Sigues ahí?

—¿Alexander? ¿Tu jefe? ¿El que odia a los bebés?

—Sí. Él mismo.

—Qué. Perra. Suertuda. Vamos a fanficar. ¿Tú qué crees que quiere?

—¿Recompensarme por ser un cretino? —negué con la cabeza.

—Ah, claro. Seguro que esta mañana se levantó pensando: "Ay, fui tan malo con Isabela... Tengo que compensarlo. La llevaré a un concierto imposible de conseguir desde hace seis meses solo para hacer las paces".

—Amiga, qué exagerada eres.

—Él quiere acostarse contigo.

Esta vez fui yo quien se quedó en silencio más de diez segundos.

—¿Hola? ¿Sigues ahí?

—¿De verdad?

—Amiga... Despierta.

—No, en serio. ¿Será eso? Natalie, no puedo.

—¿Ni siquiera por conservar el trabajo? —rió.

—Creo que la perra suertuda y miserable eres tú —me reí también—. No, Naty. No. Eso está mal. Dependo de este trabajo. Es un buen empleo, no puedo arriesgar nada. Estoy caminando sobre la cuerda floja.

—¿Ni una chupadita?

Mi respuesta fue taparme la boca para no soltar la carcajada.

—¿Ni un mordisquito en el pezón? ¿Nada?

—No. Estoy harta de los hombres londinenses; uno ya me engañó. No voy a poner en riesgo mi empleo ni el bienestar de mi hijo por una aventura que puede acabar en desastre.

—¿Una aventura de un año, bien sabrosita, siendo la madame de uno de los hombres más ricos de Londres y luego salir por la puerta grande? —se burló Natalie—. Perra suertuda.

—No. No va a pasar.

—Entonces, ¿para qué me llamaste a fanficar?

—No te llamé para fanficar. Te llamé para preguntarte si puedes cuidar de Theo el domingo por la noche. Te pagaré, ¿vale?

—¿Dinero? ¿Y cuidar al cachetón más adorable de Londres? Así no me resisto.

—50 libras. Lo tomas o lo dejas —ofrecí.

—Iría hasta gratis, pero por 50 libras, la chupadita está incluida, amiga. Solo tienes que llegar limpia.

—Deja de decir tonterías. Gracias. Pediré que el chófer te recoja a las seis, ¿te parece?

—¿Chófer?

—Sí. Uno solo para mí. Tiene que ser temprano, porque me llevará al Royal Albert Hall.

—Tengo la impresión de que ya eres la madame de esa casa. Solo que aún no duermes con el dueño. Por ahora.

—Deja de fastidiar. Nos vemos a las seis el domingo, ¿ok?

—No me lo perdería por nada del mundo. ¡Un beso al cachetón!

—Un beso.

Colgué el teléfono y miré a Theo, que estaba demasiado ocupado rascándose las encías con su dinosaurio amarillo. Me acerqué a la cama, lo tomé en brazos y lo apreté contra mi pecho.

—Mamá no va a cometer errores ni locuras. Tú eres lo primero, siempre. Y nunca haré nada que te ponga en riesgo. ¿Vale?

Aunque era tan pequeño, parecía entender cada una de mis palabras. Y me respondió con una sonrisa enorme, ofreciéndome su juguete baboseado.

—Gracias, qué detalle más bonito.

Lo llevé a la cuna del vestidor; el encargado de mantenimiento había montado una provisional, que había

pertenecido a uno de los hijos de Alexander, hasta que llegara su camita nueva. Así estaría seguro, y yo podría volver a mis tareas.

Capítulo 21

Isabela Rojas

Era la primera vez en mucho tiempo que salía de la rutina agotadora.

Desde el nacimiento de Theo, no recordaba haberme tomado ni un solo día para cuidar de mí misma, disfrutar de algo que realmente me gustara y, simplemente, despreocuparme. Así que me prometí aprovechar cada segundo.

Cuando por fin llegó el momento, tardé el triple de tiempo en arreglarme.

El único vestido que tenía digno de la ocasión era uno negro, con un corte delicado que realzaba mi busto y dejaba al descubierto parte de la pierna derecha; lo había usado una sola vez, en mi graduación universitaria.

Natalie lo aprobó al instante e incluso consiguió que Theo aplaudiera.

—Mira qué guapa está tu mamá. Di: ¡bieeen!

Se puso detrás de Theo y lo animó a aplaudir. Mi hijo se lo pasó en grande.

—Hoy vas a encontrarle un papá.

—Deja de decir tonterías, Naty. Es solo un concierto. Un respiro en medio de la rutina.

—¿Solo un concierto? ¿Sabes cuánto he visto que cuesta esa entrada en internet?

Sacó el móvil y me enseñó una captura de pantalla con el precio.

—¿Ocho mil libras? —abrí los ojos de par en par.

—Solo un concierto. Claro.

—¿Cuánto es eso en reales? —hice el cálculo en el teléfono—. ¿¡Casi sesenta mil!? ¿Está loco?

—Solo un concierto, amiga. Disfrútalo.

—No... Ahora menos aún podré disfrutar. ¿Sesenta mil reales?

—Isa, existe un mundo maravilloso, pero es caro. Así que... simplemente disfrútalo.

Tuvo que sacarme del cuarto casi a empujones porque aquella cifra me dejó en estado de shock. Ya no sabía si la que no tenía noción del valor de las cosas era yo... o Alexander.

Cuando salí de la propiedad, el chófer abrió la puerta para mí y nos dirigimos a South Kensington. Durante el trayecto, busqué mentalmente las mejores excusas para no asistir al espectáculo: dolor de cabeza, náuseas repentinas, Theo enfermándose de pronto…

Pero en cuanto bajé del coche y vi a Alexander esperándome frente a aquel edificio monumental, todas las excusas desaparecieron, y toda mi atención se centró en él.

Me miró de arriba abajo, sin prisa, y en su expresión había algo que me hizo ruborizarme. Un calor me subió por el rostro y quise dar media vuelta, pero el chófer ya se había marchado.

Alexander me esperó pacientemente, como si estuviera en el altar aguardando a la novia. Y yo caminé despacio, paralizada por la vergüenza... y por el miedo.

—Estás... deslumbrante. Tal y como lo imaginé.

Intenté sonreír sin perder la compostura, pero una chispa dentro de mí me hacía sentir que, en cualquier momento, cometería

una locura, así que empecé a vigilar mis propios gestos.

—Gracias.

Desvié la mirada, notando cómo se aceleraba mi corazón.

—No sé qué decirle a usted... está elegante, como siempre.

Y lo estaba. Vestido con ese impecable traje azul oscuro, parecía aún más imponente. Casi magnético. Mi jefe tenía ese tipo de presencia que imponía… pero también atraía, como si fuera una especie de deidad.

Aunque personas elegantísimas pasaban junto a él y lo saludaban, él no apartó la vista de mí. Y me ofreció su brazo al acercarme.

—No me llames señor. Solo Alexander.

—¿No es demasiado informal?

—Un poco de informalidad no nos hará daño.

—Está bien...

—¿Te acompaño hasta el palco?

—Por supuesto, caballero —bromeé.

Pero eso era exactamente lo que era: un auténtico caballero inglés. Alexander era la epítome de un lord británico. No era solo su

traje ni su porte elegante. Era su forma de comportarse.

Siempre mantenía la barbilla erguida y parecía estar constantemente atento a mí. Y por más que intentara descifrarle la mirada, él seguía siendo un completo misterio.

Llegamos al palco con facilidad y tomamos asiento.

La vista era privilegiada, y me sentí rodeada del PIB del país. No conocía a esas personas, pero por su actitud, parecían ser los grandes empresarios de Londres.

Entre Alexander y yo no se intercambiaron muchas palabras.

De hecho, el espacio entre nuestras butacas parecía demasiado estrecho, y el silencio entre nosotros... demasiado denso como para ignorarlo.

Cada vez que nuestras miradas se encontraban, percibía un brillo especial en sus ojos. Inusual. Intenso.

El tiempo pareció detenerse cuando las luces se atenuaron y la voz de Adele llenó la sala con una intensidad única y sobrecogedora. Como solo ella sabía hacerlo.

Siempre he pensado que la música, al igual que las matemáticas y el amor, es un lenguaje universal. Entendía las letras,

sí, pero incluso si no las entendiera, me emocionarían igual. Porque podía sentir de qué hablaba.

Amores no correspondidos, abandono, rechazo... habían sido temas constantes en mi vida amorosa. Y no conocía mejor remedio para esas heridas que entregarme a la emoción. Sentirla dentro de mí, viva.

Adele parecía haber crecido conmigo. Como si hubiera vivido dentro de mí.

Y cuando cantó *Million Years Ago*, no pude contenerme. Me levanté, salí discretamente del palco y fui al pasillo exterior… a llorar.

Aquella canción me tocaba profundamente porque... era verdad.

Ya no era tan joven como antes. Y ahora tenía a alguien que dependía completamente de mí. Y entre tantos obstáculos, sentía que partes de mí se estaban apagando, y sabía que no volverían jamás.

Me limpié las lágrimas deprisa cuando se abrió la puerta del palco. Para mi sorpresa, Alexander salió y caminó hacia mí con paso lento.

—¿Ha pasado algo? —preguntó.

—No... solo me emocioné. Y no quería llorar delante de usted.

—¿De verdad? —pareció intrigado—. ¿Por qué no?

—No quiero que piense que soy una mujer débil.

—¿Y en qué circunstancia alguien, con un mínimo de sensatez, podría considerar débil a una mujer que es capaz de hacerlo todo por su hijo?

Mis ojos, aún empañados por las lágrimas, se alzaron hacia él. Mientras la música melancólica seguía envolviendo el ambiente y Alexander se acercaba más, sentía la adrenalina recorrerme el cuerpo, dejándome inquieta, a flor de piel.

—Intento fingir que no, pero siempre vuelvo a esa pesadilla, ¿sabe?

—Cuéntamelo.

—Estar en el altar, después de haberme sentido mal la noche anterior y descubrir que estaba embarazada. Contárselo a mi ex. Y verlo allí, esperándome frente al altar, mientras yo caminaba hacia él delante de toda mi familia... sólo para que, al llegar, me entregara un fajo de billetes junto con una tarjeta con la dirección de una clínica clandestina de abortos... y me pidiera que pusiera fin a todo.

Lo solté todo de golpe, y al hacerlo, sentí que algo dentro de mí se liberaba.

No sabía si después de eso me despediría o pensaría que estaba loca.

Pero siempre he sido sincera. Y si íbamos a romper el protocolo, debía saber también cuál era mi peor versión. Al fin y al cabo, él me había mostrado la suya al hablarme de la muerte de su hijo.

—¿Significaba mucho para ti? —Alexander entrecerró los ojos.

—No lo sé.

—¿No lo sabes? —dejó los labios entreabiertos.

—Él... me prometió tantas cosas. Decía que fue amor a primera vista, que nunca había conocido a alguien como yo, que me haría la mujer más feliz del mundo… Vivimos meses intensos y yo juraba que estaba allí, cuerpo y alma. Hasta que me dejó plantada en el altar. Después supe que había hecho lo mismo con al menos una docena más...

—Ese es el problema de tu generación.

—¿Qué problema?

Alexander se acercó tanto que su cuerpo rozó el mío. Y no se detuvo ahí. Me presionó contra la pared con firmeza. Mi corazón dio un vuelco inmediato y sentí cómo se me escapaba el aire.

—Confiáis en cualquier promesa vacía, porque dais demasiado valor a lo que las personas dicen y no a lo que hacen.

—Sí. Él era un gran mentiroso.

—Aprende algo, Isabela —dijo, alzando mi barbilla con suavidad—: un hombre de verdad no necesita hablar. Actúa. No promete, demuestra. Cuando un hombre de verdad quiere a una mujer, no intenta impresionarla con palabras huecas, sino con gestos que le hagan sentir que vale.

Su rostro descendió lentamente hacia el mío.

Sus labios crecían ante mis ojos y yo entreabrí los míos, lista para besarlo. Sin darme cuenta, me puse de puntillas.

Su aroma me embriagaba, y su voz baja y pausada deshacía todas mis defensas. Estaba tan cerca que podía sentir su respiración rozar mi piel. Me sentía entregada, y si antes tenía dudas, ahora ansiaba ese beso.

Mi corazón latía con fuerza, y el calor me subía por las mejillas, incapaz de apartar la mirada. Sus labios estaban a

centímetros de los míos, y por un instante, la certeza de que iba a besarme era tan real que me faltó el aliento.

Pero en el momento exacto en que sus labios casi rozaron los míos, sentí que secaba mis lágrimas con un pañuelo de seda. Limpió mi rostro con delicadeza y se apartó un poco, sin dejar de mirarme.

—Pero entiendo el encanto de caer ante la labia de un buen embaucador. Yo la tengo —dijo con ese tono arrogante que, maldita sea, lo hacía irresistiblemente atractivo—. La labia puede hacer que un niño conquiste a una mujer, pero son las acciones de un hombre las que la hacen quedarse.

Yo deseaba que actuara.

Deseaba que me agarrara por los hombros, me empujara contra la pared, me arrancara la ropa y me arrastrara hacia la primera puerta para hacerme gemir alto.

Pero, como toda una dama británica por una noche, le sonreí con delicadeza.

—¿Acabas de darme una lección, Alexander?

Él sonrió de lado, divertido.

—Volvamos y disfrutemos del concierto. Emociónate todo lo que quieras.

Se dio la vuelta y regresó al palco. Yo me quedé allí, inmóvil, dividida. Había algo que quería decirle, pero las palabras no salían.

Lo que debería haber sido un beso —una certeza— quedó suspendido en el aire. Incompleto, pero cargado de una tensión que no desaparecía.

Cuando regresé a mi asiento, volví a emocionarme varias veces. Alexander, atento, me ofreció su pañuelo de seda para que secara mis lágrimas.

Cuando terminó el concierto, me acompañó hasta el coche, me abrió la puerta y no dijo nada. Simplemente me dejó marchar como si la noche no hubiera significado nada.

Yo estaba confundida.

Alexander parecía jugar con mi juicio.

No podía estar loca: sentía que algo había cambiado entre nosotros. Por más que quisiéramos negarlo, era imposible fingir que lo que casi ocurrió no había significado nada.

Durante el trayecto de regreso a la mansión, recordé cada uno de sus gestos al volver a su asiento. Estaba absorto, la mandíbula tensa, los ojos fijos. Claramente no estaba tranquilo.

Esa expresión rígida era su escudo, su única defensa contra lo que ambos sentíamos y no queríamos admitir.

Cuando el coche se detuvo frente a la mansión, lo vi bajar del coche delantero y caminar hacia la entrada. Aquella despedida fue especialmente incómoda; la cercanía entre nosotros hacía que todo se sintiera aún más intenso.

—Gracias por la noche —dije a su espalda.

Él asintió, subió los escalones y se dirigió a su despacho.

—Buenas noches, Isabela.

Caminé despacio, casi arrastrando los pies, intentando procesar lo que acababa de vivir.

Avancé unos pasos más... hasta que sentí una mano cerrarse sobre mi brazo y mi cuerpo ser empujado con fuerza contra la pared. Tan fuerte que por un instante creí que el corazón se me saldría del pecho.

—¿Señor Harrington? —susurré, con la voz temblorosa, al ver sus ojos arder como brasas.

—Ya no puedo seguir controlándome.

Capítulo 22

Isabela Rojas

Alexander me miraba con una intensidad capaz de quemar cualquier fachada de profesionalidad.

Ya no había palabras ni excusas; lo único que podía hacer era sentir el toque firme de su mano sujetándome por el brazo, presionándome contra la pared con una urgencia tan inesperada como inevitable.

—Isabela...

Su susurro me estremeció por dentro.

Su voz, baja y áspera, sonaba como una confesión que se escapaba sin permiso. Por un segundo pensé en apartarme, en decir algo —cualquier cosa— que restaurara el control que claramente habíamos perdido.

Pero la forma en la que me miraba —como si en ese momento yo fuese lo único que importaba— hacía imposible

alejarme. Cada centímetro de distancia se reducía entre nosotros, hasta que el único sonido que podía oír era el latido desbocado de mi propio corazón.

—¿Qué...? —susurré, apenas audible.

Él entrecerró los ojos. Su rostro se acercó al mío con una lentitud tortuosa. Sus ojos, normalmente fríos y calculadores, ahora revelaban algo que nunca había visto en él: vulnerabilidad.

Su mano, que antes me sujetaba el brazo, descendió lentamente, casi con duda, hasta mi cintura, como si necesitara asegurarse de que no iba a huir. Cuando sus dedos me apretaron con suavidad, solté un leve gemido, el aire escapando de mis pulmones.

El ambiente se volvió espeso, eléctrico. Quise romper el silencio, decir algo que nos hiciera retroceder, pero mi cuerpo se negó. Mis manos no se movían, y una parte de mí deseaba desesperadamente que se acercara aún más... que por fin cruzara esa línea que llevábamos tanto tiempo evitando.

—Intenté convencerme de que solo eras... —se interrumpió, con las palabras atragantadas.

—¿Solo...?

Sus dedos se aferraron con más fuerza a mi cintura, y el calor me envolvió de forma vertiginosa. Su toque no era posesivo: era necesitado. Y yo también lo necesitaba.

Sus labios se acercaron, tanto que su aliento cálido acariciaba mi rostro. Estaba atrapada en ese instante. En pausa. Suspendida.

—Esto no es ético, pero me odiaría si no lo hiciera.

Cerré los ojos, sintiendo la presión de su cuerpo contra el mío. Cuando los abrí, su mirada seguía fija en la mía. Intensa. Decidida.

Él inclinó ligeramente el rostro, sus labios a un suspiro de los míos. Estaba segura de que iba a besarme.

—Alexander...

No sabía si decir su nombre era una advertencia... o una súplica.

Sus manos subieron desde mi cintura hasta mis hombros, y luego se hundieron en mi cabello, con una ternura casi posesiva. Como si necesitara anclarme allí, como si soltarme fuera una opción que no estaba dispuesto a contemplar.

Se detuvo. Sus ojos buscaron los míos. Había una batalla dentro de él, una tensión visible.

Mi corazón latía tan fuerte que sentía que todo el pasillo podía oírlo. Sabía que si se acercaba un poco más, si sus labios rozaban los míos, ya no habría retorno posible.

—Alexander, nosotros...

—No me importa.

Antes de que pudiera responder, sentí el roce sutil de sus labios sobre los míos. Un contacto apenas perceptible, una prueba. Una petición de permiso.

Me quedé inmóvil. El calor de su boca encendía mi piel, y mi respiración temblaba.

Un segundo después, se apartó apenas lo justo para mirarme a los ojos, buscando una señal. Y entonces volvió a acercarse.

Esta vez, me besó de verdad.

Un beso decidido. Feroz. Lleno de un deseo contenido que, al liberarse, me arrasó por dentro como una ola.

Me entregué. Mis manos buscaron su nuca, atrayéndolo más, y él respondió con más intensidad, como si el control que tanto había defendido por fin se hubiera rendido.

Su otra mano descendió hasta mis lumbares, sujetándome con firmeza. El mundo desapareció. Solo estábamos nosotros,

enredados en un beso que parecía devorarlo todo.

Su boca se movía con maestría, cada roce una caricia ardiente, una promesa muda. Su lengua se entrelazaba con la mía en un ritmo lento y profundo, dejándome sin aliento, borrando cualquier pensamiento lógico.

Me sentía segura en sus brazos. Deseada. Plena.

Alexander me besaba como si llevara años esperando hacerlo. Como si quisiera descubrirme entera a través del sabor de mi boca. Como si solo en ese momento se permitiera sentirlo todo.

Sentía su corazón latiendo al mismo ritmo que el mío. Como si nuestros cuerpos hablaran un idioma secreto.

El beso era una rendición y una declaración.

Y cuando, finalmente, se apartó, sentí un vacío inmediato. Doloroso.

Ambos respirábamos con dificultad. Alexander dio un paso atrás, aunque seguía mirándome, su mirada cargada de algo que no supe interpretar del todo. Incertidumbre. Conflicto. Ansiedad.

—Isabela, yo... —susurró, con voz ronca.

No pude responder. Tampoco sabía qué decir.

Él se recompuso. Enderezó la espalda, intentó volver a su postura habitual, pero el temblor en su voz lo traicionó.

—No sé si esto está bien.

Yo tampoco lo sabía.

Lo que sí sabía era que había sentido algo real. Algo que ya no podíamos fingir que no existía.

—Ha sido un error. No volverá a repetirse. Buenas noches.

Y antes de que pudiera reaccionar, se dio la vuelta... y desapareció por el pasillo.

Capítulo 23

Isabela Rojas

Mi corazón seguía desbocado mientras regresaba en silencio a mi habitación.

Luchaba por no romper el hechizo, por no perder aquel recuerdo que parecía imposible. Alexander me había besado. Cada gesto suyo, su aroma, la forma en que tomó mi boca… todo giraba en mi cabeza como una película en bucle.

A la vez, sentía la tentación de olvidarlo todo, por miedo a que no hubiese sido más que una dulce ilusión.

Cuando entré en el cuarto, encontré a Natalie dormida en el sillón con Theo en brazos. La luz de la lámpara seguía encendida, y Theo respiraba plácidamente, con su manita asomando por debajo de la manta.

Solo con verlo tranquilo y seguro, una mezcla de calma y felicidad me invadió por completo.

Natalie se removió en el sillón, se estiró y se frotó los ojos, aún medio dormida.

—¿Isa? ¿Qué pasó? ¿Cómo fue? —preguntó, con la voz ronca del sueño, pero con ese brillo curioso tan suyo.

—Fue... solo un concierto de Adele —tomé a Theo con cuidado y lo mecí suavemente mientras lo llevaba al moisés improvisado en el vestidor.

Luchaba por ocultar la sonrisa que amenazaba con escaparse. Y también la tensión… y un miedo sutil sobre lo que me aguardaba al día siguiente.

Ella arqueó una ceja, claramente desconfiada.

—¿Solo un concierto, eh? Hum… estás rara, amiga.

—Es tu impresión, por el sueño. Vuelve a dormir.

Me quité los tacones, el vestido, y me tumbé en la cama. Quería darme una ducha, pero no quería quitarme el olor a él que aún sentía en mi piel.

Natalie murmuró algo que no entendí y se acomodó de nuevo. Cerré los ojos, sintiendo el calor de las sábanas… y el calor de su tacto todavía ardiendo en mi cuerpo.

Mi corazón seguía acelerado. Sabía que me costaría conciliar el sueño. Cada vez que cerraba los ojos, era como si aún pudiera sentir la presión de sus labios sobre los míos, sus manos firmes en mi cintura.

Él se sentía tan real… tan cercano.

Y, sin embargo, era demasiado arriesgado.

Era mi jefe. Alguien completamente inaccesible. Y Theo necesitaba estabilidad, no una madre atrapada en emociones confusas. Aun así, esa pequeña chispa de felicidad me acunó hasta que el sueño me venció.

Al despertar, el encanto de la noche anterior se había transformado en una especie de resaca emocional.

Me sentía agotada, como si toda la carga sentimental se hubiera acumulado en mi cuerpo.

Natalie seguía allí, jugando con Theo, y al verme abrir los ojos, me lanzó una mirada afilada.

—Buenos días, señora "solo fue un concierto" —bromeó con una sonrisa—. ¿Dormiste bien?

—Ajá…

Se acercó, aún sonriendo, pero con los ojos entrecerrados.

—Ya te he visto con esa cara antes. Y nunca es después de solo un concierto. ¿Me vas a contar qué pasó?

Tragué saliva, buscando palabras que no revelaran demasiado.

Quería contárselo todo. Desahogarme. Pero no era tan simple. Y desde luego no en esa casa.

Aunque la habitación tenía aislamiento acústico, no me sentía del todo segura. Y por más que me tentara decir que mi jefe me había besado… preferí callar.

—Lloré mucho. Reflexioné sobre la vida… Fue la primera vez en mucho tiempo que disfruté de algo así.

—Sí, necesitas salir más.

—Ahora que tengo trabajo y algo de dinero, lo haré —murmuré, mordiéndome el labio.

—Claro. Vamos a fingir que te creo... ¿Él te vio llorar?

—Sí. Salí, pero él me siguió.

—¿Te siguió? —entonó con cara de detective.

—Para ver si estaba bien.

—Ajá…

—Y me dio un pañuelo. Eso fue todo.

—¿Ni hablaron?

—No mucho. Alexander es reservado. Y está demasiado ocupado para esas trivialidades…

—Qué hombre más maldito —murmuró ella.

Evadí la conversación levantándome y fingiendo ocuparme de Theo.

El día transcurrió tranquilo, pero yo sentía la tensión arrastrándose como una sombra. Las memorias del beso, del tacto, de su cercanía, giraban en mi mente, y apenas lograba concentrarme.

Después de comer, alguien llamó a la puerta.

Abrí y vi a un repartidor con una caja enorme. En la etiqueta ponía: "Cuna — Theo Rojas".

—¡Creo que por fin ha llegado! —dije a Theo y Natalie—. ¿La vas a montar tú?

—No, solo entrego.

Dejó la caja en el centro de la habitación y se fue acompañado por uno de los guardias de seguridad.

Antes de que pudiera organizar nada, Alexander apareció en el pasillo.

Vestía informal: camiseta de punto beige y pantalón negro. Caminaba hacia mí con ese andar suyo, firme y elegante.

Cerré la puerta deprisa y miré a Natalie.

—¡Silencio! Fingimos que no estamos aquí.

—Pero si ya nos ha visto, loca.

—Lo sé. Fingimos que estamos muy ocupadas.

Justo entonces, tres golpes suaves resonaron en la puerta.

Cerré los ojos. Natalie se quedó congelada. Theo aplaudió y gritó encantado.

—¡Shhh! ¡Pequeño traidor!

—¡Da! —señaló la puerta.

—Sé que estás ahí. No sirve de nada ignorarme —dijo Alexander al otro lado.

Giré el pomo y abrí. Miré todo menos a él: la cama, el paquete, el desorden.

—Solo… no quería que vieras el caos.

—Con llamar a una empleada se soluciona —dijo con tono práctico y entró, pasando junto a mí—. Yo montaré la cuna.

Parpadeé.

—Pero… no hace falta. Puedo llamar al equipo de mantenimiento...

—Está hecha a medida. El carpintero no tenía hueco esta semana, y no confío en cualquiera. Será rápido —dijo, agachándose ya para abrir la caja.

Natalie, que seguía a mi lado con Theo en brazos, me lanzó una mirada mezcla de incredulidad y diversión. Pude ver el brillo curioso en sus ojos, y me sonrió con picardía mientras observábamos a Alexander organizar las piezas en el suelo.

—¿Y el señor ya ha montado muchas cunas? —susurró Natalie.

—De todos mis hijos.

—Ah, qué maravilla, de todos sus hijos, Isa —Natalie me dio un codazo—. Te dejo a Theo mientras voy a por algo a la cocina. —Y salió de puntillas, conteniendo la risa.

En cuanto se fue, me quedé sola con Alexander en la habitación.

Él se agachó y empezó a examinar las instrucciones, con la concentración y seriedad de quien trata aquello como otro de sus proyectos empresariales.

Lo observaba en silencio, intentando disimular la admiración.

Era un hombre que no parecía intimidarse ante ninguna tarea. Verlo allí, tan cerca de Theo, me provocaba una mezcla de gratitud y nerviosismo. Era como si estuviera cruzando una línea invisible, y yo no supiera cómo reaccionar.

—Esperaba que la cuna llegara antes —comentó sin levantar la vista—. Pero el carpintero estaba ocupado en una reforma en el Palacio de Buckingham.

—Ah, el palacio... —Asentí con los ojos muy abiertos.

Negué ligeramente, sorprendida de que se hubiera preocupado por eso en lugar de centrarse en el trabajo.

—¿Esto no le quita tiempo?

—Ya he terminado todas mis obligaciones.

—Pero trabaja de domingo a domingo...

Me miró alzando una ceja, como queriendo reprenderme.

—Es raro que me llames señor. Sabes cómo me llamo.

—Claro, pero soy su...

—Relájate un poco.

Sonrió levemente, sin mirarme directamente.

Theo, mientras tanto, estiraba los bracitos intentando alcanzar a Alexander, como si quisiera tirarle del pelo, de la camisa o arrebatarle el destornillador de las manos.

—Theo no puede seguir durmiendo en un vestidor sin ventilación. Se pondrá enfermo otra vez, y no queremos eso, ¿verdad?

—No queremos, en absoluto.

—Además, ya que el imbécil de su padre no está aquí ni ha hecho nada útil, creo que necesitas algo de apoyo, aunque sea temporal.

Sus palabras me tocaron más de lo que estaba preparada para admitir.

Ver a Alexander allí, montando la cuna de mi hijo, me hizo verlo bajo una nueva luz. Él, que siempre se mostraba tan frío y reservado, ahora hacía algo tan humano, tan... cercano.

Sabía que era un gesto práctico, pero no podía evitar el calor que empezaba a crecer dentro de mí.

—¿Has terminado tu tesis? —preguntó, retomando la conversación.

—Ah... no... me faltan unas quince páginas.

—¿Necesitas ayuda?

—¿Eh? No, sólo necesito terminar. Estoy procrastinando.

—Quizá una niñera te ayude a tener más tiempo libre. Tu amiga parece una buena persona, y parece necesitar empleo.

—¿Natalie? —Mis ojos se iluminaron—. Es increíble, la mejor, de hecho. Pero...

—¿Está disponible?

—Mientras Margareth esté en Japón, sí. Limpiaba en su casa tres veces por semana.

—Perfecto. Ofrécele el empleo. Quiero a alguien que cuide exclusivamente de Theo para que nunca esté solo. Todavía no hemos hablado de profesores o tutores para él.

—No los necesita, es sólo un bebé.

—Es la mejor etapa para empezar a aprender.

Verlo querer cuidar de mí y de mi hijo me provocaba... un revoloteo de mariposas en el estómago.

Me senté en la cama, hipnotizada, viendo cómo montaba las piezas de la cuna con destreza. Parecía haberlo hecho un millón de veces. Y estaba tan concentrado como si fuera el proyecto más importante de su vida.

Cuando Natalie regresó, me lanzó una mirada sugerente, como si yo fuera incapaz de ocultar la admiración que sentía por mi jefe.

Finalmente, Alexander se incorporó, estiró la espalda y examinó la cuna con mirada crítica, como si buscara algún detalle fuera de lugar.

Movió el sillón de sitio y yo me quedé embelesada viendo cómo sus músculos se tensaban. Colocó la cuna en su sitio y se apartó para evaluar si había quedado bien.

—Perfecto. Ahora tu hijo tiene un lugar digno para dormir.

No podía apartar la vista de él. Y, por la expresión en el rostro de Natalie, sabía que estaba pensando exactamente lo mismo que yo.

Se acercó a mí, tomó a Theo en brazos, y me susurró, procurando que Alexander no la oyera:

—Cierra la boca, amiga, deja de babear.

—¡Shhh!

—¿Quién lo diría, eh? Tu jefe montando la cuna de tu hijo. ¿Estás segura de que esto es sólo "profesional"?

Rodé los ojos, intentando no sonreír, pero sus palabras resonaban en mi interior. Aquello no parecía un simple gesto profesional. Alexander, siempre tan rígido y distante, ahora parecía... humano, real. Una faceta que jamás imaginé ver.

—Pediré que una de las empleadas venga a limpiar este desorden.

—No se preocupe, yo me encargo —lo interrumpí—. Gracias, señor... Alexander.

—Es lo mínimo que puedo hacer, por el bienestar de Theo. Habla con tu amiga sobre lo que hemos comentado.

Salió del cuarto y desapareció por el pasillo.

Me quedé allí, de pie, intentando procesarlo todo.

No sabía qué pensar.

En sólo unos minutos, había desmontado todas las ideas preconcebidas que tenía sobre él y, lo peor, yo esperaba que, después de lo ocurrido la noche anterior, me culpara... pero no fue así.

Miré a Natalie, que sostenía a Theo y me observaba con una sonrisa traviesa.

—Ay, ay... me parece que ese "sólo fue un concierto" ha rendido más de lo esperado.

—Déjalo ya.

—¿Y qué quiso decir el señor músculos montador de cunas con "habla con tu amiga"?

—Quiere que tenga más tiempo libre...

—¿Para estar contigo, no? Hombre emprendedor. No me extraña que sea uno de los más ricos del país.

—Para terminar mi tesis de máster y centrarme en dirigir la casa —rectifiqué—. Así que me pidió que te preguntara si quieres ser la niñera de Theo.

—Acepto —dijo sin pensarlo dos veces.

—Pero ni siquiera hemos hablado de salario, horarios o beneficios...

—Amiga, mira este lugar —dijo, extendiendo las manos—. Lo que tú llamas trabajo, yo lo llamo pura diversión con el cachetón más adorable de Londres. —Le hizo cosquillas a Theo, que estalló en carcajadas.

—Será genial tenerte aquí. ¿Y Margareth?

—Cuando vuelva de Japón, encontrará otra limpiadora.

Suspiré, dejando escapar una sonrisa tímida.

—Está bien. Bienvenida al equipo. Soy una supervisora exigente, no me culpes. El señor músculos montador de cunas exige que sea así.

—Ay, amiga, ese hombre está loco por exigirte otras cosas.

—No inventes, para ya.

—Yo no le doy ni una semana para que te pida dormir en su habitación.

Capítulo 24

Isabela Rojas

No pasó ni una semana.

Ocurrió al día siguiente.

Había olvidado completamente entregar el informe semanal en el despacho de Alexander. Esperé a que toda la casa cayera en un profundo silencio.

Theo estaba dormido y yo acababa de darme una ducha antes de acostarme; de hecho, estaba en pijama.

Subí las escaleras de puntillas para no hacer ruido. Y la sensación de estar haciendo algo prohibido disparó la adrenalina en mi cuerpo; mi corazón latía descontroladamente.

En cuanto abrí la puerta, me arrepentí.

El sonido del viento se colaba por una ventana entreabierta, los libros estaban alineados en las estanterías detrás de él, y

Alexander estaba sentado, imponente, a la tenue luz de una lámpara, haciendo anotaciones a mano.

Vestía una camisa blanca, con los primeros botones desabrochados, dejando ver su pecho musculoso. Las gafas de montura cuadrada en su rostro le daban un aire aún más serio y severo de lo habitual.

La forma en que echó los hombros hacia atrás y evaluó cada uno de mis pasos, hasta que llegué a su escritorio, di media vuelta en silencio e intenté marcharme, hizo que el tiempo pareciera fluir con una lentitud insoportable.

—Antes de que te vayas...

Apreté los labios y bajé la mirada. Solté un suspiro de desesperanza; claramente, no estaba preparada para una conversación, y mucho menos quería que me vieran entrando en su despacho pasada la medianoche.

—Me gustaría entender algunas cosas.

Me giré lentamente sobre mis talones y apoyé la espalda contra la pared.

Vi cómo se levantaba, rodeaba el escritorio y se detenía a pocos pasos de mí.

—¿Sobre el informe, señor Harrington?

Negó con la cabeza, desviando la mirada durante un momento, como si estuviera sopesando sus próximas palabras. Cuando volvió a mirarme, había algo diferente en sus ojos, algo más vulnerable, pero aun así firme.

—No, no es el informe, Isabela. —Dio un paso más hacia mí, y su mano subió hasta mi brazo, tocándolo suavemente, pero con una firmeza que dejaba claro que no quería que me moviera—. Es sobre ti.

—¿Qué le gustaría entender sobre mí?

Sentí el calor de su mano en mi piel, y fue como si todos mis miedos y deseos emergieran de golpe, dejándome a flor de piel.

Estaba tan cerca que podía sentir la fragancia cálida y envolvente de su perfume.
Podría haberme apartado, haber dicho algo para romper el momento, pero la verdad era que una parte de mí estaba cansada de fingir que no sentía nada.

Quería, más que nada, entender qué sentía él también.

—Me gustaría entender tu insistencia en romper mis reglas. Cuando digo que el informe debe entregarse el fin de semana... —

miró su reloj— no significa en la madrugada del lunes.

—Mil disculpas, señor Harrington. Tuve un fin de semana agitado...

—¿Fue bueno? —Sujetó con fuerza mi cintura.

Su tono de reproche desapareció y esbozó una sonrisa ladeada que hizo que me temblaran las piernas.

—¿Aparte del pequeño detalle de hacer el ridículo y llorar como una condenada delante de mi jefe?

—¿Y si eso fuera exactamente lo que le gusta a tu jefe? —Me miró de arriba abajo.

—¿Le gusta una mujer ridícula y llorona?

—Una mujer que no teme mostrarse vulnerable.

Su mano subió lentamente por mi espalda.

Y con ello, acortó la distancia hasta dejarme completamente atrapada entre su cuerpo y la pared. Con su otra mano, buscó la mía.

—Yo diría que es un buen jefe...

Lentamente, alzó su otra mano hasta mi rostro, acariciándolo con una ternura inesperada, como si estuviera descubriendo algo

valioso. Cerré los ojos al sentir su caricia, y en ese momento, todo el mundo a nuestro alrededor desapareció.

—¿Y si quiere ser algo más que un buen jefe?

—No sé si se puede mejorar, señor Harrington. Mi jefe regaló una cuna a mi hijo y además la montó él mismo.

—Sí se puede mejorar —susurró contra mi oído, su voz grave y ronca provocando un escalofrío en mi espalda—. Sólo necesito saber si tú quieres.

Cuando abrí los ojos, estaba aún más cerca, sus labios a apenas unos centímetros de los míos. Vaciló, como si me diera una última oportunidad de retroceder.

Pero yo no retrocedería, no ahora.

—Sólo no quiero sobrepasar sus límites, señor Harrington.

—Quiero sobrepasar los tuyos.

El beso fue suave al principio, un roce leve, casi como una pregunta.

Poco a poco, la intensidad creció, como si toda la tensión de nuestros encuentros anteriores se liberara de golpe en ese instante. El corazón acelerado, el calor ascendiendo por mi cuerpo, la

sensación de perder el control: todo se fundió en la fuerza de ese beso.

Me atrajo aún más hacia él, y sentí sus brazos envolviéndome, una mezcla de seguridad y posesividad que jamás había experimentado antes.

La manera en que me sostenía, con una firmeza tierna, hizo que todas mis preocupaciones y dudas se disolvieran por un instante.

Ambos sabíamos que aquello rompía todas las reglas: al fin y al cabo, él era mi jefe. Pero era como si finalmente estuviéramos admitiendo aquello que llevaba tiempo gestándose entre nosotros y que tanto habíamos intentado ignorar.

—¿Y eso en qué me convierte? ¿En una diversión nocturna? —pregunté, interrumpiendo el beso.

No me importaría ser usada por ese hombre.

Era rico... más que eso, era uno de los hombres más poderosos de Europa. Sin embargo, yo no quería su dinero; estaba satisfecha con mi salario.

Lo que quería era alinear expectativas, porque solo se decepciona quien no sabe dónde pisa. Ya me había ilusionado y

caído de cabeza en algo que debía ser solo una distracción. No cometería ese error otra vez.

—No soy un hombre de diversiones nocturnas.

—¿No?

—Solo quiero entender qué está pasando entre nosotros.

—Yo también estoy ansiosa por descubrirlo —sonreí.

—Siento esta... necesidad casi animal.

—¿De besarme? —arqueé una ceja.

—De desordenar esa sonrisa tuya. De tomarte completamente para mí, saborear tu piel, descubrir si encajamos.

—El beso encaja —me encogí de hombros—. Creo.

—Más que encajar —presionó su pulgar contra mis labios—. Me siento... vivo. Nunca pensé que volvería a sentir esto.

—Solo no quiero perder mi empleo —dije, frunciendo el ceño con seriedad.

—¿Crees que sería tan loco como para alejarme de ti?

—No lo sé. Ya me engañaron una vez.

—Yo no soy un crío. Soy un hombre. Y te lo voy a demostrar.

Sus palabras, mezcladas con el calor de su respiración, resonaron en mí. Me aparté solo lo suficiente para mirarlo a los ojos, y lo que vi allí me hizo entender que él también estaba luchando contra sus propios sentimientos.

Estábamos intentando mantener la distancia, la formalidad, pero en ese momento todo eso parecía pequeño, insignificante.

Se acercó de nuevo. Alexander deslizó una mano por mi espalda, manteniéndome pegada a su cuerpo.

Sentía el calor de su piel, la firmeza de su agarre, la intensidad de su mirada.

Era como si estuviera grabando cada detalle de ese instante en su memoria, como si supiera lo mucho que significaba.

Alexander inclinó ligeramente el rostro; sus labios rozaban los míos, y sentí su aliento cálido mezclándose con el mío.

Cuando me besó otra vez, fue de forma lenta, casi reverente. Sus labios se movían sobre los míos con una delicadeza que parecía querer prolongar cada segundo.

Exploraba cada rincón, cada línea, saboreándome como si fuera algo raro y precioso, algo que temía perder en cualquier momento.

La mano que sostenía mi cintura subió con suavidad hasta acariciar mi rostro, su pulgar rozando mi mejilla y provocando un escalofrío que recorrió toda mi piel.

Yo respondí a su beso, saboreándolo, sintiendo aquella mezcla única de fuerza y ternura que hacía desaparecer todo lo demás.

Nada más importaba en aquel momento, solo el toque, el calor y el ritmo pausado de nuestros labios, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo.

Alexander se apartó apenas unos centímetros, sus ojos brillando con una mezcla de deseo.

Con la respiración entrecortada, nuestras miradas se encontraron de nuevo, y él sonrió.

—Quizá esto sea un error, Isabela —dijo con convicción—. Pero es un error que quiero cometer.

—¿Y si sale mal?

—Tienes mi garantía de que tendrás tu puesto aquí durante un año, como te prometí. En el peor de los casos, volveré a pasar menos tiempo en casa, y apenas nos veremos.

—¿Y Theo?

—Él seguirá aquí. Aunque yo no esté, tú y él podréis seguir disfrutando de todo lo que esta casa ofrece. Quiero que tu hijo esté bien y sea feliz.

Asentí levemente, sintiendo el mismo conflicto en mi interior. Sabía que lo que estaba ocurriendo entre nosotros era complicado, que podría cambiar muchas cosas, pero también sabía que no quería detenerme.

—Estoy dudando porque también siento que es algo equivocado...

—A veces, lo que parece equivocado es lo que más necesitamos.

Se apartó ligeramente, aunque sin romper el contacto visual. Su mirada era intensa, cargada de sentimientos que parecía luchar por no admitir.

Me sentía eufórica, ansiosa y confusa, como quien recibe un regalo y no sabe si abrirlo o conservarlo intacto para no romper la magia de la posibilidad.

Entonces, Alexander se apoyó ligeramente contra su escritorio y me tendió la mano, como un gesto de invitación, como una confirmación de que era plenamente consciente de sus actos.

No tenía nada que perder, así que avancé hacia él.

Capítulo 25

Isabela Rojas

Me acerqué, dando unos pasos vacilantes hacia él.

La intensidad con la que Alexander me miraba transmitía una mezcla de indecisión, pasión y una necesidad ardiente de saber si estábamos tomando la decisión correcta.

Cuando tomé su mano y me atrajo hacia su cuerpo, supe que no había vuelta atrás.

Estábamos en el punto de no retorno, y esa conciencia aumentaba la electricidad entre nosotros, dejando el aire denso a nuestro alrededor.

—Te quiero, Isabela —dijo, con la voz baja y ronca, como si aquella confesión pesara en su alma—. Te deseo más que a cualquier otra cosa en mi vida.

Sus palabras resonaron dentro de mí, provocando un temblor que recorrió mi cuerpo como una descarga.

Sabía muy bien que no era un hombre de palabras vacías; todo lo que Alexander decía llevaba el peso de su verdad.

Escucharle expresar aquello, saber que me deseaba de manera tan absoluta, me hizo sentir como si estuviera flotando.

Yo también le quería, quería sentir el peso de su cuerpo contra el mío, su boca dominando la mía y mis sentidos entumeciéndose hasta perder el control, como si su calor pudiera fundirse con el mío.

—Yo también te quiero, Alexander.

Me miró durante un largo instante, examinando cada detalle de mi rostro, como si buscara alguna confirmación, alguna señal de que lo que estábamos a punto de hacer era inevitable.

Entonces, con un movimiento firme, me atrajo hacia sí, y sus labios encontraron los míos con una intensidad abrumadora.

El beso fue profundo, casi violento, cargado de una pasión contenida que ahora estallaba entre nosotros.

Sentí sus manos fuertes en mi cintura, sus dedos presionando mi piel, como si quisiera marcar ese momento.

La fuerza del beso me dejó sin aliento, y cuando por fin se separó, mis labios latían, una sensación pulsátil que recorría todo mi

cuerpo.

Aquel beso fue diferente a todos los demás; fue más bien una advertencia, una señal clara de que estábamos traspasando los límites y, Dios, era exactamente lo que más deseaba.

—Quiero verte desnuda.

El deseo en sus ojos parecía incontrolable.

—Quiero verte, tocarte, saborearte.

Sus palabras fueron una descarga de excitación, y sentí el calor extenderse por mis venas, la sangre corriendo veloz, incendiándome por dentro.

El anhelo en su voz era palpable, y sabía que no era solo atracción física; era una petición de entrega, de rendición total.

Temblé, pero era un temblor de anticipación.

—Está bien —afirmé.

Era todo lo que necesitaba.

Comenzó a desvestirme, quitándome la bata con una delicadeza casi reverente.

El frío del aire acondicionado rozó mi piel desnuda, pero en lugar de estremecerme, me sentí más viva que nunca, como si el

tacto de Alexander me calentara, reavivando algo dormido dentro de mí.

Me observó en silencio unos segundos, apreciando cada detalle.

Me apoyé en él para quitarme los pantalones de chándal holgados.

—Eres preciosa —murmuró, con la voz queda, como si hablara para sí mismo—. Nunca he visto nada tan bello en mi vida.

Un rubor cálido subió a mis mejillas, pero en ese momento no me importó.

Me sentí deseada, admirada, y su intensidad me hizo sentir más segura, más confiada.

En cuanto me quité el sujetador, tomó mi mano y cambió de posición: me sentó sobre la mesa y se colocó de pie entre mis piernas.

Sus palmas acariciaron mis pechos, apretando sutilmente, masajeándolos con suavidad antes de dedicar atención a mis pezones.

—Tus pechos son perfectos —susurró, con voz grave y casi devota—. Quiero besarlos, saborearlos, sentir el sabor de tu piel.

Mi corazón se aceleró al oír sus palabras, y mis pechos reaccionaron, endureciéndose bajo su mirada hambrienta.

Alexander se inclinó con determinación y, con un gesto rápido, sus labios trajeron todo el calor que necesitaba.

Bebió de mi piel con cuidado, explorando las zonas más sensibles, y me invadió un placer profundo, que comenzó como un ardor y se expandió como una ola.

La intensidad del momento me arrancó un gemido involuntario, mis dedos enredándose en su pelo mientras él me exploraba.

Sentía que me derretía bajo su boca.

Alexander podía ser dedicado, gentil, pero a la vez tan intenso que me hacía hiperventilar.

Nunca había estado en manos tan hábiles... ni siquiera recordaba haber tenido preliminares antes; los otros hombres con los que estuve solo querían el acto final...

Pero Alexander no.

Parecía querer saborear cada parte de un banquete: el entrante, el plato principal, el postre... todo el menú.

Cada beso, cada caricia, cada movimiento parecía diseñado para hacerme rendirme por completo.

—Entrégate por completo, no te resistas —murmuró.

Incliné la cabeza hacia atrás y dejé que cuidara de mi cuerpo como quisiera.

Alexander siguió besándome, explorando cada curva con la misma intensidad con la que había saboreado mis pechos.

Su lengua trazó un camino húmedo y ardiente sobre mi piel, haciéndome temblar de placer.

Cada vez que me tocaba era como una pequeña descarga eléctrica que me hacía arquearme en busca de más.

Cuando llegó a mi cintura, se detuvo y me miró, lleno de deseo.

—Eres perfecta para mí.

Me quitó la última prenda, dejándome completamente desnuda.

—¿Voy a pasar frío yo sola? —pregunté, jadeante—. ¿Necesitas ayuda?

No conocía ese lado de Alexander.

Era un hombre reservado, introvertido, incluso frío... ¿pero exhibicionista?

Me sorprendió ver cómo se incorporaba de nuevo, mirándome fijamente mientras desabrochaba su camisa con lentitud.

Al quitársela, reveló un torso bien definido, con el pecho musculado y un abdomen marcado.

—Eh, la magia está aquí —me sujetó la barbilla y la levantó para que siguiera mirándole a los ojos.

Alexander se quitó el pantalón de vestir, dejando al descubierto sus muslos y unos calzoncillos bóxer blancos que dejaban ver claramente el volumen de su erección, gruesa y larga.

Sentí una descarga de excitación al verle desnudo.

—¿Satisfecha?

—Mucho.

—No, no te conformes aún. Ni siquiera hemos empezado —me pellizcó suavemente la barbilla.

Se arrodilló frente a mí, abrió mis piernas y hundió el rostro en mi entrepierna. Su boca encontró al instante mi entrada y su lengua presionó justo en el punto más sensible.

Sentí un impulso tan intenso que le agarré la cabeza para mantenerme estable.

Arqueé el cuerpo hacia atrás y dejé escapar un suspiro de mis labios. En lugar de la lengua, usó el pulgar para estimular mi clítoris mientras bajaba un poco más, hasta mi entrada, donde pronto pidió espacio y avanzó.

Era cálido y húmedo. Alexander se movió dentro de mí con destreza, llevándome a un éxtasis total por la forma en que lo hacía, como si me besara con toda su intensidad y pasión, pero allí abajo.

Y con cada estímulo, mi cuerpo se volvía más débil y sensible, hasta sentirle aún más profundamente.

—Para ahora —supliqué—. Si no, voy a...

—¿Vas a qué?

—No voy a aguantar —dije, avergonzada.

Él lo tomó como un desafío. Alzó la mirada hacia mí, evaluando mi postura. Abrió un poco más mis piernas y me empujó suavemente hacia la mesa, dejándome tumbada y mirando al techo.

—¿No vas a aguantar? ¿Quién dijo que quiero que aguantes?

No sé cómo, pero volvió a penetrarme con la lengua, añadiendo esta vez dos dedos. Fue profundo, con un ritmo

constante, hasta que entraron tres. Con la otra mano, Alexander masturbó mi clítoris con movimientos rápidos y precisos. Esa combinación me hizo perder el control de mi propio cuerpo con cada segundo que pasaba, hasta que, en un momento definitivo, exploté de placer en su boca.

—Eso es lo que quiero de ti, buena chica.

Me agarró por las caderas y me atrajo hacia él, levantándome de la mesa.

Sentí el calor de su cuerpo desnudo contra el mío, y la sensación me hizo arquearme en busca de más contacto. Me besó de nuevo, sus labios moviéndose con intensidad, como si quisiera consumirme.

Sentí la punta de su miembro presionando mi entrada, y un grito de placer escapó de mis labios.

Alexander dio la vuelta a la mesa, se sentó en su silla presidencial como un rey y me colocó sobre su polla. Tiró de mis muslos y entró en mí con un movimiento lento y deliberado, estirándome y llenándome por completo.

Sentí el dolor de la penetración —era más grueso que aquellos tres dedos— y eso me hizo cerrar los ojos y contener un

grito en la garganta.

Pero el dolor pronto se transformó en placer.

Comenzó a moverse con lentitud y control, como si quisiera alargar la sensación. Cada embestida me hacía curvarme hacia él, cada roce me arrancaba un gemido.

—Quiero sentirte entero dentro de mí —imploré.

—No seas golosa, Isabela —dijo contra mis labios, su aliento caliente dejándome aturdida.

Alexander me sujetó firmemente por la cintura y me hizo moverme sobre él, llenándome aún más.

Latía dentro de mí de una manera que sentía hasta en las puntas de los dedos, en la garganta, en cada rincón de mi cuerpo.

Y no me dio tregua ni un segundo. Siguió moviéndose como si quisiera devorarme, sus embestidas cada vez más rápidas y fuertes, hasta hacerme perder el sentido.

Gemí suavemente contra sus labios.

—¿Cansada?

—No, quiero más —mis ojos brillaban de vergüenza y deseo.

—Así me gusta.

Alexander se levantó, me sentó en la mesa con las piernas bien abiertas y se acercó, encajándose dentro de mí y retirándose. Lo repitió con movimientos intensos, obligándome a sentir la presión de su cuerpo contra el mío, generando un éxtasis que me hizo ver estrellas.

—Quiero que llegues otra vez. Me encanta tu cara cuando te follo y pierdes el control por completo.

Posó los dedos sobre mi clítoris y comenzó a estimularme rápidamente. Mi respiración se volvió desesperada, porque además de sentirle dentro, ahora tenía que lidiar con sus dedos expertos.

—Quiero sentir tu orgasmo con mi polla dentro de ti, Isabela.

Cerré los ojos por el placer.

Nunca imaginé que perder el control de mi cuerpo y estar vulnerable en sus manos me daría una sensación tan explosiva.

—No te contengas, déjate llevar.

Cuando finalmente alcancé el clímax, él me besó de nuevo, sus labios moviéndose al mismo ritmo que su polla, que no dejaba de reclamar espacio dentro de mí.

Sentí cómo mi cuerpo se apretaba alrededor de él, y su pulso se volvió más intenso hasta que sentí el chorro caliente y espeso

llenándome. Aquello me llevó al delirio, y fue aún más placentero porque Alexander siguió empujando con fuerza, hasta que nuestras respiraciones se quebraron.

—Perdí el control —se masajeó la frente—. Perdóname por eso, debí usar condón.

—No te disculpes, fue delicioso —dije jadeando.

—¿Tú...?

—No te preocupes, tomo anticonceptivos. Fue... increíble, Alexander. Hacía... bueno, ni recuerdo la última vez que me sentí así.

—Entonces no te importará si lo repetimos.

—¿El sexo en tu despacho o que te corras dentro de mí? —le masajeé los hombros.

—Ambas cosas —vi una chispa pícara en su mirada—. Debo admitir que las dos fueron una delicia.

—Sí, lo fueron... y no, no me importará repetirlo.

Selló mis labios con los suyos y me levantó en brazos.

—¿Qué haces?

—Llevarte a duchar, claro. Es lo mínimo que puedo hacer después de todo este desastre.

Capítulo 26

Isabela Rojas

Todavía estaba procesando lo que había ocurrido la noche anterior.

Entregarme por completo al deseo de Alexander no parecía lo correcto, pero, de alguna manera, me había devuelto la sensación de estar viva.

Por más que intentara centrarme en las obligaciones de la mañana, era inevitable que mi mente regresara una y otra vez a los detalles: el calor de sus brazos envolviéndome, el toque decidido de sus manos, la forma en que me miraba, como si yo fuese el centro de su mundo.

Aún me preguntaba si todo había sido fruto de mi imaginación.

Mientras recogía algunas cosas en el cuarto para empezar el día, sentía una mezcla de ansiedad y felicidad. A pesar de ser

consciente de que nuestra relación era extremadamente compleja y llena de implicaciones, una parte de mí se sentía ligera, como si todo el peso que había llevado sobre los hombros se hubiese aligerado de repente.

Por primera vez en mucho tiempo, tenía energía suficiente para terminar mi tesis de máster; escribí sin parar, sin preocuparme por los detalles, y logré concluir todo el trabajo esa misma mañana.

Cuando Theo despertó, lo llevé a tomar el sol en el jardín de la casa.

La mañana era el momento en que menos necesitaban mi atención; las nuevas empleadas ya conocían perfectamente la rutina de Alexander y Charlotte, dejaban preparado todo para su desayuno y, cuando ellos salían temprano, la casa cobraba vida, con risas, conversaciones triviales y una atmósfera de ligereza.

Yo, al menos, me sentía en las nubes.

—Pareces muy feliz. ¿Dormiste bien? —pregunté a Theo.

Él me respondió con una sonrisa contagiosa, pasó su manita por mi rostro y comenzó a soltar palabras inconexas.

—¿O será que estás tan bien porque ves a tu mamá radiante?

Theo siempre había sido muy empático conmigo, incluso cuando estaba en mi vientre.

Cuando yo me irritaba, sufría por aquel hombre que nos había abandonado y no deseaba nuestro bien, él pataleaba, se revolvía, como advirtiéndome de que estaba ahí, conmigo, por mí.

Y ahora, pensándolo bien, creo que durante tanto tiempo estuve tan ansiosa, preocupada y triste por nuestro futuro que él absorbió todas esas emociones, y la única forma que encontró de exteriorizarlas fue llorando sin parar.

—¿Dónde está el bebé que lloraba todo el día, eh? —lo balanceé en mis brazos.

Se llevó el pulgar a la boca y se quedó mirándome mientras lo chupaba.

—Ahora solo sabes sonreír...

Caminé por los jardines llevándolo en brazos. El baño de sol matutino me sentaba bien a mí también; me sentía preparada para comenzar un nuevo día.

—Jefa, perdona el retraso —Natalie llegó jadeando—. Mi autobús se retrasó.

—No pasa nada, hoy está más tranquilo.

—Parece un angelito —rió mi amiga—. No podemos quejarnos; desde que llegasteis aquí, parece otro niño. Creo que era culpa de los muebles viejos y sombríos de la casa de Margareth. Todo allí tenía un aire gótico y oscuro.

—Sí, está muy cambiado.

—No ha vuelto a dar guerra.

—No digas eso... Ya dio bastante. ¿O acaso olvidaste que casi me despiden?

—Bah, estaba haciendo de Cupido —bromeó Natalie.

La tentación de contarle lo que había pasado la noche anterior era enorme, pero recordé un consejo que siempre me daba mi madre: lo que nadie sabe, nadie lo estropea.

—¿Cupido? Para nada, fue...

—Solo un concierto —completó ella—. De casi diez mil libras. Algo corriente en la vida de un multimillonario.

—Sí, claro. Estos hombres tienen tanto dinero que ya no saben en qué gastarlo.

—Deberían transferírmelo todo a mi cuenta bancaria; yo sí sabría cómo gastarlo en un abrir y cerrar de ojos —dijo Natalie,

cogiendo a Theo de mis brazos—. Listo, ahora puedes empezar tu día.

—La verdad es que hoy hay poco por hacer; todo parece en orden. Voy a ver si el almuerzo ya está en marcha. Charlotte traerá algunos amigos, como siempre.

—Aprovecha y termina tu tesis...

—¡Ya la terminé! Esta misma mañana.

—¿De verdad?

—Sí, me desperté antes de que saliera el sol, encendí el ordenador y aproveché el silencio y la paz de la casa para escribir. No me sentía tan inspirada desde...

—Lo que no consiga un concierto de Adele, ¿verdad? —rió Natalie—. Margareth va a estar contentísima cuando se entere.

—Sí, pero dejémosla disfrutar de sus vacaciones. Se las merece.

—Y tanto. No me extraña, ella y su hermano son iguales: adictos al trabajo. Al menos le ha entrado una nostalgia enorme y va a quedarse un buen tiempo más en Japón.

—Eso parece. Bueno, voy a comprobar que todo esté en orden. Si necesitas algo, me llamas.

—Claro. Si empieza a ponerse nerviosillo, yo me encargo. Theo y yo nos entendemos a la perfección.

Dejé a los dos en el jardín y entré en la casa para asegurarme de que todo estuviera en orden.

Alexander Harrington

Las mañanas nunca habían sido un refugio para mí, pero por primera vez en años, sentí una extraña calma en cuanto abrí los ojos. La noche anterior con Isabela parecía haberme dado un impulso de energía que hacía que el día ya pareciera productivo incluso antes de empezar.

Fui temprano al banco, adelanté todo el trabajo posible para poder volver pronto a casa.

Definitivamente, aquella sensación placentera de dejarme absorber por el trabajo parecía cada vez más lejana; era como si mi cuerpo y mi mente se empeñaran en hacerme desear volver cuanto antes al hogar.

En varios momentos de aquella mañana, mi mente divagó entre contratos millonarios y el recuerdo del tacto suave de Isabela, de todo lo que había pasado entre nosotros.

Definitivamente, ella no era la mujer que esperaba; era sorprendente, de una forma que aún intentaba entender. Su fragilidad, combinada con una fuerza que había empezado a admirar más de lo que debía.

Y, por algún motivo idiota, no era capaz de quitármela de la cabeza.

Una luz parpadeó en el teléfono, y enseguida la voz de mi asistente irrumpió a través del interfono.

—Señor Harrington, es su padre. Ha pedido que le transfiriera la llamada.

Mi respiración se volvió pesada por un segundo.

Era raro que mi padre llamase directamente al banco. Solía preferir la mansión, donde el formalismo del trabajo no era una barrera.

Apreté el botón para aceptar la llamada y esperé.

—¿Padre?

Su voz firme e inconfundible llegó hasta mis oídos.

—Xander, muchacho, espero no interrumpir nada importante.

—No, justo iba a salir a almorzar —tamborileé los dedos sobre la mesa—. ¿Ha pasado algo? ¿Mamá está bien?

Soltó una pequeña risa, cargada de ese humor seco tan suyo.

—Tu madre está estupenda, seguro que todos moriremos antes que ella —aclaró la garganta—. Bien, como prefieres seguir siendo un prehistórico y negarte a tener un móvil personal, o simplemente ignorar las llamadas de la familia, ¿qué otra opción me queda salvo llamar a la presidencia o a tu oficina?

—Justo —asentí.

—Llamé a tu casa y una voz joven contestó. Y no era Charlotte...

—No, no. Probablemente era Isabela, la nueva ama de llaves.

—¿Una señora con voz joven?

—¿O una joven con modales de señora? —permití que un atisbo de humor se filtrara en mi voz; mi padre siempre lograba eso en mí.

—Me alegra saber que las cosas parecen estar cambiando, aunque sea poco a poco, en tu hogar.

—Un poco de cambio nunca viene mal, creo.

Hizo una pausa dramática.

—¿Tú? ¿Aceptando cambios? ¿Qué le ha pasado a mi hijo, Xander? ¿Va todo bien allí? ¿Necesitas a tu viejo padre para algo?

—No... creo que solo tomé un café demasiado fuerte, eso es todo. Estoy como una moto.

—En mi época eso tenía otro nombre —el viejo carraspeó de nuevo—. ¿Cómo tienes la agenda para este fin de semana? ¿Algún viaje importante?

—Creo que no —revisé rápidamente en mi agenda—. ¿Qué planes tienes?

—Un almuerzo en tu casa. O en la mía, como prefieras.

Suspiré internamente.

Nunca era directo.

Siempre había algo oculto detrás de su aparente ligereza.

—En mi casa —decidí—, así será más fácil echar a todo el mundo cuando me apetezca.

—Eso es, ese es mi chico. Tu madre quiere intentar reconciliarte con Penélope...

—Penélope tiene prohibida la entrada en la mansión —dejé claro.

—Sí, bueno, intenta explicárselo a tu madre, que seguramente la colará a escondidas. No digas que te lo he dicho.

—Tranquilo, no diré nada. Pero los guardias de seguridad la detendrán en la puerta.

—Sabía que dirías eso, pero ya sabes cómo es tu madre. Y además quiero hablar del acuerdo de Estados Unidos.

—Perfecto, prepararé toda la documentación necesaria.

—Muy bien, entonces quedamos para el domingo. A mediodía. Creo que tendremos algunas otras cuestiones que discutir.

—¿Algo que debería saber ya? —me pasé una mano por la frente.

—Hay asuntos que es mejor tratar cara a cara, Xander —hizo una pausa—. ¿Nos vemos el domingo?

—Domingo, a mediodía.

—¿Te gustaría venir primero a la misa matutina y después al almuerzo?

—No, gracias.

—No te alejes demasiado de Dios, hijo. Siempre es seguro estar bajo su sombra —aconsejó.

—Gracias por la llamada, padre. Nos vemos el fin de semana —colgué.

Permanecí en silencio un instante, digiriendo tanto lo que se había dicho como lo que había quedado en el aire. Siempre había mensajes entre líneas, y sin duda, dado los temas que había introducido, aquella conversación sería mucho más profunda de lo que mi conflicto con Penélope podría sugerir.

Recogí mis cosas de la mesa y salí para ir a almorzar.

Capítulo 27

Alexander Harrington

Llegar a casa por la noche siempre había sido sinónimo de silencio, una calma que con los años aprendí a ver como algo natural, incluso reconfortante, en comparación con el ajetreo londinense.

Con el tiempo, la quietud y el aislamiento se convirtieron en mi refugio dentro de esta casa. Pero últimamente, al cruzar la puerta, el silencio que antes me envolvía como un manto familiar ahora se sentía sofocante.

Fui directamente a la ducha, dejando que el agua fría pusiera mi cuerpo en estado de alerta, arrancándome de los pensamientos sobre lo que faltaba y obligándome a regresar al presente.

Claro que, en algún momento, mi mente volvió a desviarse hacia mi nueva obsesión: Isabela.

¿Qué me había convertido, en un maldito adolescente? ¿Eufórico y fuera de control, ansioso solo por verla antes de dormir?

Terminé la ducha y me vestí con una camisa de lino, unos pantalones de vestir y zapatos cómodos, bajé al comedor.

Apenas pasé por el pasillo y entré en el salón, la vi. Isabela estaba supervisando a las empleadas que servían la mesa.

—Buenas noches. —Me senté y la observé—. ¿Charlotte ya ha cenado?

—Buenas noches, señor Harrington. —Respiró hondo y miró a las empleadas antes de contestar, usando todo su tono formal—. Sí, ha salido antes de su llegada, fue a casa de una amiga.

Observé la mesa larga y vacía.

—¿Usted ya ha cenado?

Aquello pareció tomar a todos por sorpresa.

Una de las empleadas casi dejó caer la olla al suelo, otra tropezó y salió corriendo del comedor. Isabela parpadeó, como si no supiera si me estaba dirigiendo a ella.

—Yo... suelo cenar la última. Prefiero que todo esté en orden antes de sentarme —respondió al fin.

—¿Le gustaría cenar conmigo? —Le indiqué una de las sillas vacías.

Ella dudó, miró al suelo y luego hacia el pasillo.

—Agradezco la gentileza, señor Harrington, pero debo amamantar a Theo primero. Así que...

—Entonces tráigalo. Puede hacerlo aquí mismo en la mesa —apoyé los codos sobre la mesa y junté las manos frente a mi rostro —. ¿O no se sentiría cómoda?

—Yo me sentiría cómoda, pero... ¿y usted? ¿Con un niño en la mesa?

—Siempre que tenga buenos modales, claro.

Isabela sonrió levemente, como si no terminara de creerse la situación, pero no protestó.

Se fue y, en pocos minutos, regresó cargando a Theo en brazos.

El pequeño parecía emocionado, no sé si por la comida o por reencontrarnos. No me quitó los grandes y atentos ojos de encima.

Me levanté y esperé a que Isabela se sentara. En cuanto lo hizo, acomodó a Theo en sus brazos con una naturalidad y una

ternura que me dejaron desconcertado. Era una escena cotidiana para ella, pero para mí era una intimidad que rara vez presenciaba.

—¿Y entonces? ¿Cómo ha ido su día? —pregunté, intentando mantener el tono ligero.

Ella sonrió mientras ayudaba a Theo a acomodarse para mamar.

—La casa está impecable, como le gusta, señor. Todas las chicas trabajan con mucha dedicación y...

—He preguntado por su día, no por el de la casa.

—Bueno... Theo y yo paseamos por los jardines. Le encanta gatear, pero odia la hierba. Así que todavía no ha explorado mucho por su cuenta.

—Es un consenso general entre los bebés. Odian la hierba —comenté, negando con la cabeza.

—Sí, la odia. Pero adora la fuente. Creo que si lo dejo solo dos segundos, se lanzaría de cabeza.

—Mejor no tentar a la suerte.

—Y... es una tontería, algo pequeño, pero terminé mi tesis de máster.

La luz que brilló en sus ojos fue tan evidente que, sin querer, sentí una alegría inmensa. Una felicidad que no recordaba haber sentido antes por otra persona.

—No parece algo pequeño ni mucho menos. De hecho, es increíble.

Al darme cuenta de que mi voz sonó más cálida de lo que pretendía, me enderecé en la silla.

—Estoy orgulloso de usted.

Ella pareció no saber cómo reaccionar.

Por un momento, nuestras miradas se encontraron.

Vi algo en sus ojos: una mezcla de timidez y fuerza que me resultó imposible ignorar.

Siempre me había sentido atraído por la determinación, pero con ella era diferente.

Isabela era decidida, sí, pero no por ambición personal: su fuerza venía de su deseo genuino de construir una vida para ella y su hijo.

Era la primera vez que admiraba a alguien no por su éxito o inteligencia, sino por su valentía silenciosa.

—Debemos celebrarlo.

—¿Debemos?

—No podemos dejar pasar un logro así. ¿Qué le gustaría hacer?

—¿Yo? —Bajó los hombros, como queriendo encogerse—. No hace falta. El concierto de Adele ya fue más que suficiente...

—Pero eso fue la semana pasada.

—Y fue muy caro. —Carraspeó y se puso seria—. No quiero que gaste su dinero conmigo.

—Quiero pasar tiempo con usted. Así que no me importa gastar todo mi dinero si es necesario.

Isabela se sonrojó y desvió la mirada para comprobar si las empleadas habían escuchado nuestra conversación.

—¿Cómo está Theo? ¿Alguna señal de fiebre?

Cuando me referí al pequeño, él sostuvo el pecho de su madre con posesividad, pero me lanzó una mirada curiosa. Era casi como si estuviera evaluando si yo representaba una amenaza o no.

—Está perfecto, ni rastro de fiebre. De hecho, está lleno de energía.

Theo nos observaba con una expresión que resultaba cómica.

Parecía que no aprobaba mi presencia allí o, tal vez, no le gustaba que la atención de su madre se dividiera conmigo durante su comida.

Había algo extraordinariamente íntimo en ver a Isabela con Theo, y aunque, de cierta forma, él fuera un obstáculo entre nosotros, no podía dejar de apreciar la conexión que compartían. Sabía que era un tipo de vínculo que, probablemente, yo nunca volvería a experimentar.

Cuando volví a mirar a Isabela, me di cuenta de que mi aislamiento había sido, en parte, una elección autoimpuesta.

La ausencia de compañía, la falta de momentos como ese... tal vez me había estado mintiendo sobre cuánto decía no necesitarlo.

Durante años, la forma que encontré de sobrevivir fue vivir solo, mantenerlo todo en orden, pero siempre a distancia, como una fortaleza intocable.

No me molestaba. No... hasta que ella llegó.

—Alexander, ¿estás bien?

—Sí, sí, estoy... —asentí suavemente—. Solo pensaba... que es bueno tener compañía, de vez en cuando.

Ella me miró, sorprendida, pero me sonrió en respuesta.

Theo, aún mamando, me lanzó una mirada de reojo que me hizo reír involuntariamente.

—Charlotte está creciendo, siempre rodeada de amigos... creo que no se ha ido de aquí porque no quiere ver a su padre solo. —Suspiré—. Pero pronto batirá sus alas y volará. Todos lo hacen.

—Podrías permitir que Penélope...

—No vamos a hablar de eso —corté el tema.

—¿Y tu hijo? ¿Nunca viene?

—No. Está demasiado ocupado persiguiendo sus sueños.

—Lo siento mucho.

—La buena noticia es que te tengo a ti... y... a Theo. Aunque parece que no le gusta mucho la idea de compartirte. —Incliné la cabeza para observar al pequeño.

—Está acostumbrado a ser el centro de atención, nada más.

—Entiendo el sentimiento. Yo también solía disfrutar siendo el centro de todo, creo que todo hombre lleva un león dentro, y a todo

león le gusta la atención. Pero preferí aislarme, para cuidar de mis heridas.

Ella me miró con atención, y sentí que estaba acercándose a algo más profundo, algo que yo no solía compartir.

—La soledad es... un peso que enfrentamos por decisiones equivocadas o por los golpes de la vida. Creo que no podrías entenderlo.

—Sí lo entiendo —dijo ella con seriedad—. Cuando me abandonaron embarazada, todo lo que más sentía era... soledad. Pero Theo nació y me dio un propósito, algo por lo que vale la pena luchar.

Esa frase quedó suspendida entre nosotros.

Parecía un eco de algo que ambos entendíamos, pero que nunca habíamos puesto en palabras.

Ella luchaba por Theo. ¿Y yo? ¿Qué estaba protegiendo, además del banco?

—Tiene suerte de tenerte, tu compañía es agradable. Y sola, sin ayuda de nadie, has hecho un trabajo excelente con él. Theo es un niño feliz, y eso dice mucho de ti y de lo fuerte que eres.

Ella bajó la mirada, casi tímida, y agradeció.

Por un momento, el silencio entre nosotros ya no fue incómodo. Era un silencio compartido, cómplice, donde cada uno respetaba la vulnerabilidad del otro.

Theo terminó de mamar y parecía satisfecho, aunque me lanzaba de vez en cuando algunas miradas evaluadoras. Isabela lo acomodó mientras el pequeño se dormía lentamente.

—Perdón por hacerle esperar...

—No te disculpes, tu presencia es tan agradable que no me he dado cuenta del tiempo —me levanté y fui a servirme un plato—. ¿No vas a cenar?

—Necesito cuidar de él, para asegurarme de que no regurgite y se atragante —explicó.

—Entiendo. Tú —señalé a una de las empleadas que estaba de pie—, quédate con el bebé mientras tu jefa cena.

La mujer fue inmediatamente hasta Isabela, temblando de pies a cabeza, tomó a Theo con mucho cuidado y lo meció sin despertarlo.

—¿Y ahora? ¿Me harás compañía en esta cena?

—Ya que insiste...

Isabela se levantó, sirvió su plato y se sentó a la mesa conmigo.

Cenamos en silencio, de vez en cuando intercambiábamos miradas y luego volvíamos a centrarnos en nuestra comida. Cuando terminamos, la puse al tanto sobre el fin de semana:

—Mis padres vendrán el domingo a almorzar. Pediré a su gobernanta que nos envíe una lista con sus platos favoritos. ¿Puedes encargarte de todo?

—Por supuesto, no se preocupe, señor Harrington.

—Y antes de dormir, pasa por la biblioteca. Me gustaría... analizar algunas cosas de tu informe.

—¿La biblioteca? Claro, iré antes de acostarme.

—Te esperaré. Buenas noches, Isabela.

—Buenas noches, Alexander.

Capítulo 28

Isabela Rojas

Terminé mis tareas del día, revisé que todo estuviera en orden cuando las últimas empleadas se marcharon y acosté a Theo.

La casa estaba sumida en un silencio profundo cuando salí de la habitación después de la ducha y me dirigí a la biblioteca.

No era tonta: sabía perfectamente que encontrarme con Alexander a aquella hora de la noche tenía ciertas implicaciones. Una parte de mí lo deseaba con ansias; la otra temblaba porque no quería... encariñarme.

Respiré hondo antes de entrar, intentando calmarme y ahuyentar la tensión que crecía dentro de mí.

Al abrir la puerta de la biblioteca, vi a Alexander de pie junto a uno de los estantes, hojeando un libro. Alzó la mirada en cuanto entré, y sus ojos intensos parecieron atravesar el aire entre

nosotros, como si me hubiera estado esperando mucho más tiempo del necesario para un simple informe.

—Espero no haberme retrasado —dije para llamar su atención.

Me miró de reojo, como si quisiera castigarme.

—Cierra la puerta.

—Vale.

Hice lo que me pedía y di unos pasos hacia él.

De pronto, el ambiente de la biblioteca parecía más íntimo, más estrecho.

El olor a cuero de los libros antiguos se mezclaba con su perfume, un aroma cálido y especiado, con notas de ámbar.

—Bueno, respecto al informe... —rompí el silencio, nerviosa.

Cerró el libro que estaba hojeando y se giró hacia mí. Avanzó en mi dirección, obligándome a retroceder hasta que sentí el borde de la mesa contra mis nalgas.

No se detuvo. Siguió acercándose hasta que nuestras respiraciones compitieron por espacio, con nuestras narices casi rozándose.

—El informe... —continuó él.

—Sí, porque estoy aquí por el informe... —mi voz sonó quebrada.

Parpadeó lentamente y deslizó su mano por mi brazo, acariciándolo con tal delicadeza que me dejó la piel erizada. Una sonrisa leve jugueteó en sus labios, y por un instante, vi al Alexander que se escondía tras la máscara de CEO frío y controlado.

No parecía dispuesto a hablar de informes.

Mi cuerpo lo entendió antes de que mi mente lo admitiera.

Cada célula en mí parecía electrizada, consciente de su proximidad, de los pequeños detalles: como el hecho de que estuviera prácticamente encima de mí, más cerca de lo que ningún jefe debería estar de su ama de llaves.

—Me encantó esta noche —dijo.

—¿Sí?

—Me gustó tu compañía. Deberíamos pasar más tiempo juntos.

—¿Revisando informes? —arqueé una ceja.

—Durmiendo en mi cama, tal vez —su mano descendió hasta mi cintura y apretó con posesividad—. Visitándome en el despacho al mediodía para recordarme que volver a casa es aún mejor que trabajar... o aceptando una cena, aquí o fuera.

Me quedé sin voz.

Me faltó el aire.

Abrí los ojos desmesuradamente e intenté retroceder, pero ya estaba casi tumbada sobre la mesa, con él encima, haciendo que los acelerados latidos de mi corazón dejaran de ser un secreto.

Su mirada se posó en mis labios antes de regresar a mis ojos.

Tragué saliva.

—Estás arruinando mi vida.

—¿Yo? —un escalofrío me recorrió la espalda.

—Paso todo el día pensando en volver a casa, y cuando estoy aquí, no puedo pensar en nada más que en tocarte —deslizó la mano bajo mi vestido, acariciando mi muslo—. Saborearte... Saciar esta necesidad casi animal de tener tu cuerpo.

—¿No crees que deberíamos... tomarnos un tiempo?

—¿Por qué?

—Para no confundir las cosas.

—¿Estás confundida, Isabela? —agarró la cintura de mis bragas y tiró suavemente—. Porque yo tengo muy claro lo que quiero.

—Yo también... lo tengo claro —atrapé las palabras—. Solo pensé que sería más... casual...

—Quiero que mi polla dentro de ti sea *casual*. Quiero oír tus gemidos y que grites mi nombre de forma *casual*. Ver cómo tus ojos se revuelven de placer cuando me corro dentro de ti... eso tiene que ser *casual*.

Por un momento, pensé que retrocedería, que nuestro instante de intimidad se disiparía en el aire frío de la biblioteca. Pero se quedó allí, inmóvil, sobre mí, mirándome con una intensidad que apenas podía soportar, pero que me impedía apartar la vista.

—¿Es lo bastante *casual* para ti, Isabela?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué seguimos vestidos?

Me agarró de las piernas, rodeó mi espalda con sus brazos y me levantó hacia él. Me monté sobre su regazo, le rodeé el cuello con las manos y su cintura con mis piernas.

Alexander me apartó de la mesa y comenzó a besarme con voracidad. Deambulamos por la biblioteca, chocando contra estantes, empujando muebles, hasta llegar al otro lado de la habitación frente a los grandes ventanales. Allí, me colocó contra la pared y descendió con destreza por mi cuerpo: mordisqueó mi mentón, besó y chupó mi cuello, y comenzó a desvestirme, apartando primero las tiras del vestido y luego deslizando la cremallera de mi espalda.

Me deslicé hasta el suelo y agarré con fuerza su camisa de lino mientras él me miraba con esa rudeza autoritaria.

—Mira lo que me haces.

Abrió la bragueta del pantalón y sacó su polla, ya erecta.

Mi boca se llenó de saliva y, sin pensarlo dos veces, me arrodillé a su altura. Acerqué el rostro y sentí la textura suave contra mi piel; su aroma, perfumado y viril a la vez, me encendía. Sin que dijera nada, abrí los labios y envolví el glande.

Era cálido y aterciopelado. Alexander prácticamente pulsó en mi boca; su polla, ya dura, pareció engrosarse aún más.

Soltó un gemido de satisfacción cuando llegó hasta mi garganta, robándome el aliento, y luego rozó mis labios con el

glande húmedo.

Alexander agarró mi cabeza como tomando el control y empujó su polla dentro de mi boca, comenzando un vaivén lento e intenso, mostrándome cómo quería follarme.

Eso me dejó empapada.

Mientras intentaba tragar lo máximo posible, él se inclinó hacia mí y bajó mi vestido. Al liberarme del sujetador, mis pechos parecían más pesados de lo normal, hinchados. Pellizcó suavemente mis pezones y comenzó a masajearlos, excitándome aún más.

Al principio, su propuesta de querer esto todos los días me pareció absurda.

Pero ahora lo deseaba a todas horas.

Quería sentir su olor, su polla en mi boca, su mano dominante guiando mi cabeza, acariciando mi cuerpo, pellizcando mis pezones hasta dejarme al borde del delirio.

Alexander tenía esa extraña habilidad de ponerme a tono, dejarme sedienta de él, y me excitaba aún más ver cómo me miraba, tan hambriento como yo.

Me agarró por debajo de los brazos y me levantó sin ceremonias.

Me senté en el amplio alféizar de la ventana, que casi llegaba al techo.

Él me quitó las bragas.

Las acercó a sus labios, olió el tejido y me miró a través de él, como un animal acechando a su presa, a punto de perder el control y saciarse.

Cuando volvió a mi cuerpo, agarró mis piernas y abrió camino, yendo directo a mi parte más sensible, ya empapada. Abrió bien la lengua y sorbió todo el líquido, ascendiendo en espiral por mi ombligo antes de morder mis pechos y chuparlos con una lentitud que me nubló la vista.

Alexander presionó su pulgar sobre mi clítoris y descendió con su boca, haciendo el camino inverso hasta llegar a él. Su lengua rodeó mi punto G.

Arqueé la cabeza hacia atrás y miré la luna afuera, brillando sobre nosotros. Respiré hondo en busca de aire frío, porque todo mi cuerpo ardía.

Comenzó a chupar mi clítoris con intensidad y lentitud, su pulgar girando alrededor sin cesar.

Mordí mi labio inferior y sentí cómo mi cuerpo se expandía, abriéndose, y cuando noté que estaba cada vez más húmeda, Alexander tomó el líquido con sus dedos y lo chupó, mirándome fijamente.

—Así me gustas. Quiero verte lista para mí.

Guio mis manos hacia su cuello. Casi me levantó del alféizar, agarró mis muslos con fuerza y frotó su glande alrededor de mis labios mayores.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo de los pies al cuello, mis pulmones ardieron por un instante, y sentí toda la presión de su cuerpo entrando, pidiendo espacio, estirándome hasta mi límite antes de retirarse casi por completo y luego volver.

Sus ojos se clavaron en los míos.

Entreabrí los labios para tomar aire, y con el alivio de mis pulmones llegaron sus embestidas firmes y potentes, tan fuertes que su cuerpo golpeaba contra el mío, haciendo eco en la biblioteca silenciosa.

Alexander era bruto y hambriento, parecía querer devorar mi cuerpo con la misma intensidad con que lo adoraba. Apretaba mis muslos, acariciaba mis curvas, me atraía hacia él hasta que no

quedaba espacio entre nosotros y me hacía moverme sobre él, como si el espacio no fuera suficiente, como si necesitara más.

La respiración agitada de Alexander resonó en mis oídos, y sus ojos ardían con un fuego intenso, como si quisiera consumirme por completo.

Con las manos firmes en mis muslos, me levantó y caminó conmigo nuevamente por la biblioteca, a veces apoyando mi cuerpo contra una estantería y follándome como un animal, hasta hacer que los libros se balancearan y cayeran.

Nuestro destino final fue la mesa donde comenzamos. Me colocó sobre ella como si fuera su juguete, abrazó mis piernas contra su pecho, mantuvo mis pies hacia arriba y me atrajo contra su cuerpo, empujándome con fuerza, haciendo que la mesa de madera crujiera.

Aunque actuaba como un bárbaro, seguía siendo un lord inglés: la camisa de lino impecablemente abotonada y planchada, el pantalón sin una sola arruga excepto por la bragueta abierta, ni un solo cabello fuera de lugar.

Y, sin embargo, parecía completamente fuera de control.

La sensación de estar llena por Alexander era casi abrumadora. Estaba tan hipnotizada que no entendía cómo había aguantado tanto tiempo, pero sabía que estaba a punto de estallar.

Comenzó a moverse cada vez más rápido y con más intensidad dentro de mí, hasta que perdí por completo el control de mi cuerpo.

Mi visión se nubló y mi cuerpo ardió de placer.

Estaba perdida en sus ojos, en su tacto, en su aroma.

Estaba perdida en él.

Con un último movimiento brusco, Alexander se abalanzó sobre mí, me besó profundamente y explotó dentro de mí, llenándome con su semen caliente. Estaba tan mojada que sentí cómo se mezclaba con mis propios fluidos, llevándome a un orgasmo intenso.

Cuando terminamos, Alexander se apartó, sacó un pañuelo de seda del bolsillo del pantalón y me limpió con cuidado, lo dobló y lo guardó en el bolsillo de su camisa de lino.

—Felicidades por terminar tu disertación —dijo, guiñándome un ojo.

De repente, volví al mundo real. Mi nave había aterrizado, y después de tanta turbulencia, ni siquiera sabía cómo pisar el suelo con normalidad.

—Gracias.

—Espero que te haya gustado la celebración. Fue sencilla, pero...

—Si hubiera sabido que terminar mi tesis de máster me daría esto, la habría acabado antes.

Alexander mordisqueó mi labio inferior y fue al otro lado de la biblioteca, trajo mi vestido y me ayudó a ponérmelo.

—Una lástima, te ves mejor sin él.

—Pero necesito dormir. Ya sabes, cruzar la casa y llegar a mi habitación... preferiblemente vestida.

—No tendrías que hacerlo si durmieras en mi cama.

—Alexander...

—Tienes razón, necesitas una buena noche de sueño —besó mi hombro—. Y yo sería incapaz de dejarte dormir.

Solo entonces noté que había una cesta sobre la silla detrás de la mesa. La tomó.

—Mi regalo para ti.

—¿Qué es esto?

—Un Dom Pérignon sin alcohol, ya que estás amamantando. Chocolates noruegos y la primera edición de *Orgullo y prejuicio*. Con el autógrafo de la autora.

—¿Qué?

Agarré la cesta como si fuera una bomba. Aparté la champán y las cajas de chocolate hasta encontrar un paquete envuelto en seda dorada. Al abrirlo, vi el volumen encuadernado en piel, bien conservado, las páginas ligeramente amarillentas por el tiempo.

En la primera página, allí estaba: la firma de Jane Austen.

Parecía completamente irreal.

—¡Esto debe haber costado... una fortuna! —dije, con los ojos desorbitados.

—¿Te gusta?

—¿Cómo conseguiste esto?

—Siendo quien soy, tengo mis contactos. Y los medios adecuados para conseguir todo lo que quiero, Isabela.

—¿Y cuándo lo compraste?

—Hoy mismo, durante la cena. Te demoraste, menos mal. Si no, habría llegado antes que el regalo.

Moví la cabeza, incrédula ante lo que tenía en las manos. Jamás me atrevería a leer ese ejemplar, así que lo envolví de nuevo en la seda y lo devolví a la cesta.

—No puedo aceptarlo.

—Parte de mi placer es ver esa expresión tuya —me pellizcó suavemente la barbilla—. Todavía voy a comprarte muchas cosas, solo por la alegría de ver tus ojos así.

—¿Así cómo?

—Como si estuvieras descubriendo el mundo —se rió—. Buenas noches, Isabela.

No sabía cómo definir lo que sentía. ¿Aterrorizada? ¿Encantada? ¿Conmocionada? ¿Desesperada? ¿Tenía un segundo orgasmo solo de verlo alejarse?

No estaba muy segura.

—Buenas noches, Alexander —me despedí—. Oye... —miré alrededor, buscando— ¿has visto mis bragas por algún lado? No puedo salir y dejarlas aquí, los empleados podrían encontrarlas por la mañana.

Antes de irse, sacó la prenda íntima de su bolsillo y me la mostró con una sonrisa.

—No te preocupes. Estarán en buenas manos.

Y el muy cabrón se marchó.

Capítulo 29

Isabela Rojas

Los días siguientes al momento en la biblioteca con Alexander nos fueron acercando cada vez más.

Él siempre encontraba una excusa para estar cerca: si yo estaba organizando cosas en el salón, de repente él aparecía para leer algunos documentos en el mismo espacio; llegaba más temprano del trabajo y me hacía compañía, y durante el resto de las noches de aquella semana, cenábamos juntos.

Al principio pensé que era coincidencia, pero no tardé en darme cuenta de que se acercaba a propósito.

Debería haberme incomodado.

Después de todo, Alexander Harrington era mi jefe y lo que teníamos era... pasajero, algo trivial, un romance de verano.

Sin embargo, lo que realmente sentía era una oleada de calor cada vez que estaba cerca, una anticipación que crecía con cada

cruce de miradas.

Todo iba bien hasta el domingo.

El día en que la familia de Alexander vendría a almorzar, la casa despertó en un completo alboroto. Las empleadas parecían desesperadas, los guardias revisaban el perímetro por décima vez, como si fuéramos a recibir a un político importante, y yo no paré ni un segundo.

El menú que la madre de Alexander había propuesto estaba lleno de exigencias, y cada hora de ese día, parecía cambiar de opinión y llamaba para añadir o quitar algo, una auténtica pesadilla.

Tuve que desdoblarme para supervisar la decoración, los arreglos florales, la chef que quiso renunciar e irse porque todo lo que había preparado fue cambiado a última hora... y entonces, los guardias avisaron que el matrimonio Harrington había cruzado la puerta.

Cuando llegó su familia, me puse mi mejor sonrisa profesional y me coloqué en el vestíbulo para recibirlos, como hacía con todas las visitas.

—Buenos días, sean bienv...

No logré terminar la frase. La mujer mayor lanzó su bolso en mis brazos, se quitó el sombrero blanco y las gafas oscuras, arrojándolos también sobre el bolso. Su marido, el padre de Alexander, me lanzó el abrigo como si fuera un perchero, y una joven bonita que los acompañaba colgó su bolso sobre mi hombro.

—¿Dónde está mi hijo? —suspiró la mujer.

Intenté respirar debajo de aquella montaña de cosas y respondí:

—Está en el despacho.

—Claro, siempre trabajando —resopló, irritada—. George, encárgate de esto.

—Claro, Hannah.

—¿Y tú? ¿Vas a quedarte ahí parada? ¿Dónde están las bebidas? ¿Dónde está el servicio de esta casa? —Hannah se dirigió a mí—. ¡Guarda nuestras cosas y haz tu trabajo!

—Ahora mismo, señora.

Corrí al guardarropa y luego me refugié en la cocina. Mi corazón latía tan rápido y sentía tanta falta de aire que pronto me di cuenta de que estaba a punto de sufrir un ataque de pánico.

—Amiga, ¿estás bien? —preguntó Naty.

—Sí... solo necesito... bebidas.

—¿A esta hora de la mañana?

—No para mí, para los padres del señor Harrington.

—Ah...

Mi amiga, viendo mi estado de catatonia, dio unas palmadas y gritó, poniendo orden en la cocina.

—¿Dónde están las copas en esta casa? ¿Y los champanes? ¡Quiero tres copas llenas aquí, ya!

Me quedé inmóvil un instante y respiré hondo. Solo volví a la realidad cuando Naty me entregó un vaso de agua con azúcar.

—Creo que me dio un ataque de pánico.

—Sé bien lo que es. La primera vez que visitaron a Margareth, casi me desmayé. Respira y relájate, todo va a salir bien —me aseguró, sujetándome el hombro—. Estaré en la habitación con Theo, ¿ok?

—Ok.

Regresé al salón, llevando la bandeja con las copas de espumoso y las serví.

Mi llegada coincidió con la entrada de Alexander, que estaba vestido como si aquello fuera una reunión de negocios.

—La próxima vez, sé puntual y recibe a tu familia. Lo último que quiero al llegar a casa de mi hijo es encontrarme con la sirvienta —bufó Hannah.

—Gobernanta. Ella es la jefa de la casa en mi ausencia.

—Una pésima jefa, tardó en guardar nuestras cosas y todavía no nos ha servido nada. Estoy seca de sed.

—Aquí tiene. —Carraspeé y me acerqué a ellos.

Las dos mujeres tomaron las copas; los hombres no.

—¿Sustituiste a la señora Rigby por esto?

—Mamá, sé amable o vete de aquí —la advirtió Alexander.

—Ya que hablamos de salir de aquí, ¿qué es eso de prohibir la entrada de Penélope? ¡La vergüenza que pasé en la acera, tuve que bajar del coche a discutir con tu jefe de seguridad...!

—Penélope rompió una regla básica de esta casa y está vetada por tiempo indefinido —informó Alexander.

Pensé que el ambiente mejoraría con la llegada de Charlotte, ya que, siendo la hija menor de Alexander, siempre lograba suavizar

el humor de su padre, así que pensé que haría lo mismo con los abuelos.

—Abuelo —lo abrazó con cariño—. Abuela.

—Charlotte. Has engordado. Rose es médica y puede recetarte unos remedios para eso —dijo, moviendo la cabeza como si nada.

—¿Y quién es Rose? —Charlotte se mantuvo aferrada al abuelo.

—Ah, sí, dejadme presentaros... Rose Spencer...

Tomó por los hombros a una joven alta y elegante, de cabello rubio perfectamente peinado y una sonrisa que parecía brillar como el oro.

Vestía un vestido azul marino y unos tacones blancos como si nunca hubieran tocado el suelo.

Lo entendí todo sin necesidad de explicaciones —estaba claro lo que pasaba allí, y por la expresión triunfal de Hannah, supe que sería un día largo.

—Este es mi hijo favorito, Alexander Harrington —pronunció con orgullo—. Hijo, quiero que conozcas a Rose Spencer. Es médica,

comprometida con causas sociales, bien nacida y educada, y además, trabajadora, justo como a ti te gusta.

La expresión de Alexander se endureció por un instante, pero rápidamente recuperó la compostura y ofreció una sonrisa educada.

—Bienvenida, Rose. Tomen asiento, por favor —indicó hacia la mesa.

Yo, en cambio, sentí el estómago revuelto.

La sonrisa que Rose le dedicó a Alexander era segura, como si ya se imaginara en el papel de señora Harrington.

Hice todo lo posible por mantener mi expresión neutral, pero el pequeño y molesto dolor de los celos ya empezaba a brotar.

—¿Y entonces? ¿Vas a dejar entrar a Penélope o no? —reclamó la matriarca.

—No. Y si tienes tantas ganas de almorzar con ella, creo que aún estáis a tiempo de coger el coche e iros a un buen restaurante. —Alexander miró su reloj.

Su madre abrió los ojos, como si le hubiera dado una bofetada. Su padre tosió, una señal de auxilio.

—Penélope conocía las consecuencias y aun así arriesgó. —Charlotte intervino para intentar suavizar la situación.

—He oído decir que todo fue culpa de la sirvienta. —La mujer tamborileó los dedos sobre la mesa y me lanzó una mirada de soslayo.

—No. Penélope utilizó a Isabela, casi fue acoso moral, en realidad —me defendió Charlotte—. Penélope es adulta y tiene que asumir que cometió un error. Y esperar a que papá la perdone.

—¿Alexander?

—¿No dije que este almuerzo sería agradable, padre? —fue todo lo que dijo Alexander.

—Sí, sí, será agradable —el anciano carraspeó—. Después de todo, hemos traído a Rose Spencer para que la conozcas.

—Hum.

No parecía interesado.

Yo deseaba que realmente no estuviera interesado en ella.

Por más que intentaba mantenerme seria, de vez en cuando no podía evitar mirar a Alexander, intentando descifrar los pequeños detalles de su lenguaje corporal para adivinar qué pensaba de todo aquello.

Se sirvió el almuerzo, momento propicio para ocupar mi mente supervisando a las empleadas. Quería asegurarme de que

todo saliera perfecto, no quería más críticas.

Desde donde estaba, tenía buena visión de la mesa.

Casi tropecé cuando vi a Rose rozar con su tacón la pierna de Alexander bajo la mesa. Cuando captó su atención, se acomodó el cabello detrás de la oreja y sonrió, inclinándose hacia él de forma deliberadamente íntima.

—Es una buena época para viajar a Cannes —dijo su madre —. Dejar el trabajo a un lado, respirar, reconectarse... necesito más nietos.

—¡Mamá! —la reprendió él.

—Hijo, aún eres joven. Ninguno de tus hermanos está a la altura de llevar el legado de los Harrington.

Miró brevemente a Charlotte y se recompuso en la silla, como si su fachada de lady británica hubiese sufrido una grieta.

—Sin ofender, querida.

—No me ofende, abuela —respondió Charlotte encogiéndose de hombros.

—Penélope llevará el legado de su marido. Alex es un buen chico, pero está perdido. Y Charlotte... ¿qué decir de Charlotte?

Debería estar organizando su boda en lugar de intentar labrarse una carrera en el mundo de la moda.

—No habléis de mí como si no estuviera aquí —canturreó la menor.

—Y cuando se case, porque se casará, llevará el apellido de otra familia. ¿Quién llevará el tuyo, hijo?

—Lo que tu madre quiere decir... —George intervino, mirando a Hannah como pidiendo permiso— es que estás envejeciendo.

Mi jefe asintió lentamente.

Tomó su móvil, lo dejó sobre la mesa y miró sutilmente sus cabellos y barba, como comprobando las canas.

—Y no puedes seguir solo. ¿Vas a quedarte así cuánto más? ¿Una década? ¿Dos? ¿Hasta volverte un amargado?

La voz de su padre transmitía preocupación genuina, y por eso asentí sutilmente.

—Necesitas compañía, hijo. Y tu padre y yo sabemos lo exigente que eres, porque un hombre como tú merece lo mejor.

—Gracias.

—Por eso trajimos a Rose, para que os conozcáis. Y para que viajéis a Cannes —dijo su madre con tono imperativo, levantando la copa para que la sirvieran de nuevo.

Corrí hacia ella y llené su copa, luego me retiré.

—Me encantaría tener tres o cuatro hijos —sonrió Rose a Alexander—. Y tener a mi lado a un hombre maduro, experimentado y responsable es lo que más deseo.

Cuando ella puso la mano sobre la de él, algo primitivo en mí gritó.

Quise tirarla de la silla. O tal vez coger la botella y romperla sobre su mano. ¿Por qué no agarrarla del pelo y arrastrarla fuera de la mansión?

—¿Alexander?

—No estoy solo. —Se aclaró la garganta—. Tengo mi trabajo, por supuesto. Y... compañía.

—¿Charlotte? —se burló la mujer—. ¿Que usa esta casa como dormitorio y siempre está liada con la universidad o sus amigos?

—Tengo buena compañía. Y es todo lo que necesitas saber.

—¿Así que estás conociendo a alguien? —se acomodó en la silla—. ¿Quién, hijo? ¿Helena Springs? ¿Kelly Manfred?

—Hannah, déjalo ya.

—Solo quiero asegurarme de que mi hijo está bien acompañado, eso es todo —replicó, alzando de nuevo su copa hacia mí—. Hace semanas que no te vemos en misa, nunca estás en los clubes de caballeros, siempre tan cerrado, tan misterioso... Solo quiero saber: ¿ella viene de buena familia? ¿Tiene buena conducta? ¿Será motivo de orgullo para nosotros?

—Prefiero que siga siendo un secreto. Lo que nadie sabe, nadie lo estropea. —Alexander guiñó un ojo y bebió.

—¿Ves? Ya está decidido, se acabó este tema —zanjó el patriarca—. Vamos a disfrutar del almuerzo y de este día tan bonito. Cuando Xander esté listo, nos presentará a su buena compañía.

—¿Ella pertenece a la alta sociedad? ¿Viene de familia aristocrática británica o de nuevos ricos? ¿Es joven y sana para darme nietos varones dignos de nuestro apellido?

—Hannah, querida, respira. Y relájate —pidió George.

La mujer pareció hacer un esfuerzo hercúleo para mantenerse sentada y comer. Parecía una bomba a punto de estallar.

El almuerzo pareció eterno, y cuando terminó, Hannah Harrington parecía haber envejecido varios años; al parecer,

mantenerse en silencio le provocaba arrugas.

—Si las damas nos disculpan, necesito hablar con mi hijo sobre aquel asunto, Hannah.

—Claro, querido —ella se levantó.

Ignoró a Rose, como si fuera una completa desconocida, y me llamó para acompañarla al jardín.

Tragué saliva y la seguí, temerosa de lo que podría escuchar.

Y curiosa por saber de qué tratarían los hombres de la familia Harrington.

Capítulo 30

Alexander Harrington

Cuando mi madre finalmente salió del comedor junto con las demás mujeres, mi padre y yo fuimos a la biblioteca.

Él se acomodó en uno de los sillones de cuero, yo corté y le entregué un puro cubano y un vaso de whisky. Me examinó detenidamente mientras el humo cubría su rostro y observaba a las mujeres conversando desde la ventana.

Mi madre era conocida por ser la tormenta que arrasaba cualquier habitación, pero mi padre, George Harrington, siempre fue un terremoto silencioso que moldeaba o destruía cualquier terreno a su paso.

Era imposible no sentir cómo el ambiente se volvía denso, especialmente porque yo sabía lo que se avecinaba.

—Penélope... Nuevos nietos... Rose... ¿cuál debería ser el siguiente tema?

Serví una medida de whisky y la bebí de un solo trago, sintiendo cómo el líquido ardía en mi garganta.

—Tu hijo del medio, Alex. Tenemos que hablar de él.

Rodé los ojos, un gesto que él captó de inmediato, pero no comentó. Mi padre nunca se dejaba afectar por reacciones externas; era paciente y metódico.

—Muy bien. Vayamos directo al grano —pedí.

—Tu hijo está fuera de control.

—Lo sé —dejé escapar un suspiro—. Tiene ideas que... no se corresponden con la realidad.

Mi padre me miró como solía hacerlo cuando quería recordarme que era más experimentado y que estaba a punto de decir algo que debía escuchar con atención.

—¿Ideas fuera de la realidad? Alexander, quiere meterse en política. ¡En política! ¿Sabes lo que eso significa para nuestra familia?

Me incliné en la silla, intentando ignorar la ligera irritación que comenzaba a invadirme.

—Lo sé. Pero, sinceramente, padre, creo que es un impulso. Siempre ha sido idealista, buscando algo que le haga sentirse

diferente.

George arqueó una ceja, su mirada fija como la de un halcón a punto de lanzarse sobre su presa.

—Es un Harrington. Vivir como un hippie drogadicto que monta fiestas por Europa no es una idea que se corresponda con la realidad. Acostarse con cualquiera, embarazarlas y obligarlas a abortar es una pésima idea, pero lamentablemente habitual en esta familia... solo tú lograste escapar de esa basura, lo cual, seamos sinceros...

—Es una idea que no se corresponde con la realidad de nuestro apellido —intervine suavemente.

—¿Y ahora... entrar en política?

Me masajeé las sienes.

—Nuestra familia no se involucra en juegos menores, Xander. La política es para vasallos, no para los Harrington. Nosotros somos los reyes, los estrategas, los que mueven las piezas en el tablero. Lo que Alex está intentando es convertirse en una pieza más, y eso es... inadmisible.

Asentí lentamente.

Por más frío que sonara, no podía contradecirlo.

Nuestra influencia siempre había operado entre bambalinas, asegurándonos de que el poder permaneciera en manos seguras —las nuestras.

Exponer el apellido Harrington directamente en la arena política era una vulnerabilidad que sabía que mi padre no toleraría.

—No pertenecemos al escalafón bajo, Xander. Y no debemos comportarnos como peones. Somos el dinero que corre por las venas de Europa y mantiene ejércitos en pie, guerras en movimiento; nosotros levantamos revoluciones y debilitamos gobiernos, aquí y en todo el mundo. ¿Alcalde de Londres? ¿Sabes lo que tuve que escuchar de los demás hermanos de la Mano Oculta de la Colmena? Ese mocoso...

—¿Qué sugieres que haga? —pregunté, intentando ocultar el cansancio en mi voz.

—Córtalo todo. Todas las tarjetas. Vacía sus cuentas bancarias. Bloquea cada acceso. Necesita una lección, Alexander. Debe volver al seno de esta familia, con el rabo entre las piernas y obedecer nuestras reglas.

Mi mandíbula se tensó involuntariamente.

Era drástico, pero conociendo a mi padre, era exactamente el tipo de acción que él consideraría necesaria.

—¿De verdad crees que simplemente volverá a casa por eso?

—No tendrá elección. Ya sabes cómo son estos chicos. Cuando el dinero se acaba, siempre vuelven. Alex no es diferente.

Mi padre me observaba atentamente, como si analizara mi resistencia. No era un consejo. Era una orden, aunque rara vez las daba de forma directa.

—¿Crees que eso lo cambiará y lo preparará para ser un hombre de la Colmena?

—No, hijo mío, él nunca será un hombre de la Colmena. Nuestra Sociedad Secreta es exigente y el lugar de nuestra familia es uno de los más importantes. Tú fuiste el único capaz de mantener la tradición. Y si no tienes otro hijo... —dijo en un tono casi amenazante— quizá nuestra influencia muera contigo.

—Todavía me quedan muchos años por delante.

—A mí no. Quiero un nieto. Quiero sostener un bebé en brazos y ver en él mi imagen, la imagen de un emperador oculto, de un hombre que dominará todo desde las sombras.

—No quiero pensar en tener hijos ahora —suspiré.

—No tienes que quererlo, es tu obligación —se levantó del sillón y se acercó a mí, posando una mano firme sobre mi hombro—. Sé que aún te culpas por lo que pasó con Susan y con tu hijo que murió... y también sé que eres permisivo con ese chico precisamente por esa culpa. Pero ha llegado la hora de superarlo, de seguir adelante y cumplir con tus responsabilidades.

—Quizá tengas razón —admití tras una larga pausa.

—Claro que la tengo, soy tu padre. Y tu hijo está perdido, pero no tenemos por qué dejarlo caer en el abismo. Es joven, Xander. Es normal. Ahora debes ser más duro para que entienda el valor de quién es y lo que representa.

Guardé silencio, procesando sus palabras.

No podía negar que mi hijo actuaba impulsivamente, pero me dolía pensar en cortarle todo el apoyo. Aun así, sabía que mi padre tenía razón.

Era una intervención necesaria.

—Me encargaré de ello. Hoy mismo.

Él se inclinó ligeramente hacia adelante, con los ojos brillando de aprobación.

—Muy bien. Ya sabes cuál es nuestro lugar en la Colmena, controlamos el mundo desde las sombras. No debemos llamar la atención sobre nosotros, y mucho menos entrometernos públicamente en la política. Eso es para... vasallos.

Asentí de nuevo.

La Colmena —el círculo interno de la élite que controlaba los destinos financieros y políticos globales— no era lugar para pasos en falso. Cualquier movimiento percibido como una amenaza al equilibrio de poder podía ser desastroso.

Tras un momento de silencio, mi padre cambió abruptamente de tema, con la precisión de quien sabía exactamente a dónde quería llegar.

—Ahora, hablemos de ti.

Fruncí una ceja, esperando.

No era de los que hablaban de temas personales sin un propósito claro.

—¿Quién es tu compañía?

Mi cuerpo se tensó, pero mantuve la mirada fija.

—¿Quieres saber si yo también he perdido el control? —ironizé.

—No me tomes por tonto, chico.

—¿O vas a intentar obligarme a casarme con alguien, como hiciste con Susan? Ya no soy aquel muchacho de diecisiete años, padre. He conquistado mi lugar, he construido mi propio imperio. No voy a vivir según tus deseos.

—No esperaba otra respuesta —apretó mi hombro—. A diferencia de tu hijo, tú te ganaste el derecho a ser un hombre libre. No, no voy a obligarte a casarte. Tu madre quiere que lo hagas con Rose Spencer, una familia tradicional de la Colmena, que sumaría poder al nuestro. Pero... confío en tus decisiones.

Elevé una ceja, sorprendido.

—No me mires así. Hoy vi un brillo en tus ojos. Algo ha cambiado. Después de todo lo que has pasado, percibo esas cosas.

Solté un largo suspiro, luchando contra las ganas de negar o desviar la conversación.

No me dejaría escapar tan fácilmente.

—No voy a decirte quién es, si es eso lo que esperas.

Una sonrisa sutil cruzó sus labios.

—No necesito saber quién es. Solo necesitaba confirmar que existe.

Hizo una pausa, observándome como si ya hubiese desentrañado algo que yo aún no me atrevía a admitir del todo.

—Me alegro por ti, Xander. De verdad. Desde que...

Vaciló, algo raro en él.

Cuando continuó, su voz sonó más suave:

—Desde que perdiste a Susan y al bebé, nunca volviste realmente a vivir. Hasta ahora.

Sus palabras tocaron una herida sensible en mí.

El recuerdo de Susan y de todo lo que perdí era algo que mantenía enterrado, lejos de todos, incluso de mí mismo. Sin embargo, tenía razón. Algo en mí estaba cambiando.

Y era la primera vez que podía elegir a quién amar, y eso... eso era mucho más avasallador que haber sido obligado a casarme por cuestiones de poder y política.

Ya no necesitaba eso. Ya tenía todo el poder que podía desear.

Solo me faltaba Isabela.

—¿No te molesta que ella no sea como una Rose Spencer?

Asintió, con la misma sonrisa ligera en los labios.

—No, no me molesta. Confío en tu criterio. Solo recuerda, Xander: quienquiera que sea, deberá ser fuerte. Sabes lo que significa estar al lado de un Harrington.

Se incorporó, lanzándome una última mirada evaluadora antes de salir.

—Tu madre no te permitió elegir cuando tenías diecisiete años, porque aún eras un muchacho perdido. Ahora eres un hombre, responsable y jefe de esta familia. Tu elección será respetada. Y te deseo que seas feliz, hijo.

Me quedé en la biblioteca un buen rato después de que se marchara, reflexionando sobre todo lo que se había dicho.

Mi padre tenía razón, como siempre.

Sobre Alex, sobre la Colmena... y también sobre mí.

Sin embargo, había algo que él no sabía.

Isabela era mucho más que una simple compañía.

Era un rayo de luz en un mundo que, durante demasiado tiempo, había estado sumido en sombras. Y, por primera vez, me permití considerar la posibilidad de que quizá —solo quizá— pudiera tener otra oportunidad de encontrar algo parecido a la felicidad.

Y quién sabe, darle nietos mejores.

Isabela Rojas

Hannah Harrington me evaluó de pies a cabeza.

Con cada segundo, su mirada se fue suavizando hasta volverse casi simpática, seductora y amable. Me tomó del brazo y me apartó de Charlotte y Rose para hablar de algo más privado.

—¿Cómo dijiste que te llamabas?

—Isabela, señora.

—Isabela, necesito pedirte un gran favor.

—¿A mí? —abrí mucho los ojos—. ¿Qué podría hacer yo?

—Ser mis ojos dentro de esta casa y contarme todo.

Cogió mi móvil, tecleó su número y se llamó a sí misma. Así, guardó mi contacto y me miró fijamente con ojos de águila.

—Quiero saberlo todo sobre esa compañía de Alexander. No puede meter aquí dentro a cualquier mujer. Necesita a alguien digna, de buena familia, que pueda darle hijos fuertes.

Tragué saliva; cada palabra suya pesaba sobre mis hombros.

—Mi hijo no puede seguir solo, Isabela. Es trabajador, esforzado y entregado. Estos años de soledad lo han envejecido y vuelto antisocial. Tenemos que cambiar eso. Así que averigua quién es esa compañía. Y si no está a la altura, infiltraremos a otra mujer para conquistarlo.

—Señora, yo...

—No, no será Rose —suspiró—. Conozco a Alexander; él toma decisiones definitivas en segundos. Miró a la pobre muchacha y no expresó ni una reacción, así que insistir no servirá de nada. Necesitamos a una mujer mejor. Claro, si la actual no está a la altura... ¿me entiendes?

—No sé... Creo que sí.

—Llámame en cuanto descubras su identidad. Probablemente vendrá de madrugada o algo así.

—De acuerdo.

—Confío en ti, Isabela. No permitiremos que mi hijo caiga en manos de cualquiera.

—Puede contar conmigo, señora Harrington.

Terminé aquella conversación más ansiosa y más cerca de una crisis de pánico que antes. Y lo único que giraba en mi cabeza era una sola pregunta:

¿En qué lío me estaba metiendo?

Capítulo 31

Isabela Rojas

En cuanto los Harrington se marcharon, la casa se sumió en un silencio que era tanto un alivio como una presión invisible.

Pasé los minutos siguientes reorganizando el comedor, aunque todo ya estaba en perfecto orden. Era un hábito que tenía para disipar la ansiedad: moverme, hacer algo con las manos.

Mi corazón seguía acelerado desde la conversación con la señora Harrington.

Su ultimátum —"descubre quién es la compañía de mi hijo"— resonaba en mi mente, mezclado con la incomodidad que había sentido al observar a Rose Spencer y sus descaradas insinuaciones hacia Alexander durante el almuerzo.

—¿Isabela?

La voz grave y familiar me hizo detenerme.

Me giré hacia la entrada del comedor, y allí estaba él, de pie. Alexander se había quitado la chaqueta y desabrochado dos botones de su camisa blanca, y aun así seguía igual de elegante que siempre.

Su mirada también parecía más suave ahora que su familia se había ido.

—¿Sí, señor Harrington?

Él avanzó lentamente hacia mí.

Cuando estuvo lo suficientemente cerca como para que pudiera percibir su perfume —sándalo y cedro—, mi intento de mantener la compostura empezó a tambalearse.

—¿De qué hablaron ahí fuera?

—¿Eh?

—¿Qué te dijo mi madre?

Tragué saliva.

No esperaba que fuera tan directo.

—Nada importante. Solo... preocupaciones de madre.

Alexander arqueó una ceja, fijando su mirada en mí.

—No eres tan buena como crees ocultando cosas. Habla.

—No fue nada.

—¿Te hizo algún comentario fuera de lugar?

Reí, nerviosa.

—"Fuera de lugar" se queda corto. Está... obsesionada con la idea de encontrarte pareja.

Él suspiró y pasó la mano por su cabello.

—No me sorprende, especialmente viniendo de ella. Pero dime exactamente qué te dijo.

Dudé un momento, aunque sabía que no podía mentirle.

—Me pidió que fuera... sus ojos en esta casa. Que descubriera quién es la mujer con la que te estás viendo.

Su rostro se endureció, pero su expresión era más de exasperación que de enfado.

—¿Y qué le dijiste?

—Le dije que... "por supuesto, señora Harrington" —me encogí de hombros, intentando aliviar la tensión con humor.

Para mi sorpresa, Alexander rió, un sonido grave y genuino que encendió un calor inexplicable en mi pecho.

—Eres valiente, Isabela. Más que cualquiera que haya enfrentado a mi madre.

Sonreí, pero el calor pronto se transformó en algo más denso.

—Ella tiene razón en una cosa, ¿sabes?

—¿En qué?

—No deberías estar solo.

Alexander dio un paso más, y mi respiración vaciló.

—No estoy solo, Isabela.

—¿No?

Negó con la cabeza, sus ojos encontrando los míos con una intensidad que hizo que mi corazón se desbocara. Su mano se posó en mi cintura y subió lentamente hasta mi nuca, donde empezó a acariciar con ternura mientras su rostro se acercaba al mío.

—Claro que no. Estoy en excelente compañía.

—Deja eso, las otras empleadas podrían pasar y vernos.

—¿Y qué? —presionó un poco más—. ¿Quién manda en esta casa?

—Usted —susurré.

—¿Y crees que tengo que temer a alguien dentro de mi propia casa?

Mis manos temblaban levemente, y traté de ocultarlas tras mi espalda. Pero él se dio cuenta, siempre se daba cuenta.

—Desde que entraste en esta casa, nunca más he estado solo.

Cerré los ojos y bajé el rostro.

—Isabela, mírame.

Obedecí, aunque sabía que era un error, porque mirar a Alexander era como lanzarse a un abismo irresistible y aterrador.

—No necesito a otra mujer. Ni la quiero —dijo, su voz firme pero cargada de ternura—. Tú eres todo lo que necesito. Todo lo que quiero.

Sus palabras tocaron algo dentro de mí, algo que llevaba tiempo intentando ignorar.

No era solo atracción.

No era solo el hecho de que él fuera mi jefe.

Era algo mucho más profundo, algo que todavía no sabía cómo nombrar.

—Alexander... —empecé, pero él levantó una mano, deteniéndome con suavidad.

—Sé lo que vas a decir. Que esto es complicado, que no debería estar pasando. Pero ya ha pasado, Isabela. Y no voy a fingir que no siento lo que siento.

Las emociones llegaron como una ola, imparables.

Parte de mí quería resistirse, mantener una barrera entre los dos. Pero otra parte, una parte mucho más grande, solo quería rendirse.

—Tengo miedo, Alexander —admití, mi voz quebrándose.

Él dio un paso más, y ahora estábamos tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo.

—¿Miedo de qué?

—De lo que tu madre pueda hacer, obviamente.

—Ella no te hará daño. No mientras yo esté aquí. No lo permitiré.

—¿De verdad?

—Mientras estés conmigo, no tienes que temerle a nada.

—Pero tengo miedo de salir herida. De que todo esto no sea real.

Él alzó la mano libre y acarició mi rostro, sus dedos firmes y cálidos rozando mi piel.

—Isabela, todo en mi vida fue superficial durante mucho tiempo. Hasta ti. Tú eres lo más real que me ha pasado.

La sinceridad en sus ojos fue mi ruina.

Antes de darme cuenta, se había inclinado y nuestros labios se encontraron en un beso suave que pronto se volvió más profundo, hasta que terminé contra la pared.

Fue como si todo el peso que cargaba desapareciera, dejando solo el calor y la certeza de que, por complicado que fuera, esto era lo correcto.

Cuando nos separamos, él mantuvo su mano en mi rostro, sus ojos fijos en los míos.

—Cuando tenía diecisiete años me obligaron a casarme con Susan por razones meramente contractuales... hasta que realmente llegué a quererla, y luego la perdí. Ahora soy un hombre. Y nunca he estado tan seguro de lo que quiero. No voy a dejar que nadie decida por mí. No necesito a otra mujer, Isabela. Solo te necesito a ti.

Mis palabras quedaron atrapadas en mi garganta, pero creo que no hacían falta.

Él ya lo sabía.

—Estoy contigo —susurré al fin, y por primera vez sentí que tal vez podía dejar el miedo atrás.

Fue como si toda la presión de aquel día resbalara de mis hombros y pudiera volver a respirar. Nada más importaba, solo él y lo que acabábamos de compartir.

Y, a partir de ese momento, todo cambió de verdad.

Capítulo 32

Isabela Rojas

Los tres meses que siguieron a aquel día fueron... intensos, por decir lo mínimo.

Desde el momento en que Alexander me dijo que yo era todo lo que necesitaba, algo dentro de mí cambió. Al principio, intenté resistirme, mantener cierta distancia emocional, pero él era tan persistente como encantador.

Y como era un hombre de acciones, todo lo que hizo después de aquel día acabó derribando mis defensas y abriéndome a un mundo completamente nuevo.

Nos convertimos en pareja, aunque de forma discreta.

Alexander me hacía regalos, me llevaba a paseos muy elegantes, no solo por Londres, sino por todo el país. Solo tenía cuidado de que nuestras interacciones no llamaran la atención de las empleadas o, peor aún, de su madre.

Me sentía incómoda con la idea y no quería enemistarme con nadie, así que era mejor que solo nosotros dos supiéramos lo que estaba pasando entre nosotros.

Ni siquiera Naty lo supo, a pesar de sus sospechas.

Lo bueno era que vivíamos una especie de luna de miel sin presiones.

Lo malo, por supuesto, era que eso dejaba el camino libre para Hanna Harrington.

Casi todos los días, sin falta, una mujer diferente aparecía en la mansión.

Siempre jóvenes, elegantes, vestidas como si fueran a un desfile de moda. Sabía perfectamente quién las enviaba, incluso antes de oír a los guardias de seguridad decir que venían "recomendadas por la señora Harrington".

Alexander no se inmutaba lo más mínimo.

Simplemente las rechazaba antes siquiera de saber sus nombres, dando instrucciones para que no las dejaran pasar del portón.

En algunos casos, incluso tuvieron que retirarlas por la fuerza de la entrada de la mansión.

—¿Por qué estás tan nerviosa?

—Tu madre está obsesionada con esto. Y parece que cuanto más rechazas a las mujeres, más aumenta la apuesta. Antes era una cada noche, ahora envía dos o tres al día.

—Algún día se le acabarán las mujeres de "buen apellido" en el Reino Unido y descansará.

—Probablemente pasará a los países cercanos...

—Isabela —apretó mi mano y me acercó a él—, no te preocupes por lo que mi madre quiere. Concéntrate en lo que yo quiero.

—Estoy concentrada. Pero no deja de ser desconcertante vivir así.

—Lo sé.

Llamó a su madre delante de mí y le exigió que parara inmediatamente o ella sería la próxima Penélope, pero con el añadido de ser completamente excluida de su vida.

Al principio, confieso que me hizo gracia.

Después, se convirtió en una obsesión tal que Hanna llegó a infiltrar a una de sus candidatas como empleada de la casa, y tuve

que sacarla del dormitorio de Alexander cuando él se estaba duchando tras llegar del trabajo.

El asunto empeoró aún más cuando empezó a presionarme. Me llamaba seis veces al día, y siempre con el mismo tema: "¿Por qué no dejas que las chicas entren a escondidas? Prepara un café, una comida sencilla, solo para que se conozcan. Una conversación. Él acabará cediendo, confía en mí".

Lo que no sabía era que quien tomaba café, cenaba y compartía todos sus compromisos con su hijo... era yo.

Tres meses viviendo una mezcla de paraíso e infierno bajo el mismo techo.

Claro que valía la pena. Alexander me hacía sentir cosas que jamás pensé volver a experimentar después de todo lo que había pasado.

Lo que teníamos era... mágico.

Pero su madre parecía determinada a destruirlo.

Era como si supiera algo.

Aquella noche, llamó a todos los teléfonos de la casa: el del salón, el de la cocina, el móvil de su hijo, el del despacho... el mío.

—Hola, señora Harrington. ¿En qué puedo ayudarla?

—¿Dónde está mi hijo que no me contesta?

Miré hacia la cama, donde Alexander, completamente desnudo, revisaba unos documentos bancarios en una carpeta de cuero.

—Debe de estar muy ocupado en el despacho —informé.

—Entiendo. Pero, Isabela, ¿por qué no dejas entrar a las mujeres que envío? Pensé que estábamos del mismo lado.

—Lo estamos, señora Harrington. Pero si desobedezco, la cabeza que rodará será la mía.

—Qué hombre tan terco... —gruñó—. Impide su acceso incluso en el banco, he intentado infiltrar algunas, pero no permite que ninguna mujer trabaje cerca de él.

—Hmm...

—Y no me has dado ninguna noticia sobre esa compañía secreta de mi hijo. ¡Estoy angustiada!

—Tranquila, señora Harrington, él está bien.

—¿De verdad? ¿Está? No, Isabela, yo necesito aprobarlo. Soy yo quien debe decidir si está bien o no. Mi hijo necesita a una mujer adecuada a su lado, una que yo apruebe, ¡y tú solo estás estorbando!

Suspiré, acomodando el móvil contra mi oído mientras me revolvía en la cama.

—Cuelga —ordenó Alexander.

—Puede oírte —murmuré, moviendo los labios sin emitir sonido.

—Me da igual. Cuelga.

—Señora Harrington, como ya le he explicado decenas de veces, esa no es una decisión mía. Alexander fue muy claro al prohibir la entrada de cualquier persona en la casa o en el trabajo.

—No digas tonterías, querida. Los hombres siempre dicen una cosa y desean otra. ¡Tienes que ser firme! Deja que entren, tarde o temprano cederá. Confía en mí.

Respiré hondo, intentando mantener la paciencia.

—Entiendo su preocupación maternal, señora. Yo también soy madre y me desespero si mi hijo respira raro, pero no puedo ir en contra de las órdenes explícitas y deseos de mi jefe.

—¿Tu jefe? —susurró él a mi lado, deslizando su mano por mi muslo—. ¿Cómo puedes sonar tan sexy diciendo eso?

Le di un manotazo en la mano y llevé un dedo a mis labios para indicarle que guardara silencio.

—Isabela, ¡es un hombre! ¡No sabe lo que le conviene!

No pude evitar sonreír con ironía.

Si ella supiera que su hijo, en ese preciso momento, estaba en la cama conmigo, completamente despreocupado mientras una mujer luchaba contra un guardia en la entrada intentando entrar, tendría motivos reales para alarmarse.

—Basta de esto —Alexander tomó mi móvil y colgó la llamada —. Ya terminé de revisar los documentos, ahora quiero pasar tiempo de calidad con mi mujer. Y como se niega a quedarse a dormir conmigo, tengo que aprovechar al máximo el tiempo que tenemos antes de ir a dormir.

Se tumbó sobre mí, me abrazó como un oso y empezó a cubrirme de besos mientras sus manos exploraban cada centímetro de mi piel.

—Parece que ella se siente desafiada... y va a redoblar la apuesta. No sé qué hacer.

—¿Qué te dijo?

—Que dejara entrar a alguna de esas mujeres, asegurándome de que tarde o temprano acabarías cediendo.

—Pero ya he cedido, Isabela —apretó mis muslos y dio una palmada juguetona en mi trasero—. Solo que ante la mujer correcta.

Me dejé caer sobre la cama e intenté disfrutar de aquel momento, hasta que la pantalla de su móvil se iluminó y empezó a vibrar.

—Otra llamada —murmuré, señalando con la cabeza hacia su teléfono.

—Déjalo. Estoy ocupado —me quitó el sujetador y empezó a acariciar mis pezones con movimientos lentos de su lengua.

—No consigo concentrarme con esa vibración, me pone nerviosa.

—Ponlo en silencio, entonces. No pienso parar, esto es mucho más importante...

Antes de que pudiera moverme, me sujetó de la cintura y capturó mi boca en un beso ardiente e intenso, sus manos sujetándome como si no quisiera soltarme jamás.

Perdí la noción de todo, salvo de él.

El calor de su cuerpo contra el mío, el sabor de su boca, la sensación de estar tan cerca, tan conectados.

Era como si el resto del mundo se desvaneciera.

Pero, por supuesto, el mundo siempre encontraba la forma de interrumpirnos.

El teléfono fijo del despacho empezó a sonar.

Alexander lo ignoró.

Después de unos segundos, el molesto sonido se detuvo, solo para ser reemplazado por el móvil vibrando de nuevo.

—No. No te muevas —me sujetó por la cintura, presionándome contra la cama.

Me estiré como pude para alcanzar el móvil, casi tirándolo, pero logré atraparlo en el último segundo.

—Apágalo y concéntrate en mí.

—Es Oliver —dije, parpadeando al ver el nombre del abogado en la pantalla.

—No debe de ser nada importante.

Alexander cogió el móvil y colgó la llamada, pero casi de inmediato volvió a sonar.

Soltó un suspiro exasperado y contestó, con la voz cargada de irritación:

—Estoy ocupado. ¿Puede esperar?

La respuesta al otro lado de la línea hizo que su expresión cambiara de inmediato. Se tensó y sus ojos perdieron todo el calor que habían tenido un instante antes.

—¿Cómo que es un caso de vida o muerte? —preguntó, alejándose ligeramente de mí.

Me giré sobre la cama para mirarlo, intentando recuperar el aliento y observar su reacción.

—¿Cómo que mi hijo ha sido arrestado?

Alexander cerró los ojos un momento, claramente conteniendo una explosión de frustración.

—¿Dónde? ¿En Mónaco? ¿Qué diablos hacía en Mónaco?

Mi corazón se hundió, tanto por el tono sombrío de Alexander como por el destino en cuestión. Si había un lugar en el mundo donde el lujo y el peligro se mezclaban de forma seductora y destructiva, era allí.

Colgó la llamada, con la mandíbula tensa mientras miraba el móvil en su mano. Cuando por fin habló, su voz sonó baja, pero cargada de determinación:

—Tengo que irme.

Quise preguntarle más, ofrecerle algún tipo de apoyo, pero sabía que necesitaba espacio.

—¿Quieres que me encargue de algo mientras resuelves esto?

Me miró, y por un instante, el Alexander que me había besado minutos antes volvió a asomar en su mirada. Me tomó el rostro entre las manos y me besó con rapidez, pero con una ternura abrumadora.

—Nos vamos a Mónaco.

—¿Qué? ¿Cómo que nos vamos a Mónaco?

—Quería pasar la noche con mi mujer y voy a hacerlo, aunque sea en el maldito avión.

Entró en el vestidor y empezó a vestirse con rapidez; minutos después, ya estaba delante de mí, en camisa y pantalón de vestir, indeciso entre una corbata gris y una negra.

—¿Pero cómo voy a irme a Mónaco así, de repente? ¿Y toda la preparación?

—El helicóptero aterrizará en la pista trasera de la casa. Tomaremos mi avión privado. No necesitas llevar ropa, la compraremos allí. Solo vístete.

—Pero no puedo dejar a Theo. —Abrí mucho los ojos—. Nunca he pasado una noche lejos de mi hijo y no voy a empezar ahora.

Alexander ajustó su Rolex en la muñeca, escogió la corbata negra, hizo un nudo firme y me miró de forma pragmática.

—Llama a la niñera. Dile que nos vamos a Mónaco, con Theo. Ella irá con nosotros y cuidará de él. Tú... cuidarás de mí —se acercó a mí y acarició mi barbilla—. ¿Crees que puedes hacerlo?

Asentí lentamente, aún procesando toda la información.

—Creo que sí.

Alexander tomó su móvil y llamó a su asistente:

—Voy a viajar a Mónaco y llevaré a un bebé conmigo. Quiero que todo esté listo para su comodidad: cuna, comida adecuada, juguetes, y algo para protegerlo del ruido y el estrés.

Me miró, como preguntándome silenciosamente si estaba de acuerdo con todo.

—Voy a vestir a Theo. Estaré en el salón en... treinta minutos.

—No tardes —selló mis labios con un beso antes de salir.

Y así, me dejó sola, con una mezcla de preocupación, deseo y un extraño presentimiento de que aquel problema en Mónaco... era solo el principio.

Capítulo 33

Isabela Rojas

Cuando Alexander sugirió que viajáramos juntos a Mónaco, mi primera reacción fue negativa.

No había manera de que dejara a Theo atrás, y lo dije con toda la seguridad de quien tiene muy claras sus prioridades.

Pero, como siempre, él tenía una solución preparada.

Dudé.

Viajar con mi hijo y la niñera para resolver un asunto complicado relacionado con su propio hijo no era precisamente lo que yo consideraría unas vacaciones. Aun así, la idea de salir de Londres por primera vez y volar a Mónaco con Alexander —ver un pedacito del mundo que nunca imaginé visitar— era demasiado tentadora.

Y así fue como, en plena madrugada, después de esperar a que llegara mi amiga y solucionar toda la burocracia necesaria para

viajar, me encontré sentada en un lujoso avión privado, con Theo en brazos y Naty a mi lado.

El paisaje a través de la ventanilla era sobrecogedor.

El cielo estaba oscuro, y abajo, el resplandor de las ciudades parecía una miríada de estrellas titilantes. Theo estaba entusiasmado, moviendo los bracitos y señalando la ventana como si entendiera la grandeza de lo que estaba viendo.

—¡Mira, hijo! —murmuré, señalando al cielo—. ¡Estamos entre las nubes, volando más alto que los pájaros!

Se rió, esa risa contagiosa y pura que solo un bebé puede tener.

Al principio estuvo incómodo por la presión del despegue, pero pronto empezó a disfrutar. Naty, en cambio, dormía a mi lado, roncando suavemente.

Alexander salió de su cabina y se acercó a nosotros. Me dedicó una sonrisa suave y sus ojos brillaron de una forma que hizo que mi corazón se acelerara.

—Gracias por venir.

—No tienes que darme las gracias, estoy feliz de ser tu compañía.

Asintió.

—¿Está bien? —preguntó, señalando a Theo.

—Se molestó un poco al principio, pero ahora está encantado. Dentro de poco se dormirá, el ajetreo para viajar lo dejó algo alterado.

—Hemos preparado una habitación para vosotros. No hace falta que duermas aquí. —Tomó mi mano entre las suyas—. Tiene una cama cómoda, una cuna, todo lo necesario para cambiarle el pañal, una butaca para alimentarlo...

—¿Tienes un cuarto en este avión?

—Siete, en realidad. Uno ahora es tuyo y de Theo. A ver si así te convenzo de viajar conmigo más veces. —Apretó mis dedos con ternura—. ¿Estás cómoda?

—Sí, solo estoy un poco preocupada.

—¿Tienes miedo de volar? —preguntó, atento a mis reacciones.

—Estoy preocupada por ti, Alexander. Tu hijo ha sido arrestado.

—Sí. Pero voy a resolverlo en cuanto lleguemos a Mónaco, antes de que la prensa se entere. Y si se enteran, pasaré la

madrugada comprando fotos, tabloides y rumores —respiró hondo—. Nada que no haya hecho antes, pero... ¿ser arrestado? Francamente.

—¿Crees que lo hizo para llamar la atención?

—La ha llamado. Y de la peor manera. Y va a pagarlo.

Me miró de una forma que dejaba claro que no quería seguir hablando del tema.

—¿Tienes hambre?

—Un poco.

—¿Qué te apetece cenar?

—No falta mucho para llegar a Mónaco, creo que puedo aguantar.

—No, no quiero que pases hambre. Si necesitas algo, pulsa el timbre debajo de la mesa; las azafatas vendrán y podrás pedir lo que quieras, la cocina está bien abastecida. Quiero que estés cómoda.

—Lo estoy, no te preocupes.

—Mañana será otro día y vamos a disfrutarlo, te lo prometo —tiró suavemente de mi mano y besó el dorso.

Theo extendió su manita también, pero Alexander lo ignoró.

—No te preocupes, estoy bien —aseguré.

Alexander sonrió, pero fue interrumpido por Oliver, que parecía estar al teléfono con alguien y necesitaba su presencia urgentemente.

Antes de irse, acarició mi cuello y en esa breve caricia supe que, aunque tuviera mil problemas por resolver, estaba feliz de que estuviéramos allí, con él.



El hotel en Mónaco era algo que solo había visto en las películas.

El mármol brillaba, las paredes estaban adornadas con obras de arte y el aire olía a flores frescas. En cuanto entramos, me informaron de que Naty tendría su propia habitación, y Theo y yo compartiríamos otra.

No esperaba otra cosa, considerando lo meticuloso que era Alexander cuando se trataba de comodidad.

Pero cuando llegué a la habitación que compartiría con Theo, me quedé sin palabras. Era más grande que mi dormitorio en la mansión Harrington, con enormes ventanales que ofrecían una vista impresionante del mar Mediterráneo.

La cama era lo suficientemente grande como para caber Theo, yo y, probablemente, la mitad del personal del hotel, y había una zona de estar decorada con muebles de lujo.

—Bienvenida a la vida de los ricos y famosos, Isabela —murmuré para mí misma mientras veía a Theo explorar la alfombra mullida, gateando alegremente.

Naty apareció poco después en la puerta, con una sonrisa maliciosa en los labios.

—¿Y bien? —preguntó.

—¿Ya has despertado, amiga?

—Desperté, pero me muero por lanzarme sobre esa cama y dormir tres días seguidos —se estiró, soltando un suspiro—. Ay, ay... solo un viaje de negocios, ¿eh? Igualito que cuando dicen "solo un concierto" de Adele.

Me sonrojé de inmediato.

—No es nada de eso, Naty. Estoy aquí para ayudar a Alexander con un problema.

Ella arqueó una ceja y cruzó los brazos, claramente escéptica.

—Isa, ¿crees que soy tonta? El hombre te ha traído a ti, a Theo y hasta a mí a Mónaco. ¿De verdad piensas que haría eso por cualquiera?

Miré a Theo, que jugaba con la cortina. Parte de mí quería negarlo, mantener la fachada profesional, pero sabía que no tenía ninguna oportunidad contra Naty.

Era demasiado perspicaz.

—Está bien —suspiré, sentándome junto a ella—. Sí, estoy viviendo... algo con Alexander.

Naty abrió los ojos como platos y, por un momento, temí su reacción.

Pero entonces, me tomó de las manos y empezó a saltar en el sofá, arrastrándome con ella.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía!

—Por favor, no se lo digas a nadie. Sabes que la vida en la mansión se volvió un infierno desde que su madre se obsesionó con casarlo otra vez.

—¡Dios mío, Isa! ¡Eras tú! ¡Todo el tiempo eras tú! ¡Qué pillina, viviendo un romance con Alexander Harrington!

—¡Shhh! —intenté calmarla, pero acabé riendo también—. ¡Naty, para! ¡Vas a despertar a todo el hotel!

—Perdón, me emocioné —puso cara de traviesa—. ¿Quién lo habría imaginado? Así que ya no eres solo la ama de llaves... ¡ahora eres la señora de la casa!

—Deja de decir tonterías. Esto es temporal, hasta que todo acabe.

—Sí, sí...

—Alexander es un caballero, romántico y adorable. Es mayor, claro. Pero sé que, tarde o temprano, el encanto se va a desvanecer. No quiero hacerme ilusiones.

Sentí el calor subir por mi rostro mientras intentaba contener la felicidad que llenaba la habitación. Naty era mi mejor amiga, y compartir esto con ella —aunque fuera con toda su energía desbordante— era un alivio enorme.

—¡¿Qué ilusión ni qué ocho cuartos?! —me sacudió con fuerza—. ¡Te lo mereces! Y él está claramente loco por ti.

Arqueé una ceja.

—¿Se comenta algo en la casa?

—No, claro que no. Porque esas chicas tienen amor por su propia vida. Pero yo lo noto. Lo sé. Veo cómo se miran.

—Sí... creo que cada vez es más difícil ocultarlo.

—Exactamente. Y su madre se va a morir cuando lo descubra.

—No quiero pensar en eso. Solo quiero... disfrutar de Mónaco.

—¿Así será de ahora en adelante? ¿Alexander viajando y tú acompañándolo? ¿Y por consecuencia, Theo? ¿Y yo, de rebote?

—Ya veremos... —intenté calmarla.

La verdad es que todavía no tenía esa respuesta.

Todo dependería de cómo resultara este viaje.

—Amiga, imagínalo... viajar por todo el mundo, comer lo mejor de lo mejor, alojarte en hoteles de lujo... —Naty vibraba de emoción—. ¡Imagina lo inteligente que será Theo al estar expuesto a tantas culturas diferentes!

—Sí... ya está muy espabilado. Los profesores que Alexander contrató para él han ayudado mucho en su desarrollo... —sonreí, casi sin darme cuenta.

Pensándolo bien, Alexander realmente estaba cuidando de nosotros.

Aunque parte de mí temiera que todo esto pudiera acabar de un momento a otro, todos los gestos de Alexander decían que quería lo mejor para nosotros.

Miré a Theo, que seguía explorando el cuarto con entusiasmo, y sentí una oleada de felicidad y esperanza inundarme.

Por primera vez en mucho tiempo, me permití creer que quizás —solo quizás— estaba en el camino correcto.

Capítulo 34

Alexander Harrington

El teléfono de Oliver volvió a sonar mientras el coche cruzaba las impecables calles de Mónaco.

Desde el asiento trasero, observaba cómo las luces de la ciudad se reflejaban en los edificios modernos y en los coches de lujo que pasaban. Era un contraste brutal con la situación en la que mi hijo se había metido.

—Han confirmado que sigue en la comisaría principal —informó Oliver, colgando el móvil.

Suspiré, pasándome la mano por el cabello.

Comisaría principal.

Mi hijo, quien debía ser el heredero del nombre Harrington, el rostro de todo nuestro imperio, detenido en una comisaría como un vulgar delincuente.

—Maldito crío estúpido —murmuré, más para mí mismo que para Oliver.

Él, como siempre, permaneció en silencio, simplemente ajustando los documentos que llevaba en las manos. Oliver sabía cuándo dejarme en paz, algo que en ese momento agradecía más que cualquier otra cosa.

—¿En qué fallé, Oliver?

Pareció sorprendido. Era la primera vez en mucho tiempo que le pedía su opinión sobre un asunto tan delicado.

—No fallaste —concluyó, dedicándome una sonrisa tranquilizadora.

—¿Entonces cómo hemos llegado a esto?

—No hemos llegado —replicó con serenidad—. Intervine antes de que se convirtiera en un desastre mayor. Todo está bajo control.

—Por eso vales cada centavo que te pago —le di una palmada en el hombro.

La comisaría de Mónaco era discreta, pero moderna.

No era el tipo de lugar donde uno imaginaría a un heredero multimillonario detenido, pero allí estaba Alex.

Cuando entré, acompañado por Oliver, la mirada cansada del agente en recepción se cruzó con la mía. Reconocí en sus ojos un leve destello de entendimiento. Sabía quién era yo: un padre desesperado, un hombre furioso y, probablemente, el tipo más rico de todo ese maldito país.

Después de unos minutos de espera, un oficial nos condujo hasta una pequeña sala donde Alex estaba sentado.

Parecía una sombra del joven arrogante y seguro de sí mismo que yo conocía.

Desaliñado, con profundas ojeras, pero aún con esa expresión desafiante que llevaba como una armadura.

—Crío —gruñí en cuanto entré, dejando que la palabra saliera cargada de toda mi ira y frustración.

Alex levantó la mirada lentamente, y vi algo en sus ojos que no veía desde hacía años: miedo.

—Papá... —empezó, pero su voz se quebró.

—¡Ni se te ocurra! —lo interrumpí, señalándolo con el dedo—. ¿En qué demonios estabas pensando?

Vaciló por un instante antes de replicar, elevando la voz:

—¿Pensando? ¡Pensaba en cómo sobrevivir, ya que tú me cortaste todo!

Mi paciencia, ya al límite, se rompió de inmediato.

Di un paso adelante, acercándome a la mesa que nos separaba.

—¿Sobrevivir? ¿Vendiendo drogas en una fiesta? ¿Eso es lo que hace el futuro alcalde de Londres para ganarse la vida?

Avancé hasta quedar justo delante de él.

Y cuando desvió la mirada, me agaché para obligarlo a enfrentarme.

—¿Eh, pedazo de mierda?

Intentó replicar, pero no le escuché.

La sangre me hervía, apenas podía creer lo que estaba viendo.

—¿Sabes lo que debería hacer contigo, futuro alcalde de Londres? Debería dejarte pudrir en este sitio —respiré hondo—. No. Este lugar es demasiado bueno para un desperdicio como tú. Tal vez un reformatorio te sirva para que aprendas algo de sentido común.

Sus hombros se desplomaron, y su expresión desafiante fue sustituida por una desesperación cruda.

—Papá, por favor —suplicó, agarrándose de la pernera de mi pantalón.

Se deslizó de la silla y cayó de rodillas. Cuando tirar de mi ropa no bastó, alzó las manos en gesto de súplica.

—Sácame de aquí, papá. Sé que me equivoqué, pero... no sabía qué hacer.

Me quedé inmóvil un momento, mirándolo. Parte de mí quería darle la espalda y dejarlo enfrentarse a las consecuencias de sus actos. Pero otra parte, la que reconocía mis propios fallos como padre, no podía hacerlo.

Respiré hondo, tratando de calmar la furia.

—¿Sabes lo que podrías haber hecho?

—¿Qué?

—Haberte hecho hombre. En vez de vender drogas, haber trabajado vendiendo productos de gente mucho más esforzada que tú. O haber vendido agua en la playa, qué sé yo. Pero claro, ¿eso no era suficientemente digno para ti, verdad?

—Tiene razón —murmuró—. Soy un inútil.

—Levántate —ordené de inmediato.

Alex dudó, pero obedeció.

Oliver dio un paso adelante y me pasó los papeles para firmar. Con unas cuantas firmas y el pago de la multa, el asunto quedó resuelto.

—Vámonos —murmuré, lanzándole a Alex una mirada fría—. Al coche.

No dijo nada, simplemente me siguió en silencio.



De regreso al hotel, el silencio en el coche era casi ensordecedor.

Alex no se atrevió a abrir la boca, y yo no estaba dispuesto a hablar.

Para pagar a paparazis, tabloides y asegurarme de que los vídeos y fotos fueran eliminados, desembolsé una gran cantidad de

dinero. Ese no era realmente el problema —dinero, mi familia tenía de sobra—.

Lo que me sacaba de quicio era verme atrapado en una polémica tan absurda, ver la reputación de mi familia, de mi banco, de mi apellido, arrastrada por el barro por culpa de un idiota.

Cuando llegamos, Alex se dirigió directamente a la habitación que había reservado para él, sin siquiera mirarme.

Cuatro guardaespaldas lo acompañaron; no iba a respirar sin que yo fuera informado.

Tras asegurarme de que estaba debidamente instalado, fui a la habitación de Isabela. Necesitaba verla, necesitaba algo que me recordara que mi vida no era solo caos y decepción.

Llamé suavemente a la puerta, y ella abrió con Theo en brazos.

Su sonrisa inmediata hizo que mi pecho se relajara por primera vez desde que había llegado a Mónaco.

—¿No es un poco tarde para que el pequeño siga despierto?

Theo abrió los brazos, pidiendo venir a mi regazo, pero lo ignoré.

—Estaba preocupada por ti. ¿Todo bien?

Asentí, entrando en la habitación.

Ella cerró la puerta detrás de mí y dejó a Theo en la cuna, donde se agarró a los barrotes, sacudiéndolos como si quisiera escapar y quedarse con nosotros.

—¿Tienes todo lo que necesitas aquí?

—Más de lo que necesito.

Le acaricié el rostro.

Verla cerrar los ojos y suspirar tan tranquila apaciguó mi corazón.

—Perdona toda la euforia y la noche agitada. Ni siquiera trajiste ropa...

—Sí. Las cosas de Theo ocupan espacio, no pasa nada.

—Mañana saldremos a comprar algunas cosas bonitas para ti. Quiero que disfrutes de la playa.

—No, Alexander, no hace falta...

—También compraremos cosas para Theo. ¿O acaso ha venido preparado para tomar el sol?

Theo soltó un grito de alegría y saltó dentro de la cuna; probablemente no entendía la conversación, pero bastaba con que lo

mencionáramos para ponerse eufórico.

—Está bien... pero no quiero abusar de tu generosidad.

—Aquí el que está abusando de tu generosidad soy yo —envolví su cintura con mis manos y apoyé mi nariz en su cuello. Solo su aroma era capaz de calmar mi estrés—. Sacándote de la comodidad de mi cama en plena noche para un viaje de emergencia...

—¿Sabes qué? Me ha encantado. Llevaba tiempo soñando con hacer un tour por Europa, pero ¿cómo iba a hacerlo, sin dinero? —rió.

—¿Qué lugares quieres visitar antes de volver a Londres?

—No... ninguno. Tienes trabajo, y...

—He preguntado qué lugares quieres visitar antes de volver a Londres —insistí, en un tono más serio.

—Siempre he querido conocer Grecia... Italia, porque dicen que hay hombres guapos... Francia, España...

—Iremos a todos, menos a Italia. El único hombre guapo que necesitas, es británico —le apreté la cintura.

—Ay...

Verla derretirse en mis brazos me devolvía a la vida.

Era como volver a respirar.

—Intenta dormir, para que mañana podamos disfrutar del día.

—Vale... ¿Todo bien con tu hijo?

—Sí, ya está instalado en el hotel —asentí.

Ella dudó, sentándose en el borde de la cama.

—¿Cómo está?

Solté un suspiro pesado.

—¿Sinceramente? No lo sé. Invertí en su mejor educación, lo introduje en los mejores círculos sociales, le di todas las herramientas para que me sucediera o construyera su propio negocio... ¿y cuando le corté la tarjeta se puso a vender drogas?

Ella no dijo nada, pero me observaba con atención, como esperando que dijera más.

—Tal vez sea culpa mía —confesé tras un momento—. Creció sin una madre. Yo estaba tan enfocado en que todo funcionara, en seguir adelante, que descuidé lo que de verdad importaba.

Ella se inclinó ligeramente hacia adelante, apoyando su mano sobre la mía.

—Todavía es joven, Alexander. Puede cambiar.

La miré, y el calor de sus ojos fue un bálsamo para mi alma.

—Espero que tengas razón —murmuré—. Quizá si tú te quedaras, si no te marcharas, tu presencia le inspiraría.

—¿Yo? —rió, nerviosa—. No, yo no podría inspirar a nadie.

—Eres la mejor madre que conozco.

Ella sonrió, una sonrisa suave que me hizo estremecer el corazón.

—Hablaremos de eso después. Ahora necesitas descansar —me guiñó un ojo.

—¿No quieres descansar conmigo?

Hice un gesto con la cabeza, invitándola a acompañarme a mi habitación.

—No, tú necesitas dormir.

Me acerqué a ella, sujetando su rostro entre mis manos.

—Está bien, dormiré. Tendremos más días para disfrutar. Vamos a tratar esto como unas vacaciones.

Ella alzó las cejas, sorprendida.

—¿Vacaciones?

Asentí.

—Te las mereces, Isabela. Nos las merecemos.

Ella volvió a sonreír, y, por un momento, todo el caos con Alex dejó de importar.

—Estoy deseando conocer a tu hijo —dijo, con los ojos brillando de curiosidad.

Fruncí el ceño, alejándome ligeramente.

—No esperes mucho. Es solo un delincuente.

Antes de que pudiera responder, me incliné y capturé sus labios en un beso. Fue lento, cargado de todo lo que sentía por ella y que no sabía expresar con palabras.

—Gracias de nuevo por estar aquí —susurré, apoyando mi frente contra la suya.

Ella sonrió contra mis labios.

—Ya te lo he dicho: puedes contar conmigo. Siempre.

Salí de esa habitación contra mi voluntad.

Estar en sus brazos era encontrar la calma en medio de la tormenta.

Y antes de dormir, encaré la tormenta: los vídeos de cámaras de seguridad y móviles grabando a Alex vendiendo drogas y esnifando polvo.

Me acosté con el ácido del estómago corroyéndome de tanta rabia.

Capítulo 35

Isabela Rojas

El sol de la mañana se filtraba por las amplias ventanas del hotel, bañándolo todo con un brillo dorado. Theo estaba tan animado como siempre, balbuceando sonidos mientras lo llevaba en brazos hacia la zona del desayuno.

Naty caminaba a mi lado, tan radiante como el propio día.

—¡Esto es el paraíso, Isabela! —dijo con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Te puedes creer que estamos desayunando en un hotel de lujo en Mónaco?

Me reí.

—De verdad, Naty. Ni en mis sueños más locos.

Ella me dio un suave empujón en el hombro.

—Te lo mereces. Y, de hecho, creo que esto es solo el comienzo. Estoy segura de que Alexander tiene más sorpresas para ti.

Mis mejillas se calentaron al oír su nombre, pero no respondí. Simplemente seguí caminando en silencio hasta la mesa que habíamos elegido, en una zona más tranquila con vistas al mar.

Senté a Theo en su sillita y le di un juguete para entretenerlo mientras comenzábamos a comer.

—¿Y entonces? ¿Cómo dormiste? —preguntó Naty, untando mantequilla en un panecillo.

—Muy bien. ¿Y tú?

—Como una princesa. Esa cama podría alojar a diez como yo —rió—. Ahora cuéntame...

—No hay nada que contar, Naty.

—¡Ah, no te hagas la desentendida! —dijo, guiñándome un ojo—. Ayer vi a Alexander pasar por el pasillo como si fuera a derribar el hotel, directo a tu habitación. Y cuando salió, parecía flotar de felicidad. ¡Tenía la oreja pegada a la puerta!

—¡Deja de ser tan cotilla!

—¡Vamos, cuéntame! ¡Quiero saberlo todo! ¿A qué hemos venido realmente? ¿O simplemente quería verte en bikini y por eso nos trajo a una de las playas más bonitas del mundo?

Antes de que pudiera responder, una voz grave interrumpió nuestra conversación:

—Buenos días.

Levanté la cabeza y vi a Alexander, impecablemente vestido, acompañado de Oliver. Se sentaron a la mesa con nosotras, y Alexander me dedicó una sonrisa que hizo que mi corazón se acelerara.

—¿Dormiste bien? —preguntó, con sus ojos fijos en los míos.

Asentí, intentando ignorar el calor que subía a mis mejillas.

—Sí, muy bien.

Naty me miró de reojo con una expresión traviesa.

Theo gritó llamándolo y le lanzó el juguete a la cabeza, como si quisiera que también lo saludara.

—Buenos días para ti también, Theo.

—¡Dada! —sonrió Theo, como diciendo: ahora sí.

Alexander recogió el juguete y se lo devolvió, pero el pequeño en realidad quería el brillante reloj que llevaba en la muñeca. Intentó tirar de su brazo, pero Alexander logró distraerlo hábilmente y alejarse un poco.

Mi pecho se llenó de ternura al verlos interactuar.

Por un momento, todo parecía perfecto.

Pero la perfección no duró mucho.

—Mira quién ha despertado.

La voz llegó desde detrás de Alexander, y el mundo pareció detenerse cuando Alex, su hijo, entró en la sala. Desaliñado, con el pelo revuelto y una expresión que oscilaba entre la arrogancia y el cansancio.

En cuanto lo vi, sentí que el corazón se me desplomaba.

Era él.

Alex Thornhill, el padre de Theo.

El hombre que me abandonó embarazada y desapareció sin dar la menor explicación.

La única explicación había sido un fajo de dinero para un aborto, y nada más.

Mi visión se nubló durante un momento, y todo a mi alrededor desapareció. El ruido de las conversaciones, el tintinear de los cubiertos contra los platos, incluso la presencia de Naty a mi

lado. Solo podía mirar a Alex, incapaz de creer que estuviera allí, tan cerca.

—¿Isabela? —La voz de Naty me trajo de vuelta, y vi que me miraba preocupada—. ¿Estás bien?

—Sí... sí, estoy bien —respondí, aunque mi voz sonó débil, y supe que no la había convencido.

Alex se sentó en la mesa, justo frente a mí.

Sus ojos pasaron fugazmente por mi rostro, y la confusión en su expresión dio paso a algo más oscuro.

Me había reconocido.

—¿Quiénes son estas personas? —se volvió hacia su padre con una mirada de desprecio y desdén.

—Sé educado, Alex —dijo Alexander con un tono firme.

—No, en serio —Alex cruzó los brazos, con la mirada aún fija en mí—. ¿Quién es esta mujer y qué hace aquí?

Quería desaparecer.

Quería coger a Theo y correr de vuelta a la habitación, lejos de aquella situación.

Mi corazón latía tan rápido que parecía que todos podían oírlo.

—Soy Naty, la niñera de Theo —dijo mi amiga—. Y ella es Isabela, la ama de llaves de la mansión de tu padre.

—¿Qué demonios es todo esto? ¿Ahora los empleados se sientan en nuestra mesa? ¿Qué eres ahora, comunista, papá?

Alexander se inclinó levemente hacia adelante en la silla, sus ojos fríos como el hielo al mirar a su hijo.

—Isabela es mi nueva pareja.

Cuando esas palabras salieron de su boca, me congelé de pies a cabeza.

—Y la vas a tratar con respeto.

El silencio en la mesa se volvió casi insoportable.

Naty me miró con los ojos muy abiertos, y hasta Oliver pareció sorprendido por la declaración directa de Alexander.

—¿Nueva pareja? —repitió Alex, su voz cargada de sarcasmo —. ¿Estás bromeando, verdad?

Alexander no retrocedió.

Se inclinó aún más hacia adelante, su expresión se volvió amenazante.

—Si le faltas el respeto, Alex, te garantizo que desearás seguir encerrado en Mónaco. Sé educado, pagué a los mejores profesores de Londres para que te enseñaran algo. ¿Cómo se saluda a alguien cuando la conoces?

Alex abrió la boca para replicar, pero la cerró rápidamente, dándose cuenta de que no ganaría aquella discusión.

Se recostó en la silla, pero no apartó los ojos de mí.

—Hola, Isabela. Me llamo Alex Harrington —pasó la lengua por los labios, provocándome—. ¿Disfrutando del viaje?

Preferí no responder.

—¿Y ella? Qué monada. ¿De quién es niñera?

—De Theo, el hijo de Isabela.

Alex miró al niño como si una película estuviera pasando frente a sus ojos.

Y yo me quedé paralizada.

Todo dentro de mí parecía en conflicto.

Mi corazón golpeaba con fuerza, mis manos temblaban bajo la mesa y no sabía a dónde mirar.

No me quedaba ninguna duda. Tenerlo delante me hizo recordar todos los errores que había intentado enterrar. Alex era el padre de Theo. Era el hombre que intenté olvidar, y que ahora estaba allí, mirándome como si fuera un fantasma.

Él era hijo de Alexander.

—Isabela —la voz de Alexander llamó mi nombre suavemente, inclinándose hacia mí—. ¿Estás bien?

Intenté hablar, pero las palabras no salieron.

Bajé la mirada hacia Theo, que jugaba ajeno a toda la tensión que flotaba en el aire.

—Estoy... —empecé, pero mi voz se quebró—. Tengo calor.

—¿Quieres entrar? Dentro hay aire acondicionado.

—No, solo necesito un momento. Estoy bien.

Mis piernas temblaban. No podría levantarme en aquel estado.

Alexander no parecía convencido, pero antes de que pudiera insistir, Alex volvió a intervenir.

—Parece nerviosa. ¿Seguro que no está escondiendo algo, papá?

Mi cuerpo se tensó, y me faltó el aire.

Naty me tocó el brazo ligeramente, pero no reaccioné.

—¿Escondiendo qué?

—No sé... ama de llaves de la mansión Harrington... y ahora tu pareja. Suena todo un poco raro, ¿no?

—Basta, Alex —gruñó Alexander, su voz baja pero cargada de autoridad—. Estás agotando mi paciencia.

Alex me lanzó otra mirada antes de desviar la vista hacia el plato frente a él. Alexander volvió su atención hacia mí, su expresión suavizándose.

—¿Estás segura de que no quieres entrar?

—No. Solo necesito respirar.

Llamó al camarero y pidió un vaso de agua fría para mí.

Me limité a asentir, aún intentando procesar todo lo que estaba ocurriendo. Sentía el pecho oprimido, como si el peso de la verdad —que Alex, el padre de Theo, era hijo de Alexander— me aplastara cada vez más.

La sensación era como si una tormenta estuviera a punto de estallar.

Alex me miraba de vez en cuando, con unos ojos cargados de algo que no lograba descifrar.

¿Ira? ¿Culpa? ¿Desprecio? Tal vez todo eso junto.

¿Y yo?

Yo me sentía al borde del colapso.

Porque, por mucho que intentara ocultarlo, sabía que no podría evitar que esta verdad saliera a la luz por mucho más tiempo.

Capítulo 36

Isabela Rojas

Mi corazón aún no había vuelto a la normalidad desde el desayuno.

Cada gesto de Alex en aquella mesa me parecía a cámara lenta. El pasado pesaba sobre mis hombros, su respiración se volvía cada vez más ruidosa, su risa sin motivo me incomodaba, y cada vez que abría la boca sentía que me acercaba más al colapso, como si un cuchillo estuviera a punto de clavarse en mí.

Guardé silencio casi todo el tiempo, intentando devolver el alma a mi cuerpo.

Seguía siendo el mismo.

Los mismos ojos azules, el mismo pelo castaño claro, la misma actitud arrogante y despreocupada... pero algo estaba claro: Alex había perdido cualquier encanto que un día pudiera haber tenido.

Ahora no era más que el hombre que había destrozado mi vida.

En el pasado me había arrebatado la esperanza, el suelo bajo los pies, incluso las ganas de seguir adelante. Y ahora, el padre de Theo había vuelto para arrebatarme al hombre que empezaba a amar.

Necesitaba un plan.

Una excusa para escapar de aquella tensión antes de que mi cuerpo o mi mente se quebraran.

—Isabela, ¿estás bien? No pareces haberte recuperado.

Alexander me tomó la mano sobre la mesa.

Lo miré, intentando sonreír, pero seguramente fue más una mueca que otra cosa.

—No… creo que estoy… no sé. Me siento agotada de repente.

—¿Estás segura de que no quieres descansar?

—He cambiado de idea. Mejor vuelvo a la habitación a dormir un poco —murmuré, levantándome de forma apresurada y cogiendo a Theo de su sillita—. Perdón por arruinar tu día.

—No tienes que disculparte. Ya tendremos tiempo luego. ¿Quieres que te acompañe?

—No, necesito estar un momento sola…

No esperé a que Naty preguntara nada ni a que Alex soltara otro comentario. Subí al cuarto y me encerré como si se tratara de una fortaleza a prueba del mundo.

Mi corazón latía frenéticamente.

Y mi hijo, aunque sin entender mis palabras —porque maldije y blasfemé contra todo lo imaginable—, se tensó y empezó a llorar.

Intenté calmarlo, pero estaba demasiado alterado.

Él no tenía la culpa de mis errores del pasado, ni merecía pagar por tener una madre al borde de un ataque de nervios.

Me senté con él en la alfombra y empecé a distraerlo con juguetes, lo que, sorprendentemente, funcionó.

En ese momento actuaba en modo automático, intentando mitigar el dolor creciente en el pecho, olvidar lo que acababa de ocurrir. Pero todo me arrastraba de nuevo al primer instante en que Alex entró en mi vida.

Acababa de llegar a Londres, llena de sueños.

No había conseguido hacer amigos al principio, así que ayudé a Margareth a organizar una fiesta en su casa, donde invitó a varios estudiantes del máster. Era la oportunidad perfecta para conocer gente nueva... y entonces apareció él.

Alex dijo que estaba terminando Derecho y que luego haría un máster en Administración. Era irresistible, seguro de sí mismo y encantador.

Me prometió el mundo y algo más.

Y yo, ingenua, creyendo estar viviendo un sueño, le creí.

Nos veíamos todos los fines de semana, luego desaparecía porque "tenía que trabajar y estudiar". Tres meses después, cuando descubrí que estaba embarazada, pensé que sería mi apoyo, que me tomaría de la mano y me daría fuerzas, pero entonces conocí al verdadero Alex.

—¿Eres tonta? ¿No te protegiste?

—¡Usaste preservativo! —le expliqué.

—Ese hijo no es mío. Solo quieres cazarme.

Tuve que hacerme pruebas para demostrar que el niño era suyo.

Al principio pareció que las cosas cambiarían: volvió a ser cariñoso, atento, pero ya no había pasión. Me dijo que teníamos que casarnos, que su familia era muy tradicional y que no podíamos seguir así.

Yo acepté, por supuesto.

Conocí a sus supuestos padres... gasté el poco dinero que tenía en los preparativos de la boda... y me dejó plantada en el altar.

Todo lo que recibí aquel día fue un sobre con dinero para abortar y un mensaje: "no puedo lidiar con esto ahora".

Y así desapareció por completo, dejándome sola ante el mayor reto de mi vida.

Más tarde supe, por supuesto, que no era una historia única. Varias chicas en la universidad estaban embarazadas y todas contaban lo mismo: las mismas palabras, los mismos "padres", la boda... y el dinero para el aborto.

Algunas abortaron.

Yo decidí tener a Theo porque necesitaba algo a lo que aferrarme… y él se convirtió en mi fuerza.

Ahora, había vuelto.

Y la rabia al descubrir otra de sus mentiras me quemaba por dentro: aquellas personas que conocí no eran sus verdaderos padres. Alex era hijo de Alexander.

Eso me aterraba.

Theo balbuceó algo, devolviéndome al presente.

Lo cogí en brazos, intentando controlar mi respiración mientras sus pequeñas manitas acariciaban mi rostro.

—Todo va a salir bien, amor mío —murmuré, más para mí que para él—. Todo va a salir bien. Mamá encontrará la forma.



La noche había caído, pero el sueño no llegaba de ninguna manera.

Alexander había pasado a traerme unos medicamentos y comprobar cómo me encontraba, pero no tuve valor para abrirle la

puerta. Naty también vino a verme y aceptó llevarse a Theo a su habitación para que yo pudiera descansar.

Se lo agradecí, aunque sabía que no lograría conciliar el sueño.

Cerca de la medianoche, escuché pasos en el pasillo.

Me quedé inmóvil, sintiendo cómo el miedo crecía como una sombra que me oprimía. Unos golpes suaves en la puerta me dejaron paralizada.

—Abre —dijo una voz baja y familiar.

Era Alex.

—¡Vete!

—Isabela, no tengo tiempo para jueguecitos. ¡Abre esa maldita puerta!

—No. ¿Dónde demonios están los guardias de seguridad?

Se rió.

—¿Aún no te has dado cuenta de que puedo manipular a mi padre y a sus hombres? Siempre encuentro la forma de escabullirme o despistarlos, Isabela. Siempre consigo lo que quiero. ¡Abre!

Cerré los ojos con fuerza, como si eso pudiera hacerlo desaparecer.

—Necesitamos hablar. Ahora.

Suspiró hondo, igual que aquella vez en la que agarró mi portátil y lo estrelló contra la pared durante uno de sus ataques de celos.

—No tenemos nada de qué hablar.

Hubo un momento de silencio antes de que respondiera:

—Si soy yo quien abre esa puerta, ya no será una conversación.

Mi corazón empezó a latir con violencia.

Él no era de los que hacían amenazas vacías.

Alex era impulsivo e impredecible.

Y lo último que quería era armar un escándalo a esas horas.

Me levanté despacio y abrí la puerta solo un poco. Él la empujó con fuerza, entrando en la habitación y cerrándola tras de sí.

—¿Qué quieres, Alex?

Crucé los brazos, intentando ocultar el temblor de mis manos.

Me miró con los ojos oscuros, llenos de rabia.

—Quiero saber qué demonios crees que estás haciendo aquí.

—¿En Mónaco?

—Con mi padre, zorra. —Se lanzó hacia mi cuello y cerró la mano alrededor de él, asfixiándome.

—No es asunto tuyo —reuní todo el valor que me quedaba para plantarle cara.

Avanzó un paso más y le di una patada directa en la entrepierna. Tropezó hacia atrás mientras yo buscaba algo con lo que defenderme.

—Sí es asunto mío. Estás jugando con fuego, Isabela.

El miedo se convirtió en ira.

—¿Yo? ¿Yo estoy jugando con fuego? ¡Tú me abandonaste embarazada, Alex! Crié a Theo sola, ¡y ahora apareces aquí como si tuvieras derecho a interrogarme?

Se rió, pero su risa no tenía ni una pizca de humor.

—Ah, conque de eso se trata... ¿Has decidido meter a ese aborto fallido en la vida de mi padre para extorsionarlo? ¿Quieres más dinero? ¿Esto es una venganza?

—No digas estupideces. No tenía ni idea de que eras hijo de Alexander.

—Claro que no —se burló con una sonrisa sarcástica.

—¡Es la verdad! —exploté, con la voz temblorosa—. Y si lo hubiera sabido, ¡jamás habría aceptado ese trabajo! Margareth me consiguió una entrevista como ama de llaves en su casa, yo necesitaba el dinero, y acepté. La otra opción era devolver la beca de estudios que ya no podía pagar y volver a Brasil.

Entrecerró los ojos y se acercó aún más.

—¿Y por el camino decidiste abrirle las piernas a mi padre?

—¿Por qué te afecta tanto? —no pude evitar provocarlo—. ¿Te molesta saber que me acuesto con tu papi?

—¿Cómo te atreves?

Se abalanzó sobre mí.

Pero agarré un cuchillo de la bandeja de la cena —que ni siquiera había tocado— y lo amenacé.

—Tu padre, sí, es un hombre de verdad. Y, por si quieres saberlo, en la cama es mil veces mejor que tú. Sabe cómo tratar a una mujer.

—Escucha bien, Isabela —me agarró del pelo.

Acerqué la cuchilla a su brazo y vi cómo empezaba a brotar la sangre, pero Alex no dio ni un paso atrás.

—No esperaba menos de una zorra como tú —escupió en mi cara—. Has encontrado a un viejo imbécil del que sacar dinero, ¿no? Bien, haz tu jugada. Es un idiota, se merece que lo expriman. Pero si le dices que Theo es mi hijo, te vas a arrepentir.

El estómago se me revolvió y sus palabras me golpearon como un puñetazo.

—¿Qué insinúas?

—Te estoy diciendo que voy a destruirte —susurró—. Usaré todos mis recursos para quitarte a Theo. Y créeme, lo conseguiré.

Mi cuerpo entró en estado de shock y solté el cuchillo.

Sentí las lágrimas amenazando con salir, pero me negué a ceder.

—No te atreverías.

—¿Quieres comprobarlo? —sonrió con sadismo—. Mi padre no es un hombre que tolere mentiras, Isabela. Cuando descubra que le ocultaste algo así, no te lo va a perdonar.

Mi cuerpo temblaba, me sentía acorralada.

Él sabía perfectamente dónde golpear.

—¿Por qué estás haciendo esto? —susurré.

—Porque deberías haberte largado de vuelta a tu mierda de país. Deberías haber eliminado a ese aborto fallido. No vas a arruinarme, Isabela.

—¿Así es como eres?

Lo miré fijamente, observando su rostro. La máscara de encanto ocultaba a un monstruo.

—Dejaste embarazadas a varias chicas en la universidad... te burlaste de ellas... ¿qué clase de loco eres?

—El tipo de loco que puede hacerlo. El que puede tirarse a cualquier perra, reírse de su miserable vida y luego desecharla como basura porque, adivina, cariño —se lamió su propia sangre—, eso es lo que eres. Y si arruinas mi relación con mi padre, mataré a tu hijo y a ti también. ¿Sabes que algunas chicas de la universidad desaparecieron sin dejar rastro?

Las lágrimas por fin brotaron, pero a él no pareció importarle.

—Aléjate de mí, Alex. Y mantente lejos de mi hijo —lo empujé.

Me dedicó una sonrisa cruel antes de dirigirse a la puerta.

—Solo vine a darte un aviso. Y si fueras realmente lista, ya estarías comprando tu billete de vuelta a tu mierda de país, antes de que tenga que arreglarlo yo mismo. Créeme, siempre consigo lo que quiero.

Se fue, dejándome sola, con el corazón hecho trizas y la mente en estado de pánico.

Me senté al borde de la cama, intentando respirar, pero sentía que todo a mi alrededor se venía abajo.

Lo único que tenía claro era que debía proteger a Theo, a cualquier precio. Aunque eso significara mentirle a Alexander. Aunque significara huir en cualquier momento.

Aunque eso implicara romper mi propio corazón.

Y sacrificar mi felicidad.

Capítulo 37

Isabela Rojas

El sol ya brillaba fuera cuando desperté, pero el cansancio me envolvía como una niebla espesa.

Había pasado toda la noche en vela, llorando, sintiéndome asfixiada e incapaz de imaginar una salida a mi situación.

Theo seguía con Naty. Al menos él estaba a salvo.

Yo, en cambio, sentía que estaba a punto de derrumbarme.

Unos golpecitos suaves en la puerta me sacaron de mi trance y me pusieron aún más tensa.

Me escondí bajo las mantas, como si eso pudiera protegerme.

—¿Isabela?

La voz de Alexander me trajo un pequeño alivio, pero enseguida regresó la presión en el pecho.

—¿Sí?

—¿Puedo pasar?

—Un momento...

Me envolví en la manta y caminé hasta la puerta, abriéndola apenas unos centímetros.

Él fue el primero en entrar, seguido por el servicio de habitaciones del hotel, que empujaba carros llenos de comida. Alexander estaba impecable, como siempre, pero había algo en su expresión —una preocupación genuina— que me hizo sentir aún más culpable.

—Como imaginaba, no cenaste —dijo, mirando el plato intacto sobre la mesa—. He traído el desayuno. Pensé que tal vez necesitarías comer algo.

Me senté en la cama, sujetando la manta para cubrir el pijama.

Esperó a que los empleados se marcharan y luego arrastró una silla hasta quedar justo frente a mí.

—¿Estás bien?

Asentí, aunque sabía que no me creería.

—Isabela...

Su tono era suave pero firme, y me obligó a mirarle.

Sus ojos estaban clavados en los míos, llenos de una preocupación palpable.

—¿Qué está pasando? Tú no eres así.

—Nada —respondí deprisa—. Solo... cansancio.

—No parece solo cansancio.

Desvié la mirada, fijándome en los panes, pasteles, embutidos... había comida como para un regimiento.

Mi corazón estaba pesado, pero no podía decirle la verdad.

No podía.

Cogió una taza, la llenó de café y me la ofreció. Al tomar mi mano, la acarició con suavidad, sin dejar que la retirara enseguida.

—Isabela, sabes que puedes contarme cualquier cosa, ¿verdad?

Respiré hondo, intentando mantener la compostura.

—Lo sé. Pero no es nada serio.

Me observó durante un momento antes de soltar un suspiro.

—Está bien. No voy a presionarte.

Nos quedamos en silencio unos minutos mientras yo reunía fuerzas para comer algo. No tenía apetito, pero acepté el café y un

cupcake de fresa solo para evitar más preguntas.

De repente, bajó la vista y señaló un pequeño rastro de sangre cerca de la cama.

—¿Qué ha pasado aquí?

Su mirada inspeccionó la ventana, la puerta, buscando cualquier otra señal. Tuve que pensar rápido.

—Estoy... en esos días. Eso es todo. Y no tengo compresas.

Mentira.

Mi menstruación, en realidad, estaba retrasada, como de costumbre.

Él arqueó una ceja y asintió.

Sacó el móvil del bolsillo y llamó al hotel.

—Necesito compresas, que las entreguen en mi habitación lo antes posible —colgó y me miró—. Estoy aquí para cuidar de ti. No me ocultes lo que necesites.

—Lo siento, solo... no quería molestarte.

—Lo que me molesta es no poder cuidarte.

Pestañeé varias veces y sonreí.

No se parecían en nada.

Alexander podía ser brusco y severo cuando quería, pero cuidaba de mí.

—Vamos a salir.

Lo miré, sorprendida.

—¿Salir?

—Sí. Vamos a una boutique. Necesitas ropa nueva.

—Alexander, no necesito...

—Sí, necesitas. Un vestido precioso para lucirlo ante el mundo, y algo sexy para lucírmelo a mí —sonrió ligeramente—. Por favor.

Jamás había visto a ese hombre decir "por favor".

Era como una palabra mágica que desmoronaba toda mi realidad.

Sabía que no aceptaría un “no”, así que asentí, aunque sentía un nudo apretándome el pecho.

—Está bien. Después de que me entregues las compresas... —dije, buscando una excusa para que me dejara sola un momento y poder respirar.

Alexander se levantó, salió al pasillo y volvió pocos minutos después con el paquete de productos de higiene en la mano.

—Tienes veinte minutos para arreglarte —anunció.



La boutique era un lugar exclusivo y refinado, con ocho dependientes a mi entera disposición. Espejos enormes, muebles lujosos y prendas que solo habría imaginado usar en una pasarela de moda.

Al principio me sentí fuera de lugar, pero Alexander permaneció a mi lado en todo momento, asegurándose de que me trataran como a una reina y cumplieran cada uno de mis deseos.

Ofrecieron champán, pero como no bebo, lo rechacé y pedí un batido de Nutella con fresas, que trajeron en un abrir y cerrar de ojos.

Mientras elegía ropa y me la probaba, vi una Isabela diferente.

Una que parecía una señora de la alta sociedad.

Acostumbrada a verme siempre con el uniforme de ama de llaves, de pronto me sentía como la esposa de un millonario.

—¿Qué te parece? —preguntó Alexander, algo expectante, cuando salí del probador.

—Son preciosos, pero... no son para mí.

—¿No te gusta ninguno?

—No es eso, solo que no sé en qué ocasión podría ponerme algo así.

—Para ir al teatro conmigo, quizá —sugirió—. Para salir a cenar... o para viajes como este. No quiero que mi mujer vaya vestida de cualquier manera.

—Pero solo los usaría una o dos veces... no tiene sentido gastar tanto.

—Entonces saldremos más a menudo —me miró de arriba abajo—. Deja de buscar excusas y ponte tu conjunto favorito. Vamos a almorzar.

Volví al probador y me puse un vestido blanco muy elegante, con tacones que realzaban mis curvas, mi pecho, mis caderas. Me sentí otra mujer al mirar mi reflejo, como si realmente... fuera su mujer.

Salí del probador y Alexander pareció más que satisfecho, sonriendo con discreción mientras yo giraba frente al espejo, con un vestido que jamás habría comprado por mí misma.

Principalmente porque nunca habría podido permitírmelo.

Debería haberme sentido culpable, pero en ese momento, solo quería disfrutar del pequeño alivio que aquella distracción me ofrecía.

Y al mirarme en el espejo, sentía que de verdad era otra.

Y las mujeres que se vestían así... tenían otro tipo de problemas.

Alexander me llevó a un restaurante de cinco estrellas frente al mar. El lugar estaba vacío, reservado solo para nosotros. Pidió un whisky solo, yo un zumo de uva y un risotto de gambas.

Durante algunos minutos, permanecimos en silencio, observando a la gente pasar por la calle. Pero sabía que no permanecería callado mucho tiempo.

—Isabela, sé sincera conmigo —cruzó los brazos—. ¿Qué está pasando?

Miré mis manos, buscando una respuesta.

—No es nada —mentí, aunque mi voz tembló.

—No me hagas esto —su voz era baja, pero la firmeza me obligó a levantar la mirada—. Nunca te había visto así. Cuando llegamos aquí no estabas así, y de repente... pareces asustada.

—No estoy asustada —insistí.

—¿Es por el padre de Theo? —preguntó, tan directo como siempre.

Mi corazón se detuvo por un instante y el vaso en mi mano golpeó la mesa, derramando todo el zumo.

De inmediato vinieron a limpiar: retiraron el mantel, los arreglos, los cubiertos, y colocaron todo nuevo.

—Isabela, mírame.

Alcé los ojos, y el calor en su mirada casi me desarmó.

—Te conozco. Solo algo relacionado con tu hijo podría desestabilizarte. Puedes confiar en mí.

Abrí la boca para responder, pero en ese momento, algo al otro lado de la calle captó mi atención. Un coche negro pasó despacio, y dentro estaban Naty, Theo... y Alex al volante.

Mi cuerpo se tensó de golpe y el pánico se apoderó de mí.

—No... —murmuré, levantándome bruscamente.

—¿Qué pasa? —preguntó Alexander, alarmado.

—Es Theo —mi voz era apenas un susurro.

Empecé a caminar con rapidez hacia el coche, pero este aceleró antes de que pudiera alcanzarlo. Alex, al volante, me saludó con una sonrisa sarcástica antes de desaparecer en la esquina.

Sentí el corazón en la garganta y todo mi cuerpo se estremeció.

Las lágrimas acudieron a mis ojos, pero me las sequé antes de que Alexander se diera cuenta.

—¿Qué ha pasado? —me sujetó del brazo.

—Yo... no lo sé... —negué con la cabeza.

—Vamos, siéntate.

Miró a su alrededor y me condujo de vuelta a la mesa.

—Tienes que contarme qué está ocurriendo. Si no, no podré ayudarte. Tengo abogados, un equipo de seguridad... pero necesito saberlo.

—Es... es el padre de Theo.

La confesión salió de mis labios antes de poder detenerla.

Alexander frunció el ceño, su mirada preocupada y protectora.

—¿Te está amenazando?

Asentí con la cabeza, incapaz de decir más.

—Tienes que confiar en mí si quieres que pueda ayudarte.

Respiré hondo, intentando recomponerme.

—Se fue antes de que Theo naciera. Y ahora quiere volver... y está amenazando con quitarme a mi hijo.

Alexander guardó silencio unos segundos, sin apartar sus ojos de los míos.

—No va a tocar a Theo. Te lo prometo.

La seguridad en su voz me hizo querer creerle, aunque sabía que Alex era cruel, que jugar con la vida de los demás era su especialidad.

Me tomó de la mano, apretándola con suavidad.

—Voy a protegeros, Isabela. A ti y a Theo. Siempre. Y si los abogados no bastan, me encargaré de que desaparezca.

Sus palabras eran un bálsamo, pero escuchar "desaparezca" me hizo recordar a Alex. El miedo seguía ahí, latente, como una sombra de la que no lograba deshacerme.

—Gracias —susurré, intentando sonreír.

Alexander se inclinó y besó mis manos.

—No quiero verte así. Si no vamos a disfrutar de este tiempo juntos, prefiero que volvamos a casa.

—No, te mereces estas vacaciones. Creo que no te tomas un descanso desde...

—Desde hace más de una década —bebió su whisky de un trago.

Sabía que solo estaba retrasando lo inevitable.

Y cuando la verdad saliera a la luz, todo cambiaría. Para siempre.

Capítulo 38

Isabela Rojas

La rabia me hervía por dentro mientras subía apresurada hacia la habitación de Naty.

No sabía si era culpa o pánico, pero sentía el pecho oprimido y las manos me temblaban mientras golpeaba la puerta.

—¡Naty, abre!

Ella abrió casi de inmediato, con expresión de desconcierto al ver mi rostro. Theo estaba en la alfombra, jugando alegremente con sus bloques de construcción, completamente ajeno a mi caos interno.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Naty, frunciendo el ceño.

—Nunca, jamás, puedes llevarte a Theo a ningún sitio con otras personas sin avisarme antes. ¿Entendido? —dije, palabra por palabra, respirando hondo para no gritar.

—¿Pero qué he hecho mal? He cuidado de él todo el tiempo. Pensé que sería buena idea sacarlo a dar una vuelta...

—¿Con el hijo delincuente de Alexander? —interrumpí, mi voz subiendo sin querer.

Ella parpadeó, sorprendida.

—Él me invitó a dar una vuelta. Tía, era un Ferrari...

Respiré hondo, intentando mantener la calma.

Naty no tenía la culpa, pero necesitaba entender el peligro que representaba Alex. Y yo ya le había ocultado demasiadas cosas.

—Él es el padre de Theo.

Las palabras salieron antes de que pudiera detenerme.

Naty abrió mucho los ojos y, por un instante, se quedó sin palabras.

—¿Alex Harrington? ¿No se suponía que el padre de Theo era Alex Thornhill?

Asentí, sintiendo una oleada de emociones abrumarme.

—Mintió. Es una de sus habilidades.

—Tía... ¿cómo es posible que estés saliendo con el padre de tu ex?

—¡No lo sabía! —le tapé la boca.

Solo escuchar aquello ya me escandalizaba.

Y, pensándolo bien, entendía la sospecha de Alex: parecía una venganza premeditada. Pero no. Todo era obra del destino.

—Sí, parece que voy a ser la madrastra de mi ex —acaricié mi cuello y tragué saliva.

—Guau. Vaya forma de vengarte de él.

—¡No es una venganza! —le agarré el brazo—. ¡No soy ese tipo de persona! Solo quería el trabajo...

—Y luego querías al padre del ex. Lo entiendo. —Se encogió de hombros—. Ahora veo de dónde ha sacado Alex esa actitud de dueño del mundo, aunque físicamente no se parezcan.

—Sí... Alexander es un hombre de verdad. Alex, en cambio, sigue siendo un niño que no ha madurado...

—Dios mío... fue ese tipo quien te dejó embarazada —de repente su expresión cambió, como si todas las piezas encajaran de golpe.

Me tomó las manos y me hizo sentarme en el sofá.

—Isabela... Yo... No lo sabía. Lo siento. Si hubiera sabido que era el padre de Theo, ¡jamás me habría subido a ese coche!

Asentí en silencio, luchando por no derrumbarme.

Tenía que mantenerme fuerte.

Mi hijo no me vería llorar.

—Anoche fue a mi habitación. A medianoche.

—¿¡Qué!? —exclamó.

—Y me dijo que, si le contaba la verdad a Alexander, arruinaría mi vida. Que me quitaría a Theo.

—Está fanfarroneando —Naty entrecerró los ojos—. No puede hacer eso, ¿verdad? Es solo un crío sin rumbo que cree que puede manipularte.

—Es sádico. Perverso. Y malo. Y con el apellido que tiene... ya sabes, los Harrington son una familia muy tradicional y resuelven los problemas... de raíz.

Ella me miró durante un largo momento antes de apretar aún más mis manos.

—Tienes que contárselo a Alexander.

Negué con la cabeza, desesperada.

—No puedo.

—¡Tía! Acepta que eres la madrastra de un delincuente y mándalo directo a un internado.

—No.

Sentí ganas de reír. Y de llorar. Y de gritar. Tal vez de huir.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Y si Alex realmente intenta algo? No puedes enfrentarlo sola.

Suspiré, pasándome las manos por el pelo. Tenía razón, pero el miedo seguía atándome.

—Alexander se preocupa por ti, Isabela. ¿No crees que haría cualquier cosa por protegeros a ti y a Theo?

Sabía que tenía razón, pero aun así, la idea de exponerlo todo me aterraba.

Y la reacción de Alexander... especialmente cuando descubriera que Theo era su nieto... Dios mío, qué desastre.

—Voy a volver a la mansión y refugiarme allí. Si Alex aparece, cogeré a mi hijo y me quedaré cerca de las empleadas, para que puedan ser testigos. O cerca de los guardias. O donde haya cámaras que lo graben todo.

—Ese plan suena bastante desesperado...

—Porque estoy desesperada, Naty. No puedo perder este trabajo. No puedo perder a Alexander. No puedo perder a mi hijo. Pero siento que, en cualquier momento, tendré que renunciar a uno de ellos.

Ella me respondió de la única forma que consiguió calmar mi corazón: abrazándome.



Aquella noche, después de dejar a Theo dormido en la habitación de Naty y asegurarme de que hubiera cerrado la puerta con llave, pasé horas caminando de un lado a otro en mi habitación, intentando decidir qué hacer.

Al final, la única idea que se me ocurrió fue hablar con Alexander.

Él me calmaba.

Estar cerca de él anulaba el efecto que Alex tenía sobre mí; me sentía protegida, acogida. Y necesitaba eso casi desesperadamente.

Caminé hasta su habitación, sintiendo que mis pies pesaban toneladas.

Cuando llamé a la puerta, tenía las manos frías y la respiración entrecortada.

—Hola. Pasa, es tarde —abrió la puerta y me hizo un gesto para que entrara.

Alexander estaba sentado frente a una mesa de madera, delante de un gran ventanal con vistas privilegiadas al mar. Cerró los documentos en una carpeta de cuero negra y me miró con empatía.

—Deberías estar durmiendo.

Cerré la puerta tras de mí, pero me quedé quieta, incapaz de decir nada.

Todo lo que había ensayado se desvaneció de mi mente.

—Yo... quiero irme —dije por fin, casi atragantándome.

Frunció el ceño y se levantó de inmediato.

—¿Irte? ¿Por qué?

—No me siento bien aquí. Creo que sería mejor volver a la mansión.

Alexander se acercó, sus ojos escrutando cada detalle de mi expresión.

—¿Hay algo que pueda hacer para solucionarlo?

Aparté la mirada, incapaz de sostener la suya. Él extendió la mano y me tocó el brazo con delicadeza.

—No. Simplemente... no siento que pertenezca a este lugar, necesito marcharme.

Sentí las lágrimas amenazando con caer de nuevo, pero sacudí la cabeza.

—Eres mi mujer ahora. Y, por tanto, perteneces a cualquier lugar donde yo esté.

Suspiró y, con suavidad, me guió hacia el sofá para que nos sentáramos juntos.

—¿Quieres volver a casa? Puedes hacerlo si eso te hace sentir mejor, pero no me quedaré aquí solo.

Mi pecho se apretó aún más al escuchar aquellas palabras, pero antes de que pudiera responder, se inclinó hacia mí, sujetándome el rostro entre sus manos.

—Es por el padre de tu hijo, ¿verdad?

Inmediatamente aparté el rostro.

—Dame su número —extendió la mano—. Haré que lo localicen y será como si nunca hubiera existido. Estarás en paz.

La sinceridad en su voz casi logró desarmarme.

Empezó a acariciar mis brazos con suavidad, y aquel gesto trajo un consuelo inesperado, aunque el peso del secreto seguía ahí, colgado entre nosotros.

—No puedo...

—Sí puedes —besó el dorso de mi mano, subiendo lentamente por mi brazo—. Confía en mí.

—No, Alexander...

—Te entregaré su cabeza en una bandeja de plata, si eso calma tu corazón.

La ternura de sus gestos, el calor de sus palabras... todo me hacía querer rendirme, aunque supiera que estaba poniendo en riesgo todo mi mundo.

—Tengo miedo.

—No tienes que tenerlo —dijo, con voz firme, pero cargada de dulzura—. Estoy aquí. Te protegeré, Isabela. Siempre.

Finalmente, las lágrimas cayeron, y antes de pensar en nada, me incliné hacia él, dejándome envolver por sus brazos.

—No sé qué hacer —susurré—. Estoy desesperada.

—No tienes que hacer nada. Déjamelo a mí. Déjame ser tu hombre y encargarme de todo —respondió, acariciando mi cabello—. Solo quédate conmigo.

Sabía que me estaba entregando a algo que podría complicarlo todo aún más, pero en ese momento necesitaba eso.

Necesitaba el consuelo, la seguridad que él me ofrecía.

Cuando sus labios encontraron los míos, fue como si todo el peso que llevaba en el pecho desapareciera por un instante. El beso fue lento, hasta que nuestros cuerpos se encendieron y nos movimos por la habitación como dos animales salvajes, derribando todo a nuestro paso.

Alexander me sostenía como si fuera algo precioso, y eso solo hacía que mi corazón doliera aún más. Porque, por más que quisiera creer en sus palabras, sabía que la verdad seguía ahí, entre nosotros, como un muro que tarde o temprano tendría que caer.

Pero aquella noche, lo dejé todo de lado.

Dejé el miedo, la culpa y el pánico, y simplemente me entregué a sus brazos.

Porque, aunque solo fuera por un momento, necesitaba creer que todo iba a salir bien.

Capítulo 39

Isabela Rojas

El tacto de Alexander despertaba algo primitivo dentro de mí.

Luchaba por mantener el control, pero sus dedos dejaban un rastro ardiente sobre mi piel, un fuego y un deseo incontrolables que anulaban todo miedo o lógica.

Cerré los ojos mientras besaba mi cuello, sus labios cálidos robando cualquier atisbo de autocontrol que aún fingía tener.

Sentí el aire a nuestro alrededor volverse más denso.

Sus dientes rozaron levemente el lóbulo de mi oreja, provocando un escalofrío que me recorrió entera. El sonido de su respiración entrecortada me hizo hiperventilar, pero fue su voz lo que me hizo temblar como una hoja al viento.

—Dime cómo encontrarlo y lo haré desaparecer.

Alexander acarició mi cuello con la mano hasta cerrarla suavemente, obligándome a mirarle.

—¿De verdad crees que no haría cualquier cosa por tu felicidad? ¿Por tu bienestar?

—Necesito resolver esto sola.

Bajó la mirada y soltó una risa breve, apenas audible.

Cuando por fin se apartó un poco, me di cuenta de que me faltaba el aire; la cabeza me daba vueltas por la intensidad del momento.

Sus ojos, oscuros de deseo, me observaban con atención. Su respiración era pesada.

—¿Confías en mí?

Asentí, muda, con la garganta anudada.

¿Confiar en él?

¿Cómo no iba a hacerlo, si me hacía sentir que nada más importaba excepto nosotros dos?

—Creo que aún no lo entiendes... pero después de esta noche, lo harás.

Alexander deslizó su mano bajo mi blusa y recorrió mi espalda con una suavidad que me encendió por dentro. Sus dedos dibujaron

círculos sobre mi piel, atrayéndome aún más hacia él, hasta que no quedó ni un resquicio entre nuestros cuerpos.

Me quitó la blusa y se detuvo a admirarme; sus ojos me devoraban como si estuviera hambriento de mí.

—Eres mía —declaró con un tono posesivo.

Y lo decía en serio. Se veía en su mirada, cargada de deseo y rabia contenida.

—Si alguien amenaza tu paz, amenaza la mía. Nadie va a asustar a mi mujer.

Sus palabras fueron como un conjuro. Me sentí hipnotizada por su presencia. Alexander rozó mis labios apenas, antes de atraparlos con firmeza, envolviéndome por completo con su cuerpo.

Su lengua se enredó con la mía; su sabor era adictivo, eléctrico, me encendía, me hacía sentir viva.

Sus manos hábiles desabrocharon mi pantalón. Luego se agachó, me rodeó los muslos y me llevó hasta la cama, donde me tumbó con cuidado. Rápidamente me quitó los vaqueros y se colocó entre mis piernas; su mano fue directa a mi nuca para guiarme hacia otro beso.

Me encantaba sentirme así.

Completamente expuesta, vulnerable solo a su deseo.

Alexander me empujó contra el colchón y se inclinó sobre mi cuerpo. Su boca descendió hasta mi entrepierna mientras sus dedos apartaban mis braguitas.

Al deshacerse de la prenda, abrió bien mis piernas y deslizó la lengua lentamente sobre mi clítoris, arrancándome un gemido.

El contacto me sacudió entera, una oleada de placer que se extendió por todo mi cuerpo, haciéndome desear más.

El placer era tan intenso que arqueé la espalda y me retorcí, buscando más.

Sus dedos se sumaron a su lengua, penetrándome con una dulzura que me nubló la vista y me agudizó cada sentido. Todo en mí se encendía.

—No sabes lo preciosa que estás cuando pierdes el control —susurró—. Tan perfecta...

Sus palabras me provocaron un escalofrío. Sentí mis pezones endurecerse bajo el sujetador.

Gemí bajito, abriéndome un poco más para él, mientras sus labios seguían dejando pequeños mordiscos en mi piel, desde los muslos hasta el centro de mi placer.

Mi cuerpo se agitaba, desesperado por más, pero incapaz de pedirlo en voz alta.

—Conozco esa mirada —rió con suavidad—. ¿Por qué te cuesta tanto?

Apreté los labios.

—¿No crees que cumpliría todos tus deseos?

—Por favor... —logré decir, con el corazón desbocado y un zumbido en los oídos—. Por favor, quiero más.

—Eso es lo que quería oír de ti. Buena chica —aprobó, con una sonrisa de satisfacción.

Introdujo otro dedo dentro de mí, llenándome con una intensidad que me hizo mover las caderas sin pensar. El placer me envolvió por completo, dejándome jadeando.

—Sí... esa es la expresión que quiero ver en tu rostro —murmuró—. Suéltate, Isabela. Déjame cuidarte.

Su pulgar, que estimulaba mi clítoris, se movía con precisión, acelerando mi respiración, llevándome cada vez más cerca del borde.

Ya no podía contenerme; mi cuerpo se rendía sin reservas.

—Creo que voy a...

Entonces se abalanzó sobre mí, y su boca se fundió con la mía para silenciarme. El beso era suave, pero sus manos seguían ardiendo sobre mi sexo.

—Córrete para mí, Isabela. Quiero sentirte temblar.

Y con un último empuje profundo de sus dedos, me dejé ir por completo.

Mi cuerpo se estremeció con la fuerza del orgasmo; mis músculos se contrajeron alrededor de él mientras veía estrellas con los ojos cerrados.

Durante un minuto o dos, permanecí en sus brazos, completamente agotada.

Necesitaba aquello.

Y solo Alexander era capaz de hacerme perder el control.

Cuando finalmente abrí los ojos, Alexander me observaba con una mirada entre admirada y posesiva.

—¿Te sientes mejor? —Sus dedos aún me acariciaban con ternura.

Asentí, demasiado abrumada para hablar.

No había palabras para describir lo que me hacía sentir.

—Muy bien —murmuró contra mi cuello—, porque esto solo es el principio.

Mientras sus labios se movían para capturar los míos de nuevo, un escalofrío me recorrió la espalda. El beso fue intenso, posesivo, y no dejó dudas sobre quién tenía el control.

Gemí en su boca, mi cuerpo arqueándose instintivamente hacia él, deseando más.

—Te necesito —susurré al separarme para respirar.

No respondió con palabras, sino con acciones.

Se levantó de la cama, me agarró de las piernas y, cuando mis pies casi rozaban el suelo, me giró boca abajo como si no pesara nada. Me puso de rodillas y se colocó detrás de mí.

Primero, me dio un lametón delicioso que comenzó en mi coño y terminó en mi culo.

Su mano acarició mi bajo vientre, luego ascendió hasta mis pezones, aún erectos bajo el sujetador. Los pellizcó, dejándome hambrienta de deseo.

—Dime que lo quieres —ordenó.

—Te quiero —respondí sin pensar—. Te necesito dentro de mí.

Alexander esbozó una sonrisa casi depredadora. Sus dientes rozaron suavemente mi espalda mientras su mano encontraba mi cuello. Me tiró hacia atrás hasta que quedé de rodillas, erguida, apoyada contra su cuerpo.

—Voy a demostrarte que el único hombre del que debes preocuparte soy yo —mordisqueó mi lóbulo—. Haré que olvides a ese idiota. El único hombre en tus pensamientos seré yo.

Me quitó el sujetador con la misma destreza con que se desnudó por completo. Su cuerpo desnudo me abrazaba y acariciaba.

Me encantaba sentir su cuerpo grande, más que el mío, sus músculos flexionándose al moverse, poniéndome la piel de gallina. Cada parte dura de él —sus brazos, abdomen, muslos y su polla detrás de mí— despertaba un deseo que hasta me asustaba.

Alexander deslizó su polla hinchada por mi entrada, rodeando mis labios con el glande, preparándome.

Cuando comenzó a penetrarme, estiré el cuerpo y contuve el aire. Mis pulmones ardieron; la sensación de ser llenada por su polla

gruesa era abrumadora, y una ola de placer y dolor me arrancó un gemido.

—Tranquila, solo era la cabeza —susurró, besando mi hombro.

Sus manos acariciaron mis caderas y subieron a mi vientre.

—Respira —me instruyó—. Solo respira y acostúmbrate. Tenemos toda la noche.

Seguí su consejo, deteniéndome para saborear la sensación hasta adaptarme. Luego, respirando hondo, comencé a moverme, sintiéndolo hundirse en mí.

Cada centímetro me hacía creer que había llegado a mi límite.

Mi cuerpo ardió y permaneció en alerta hasta que Alexander se retiró y volvió a entrar, hambriento, pidiendo más espacio.

—Es demasiado grande —lloriqueé.

—Está hecho para ti, cariño. Te acostumbrarás —besó mi nuca.

Sus palabras me llevaron al borde.

—Siento que me voy a correr...

—Pues córrete para mí —comenzó a moverse lentamente, enloqueciéndome con la fricción de nuestras pieles—. Es lo que más quiero: sentir a mi mujer soltando todo su placer. No hay nada que me excite más que sentir tu coño palpitar y tu orgasmo en mí.

No pude aguantar.

Oír eso hizo que mi cuerpo convulsionara de placer. El orgasmo llegó incontrolable, pero Alexander no se detuvo.

Siguió moviéndose detrás de mí, abrazándome y embistiendo cada vez más fuerte, ahora con mayor facilidad por mi humedad.

—¿Tu ex te hacía sentir así? —murmuró en mi oído mientras me follaba con fuerza.

No tuve otra respuesta:

—No.

No, claro que no. Ese imbécil ni se acercó a satisfacerme así. Y aunque eso me ruborizaba, me dejé llevar, permitiéndome sentir todo aquel placer.

—No, claro que no —salio de dentro de mí.

Me desesperé por más, pero antes de pedirlo, me levantó en brazos, me giró hacia él, encajó su polla y me llevó contra la pared.

—Soy tu hombre. Solo yo puedo satisfacerte —me miró como si fuera mi dueño.

Habría tenido uno o dos orgasmos más, pero mi cuerpo necesitaba tiempo.

Alexander sujetó mis muslos con firmeza, sus músculos se tensaron y fue un deleite verlo. Hizo que mi cuerpo ascendiera hasta que su polla casi saliera de mí, y luego dejó que la gravedad hiciera el resto, hundiéndose hasta el fondo, moviendo sus caderas lentamente para frotar su entrepierna contra la mía.

La habitación se convirtió en un borrón al instante, y mi corazón latía tan rápido que parecía querer salirse de mi pecho.

Alexander tomó mi pecho izquierdo con su boca, chupándolo suavemente, en contraste con el movimiento brutal de su polla, devorándome con una intensidad que me hizo perder la sensibilidad en las piernas.

—No puedo controlarme cuando se trata de ti—. Alzó la mirada para clavarme sus ojos. —Tan deliciosa... tan estrecha... tan mojada... tan mía.

Gemí de placer, el sonido escapó de mis labios a pesar de mis intentos por contenerlo. Mis caderas se movían por voluntad propia,

frotándose contra él con un hambre que no podía negar.

La fricción entre nosotros era casi insoportable, un tormento delicioso que me dejó sin aliento y desesperada por más.

Sus manos deslizaron hacia mis pechos, sus pulgares rozando rápidamente mis pezones, pellizcándolos.

Me estaba volviendo loca, empujándome cada vez más cerca del límite con cada segundo que pasaba.

Alexander me llevó hasta la cama, donde me tumbó y se colocó sobre mí.

—Mírate—. Me admiró con los ojos ardientes. —Tan hermosa, tan receptiva. Eres mía, Isabela. ¿Lo entiendes ahora?

Asentí, incapaz de encontrar palabras para expresar la intensidad de mi deseo. Todo lo que podía hacer era aferrarme a él, mis uñas clavándose en su espalda mientras trepaba por su cuerpo, sentada en sus muslos y cabalgándolo hasta sentir cada centímetro dentro de mí.

—Me encanta verte así, hambrienta.

—Necesito sentirte entero dentro de mí—. Cabalgué con más fuerza al ver cómo me miraba.

Alexander abrazó mi cintura y guió mis movimientos, ágiles e intensos. Sus ojos se clavaron en los míos, ardiendo con una ferocidad que me dejó sin aliento.

—Entonces muéstrame cuánto lo deseas.

Sin esperar respuesta, comenzó a empujar con sus caderas, con embestidas tan potentes que necesitaba respirar cada vez que llegaba a mi límite.

—Así, más fuerte, no pares ahora...

Obedeció sin dudar, sus movimientos se volvieron más urgentes. Sus manos agarraron mis muslos, atrayéndome contra su cuerpo, aumentando la presión dentro de mí con cada empuje hasta hacerme sentir al borde de estallar.

Podía sentir el orgasmo acercándose, como una tormenta que se avecinaba.
Mi cuerpo tembló al intentar resistir, pero ya no pude contenerme.

Arqueé la cabeza hacia atrás y dejé que la ola de placer me arrasara, convulsionando alrededor de él. De no ser por sus brazos, habría colapsado sobre el colchón, satisfecha hasta el punto de saber que no podría caminar en toda la noche.

Pero Alexander no se detuvo.

Ver el éxtasis en mis ojos avivó su deseo.

Mi visión se nubló, mi mente se disolvió en una niebla de sensaciones. Solo podía concentrarme en él dentro de mí, en cómo me llenaba por completo, sin dejar ni un rincón de mí intacto.

Se corrió dentro de mí en un chorro caliente e incesante que me arrancó gemidos y me hizo moverme sobre su polla con frenesí.

Oírle gemer prolongó mi orgasmo, dejándome ciega de deseo. En ese momento, le rogué en silencio que no saliera de mí, que siguiera empujando con fuerza, sin parar, hasta no poder más.

En ese instante, el mundo exterior dejó de existir.

Alexander me tumbó en la cama y se echó sobre mí, su respiración pesada y entrecortada. Me envolvió en un abrazo ardiente y un beso que desafió la capacidad de mis pulmones y mi pobre corazón acelerado.

—No te vayas de dentro de mí—. Le acaricié el rostro.

Amaba la sensación de cada centímetro de él llenándome, presionando mi cuerpo, haciéndome perder la cabeza.

Podía sentir el sudor deslizándose por nuestra piel, el calor de nuestros cuerpos fundiéndose en uno. Nuestros alientos se mezclaban en el aire cargado.

—Dime... ¿sigues preocupada?

Me reí, porque no tenía idea de qué hablaba.

—¿Mmm?

—Ni un poco—. Lo abracé con fuerza.

Capítulo 40

Isabela Rojas

El hotel estaba en absoluto silencio y el pasillo completamente vacío cuando cerré la puerta de la habitación de Alexander y salí de puntillas hacia la mía.

Algo había cambiado en mí aquella noche.

Había pasado horas tranquila, olvidándome por completo de las amenazas de Alex y, lo que era aún mejor, había visto en los ojos de Alexander que él era mi hombre, que estaría a mi lado. Eso no solo me reconfortó, sino que también me dio una fuerza que no sabía que tenía.

Cuando sujeté el pomo frío de mi puerta, oí pasos detrás de mí.

Antes de que pudiera reaccionar, alguien me agarró del brazo con fuerza y me empujó hacia dentro de la habitación.

Alex me empotró contra la puerta, cerrándola de un golpe. Sus ojeras eran profundas y su aspecto, descompuesto. Parecía drogado. Todo en él —sus pupilas dilatadas, su expresión cargada de desprecio— intensificaba el miedo que me provocaba.

—¿Te crees muy lista, verdad?

—¡Suéltame ahora mismo o grito!

—Grita. Vamos, grita, quiero que despiertes a todo el puto hotel.

—¡Alexander! —grité con todas mis fuerzas.

Eso lo paralizó por un segundo.

Retrocedió un paso, pero enseguida reaccionó y me cubrió la boca con la mano. Esta vez fue aún más violento, completamente fuera de control.

—¿Qué coño crees que estás haciendo?

Intenté zafarme, mover los hombros, decirle que no estaba haciendo nada, pero mi voz quedó ahogada bajo su mano. Y aunque hubiera podido hablar, no me habría escuchado.

Rió. Un sonido bajo, roto, desquiciado.

—¿De verdad crees que voy a quedarme mirando mientras te acuestas con mi padre?

Aspiró fuerte por la nariz y soltó una carcajada breve.

—Eso es lo que eres, ¿no? Una puta barata buscando a quién enganchar para que te mantenga. Y de paso, vengándote de mí porque no quise hacerme cargo de ti.

En ese instante, comprendí dos cosas.

La primera, que Alex, en el fondo, me había hecho un favor. Todo mi odio, mi rencor, el dolor... desaparecieron de golpe. Me sentí agradecida. ¿Este era el hombre que alguna vez creí que me quería? Prefería que Theo creciera sin padre antes que tener a un drogadicto miserable que vendería hasta su alma por una dosis más.

La segunda, que detrás de esa fachada de chico malo y valiente, había un niño asustado. Un cobarde. Y después de lo que viví esa noche con Alexander, me sentía más segura que nunca de mis decisiones.

Y lo más importante: no iba a permitir que Alex arruinara mi vida una segunda vez.

Ya lo había hecho una. No se lo permitiría de nuevo.

Le mordí con fuerza la palma de la mano.

La apartó enseguida y me miró con rabia, como si fuera a golpearme. Pero antes de que pudiera mover un dedo, hablé despacio, clara, mirándole directamente a los ojos, asegurándome de que entendiera cada palabra.

—Si me tocas un solo pelo, tu padre se enterará de todo. Y cuando vea las marcas en mi cuerpo, te matará. Porque me prometió que nadie volvería a ponerme una mano encima.

Eso le borró de golpe la sonrisa chulesca.

Retrocedió un paso y aflojó la presión de su cuerpo sobre el mío.

Conocía perfectamente a su padre. Sabía que aquello no era una amenaza vacía. Sabía que, del mismo modo que le había congelado las cuentas, Alexander sería capaz de encerrarlo, desaparecerlo del mapa, o hacer algo peor si me pasaba algo.

—Ahora soy la mujer de tu padre —gruñí—. Así que vas a mantenerte en tu sitio y a respetarme. Porque si no lo haces, actuaré como tu madrastra... y resolveré el problema que Alexander lleva tiempo posponiendo.

Lo empujé con fuerza.

Alex se quedó plantado en medio de la habitación, paralizado, sin saber cómo reaccionar.

Parecía a punto de abalanzarse sobre mí, pero el miedo lo mantenía clavado al suelo.

—Eres un niñato incapaz de ganarte la vida por ti mismo. Un fracasado que solo sabe vivir del dinero de papá. Sin eso, no eres nada. Solo un mierda que se arrastra vendiendo droga.

Avancé hacia él, paso a paso, con el dedo índice apuntándole a la cara.

—Hicimos un trato. Yo no diré que Theo es tu hijo y tú no intentarás arrebatármelo. Pero aquí va mi condición: nunca más te acercarás a mí. Nunca más me hablarás. Ni siquiera me mirarás a la cara.

—¿Y si no lo cumplo...? —escupió, con tono desafiante.

—Entonces voy a follarme a tu padre tan bien, voy a volverlo tan loco por mí, tan adicto a tenerme entre sus brazos, que acabará comiendo de mi mano. Y lo primero que le pediré será que te encierre en un agujero en la otra punta del mundo, alimentándote solo con pan y agua. Y si no lo hace... me iré.

No sé de dónde saqué el valor para decir aquello.

Pero me satisfizo ver el terror en sus ojos.

Alex ya no era el mismo.

Bajó los hombros, metió las manos en los bolsillos, inclinó la cabeza y respiró con fuerza.

—Primero intentaste atraparme con un crío que jamás quise. Y ahora vas a usar a mi padre contra mí...

—¿Yo? ¿Atraparte a ti? —Tuve que reírme—. Mírame bien, niñato malcriado —gruñí—. Me las apañé sola. Crié a mi hijo sola. Llegué hasta aquí sin tu ayuda. ¡Tú no eres nada! ¡Una piltrafa arrogante con complejo de Dios!

Él rió, como si mis palabras no le afectaran. Pero sus ojos... sus ojos delataban otra cosa.

Todo mi cuerpo temblaba, pero no iba a permitir que lo notara. No otra vez.

—No quiero nada de ti, Alex. Solo quiero proteger a mi hijo. Y si para eso tengo que destruirte... lo haré. Sin pensarlo dos veces.

—No tendrías el valor —espetó, con desprecio.

—Pruébame —le reté, alzando la barbilla.

—Te estás metiendo con la familia equivocada, Isabela...

—No, eres tú quien se ha metido con la mujer equivocada. Puede que no tenga fuerzas para defenderme a mí misma, pero por mi hijo... haría cosas que ni tú, yonqui de mierda, podrías imaginar. Te mataría con mis propias manos —le mostré las uñas como garras —. Aunque pensándolo bien... ¿para qué? Prefiero que sea tu padre quien te destruya. Solo por complacerme.

—¿Así que quieres jugar a este juego? —intentó recuperar su pose chulesca, pero no me impresionó.

—Estás en terreno peligroso, Isabela. Este es mi territorio.

—No, Alex. Este ahora es *mi* territorio. A partir de hoy vas a entender que soy la mujer de tu padre. Y quien manda en esta casa, y en esta familia... soy yo.

Yo no era así.

No me reconocía en esas palabras.

Pero el miedo a perder a mi hijo había despertado en mí algo salvaje. Algo feroz.

—Mi padre puede estar encaprichado contigo ahora, pero eso no durará. Cuando recuerde a mi madre —una mujer de verdad— y vea que tú no eres más que una oportunista barata, abrirá los ojos.

Verá lo mismo que yo: que no eres más que una puta sin clase. Y te tirará como basura.

Sentí que los ojos me ardían, pero no me quebré.

No iba a darle ese gusto. Jamás.

Todo lo que vería sería a una leona rugiendo hasta hacerlo temblar.

—Ya veremos quién lo manipula mejor —le guiñé un ojo con sorna.

Él empezó a caminar hacia la puerta, evitando mi mirada. Yo también me moví por la habitación, manteniendo la distancia.

Cuando agarró el pomo, se giró por última vez, con los ojos desorbitados de rabia.

—No lo conoces tan bien como yo. Puede que tardes años en darte cuenta, Isabela... pero te juro que haré que se te hunda el mundo bajo los pies. Siempre gano.

Salió y cerró la puerta de un portazo.

Y en ese momento, me derrumbé.

Bajé los hombros, respiré hondo y me dejé caer sobre la cama con un nudo en la garganta.

La desesperación me atenazó hasta que lo único que pude hacer fue quedarme inmóvil, mirando al techo, intentando no gritar. Intentando no llorar.

Capítulo 41

Alex Harrington

Todo estaba borroso ante mis ojos.

Desde el momento en que vi a Isabela salir de la habitación de mi padre, la sangre me hirvió con una intensidad que no podía controlar.

Esa zorra debía haber sido solo una aventura pasajera, en el peor de los casos, llevarse a su hijo y desaparecer. Pero no. Se las ingenió para vengarse de mí, se infiltró en mi familia y consiguió manipular incluso a mi propio padre.

Era lista, eso tenía que admitirlo.

La subestimé.

Así que ahora iba a jugar su juego para demostrar quién mandaba de verdad.

Salí por Mónaco en busca de más droga para despejarme las ideas. Pasé el día fuera del hotel para no hacer una locura y, cuando

regresé, todo estaba claro como el agua.

El problema era ese bebé que yo nunca quise.

Sin él, todo terminaría. Sin él, Isabela no tendría con qué chantajearme.

Esperé a que la niñera bajara la guardia y empecé a pasearme por el pasillo mientras pulía el plan perfecto para acabar con todo.

Solo podía pensar en una cosa: había que sacar a Isabela de nuestras vidas de una maldita vez. Y mientras ese crío siguiera existiendo, siempre tendría una prueba contra mí.

Pasé junto a la puerta de la habitación de la niñera, donde estaba Theo.

Naty debería estar cuidándolo, pero por un descuido —o por suerte— me dejó una oportunidad de oro. Todo el universo conspiraba a mi favor.

Entonces el mocoso empezó a llorar justo cuando entré.

Y eso terminó de nublarme la mente.

Cerré la puerta de cualquier manera y avancé, paso a paso, hasta llegar a la cuna. El bebé berreaba, como si supiera que algo iba mal.

Era una señal.

Dios quería esto.

Si no, la puerta habría estado cerrada.

Y la niñera no se habría ido.

El universo me ofrecía una oportunidad y yo no pensaba desaprovecharla.

—Vas a dormir. Y no volverás a llorar nunca más —me reí mientras lo decía.

Miré alrededor buscando algo. Cuando vi la almohada de la cama de la niñera, todo se volvió aún más claro.

La tomé, la giré entre mis manos y me situé frente a la cuna.

El niño chillaba, su cuerpo temblaba. Tan pequeño. Tan indefenso.

Una parte de mí se preguntó por qué me costaba tanto.

Solo era un bebé.

Un bebé que nunca debería haber existido y que estaba jodiéndome la vida.

Sin él, Isabela no tendría nada.

—Nunca debiste nacer...

Mis manos temblaban mientras cubría su rostro con la almohada y lo empujaba contra el colchón.

Solo tenía que presionar.

Un minuto, como mucho.

Era pequeño, frágil.

No resistiría.

Me incliné sobre la cuna y apreté con todas mis fuerzas, hasta que su llanto empezó a amortiguarse. Sentí una paz repentina, fría, casi embriagadora.

—¡Cállate!

El llanto se intensificó.

Y un ruido a mis espaldas me sobresaltó.

Me giré y vi a mi padre abalanzándose sobre mí.

Solté la almohada al instante, la acomodé tras la cabeza de Theo como si solo intentara acostarlo, intentando parecer tranquilo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó con esa voz gélida y aterradora que solo él sabía usar.

Me recompuse como pude, secándome el sudor de la frente.

—Bajaba a cenar cuando lo oí llorar... Quise calmarlo, ayudar a la niñera.

Mi padre asintió muy despacio, pero su expresión era ilegible.

No parecía creerme. Pero tampoco dijo nada.

—Fuera.

Su voz fue un cuchillo de hielo.

—Padre, sé que los bebés te sacan de quicio. Y más aún cuando lloran. Así que yo...

—He dicho fuera.

Su tono era claro. Si no me iba, él mismo me haría trizas.

Levanté las manos en señal de rendición.

—Está bien. Me voy. Que se encargue la niñera...

Pasé a su lado, pero no sin lanzar una última mirada a Theo.

El crío seguía llorando, de pie en la cuna, con los bracitos extendidos, buscando refugio.

Y entonces pasó algo que no esperaba.

Mi padre se acercó a la cuna y lo tomó en brazos.

Lo sujetó con cuidado. Con delicadeza.

Theo se aferró a su camisa, intentando trepar por su cuerpo, buscando protección. Y mi padre, con una de sus grandes manos, cubrió su espalda.

—Shhh... —susurró, y el llanto se apagó como por arte de magia.

Lo meció, hablándole en voz baja, como si pudiera entenderle.

El que se quedó sin habla fui yo.

Mi padre, que siempre había despreciado a los bebés, que apartaba la vista con asco cada vez que veía uno... ahora sostenía a Theo como si fuera suyo.

—¿Quieres que llame a la niñera?

—No. Me encargo yo. Se me da bien hacer que deje de llorar.

—Ya veo...

—¿No ibas a cenar? —me fulminó con la mirada.

—Sí, bajo enseguida, padre.

Sin mirarme siquiera, salió de la habitación con el bebé en brazos, dejándome allí, de pie, junto a la puerta entreabierta.

Solo.

Y por primera vez, no supe qué hacer.



Volví a mi habitación y me quedé allí durante horas. No tenía hambre ni sueño. Necesitaba un plan mejor.

Mi cuerpo estaba tenso, la rabia seguía ardiendo dentro de mí como si fuera a corroerme por dentro.

¿Cómo había podido coger al bebé en brazos?

Peor aún, ¿cómo podía aceptarla?

Mi padre era uno de los hombres más ricos del mundo. Podría pasarse la vida viajando, derrochando dinero, y aún así le sobraría para mantener a cien generaciones más. Podría acostarse con cualquier modelo, podría fabricarse una mujer a su medida, una que se amoldara a sus deseos, que jamás intentara controlarlo... podría drogarse hasta reventar y seguir siendo respetado.

Entonces, ¿cómo podía creer en *ella*?

¿Cómo podía estar con *ella*, cuando ni siquiera era tan guapa?

Isabela era el tipo de mujer para una noche. Una distracción. Una aventura. Pero ¿*entregarle* su poder? ¿Cederle espacio en su vida, en su cama, en su casa?

Ridículo.

Isabela estaba destruyéndolo todo.

Se había infiltrado en la vida de mi padre, había usado a ese maldito crío para manipularlo, y ahora todos estaban en mi contra.

Necesitaba más droga para pensar con claridad.

Necesitaba más droga para...

—¿Qué ha sido eso?

Giré la cabeza, aturdido, justo cuando la puerta de mi habitación se abría.

Vi a Oliver, el abogado de mi padre, entrar. Detrás de él, seis guardias de seguridad irrumpieron y se lanzaron sobre mí como perros adiestrados. Me arrancaron del suelo y me sujetaron por completo. Uno en cada brazo, otro en las piernas, uno más me rodeó la cabeza, y dos se encargaron de inmovilizarme el torso mientras me arrastraban fuera.

—¿Qué cojones hacéis? ¡Soltadme!

—Volvemos a casa —explicó Oliver, con total calma.

—¡Entonces soltadme! ¡Sé el camino al avión!

—No. No vas a Londres —dijo, con esa serenidad suya que siempre me había puesto nervioso.

Sacó un documento de su maletín de cuero negro y me lo puso delante de los ojos.

—¿Qué... qué es eso?

—Tu padre firmó la orden esta mañana.

—¿A dónde me lleváis?

—A Irlanda. Vas a pasar tres meses en una clínica de rehabilitación. Yo sugerí terapia de electroshock, latigazos y cubos de agua helada cada mañana, pero tu padre es más optimista. Cree que alejarte de las drogas será suficiente.

—¡No! ¡No estoy drogado! ¡Soltadme, joder! —grité con todas mis fuerzas.

Pero nadie me escuchó.

Y desde luego, nadie fue amable.

Uno de los tipos me retorció el brazo al punto de hacerme gritar. Otro me empujó contra la pared al sacarme al pasillo, como si no fuera más que un saco de basura.

Vi el mar por última vez desde el ventanal del pasillo.

Cuando me tiraron al fondo del coche, intenté zafarme por la otra puerta, pero uno me sujetó de los pies y en ese momento sentí el pinchazo de una aguja en el cuello.

Intenté gritar.

Pero el mundo comenzó a desvanecerse.

La luz se apagaba lentamente. Las voces se volvían ecos. Y luego... todo se tornó sombras.

Y esas sombras me devoraron en un sueño profundo del que ya no pude despertar.

Lo último que pensé fue:

Has ganado esta batalla, Isabela.

Pero yo te destruiré en la guerra.

Capítulo 42

Isabela Rojas

6 meses Después.

El olor a clavo se había extendido por toda la casa.

Antes de poder controlar mi reacción, corrí al baño y vomité. Las náuseas me golpearon con fuerza y de forma repentina. Era la tercera vez esa semana.

Sentí lo mismo cuando estaba embarazada de Theo, así que aquello encendió todas las alarmas.

En ese momento, ya no podía seguir aplazando el test de embarazo. Luché contra la idea de estar embarazada de Alexander hasta que los síntomas sacudieron completamente mi cuerpo y tuve que enfrentar la verdad.

Al mirarme en el espejo, una película de los últimos meses pasó por mi mente.

Alex había estado tres meses en rehabilitación y, al salir, parecía otra persona —aunque yo seguía sin fiarme.

Ahora era "un hombre de Dios", iba a misa con la familia, había renunciado a la idea de ser alcalde de Londres y había pedido un puesto como becario en el banco de su padre. Según Alexander —que parecía sinceramente orgulloso— su hijo estaba curado y encaminándose a ser un verdadero hombre.

Puede que lo fuera. Pero lejos de mí.

Cuando volvimos de Mónaco, Alexander dejó claro a todos en la casa que yo ya no era solo la gobernanta: era su mujer.

Por supuesto, su madre me amargó la existencia durante semanas, enviándome mensajes hirientes y llamadas impertinentes, pero decidí no darle espacio. Seguí adelante con mi vida.

Y... las primeras palabras de Theo fueron “papá”, para Alexander.

Eso lo desarmó tanto como a mí me conmovió.

La relación entre ellos cambió después de aquel viaje. Alexander empezó a tratar a mi hijo como si fuera suyo. Y aunque seguía teniendo ciertos límites por sus traumas, se convirtió en un

padre atento y cariñoso, dedicándole tiempo cada tarde después del trabajo.

Todo parecía estar en su sitio…

Hasta ahora.

Ahora yo estaba... embarazada.

Miré el test con el resultado positivo y me senté en el váter, con la tapa bajada, mientras miles de recuerdos me atravesaban.

—Me cuidé... ¿Cómo ha podido pasar? —me masajeé las sienes.

Y entonces, una vocecita en mi cabeza susurró: en Mónaco olvidaste tomar la pastilla. Cuando Alex salió de la clínica hace tres meses, estabas tan tensa que no te protegiste. Durante las semanas de tensión por culpa de su madre, estabas tan ansiosa que lo fuiste dejando...

Sí, era culpa mía. Completamente.

Una parte de mí se sentía feliz, porque sabía que Alexander sería un gran padre, como ya lo era con Theo.

Pero otra parte estaba aterrada ante la idea de contárselo, sabiendo el trauma que arrastraba por la pérdida de su anterior hijo biológico.

Salí del baño tambaleándome, tapándome la nariz para no vomitar otra vez por el fuerte olor a clavo, y fui al jardín, donde Theo daba sus primeros pasos con la ayuda de Naty.

—Madre mía, estás pálida. ¿Has visto un fantasma? —dijo Naty, preocupada.

Me senté en un banco y la miré, sin saber por dónde empezar.

—¡Venga, habla! ¡Me estás poniendo nerviosa! Tienes una cara...

—Ha pasado algo —murmuré.

—¿Es Alex? Por favor, dime que no viene a comer otra vez. Cada vez que lo hace, me paso el día con los nervios de punta…

Solo de pensarlo volví a sentir náuseas.

En lugar de hablar, le mostré el test de embarazo.

Naty lo tomó y se quedó mirándolo en silencio unos segundos.

—Vaya.

—Exacto —asentí, incómoda.

—¿Esto es reciente?

—Me acabo de enterar. Los perfumes de la casa me mareaban, pero el de clavo... no lo soporté. Y ya no aguantaba más. Tuve que hacerme la prueba.

—¿Alexander lo sabe?

—Todavía no. No sé cómo contárselo.

Se sentó a mi lado y me agarró de la mano.

—Tienes que dejar de esconderle cosas —me reprendió con dulzura.

Ambas sabíamos que llevaba tiempo sin contarle toda la verdad sobre Alex, pero como su hijo parecía "rehabilitado" y no amenazaba nuestra paz, preferí callarme.

—Tienes razón. Se lo diré.

—¿Y por qué dudas, tía? Él te quiere.

—¿Que me quiere? —me reí, nerviosa—. Nuestra relación empezó como un acuerdo de conveniencia. Puede que ahora esté enamorado, que se preocupe, pero... ¿otro hijo? ¿Después de todo lo que vivió?

—Amiga, claro que sí —dijo Naty, abrazándome por los hombros—. Se convirtió en el padre de Theo, le dio su apellido, te presentó como su mujer delante de su familia...

—Pero... otro bebé... Tiene un trauma enorme. ¿Y si cree que intento atraparlo?

Naty puso los ojos en blanco.

—Por favor, deja de escuchar a esos demonios en tu cabeza.

—No lo entiendes, Naty…

—Entonces explícamelo.

—Toda mi vida he luchado por sobrevivir, no por construir algo sólido. Y ahora que por fin parece que todo está bien... tengo la sensación de que todo se puede derrumbar en cualquier momento.

—Isa, tienes un máster, has ahorrado un montón trabajando aquí. No puedes vivir en ese miedo constante. Esa voz que oyes no es prudencia, es miedo. Alexander te ama. Ama a Theo. Y va a llorar de felicidad cuando se entere de que lleva otro hijo suyo en tu vientre.

Guardé silencio unos segundos.

—Tienes razón. Basta de secretos. Se lo diré.

—Eso es. Eres su mujer ahora. Tienes que jugar en su equipo.

—Tienes razón —me levanté—. ¡Deséame suerte!

Ella cruzó los dedos.

Tomé a Theo en brazos y lo llené de besos.

—¡Mamá! —dijo, acariciándome la cara.

—Desea suerte a mamá, cariño. Va a necesitar ser muy valiente.

Él soltó una carcajada, y esa risa me dio fuerzas.

—Voy a cambiarme. Dile al chófer que se prepare. Voy al banco.

—¿Ahora mismo?

—Ahora mismo.

Antes de que mi mente empezara a inventar escenarios catastróficos, tenía que actuar. Y enfrentar la reacción de Alexander.

Porque, al fin y al cabo, ¿qué podría salir mal?

Capítulo 43

Isabela Rojas

Cuando estuve frente al Harrington Bank, me detuve un momento para contemplar el majestuoso edificio en pleno corazón de Mayfair.

Mis manos sudaban y el corazón me latía con tanta fuerza que apenas podía respirar. Necesité reunir todo el valor para subir las escaleras, aunque mis pies suplicaban por dar media vuelta y salir corriendo.

Nada más entrar en aquel espacio lujoso, el bullicio de la calle se desvaneció, sustituido por una suave música clásica y decenas de conversaciones en voz baja.

Me dirigí al ascensor privado mientras admiraba la elegancia del vestíbulo: el mármol pulido en el suelo, las altísimas columnas blancas que parecían sostener el techo y las lámparas de cristal que daban al lugar un aire aristocrático.

—Buenas tardes, señora Harrington —me saludó Wallis, uno de los guardias de seguridad privados de Alexander.

—Buenas tardes, Wallis. Sé que no he sido anunciada, pero necesito ver a Alexander.

—Usted es la única persona con acceso libre —respondió él, guiñándome un ojo. Colocó una llave especial sobre los botones del ascensor y la puerta se abrió de inmediato—. ¿Desea que le anuncie su llegada?

—No hace falta, quiero sorprenderle —sonreí—. Gracias, Wallis.

—Que tenga un buen día, señora Harrington.

Subí al último piso. Cada segundo en aquel ascensor se alargó como si fueran minutos enteros, y mi ansiedad no dejaba de crecer.

Cuando las puertas se abrieron, mis ojos se posaron primero en los ventanales panorámicos que ofrecían vistas de toda la ciudad. Y justo después, vi a un hombre de traje corriendo hacia el ascensor, como si quisiera cerrarlo en mi cara.

Pasé por debajo de su brazo sin detenerme.

—¡Isabela! —escuché a Alex llamarme.

Lo ignoré por completo, aunque él decidió seguirme.

—No quiero que me hables. Lo sabes.

Se adelantó para caminar de espaldas, obstruyéndome el paso mientras levantaba el dedo como si me estuviera sermoneando.

Y por un instante, parecía el mismo Alex arrogante que conocí en la universidad. No el drogadicto acabado que vi en Mónaco.

Parecía cambiado.

Pero para mí, eso ya no significaba nada.

—¿Qué haces aquí?

—Tengo algo que tratar con mi marido.

—Él no es tu marido. No estáis casados.

Respondí con una breve sonrisa irónica.

—Entonces, ¿por qué todo el mundo me llama señora Harrington?

—Buenas tardes, señora Harrington —se levantaron los recepcionistas al verme pasar.

—Buenas tardes, queridos —contesté con amabilidad.

—Mi padre está en una reunión importante. Ha pedido no ser interrumpido.

Lo ignoré y seguí caminando.

—¿De qué se trata esa conversación urgente?

—De algo que no te concierne.

—Soy su becario ahora. Mi trabajo es mantener el orden. Así que sí, me concierne.

Suspiré, sintiendo que estaba al borde de un ataque de pánico.

—Si fueras un empleado eficiente, sabrías que no se habla así a la esposa del CEO —le dije con sarcasmo.

Antes de que pudiera impedirlo, ya había agarrado el pomo de la puerta del despacho de Alexander y lo giré.

Alex retrocedió al instante.

Entré primero; él me siguió.

—Le dije que no quería ser molestado, pero ella... —empezó a explicar, atropelladamente.

—Ah, es mi mujer —Alexander, que hasta ese momento parecía furioso, suavizó el rostro al verme—. Gracias, Alex. Yo me

encargo. Ven, amor —indicó una silla a un lado de la sala.

Mientras caminaba hacia él, observé que Alexander estaba sentado en su silla presidencial, imponente como siempre. Oliver, su abogado, estaba en un lateral de la mesa.

Y frente a ellos, de espaldas a mí, estaba el tercero en aquella reunión.

Ignoré la silla que Alexander me señaló y avancé hasta la ventana panorámica tras su escritorio, repartiendo mi atención entre la vista de Londres a mis pies y el desconocido en la sala.

Era un hombre alto, de hombros anchos, con un marcado acento italiano al hablar inglés. Sus ojos azules parecían casi hipnóticos y una cicatriz profunda le cruzaba la mitad del rostro.

Tenía el aire de un hombre peligroso, aunque hablase en tono contenido y educado.

Me coloqué tras el sillón presidencial de Alexander, como si fuera su guardaespaldas personal.

—Perdón por la interrupción —murmuré.

Él giró el rostro hacia mí y sonrió con dulzura, apretando mi mano con cariño antes de guiñarme un ojo.

—Tú nunca interrumpes nada, mi amor. Ponte cómoda.

Sentí la mirada del hombre desconocido sobre mí, pero la ignoré.

Alexander hizo un gesto educado hacia él.

—Santo, ella es Isabela, mi esposa.

Santo inclinó levemente la cabeza; sus ojos azules me analizaron como si quisiera descifrarme.

—Un placer conocerla.

—El placer es mío —respondí educadamente.

Alexander se levantó y dio unos pasos hacia mí antes de volver a dirigirse a Santo.

—Tu propuesta es interesante, Santo, pero demasiado arriesgada.

—Pensé que los bancos se trataban precisamente de eso, Alexander: negocios arriesgados con beneficios desorbitados —contestó Santo con buen humor.

—No me interesa un riesgo tan elevado como para poner en peligro lo que más importa. No voy a comprometer el legado de mi familia en una operación sin garantías sólidas.

Santo asintió, sin mostrar preocupación alguna por recibir una negativa.

—Lo entiendo, señor Harrington. Tiene un mes para reconsiderarlo.

—No necesito reconsiderar nada. Esa es mi respuesta definitiva. Gracias por acercarte, pero no entraré en esa empresa. Ni siquiera si involucra al Alto Escalón de la Colmena.

Hubo un momento de tensión antes de que Santo asintiera con una ligera sonrisa.

Se despidió de manera cortés y se puso en pie.

—Algunas cosas valen el riesgo, Alexander. Un mes para pensarlo.

Y le guiñó un ojo antes de marcharse.

Oliver, el abogado, le siguió, pero no sin antes lanzar una última mirada significativa a Alexander. Antes de que cerraran la puerta, alcancé a ver a Alex espiándonos desde el pasillo.

—Perdón por la interrupción —murmuré.

Alexander acarició mi rostro con ternura.

—Para ti, nunca.

Me tendió la mano, y yo la tomé, permitiendo que me atrajera suavemente hacia él. Antes de que pudiera reaccionar, me acomodó en su regazo, sentándose de nuevo en su sillón presidencial. Era tan natural estar así con él, como si el resto del mundo desapareciera cuando estábamos juntos.

—Ahora, ¿me dirás qué haces aquí? —preguntó, pasando los dedos suavemente por mi mejilla, haciéndome cerrar los ojos un instante.

Tragué saliva, sintiendo cómo el corazón me latía desbocado.

—Necesito contarte algo importante.

—¿Sobre qué?

Respiré hondo y abrí mi bolso.

—A veces, cuando tengo algo importante que decir, siento como si me ahogara. Sobre todo si sé que puede cambiar mi vida por completo.

—Puedes hablar conmigo, amor. Puedes confiar en mí.

Saqué del bolsillo interior el test de embarazo, que parecía pesar una tonelada en mis manos.

—¿Isabela?

Levanté la mirada hacia él.

Alexander me observaba con preocupación, que se suavizó al ver el objeto que sostenía.

La voz apenas me salía. Me aclaré la garganta y cerré los ojos con fuerza.

—Estoy embarazada.

Durante un instante, el silencio llenó la sala.

Él miró el test, luego me miró a mí, como asegurándose de que había escuchado bien.

—¿Tú estás... —se interrumpió, y una sonrisa comenzó a dibujarse en sus labios— embarazada?

Asentí, con los ojos ardiendo.

—Sí.

Alexander soltó una risa baja, cargada de felicidad genuina.

Antes de que pudiera decir nada más, me tomó el rostro entre las manos y me besó. Fue como si las palabras no fueran suficientes, como si solo aquel beso pudiera transmitir todo lo que sentía.

—¿Estás llorando? —preguntó con ternura.

—No sabía cómo reaccionarías.

—¿Cómo reaccionaría? —rió de nuevo, secándome las lágrimas con los pulgares—. Isabela, esta noticia es... maravillosa.

—¿De verdad?

—Sin ninguna duda —me besó la frente y me abrazó fuerte contra su pecho—. Sabes que eres el amor de mi vida. Theo se ha convertido en mi alegría diaria. Y ahora... vamos a tener un bebé.

—Sí.

—Siento como si mi mundo volviera a estar completo.

La emoción en su voz me desgarró el corazón de la mejor manera posible.

Sentí un nudo en la garganta, pero uno de felicidad, de una felicidad tan grande que parecía iluminarme por dentro.

Alexander no dijo nada más durante un largo rato. Simplemente me abrazó con fuerza, como si pudiera protegernos a ambos de todo el mundo exterior.

—Gracias —susurré, con la voz quebrada.

—No, querida —me llenó de besos el rostro y me miró con una ternura inmensa—. Gracias a ti. Te prometo que cuidaré de ti y

de nuestro bebé. Siempre.

Y en ese momento, por primera vez en mucho tiempo, creí de verdad que todo estaría bien.

Capítulo 44

Alexander Harrington

Durante más de una década cargué con un peso que casi me destruyó.

La muerte repentina de mi esposa y luego de nuestro hijo me atraparon en un mundo oscuro, lleno de dolor y angustia, del que solo logré sobrevivir convirtiéndome en un hombre duro y controlador.

Entonces apareció Isabela, y con ella, Theo.

Aunque rompió todas mis reglas y me llevó al límite, no fui capaz de alejarla. Algo dentro de mí sabía, aunque fuera en secreto, que ella era la cura que necesitaba.

La primera vez que sostuve a Theo en mis brazos, sentí miedo de que algo malo le pasara. Y en Mónaco, cuando escuché su llanto desesperado, esa sensación me invadió de tal manera que no dudé en cargarlo de nuevo y protegerlo de todo lo que hiciera falta.

Eso me mostró que aún quedaba algo más dentro de mí.

Y Isabela... ella me devolvió a la vida tantas veces que nunca podría agradecérselo lo suficiente.

Era fuerte, resiliente y valiente, sin perder su dulzura ni su amabilidad.

De repente, mi mundo oscuro ya no me bastaba.

La necesitaba como si hubiera estado todo este tiempo bajo el agua, y ella fuera el oxígeno que me faltaba para tener fuerzas y nadar de vuelta a la superficie.

Y ahora, ella estaba embarazada de un hijo mío.

Eso hizo que me quedara atrapado en mis pensamientos —pensamientos buenos, por cierto— durante el resto del día, hasta regresar a casa.

Ni siquiera sabía cómo expresar lo que sentía.

Pensé que estaría asustado, pero mi corazón no hacía más que desbordarse.

Quería gritarle al mundo mi milagro, contarle a cada persona que iba a ser padre de nuevo; sentía como si Dios me estuviera dando una nueva oportunidad de vivir.

En cuanto entré en casa, guardé mis cosas en el despacho y bajé a la cocina a beber un poco de agua. Allí escuché las risas de Theo.

Me acerqué a su habitación y lo vi caminar de un lado a otro buscando una pelota roja. Se reía emocionado cada vez que la niñera lanzaba el juguete al otro lado del cuarto y él tenía que ir a buscarlo.

Cuando me vio, se olvidó de la pelota y corrió hacia mí, abrazándome la pierna y alzando la vista.

—¿Papá? —preguntó.

Lo tomé en brazos y lo acuné contra mi pecho.

—Hola, pequeño. —Le toqué la nariz con el dedo índice—. ¿Sabes la novedad?

Me abrazó y me miró muy de cerca, balbuceando algunas palabras y moviéndose inquieto en mi regazo.

—¿Estás listo para ser hermano mayor? —Le hice cosquillas en la barriguita.

Theo no pareció entender, pero se tapó el rostro con las manos y volvió a reír.

—Así es, pequeño. Dentro de poco tendrás un hermanito con quien compartir juegos, cuidar y dar mucho amor. ¿Te gustaría tener un hermanito? ¿O una hermanita?

La niñera se levantó y sonrió discretamente.

—Parece feliz, aunque no entienda del todo, señor.

—Es porque lo siente. —Besé la coronilla de Theo, el suave aroma a bebé me envolvía en una paz inexplicable—. Siente que está rodeado de amor, y pronto tendrá aún más.

Escuché pasos a mis espaldas y me giré.

Charlotte venía por el pasillo, curiosa.

—¿Qué pasa aquí?

Le devolví a Theo a la niñera, aunque él se resistía a soltarse de mí.

—¿Dónde está Isabela? —preguntó Naty.

—La dejé en casa de Margareth —expliqué, y me volví hacia Charlotte—. Estamos... celebrando.

Ella se llevó las manos a la cintura y frunció el ceño, confundida.

—¿Una nueva adquisición para el banco?

—Isabela está embarazada de tres meses. Acabamos de volver de los exámenes.

Charlotte pareció incrédula durante cinco segundos, hasta que abrió una sonrisa enorme y comenzó a dar pequeños saltitos en el mismo sitio, para luego lanzarse a mis brazos.

—¿Qué? ¡Eso es maravilloso! ¡Ay, papá! ¿Y cómo está? ¿Cómo se siente?

—Más feliz que nunca.

—¡Es increíble! —No soltaba el abrazo—. ¡Un bebé en la familia! ¡Qué bendición!

—Sí. —Me encogí de hombros, intentando parecer casual, aunque no pude contener la sonrisa—. ¿Estás lista para dejar de ser la pequeña de papá?

—Ay... —Rodó los ojos—. Ya estoy acostumbrada, desde que llegó Theo. Él robó toda la atención. ¡Y no se puede competir con un bebé tan adorable! —Le apretó las mejillas.

—Tú siempre serás mi favorita. No se lo digas a tus hermanos.

Ella llevó el dedo índice a la boca e hizo un "Shhh".

—¿Ya se lo contaste al abuelo?

—No, todavía no —asentí—. Quiero organizar una cena este fin de semana para anunciarlo oficialmente a todos. Tenemos muchos motivos para celebrar: el bebé, tu hermano que ha vuelto a ser un ser humano...

—Quizá deberíamos invitar también a Penélope —pidió—. Por favor.

—Está bien, llama a tu hermana.

—¡Perfecto, papá! —Acarició mi hombro—. ¡Estoy tan feliz!

Charlotte tomó su móvil y salió corriendo. Apenas dobló el pasillo, ya iba difundiendo la noticia a todos sus amigos.

Le hice un gesto a Theo, que seguía radiante.

—Nuestra familia va a crecer, pequeño. Tú fuiste el nuevo comienzo, ahora iremos aún más lejos. —Apreté su manita y subí de nuevo al despacho.

Tenía muchas llamadas que hacer.

Isabela Rojas

5 días después.

Estuve ansiosa toda la semana esperando la cena familiar.

Sinceramente, no era algo que me hiciera especial ilusión, sobre todo por el comportamiento de la madre de Alexander, pero él quería que esta noche marcara una nueva etapa para nosotros: primero avisar a su familia, luego a la mía, y finalmente, nuestro matrimonio.

Cuando llegó el sábado, pasé el día supervisando la cocina para que todo saliera perfecto. A pesar de la presión en mi pecho, mi corazón estaba más ligero que nunca.

Después de dos años de miedo e incertidumbre, por fin había terminado mi máster y ahora tenía la oportunidad de construir una familia de verdad.

Y no lo hacía solo por mí, sino también por Theo.

Y ahora, por el bebé que crecía en mi vientre.

Subí al cuarto que ahora compartía con Alexander, me di una ducha larga y me puse un vestido blanco que había comprado especialmente para esta ocasión.

Cuando estaba a punto de salir del dormitorio, vi una sombra acercándose por la escalera. Retrocedí unos pasos al darme cuenta

de que era Alex, que parecía dirigirse hacia mí.

Iba vestido de forma formal, con una expresión neutra. Aun así, la forma en que me miraba me provocó un escalofrío en la espalda.

—¿Alex? —pregunté, tomando valor para salir del cuarto y acercarme a las escaleras para bajar—. ¿Qué haces aquí tan temprano?

—Pensé que sería bueno llegar antes para hablar contigo.

—¿Hablar?

—Sí. Pedirte perdón, por supuesto, por el lío de principios de semana.

—Eso ya quedó atrás, no te preocupes.

—No. —Me sujetó del brazo y me miró fijamente a los ojos—. Hay cosas... pendientes entre nosotros. Y tenemos que resolverlo.

Mis piernas temblaron y sentí unas enormes ganas de gritar.

Noté mi cuerpo tensarse, paralizarse.

—Alex, no creo que hoy sea el mejor momento para eso.

—Por favor, Isabela. —Dio un paso hacia mí, acercándose más —. Solo unos minutos. Quiero explicarte por qué no volveré a

interferir en tu vida, y por qué dejaré que Theo tenga a mi padre como su padre. No voy a seguir adelante con la idea de quitarte a nuestro hijo... En fin, solo necesito unos minutos, después de eso, te prometo que me iré. Esta noche es totalmente tuya.

Dudé, pero no quería provocar una escena justo antes de la cena.

—Está bien. Vamos a hablar en el despacho.

—Será rápido, podemos hacerlo en la habitación de mi padre. Parece que aún te estás arreglando...

—Sí, todavía no he elegido las joyas que voy a usar.

—Puedes escogerlas mientras hablamos.

Le envié un mensaje rápido a Naty diciendo que, si necesitaba algo, estaría ocupada un rato pero que bajaría enseguida. Seguí a Alex hasta la habitación que ahora compartía con su padre.

La puerta se cerró detrás de nosotros, y él me ofreció sentarme en la cama mientras caminaba de un lado a otro, visiblemente alterado.

—Entonces, ¿qué quieres decir?

Cogí uno de los estuches de joyas del vestidor —uno que Alexander me había regalado—, me senté en la cama y empecé a elegir qué usaría esa noche.

—Theo merece un padre mejor. Creo que me perturbaba la idea de que mi padre ocupara ese lugar, uno que yo nunca podría ocupar...

Sus palabras me tomaron por sorpresa.

—En Mónaco me excedí y me arrepiento de eso. Actué de forma impulsiva y equivocada, debería haberlo pensado mejor.

—Sí, deberías haberlo hecho.

—Amenazar nunca es la solución. —Suspiró.

—Desde luego que no.

—Por eso, desde que regresé del internado, he corregido muchas de mis actitudes. Renuncié a postularme para la alcaldía de Londres y me sometí a las exigencias de mi padre y mis abuelos, para ganarme su aprobación. Y para recuperar su confianza.

—Sí, de hecho, todos estamos sorprendidos con tu cambio.

—Eso es. Todo lo que hice hasta ahora fue una jodida estupidez —continuó—. Y aunque no tengas motivos para creer en mí, quiero que sepas que, a partir de ahora, todo será diferente.

Había algo en la forma en que hablaba que parecía casi ensayado, pero antes de que pudiera reaccionar, percibí un olor extraño en el aire.

Sacó un frasquito del bolsillo y un pañuelo blanco. Empapó el pañuelo con el líquido transparente y me miró fijamente, sin ningún sentimiento.

—Y ahora que todos creen en mí, puedo joderte la vida como tú jodiste la mía, maldita zorra.

Se abalanzó sobre mí, se sentó sobre mi barriga y presionó el pañuelo contra mi rostro.

—¿Alex, qué es esto? —grité, intentando abofetearlo.

Pero el olor era tan fuerte que sentí cómo perdía el conocimiento.

—Relájate, Isabela. Y disfruta de tu viaje directo al infierno.

La última imagen que vi fue su sonrisa psicópata creciendo mientras apretaba el pañuelo contra mi nariz.

Entonces, todo se volvió negro.



Cuando recuperé la conciencia, lo primero que noté fue la luz intensa de la habitación. Mi visión seguía borrosa, mi cabeza pesaba una tonelada y mi cuerpo se movía como a cámara lenta.

Me di cuenta de que estaba tumbada en la cama, lo cual ya era bastante extraño, pero antes de poder comprender del todo lo que estaba pasando, escuché un estruendo, como si alguien hubiera derribado una estantería enorme.

—¡Papá, puedo explicarlo! ¡Por favor, escúchame! —escuché la voz de Alex.

Parpadeé lentamente y noté que él estaba completamente desnudo.

Me froté los ojos con el dorso de las manos, miré hacia abajo y vi que yo también estaba desnuda.

Alexander estaba de pie frente a la cama, mirándome como si el tiempo se hubiera detenido.

—¡Entonces explícame esta mierda! —gruñó Alexander.

Intenté incorporarme, pero mi cuerpo seguía atrapado en una especie de letargo extraño.

Alexander no apartaba los ojos de mí, y su mirada oscilaba entre el shock y la furia.

—Explícate, Alex. Estoy deseando escucharlo.

—Theo es mi hijo.

Aquellas palabras me golpearon como un puñetazo.

Sentí que la habitación daba vueltas y que mi pecho se volvía tan pesado que el aire no entraba en mis pulmones.

—¿Qué?

—Isabela nunca te dijo la verdad porque sabía que no lo aceptarías. Así que se infiltró aquí, como gobernanta, porque sabía que era la única forma de reconquistarme, porque está obsesionada conmigo.

Sacó su móvil.

Me mostró audios que yo misma había enviado hacía más de un año. Al escuchar mi propia voz sollozando y humillándome, sentí una vergüenza indescriptible.

—Se quedó embarazada de mí en la universidad, pero yo no estaba preparado para ser padre. Así que buscó la forma de encontrar a una pariente vulnerable, la tía Maggy, y se quedó allí hasta que encontró la oportunidad de acercarse a mí.

—¿Es cierto eso, Isabela? —La incredulidad en su voz era palpable.

—Yo... —intenté hablar, pero un mareo brutal me obligó a cerrar la boca para no vomitar.

—Después de salir del internado, ella me buscó. Fue mi motivo para cambiar, para convertirme en un hombre mejor, para estar listo para ser el padre de Theo —continuó Alex.

—¡Mentira! —logré decir.

Pero él no me dejó hablar.

—Cuando le dije que había cambiado, ella fue tan feliz que... volvimos a acostarnos hace tres meses. Y ahora... me dijo que espera otro hijo mío. Estaba reuniendo el valor para contártelo, por eso bebió... Ella está un poco loca, pero...

—¡Eso no es verdad! —conseguí gritar, aunque mi voz apenas era un susurro.

Alexander se giró hacia mí, con los ojos brillando con una emoción que no pude descifrar. Estaba conmocionado, humillado, y a cada segundo su expresión se endurecía más, como si se convirtiera en un desconocido.

—Entonces, ¿por qué estás desnuda en mi cama con él?

—No lo sé... Alex llegó, dijo que quería hablar... No recuerdo nada más.

Antes de que pudiera defenderme, Alex puso a reproducir un audio que no recordaba haber grabado, pero que, inconfundiblemente, era mi voz.

—Estoy lista para huir contigo, Alex. Solo tú y yo. Podemos dejar a Theo con el idiota de tu padre para que lo críe; al fin y al cabo, necesita una razón para seguir viviendo. Y así podremos ser libres, por fin...

—Basta. —Alexander le quitó el móvil de la mano a su hijo, comprobó quién había enviado el mensaje y me mostró la pantalla con mi foto de WhatsApp.

—Quiero tu móvil.

—No —me negué.

—Ahora. Quiero verlo.

—No, Alexander, ¿no confías en mí?

—Papá, no la culpes. Es una mujer enamorada... y me ha reconquistado. Sé que está mal, pero...

Negué con la cabeza, mientras el mundo seguía girando a mi alrededor de forma lenta y distorsionada.

—¡Alexander, está mintiendo!

—Entonces respóndeme, ¿Theo es su hijo?

Me quedé callada durante un minuto eterno, incapaz de mirarlo a los ojos. Las lágrimas llenaron mis ojos, y sentí una bola de fuego ardiendo en mi garganta.

No podía mentir más.

Y el precio por haberlo ocultado tanto tiempo finalmente estaba siendo cobrado.

—Sí, lo es.

Alexander dio un paso atrás, como si le hubieran golpeado el estómago.

—¿Y lo sabías todo este tiempo y no me lo dijiste? ¿Entraste en mi casa, dormiste bajo mi techo, ocultando eso? ¿Dormiste conmigo siendo la madre de mi nieto?

—Alexander, no lo sabía.

—Claro que lo sabías. Escucha el audio otra vez. Fue todo un plan tuyo.

—¿Entonces por qué no quieres darme tu móvil? —frunció el ceño—. ¿Qué más estás escondiendo?

—No sé qué ha hecho él, pero yo jamás dije eso. No debería tener que demostrar nada para que confíes en mí, tú me conoces, Alexander. Sabes que yo...

—¿Y este bebé? ¿También es suyo? ¿Os acostasteis hace tres meses cuando salió del internado?

El dolor en su voz me destrozó, pero antes de poder responder, una rabia visceral me llenó el pecho. Me cubrí con la sábana, me acerqué a él y le di una bofetada.

Podía comprender su dolor, lo entendía.

Pero no tenía derecho a humillarme así.

No delante de su hijo.

—Vete, Alex. Quiero hablar a solas con Isabela.

—Papá, déjala ir. Te prometo que desapareceremos y...

—¡Que te vayas! —rugió Alexander como un trueno, y su hijo recogió la ropa del suelo y salió corriendo.

Alexander cerró de un portazo y me miró como si fuera una completa desconocida.

—¿Cuánto tiempo pensabas seguir engañándome?

—Nunca te engañé, Alexander. —Una lágrima ardiente rodó por mi mejilla, pero no la limpié.

—¿Entonces cómo explicas que estés desnuda en mi cama con mi hijo? ¿Cómo explicas esta puta grabación? —Casi me estampó la pantalla del móvil en la cara—. ¿Y cómo explicas todos los mensajes anteriores? Y lo más importante: ¿por qué ocultaste la verdadera identidad del padre de Theo? Lo viste en Mónaco, Isabela. Podrías haberme contado todo. Todo habría sido diferente.

—¿Qué quieres de mí?

—¡Quiero la verdad!

En ese momento entendí que, dijera lo que dijera, destruiría todo lo que habíamos construido.

Alexander no quería la verdad.

Quería pelear.

Capítulo 45

Isabela Rojas

Con el tiempo, el efecto que me había dejado el cuerpo entumecido desapareció.

Me di una ducha, revisé mi cuerpo en busca de alguna marca, algún indicio de que Alex me hubiera tocado... pero no. Todo había sido un montaje.

Me puse el vestido blanco que había apartado para la cena y regresé al dormitorio, donde Alexander me esperaba.

Su expresión no era precisamente la mejor.

De hecho, parecía incluso peor que aquel hombre al que conocí la primera vez que pisé esta casa.

—¿Has tenido tiempo suficiente para inventarte algún cuento? —preguntó.

—¿Por qué me estás tratando así?

—¿Y cómo quieres que te trate? —lanzó el móvil de Alex contra mis manos—. ¿Después de leer todo esto? ¿Después de escucharlo?

Sentí que la cara me ardía de vergüenza.

Había cosas allí que yo misma había borrado de mi memoria, cosas que había dicho, fotos que no eran especialmente comprometedoras, pero que dejaban claro cómo siempre acababa cediendo a las peticiones de Alex, insinuándome, usando vestidos cortos. No había desnudos, pero sí imágenes que me hacían morir de vergüenza.

La yo de hace dos años era, definitivamente, mucho más inconsciente.

Subí toda la conversación hasta el inicio y no supe cómo enfrentar aquello.

Alexander, de pie junto a la puerta, me miraba con una mezcla de shock, rabia y algo que dolía aún más: incredulidad. Era como si fuésemos dos completos desconocidos.

Me obligué a hablar, aunque la voz me temblaba:

—Alexander... todo eso es cierto, salvo el audio de esta mañana.

—¿Salvo el audio...? —asintió con amargura.

—¿Me crees?

—Claro que te creo. Por supuesto. Seguro que fue un pequeño malentendido que le hicieras declaraciones de amor preciosas a mi hijo, que te sacaras fotos como si no tuvieras familia y después te quedaras embarazada de él. ¿Theo es suyo, Isabela?

Ante mi silencio, gruñó con fuerza, los puños apretados a los costados.

—¡Responde!

—Sí, Theo es hijo suyo. Eso también es cierto. El audio, no.

—¿Y qué más es verdad? —Contuvo su furia un segundo y suavizó apenas el tono—. ¿Te despertaste desnuda en mi cama con mi hijo y no sabes cómo pasó?

—Me pidió hablar para disculparse por haberme amenazado en Mónaco. Fui una estúpida, acepté, creí que había cambiado...

—¿Y también es mera coincidencia que estés embarazada de tres meses, justo desde que salió del internado?

La vergüenza me invadió. Pero también la rabia.

¿Cómo podía insinuar algo así?

—¿Qué estás diciendo?

—¿Qué querías? ¿Venir a mi casa para aprovecharte de mí? ¿Quedarte con mi hijo? ¿Todo fue una farsa, una puta mentira, para que al final tú y él os fugarais juntos?

—Yo no iba a...

Me arrebató el móvil de las manos con brutalidad y puso el audio.

Era mi voz. Y decía exactamente eso.

Pero no lo recordaba... no podía haber dicho algo así.

¿Por qué me involucraría con Alex si tenía a Alexander?

—¿Te acostaste conmigo sabiendo que eras la madre de mi nieto?

—Al principio no lo sabía, pero luego sí... lo supe, y...

—No digas nada más. Me das asco.

—¿Asco? —Abrí los ojos, horrorizada.

Sus palabras me rompieron por dentro.

Sentí que el suelo se abría bajo mis pies y el corazón me dolía tanto que apenas podía respirar. Me dejé caer en la cama, intentando entender qué estaba pasando.

—¿Entonces le crees a él y no a mí, Alexander?

—¿Y qué motivo tengo para creerte?

—¡Estoy embarazada de ti!

—¿Seguro?

Me levanté de un salto y le abofeteé con fuerza.

Una vez, dos, cinco veces, hasta que cerré los puños y empecé a golpearle en el pecho. No podía creerlo. No podía aceptar que estuviera viviendo aquello otra vez...

—¿Te aprovechaste de mí mientras yo organizaba el anuncio para mi familia, compraba regalos para todos para la cena de esta noche, para acostarte con mi hijo?

—¡Deja de decir eso! —grité, desesperada—. Alexander, por el amor de Dios, tú me conoces.

Intenté agarrarle las manos, pero él se apartó de mí.

—Sabes que yo nunca haría algo así.

—¿No? —rió con amargura, abrió la galería de mensajes y me mostró fotos antiguas que había enviado a Alex—. ¿No? ¿Tienes el valor de mirarme a los ojos y seguir mintiendo?

—Mi única culpa en toda esta historia fue no haberte dicho el nombre del padre de Theo desde el principio. Tu hijo me abandonó. Me las arreglé sola para criar a mi hijo.

—¿Planeando un golpe para sacarle dinero a mi familia?

Sus palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago.

La única verdad en toda esta historia era que Alex era el padre de Theo.

—Si de verdad querías construir algo conmigo, tener la oportunidad de formar parte de mi familia, ¿por qué no me lo contaste en Mónaco, cuando envié a Alex al internado?

—¡Tenía miedo! —grité, incapaz de contener mis emociones —. ¡Miedo de cómo ibas a reaccionar, miedo de perderlo todo... miedo de perderte a ti! ¡Ya me habían abandonado antes, y solo yo sé lo duro que es levantarse sola con un hijo!

—Así que todo vale con tal de proteger tus intereses, ¿no? — Se pasó las manos por la cara, incrédulo—. Confié en ti. Te abrí mi vida, le di lo mejor a tu hijo, y al final... ¿pretendías dejarlo aquí y huir con Alex? ¿Qué clase de madre desnaturalizada eres? ¿Qué clase de mujer aprovechada, sucia y enferma hace algo así?

Sentí que las piernas me flaqueaban.

Tuve que volver a la cama y sentarme.

El suelo bajo mis pies giraba, y ya no distinguía nada. Veía todos los muros que Alexander había derribado entre nosotros levantarse de nuevo, tan altos que ya no podía verlo a través de ellos.

—Tu hijo planeó todo esto. Lo hizo para separarnos, para destruir lo que estábamos construyendo. ¿Por qué no me crees?

—¿Y cómo sé que eso es verdad, si eres tan buena mintiendo?

El silencio que siguió fue devastador.

Todo lo que quería era correr hacia él, abrazarlo, zarandearlo, abofetearlo hasta que lo entendiera... pero su mirada fría me paralizó.

—Está bien. ¿Qué quieres que haga? ¿Cómo puedo demostrarte que digo la verdad?

Me miró fijamente durante un largo momento antes de hablar:

—Vete.

Me quedé helada.

—¿Qué?

—Lo has oído. Si realmente te importaba tanto la verdad, la habrías dicho cuando era el momento. Ahora ya es demasiado tarde. Vete. Lleva tus cosas, a tu hijo, y márchate.

—Alexander, ¿te estás escuchando? ¡Estoy embarazada de ti!

—Isabela, ahora mismo no puedo ni mirarte sin preguntarme quién eres en realidad. Si ese bebé es mío o no... ya casi ni importa.

Sus palabras me desgarraron el corazón.

—¿Me vas a echar ahora, estando embarazada?

Vaciló, pero solo un segundo.

—Es dinero lo que quieres, ¿verdad? No te preocupes. Te pasaré una pensión generosa para que no te falte de nada. Me ocuparé del bebé, aunque no sea mío. Pero tú... solo quiero tenerte lejos.

Las lágrimas que había estado conteniendo brotaron con fuerza.

Me ardía la cara mientras resbalaban por mis mejillas. Apreté las manos temblorosas sobre el regazo y bajé la cabeza,

desesperada al ver cómo mi vida se desmoronaba otra vez.

—¿De verdad vas a echarme, aun sabiendo que te amo?

Desvió la mirada, como si mis palabras fueran algo que no podía soportar.

—¿De verdad crees que nunca te amé, Alexander?

Guardó silencio.

Un tipo de silencio que no necesita palabras para ser entendido.

Sabía que lo había perdido.

Respiré hondo, intentando recomponerme, y pasé junto a él sin mirarlo.

Me quité las joyas que me había regalado y las dejé sobre la cama. Me desvestí en el vestidor y recogí la ropa que había traído conmigo al llegar a la mansión.

La metí en una gran maleta y salí de la habitación.

Bajé las escaleras hasta llegar a mi antigua estancia, que ahora era todo para Theo, un auténtico parque de atracciones, lleno de peluches, juguetes, colores y vida.

Entré en el antiguo vestidor donde solía dormirlo, me senté en el suelo, abracé mis piernas y lloré todo lo que llevaba dentro.

Hasta quedarme sin aire.

Hasta prometerme que sería la última vez en mi vida que lloraría por un hombre.

Capítulo 46

Isabela Rojas

Después de liberar todo el dolor y la angustia que había contenido, me levanté del suelo, me lavé la cara con agua fría y empecé a recoger por la habitación las cosas de Theo que había comprado. Lo guardé todo en sus maletas.

Unos golpes en la puerta llamaron mi atención.

—¿Quién es? —pregunté.

—Soy yo, con Theo —respondió Naty—. ¿Ha pasado algo, amiga? ¿Por qué está la puerta cerrada?

Me soné la nariz, fui hasta la puerta y la abrí.

Tragué saliva y la miré, intentando mantenerme lo más neutra posible.

—Vaya, tienes mala cara.

—¿Puedes ayudarme a llevar las maletas fuera de la propiedad?

—¿Amiga?

—Nos vamos.

Theo se estiró en los brazos de Naty, pidiendo que lo cogiera. Lo tomé en brazos y sentí sus pequeñas manos acariciándome el rostro, tirando de mi blusa, intentando llamar mi atención.

Estaba tranquilo, como si percibiera el peso de mi tristeza, aunque sin entender lo que significaba. Y, de alguna manera, intentaba animarme.

—¡Mami! ¡Mira!

—¿Pero qué ha pasado? —preguntó Naty.

—Alexander quiere que nos vayamos. Su hijo me llamó para hablar... no recuerdo muy bien el resto, mi mente quedó confusa. Me desperté desnuda en la cama de Alexander, con Alex a mi lado.

—¿Qué?

—Eso es todo, Naty. Se acabó. Me voy.

—¿De verdad quieres rendirte?

—No es lo que quiero, Naty —respondí, dejando a Theo en su cuna—. Soy lo bastante madura como para saber cuándo he

perdido. Y ya pasé por esto una vez... solo que ahora duele mucho más.

—Isabela, deberías luchar —dijo, sujetándome del brazo con fuerza—. No puedes dejar que Alexander te eche así.

—Él no quiere escucharme —negué con la cabeza, intentando contener las lágrimas que amenazaban con caer—. Y aunque quisiera, sé que no me creería. Ni yo misma sé si lo haría...

Naty suspiró, pero no insistió.

Me abrazó, intentando darme todo el consuelo que podía.

Quise quedarme en ese abrazo durante horas, o al menos hasta que mis heridas dejaran de sangrar. Pero había urgencias más inmediatas, como irme de allí. ¿Adónde? No lo sabía.

Terminé de guardar todas las cosas de Theo.

Antes de salir del cuarto, me detuve un momento frente a la cuna que Alexander había mandado hacer especialmente para él.

—Sabes que él te ama, ¿verdad? —Naty rompió el silencio.

—Quizá amó a quien creía que yo era —respondí, con la voz quebrada—. Pero ahora... no lo sé.

Ella negó con la cabeza, recogió las maletas y me acompañó hasta la salida.

Todos los empleados de la casa nos miraron mientras salíamos. Incluso quienes estaban ocupados dejaron de trabajar para observar cómo Naty y yo cargábamos las maletas hasta el portón.

Afuera, mis ojos se posaron en Theo, que jugaba con un osito de peluche. Por un instante, sentí que el corazón se me detenía.

Él no tenía ni idea de lo que estaba pasando.

No sabía que estábamos dejando atrás la casa donde había dado sus primeros pasos, donde Alexander lo sostuvo en brazos por primera vez y le prometió ser el padre que nunca tuvo.

La visión se me nubló mientras lo observaba; la culpa y la tristeza me aplastaban el corazón.

—Mamá va a cuidar de ti, mi amor —susurré, besándole la cabeza—. Ahora seremos solo tú y yo, pero te prometo que todo saldrá bien.

Naty me miró, con los ojos llenos de lágrimas.

—El chófer ha dicho que puede llevarte a donde quieras, amiga. Que no teníamos que cargar con todo esto...

—No, gracias. Me las apañaré sin él —dije, lanzando una última mirada a la mansión—. Nunca más volveré a poner un pie en este lugar. Ni me acercaré a esta familia. Me voy lejos. Creo que ha llegado el momento de empezar una nueva vida en Brasil.

—Amiga, no me abandones —me abrazó fuerte, llorando.

—Te prometo que vendrás a visitarme. Te pagaré el billete y la estancia, ya verás.

—¿Me prometes que vas a estar bien?

—Lo prometo. He ahorrado el 75 % de lo que necesitaba... y ahora tengo un máster. Conseguiré un buen trabajo. Y te llamaré, ¿vale? ¡Te vendrás a la tierra del pão de queijo!

Naty me apretó entre sus brazos y no quiso soltarme, ni siquiera cuando llegó mi Uber. Me ayudó a meter las maletas en el coche y no quiso que me fuera sola.

—Todo va a salir bien, Isa.

Quise creerla, pero en ese momento, estaba rota en mil pedazos.



El Uber tenía un destino: la casa de Margareth.

Claro que no quería quedarme allí, pero fue el único lugar que se me ocurrió como parada antes de sentarme, comprar los billetes y prepararme para regresar a Brasil.

En cuanto me vio llegar con Theo en brazos y las maletas tiradas en el suelo, mi orientadora salió corriendo hacia mí. Lo entendió todo sin que tuviera que decir una sola palabra.

Me abrazó y apoyó mi cabeza en su hombro, como si fuera una segunda madre.

—No tenía adónde ir —le dije—, así que pensé en pasar por aquí para despedirme. Luego iré a un hotel y...

—¡Ni pensarlo! —interrumpió—. Por supuesto que te vas a quedar aquí el tiempo que necesites.

Entramos, tomamos un té y charlamos mientras Naty jugaba con Theo, algo más apartada.

Margareth parecía tan impactada como yo al enterarse de que Alex Harrington era el padre de Theo, y prometió que se encargaría de asegurar una pensión para mi hijo, pero me negué.

—He ahorrado 75.000 libras, lo que equivale a más de medio millón de reales. Puedo empezar de nuevo en Brasil con ese dinero. No estaré desesperada ni loca por encontrar un trabajo de inmediato...

—La pensión no es para ti, querida, es para tu hijo. ¿Cómo vas a cuidarle? ¿Con quién le dejarás cuando trabajes?

—Ese dinero servirá para eso. No quiero nada más de esa familia. No te ofendas, Maggy.

—Está bien —dijo, agitando la mano—. Pero aceptarás una carta de recomendación mía para las universidades donde quieras dar clases, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Y como soy la tía abuela de Theo... —suspiró, emocionada —. ¿Aceptarás que, de vez en cuando, os mande regalos? ¿Y que os llame o incluso os visite?

Le tomé la mano, cubriéndola con la mía.

—Has sido la mejor orientadora que podría haber deseado. Sin tu ayuda, mi máster habría sido una pesadilla. Aceptaré todo lo que venga de ti, pero no por lástima, ¿de acuerdo?

—¿Lástima? —pareció ofendida—. ¡Os quiero! Me encantaría que os quedaseis a vivir conmigo para siempre, pero eres demasiado orgullosa como para aceptar dinero...

—No podía aceptarlo, no después de todo lo que has hecho por mí.

Respiré hondo, tratando de serenarme.

—Me voy, Maggy.

—Quédate, querida. No te vayas. Londres es una ciudad cara, pero podrías vivir cerca de mí, de Naty, encontrar un buen trabajo en alguna empresa de renombre...

—No. Siento que la vida me está llamando de vuelta a casa, ¿sabes? He estado tan lejos de Minas que casi he olvidado lo que significa ser una mineira.

—¿Y cómo es ser una mineira? —preguntó, riendo.

—Es tener esperanza. Es levantar la cabeza, afrontar la vida con el corazón abierto, disfrutar de las cosas simples y vivir bien. Voy a volver a mi tierra.

—Entonces, al menos, quédate aquí hasta que tengas todo organizado para el viaje, ¿de acuerdo?

—¿No seré una carga para ti?

—¡Jamás, Isabela! —exclamó—. ¡Necesito pasar más tiempo con Theo! Acabo de volver de Japón hace unos meses y ya echo de menos a mi nieto... —se lamentó—. Quédate, querida. Guarda tu dinero para tu nueva vida en Brasil.

Y así pasé dos semanas en casa de Margareth antes de regresar a Brasil.

Alexander no me llamó, ni mandó mensajes —y, sinceramente, tampoco lo esperaba. Estaba herida, dolida y, conociéndome, si me quedaba más tiempo, acabaría volviendo a él.

Al principio solo quería golpearle, pero esa no era yo.

Era solo mi dolor hablando, el dolor de ver cómo mi mundo se derrumbaba por segunda vez, causado por la misma maldita familia.

Tampoco iba a eximir a Alexander de su culpa: aunque lo hubieran engañado, debería haber estado a mi lado. Y si no fue capaz de hacerlo, entonces no era el hombre para mí.

Maggy y Naty me acompañaron al aeropuerto. No quisieron soltarme en el momento de la despedida.

—Entrégaselo a Alexander cuando quieras y sientas que es el momento. Sin prisa.

—Él no merece nada tuyo —me regañó Maggy.

—Lo sé. Pero voy a ser fiel a mí misma hasta el final. Seguí a mi corazón cuando vine aquí, y seguiré a mi corazón ahora que me voy. Puedo vivir con cualquier culpa, menos con la de no haber hecho lo que creía correcto.

—Que Dios te acompañe, niña. Y si algo no sale bien en Brasil —que saldrá, porque eres luchadora y radiante, porque donde tú estás el sol brilla—, si necesitas regresar, aquí siempre tendrás una casa y amigas esperándote en Londres.

—Yo también os espero a vosotras. Venid a visitarme a Minas.

Las abracé a las dos y seguí mi camino, con Theo en brazos.

Mientras esperaba el avión, una lágrima resbaló por mi mejilla al recordar lo que había escrito.

Qué ilusa era yo...

"Alexander,

Gracias por los mejores momentos de mi vida.

Me sentí amada, acogida, cuidada. Y lamento mucho haber mentido. Sí, debería haberte contado en Mónaco que el padre de Theo era tu hijo, y al no hacerlo, lo arruiné todo.

Desde entonces, sentí miedo. Miedo de perderte, miedo de que todo lo que habíamos construido se destruyera por verdades de un pasado que ya no me representan.

Theo es y siempre será mi mundo.

Desde el momento en que supe que estaba embarazada, me prometí a mí misma que haría todo por él. Y cuando apareciste en nuestras vidas, pensé que tal vez podría darle algo aún más grande: una familia.

Sé que ahora crees que todo fue un plan, no tengo cómo demostrar que no lo fue, pero puedo asegurarte que no fui yo quien dio el primer paso para conquistarte. Fuiste tú. Y yo acepté porque vi en ti a un hombre digno de admiración, alguien a quien estar a su lado y amar. Mi amor por ti es real. Lo que vivimos juntos fue real. Y nada de lo que Alex diga podrá cambiar eso.

No te preocupes por el dinero. Me las arreglé sola antes y

me las arreglaré ahora. Esa será mi mayor prueba de que no soy una oportunista, ni mucho menos de que planeé todo esto para sacar algo de ti.

Quédate con todo lo que es tuyo. Solo te pido, por favor, que no me busques y que no intentes arrebatarme lo que es mío: mis hijos.

Si lo haces, ese día comprenderás que realmente nunca llegaste a conocerme, porque dejaré de ser una mujer para convertirme en una leona.

Isabela."

—Es nuestro avión, Theo —me levanté y señalé el gran avión en la pista, mostrándoselo—. ¿Te acuerdas? Ya volamos en uno antes.

Se estiró en mis brazos y miró hacia atrás, buscando a alguien.

—¿Papá? —preguntó.

—No, hijo. Solo somos tú y yo, una vez más. —Le besé en la cabeza.

Capítulo 47

Alexander Harrington

El silencio en la casa, tras la partida de Isabela y Theo, fue devastador.

No había paz, mucho menos tranquilidad; la ausencia de sonido y emoción era opresiva, haciendo que cada respiración se volviera pesada, mientras los pensamientos que me asaltaban eran simplemente insoportables.

Me di cuenta enseguida de que el ambiente había vuelto a ser el mismo que tras la muerte de Susan y de mi hijo.

La casa parecía abandonada, sin luz, sin consuelo; un simple refugio donde esconderme.

El dormitorio se sentía aún más grande, más vacío, como si el aire hubiera sido absorbido por las palabras que no podía olvidar.

—¿De verdad crees que nunca te amé, Alexander?

Su voz resonaba en cada rincón donde posaban mis ojos.

Era como si su presencia aún permaneciera allí.

Quería creer que sí. Que ella me había amado. Pero un hombre que había transformado el Harrington Bank en el segundo banco más grande del Reino Unido, y uno de los más importantes del mundo, no podía ignorar pruebas, evidencias... ni lo que sus propios ojos habían visto.

Jamás olvidaría aquella imagen.

Isabela, desnuda, en mi cama, junto a Alex.

Me senté en el borde de la cama, donde las sábanas aún estaban arrugadas por el peso de ella... y de él. Solo la idea me revolvía el estómago.

Me pasé las manos por la cara, intentando organizar mis pensamientos, pero lo único que sentía era rabia, dolor y algo que no quería admitir: arrepentimiento.

—¿Cómo pudiste ser tan idiota? ¿Cómo pudiste creer en ella? —murmuré para mí mismo—. ¿No te diste cuenta del tipo de mujer que era desde el primer momento, imbécil?

Respiré hondo y salí del cuarto.

Siendo pragmático y racional, lo único que podía hacer era seguir adelante y fingir que nada de aquello había ocurrido.

Blindarme, ignorarlo todo y a todos, salir de casa a las siete de la mañana y regresar a medianoche solo para dormir, repitiendo el ciclo hasta recuperar el control de mi mente.

Y así fueron pasando los días.

Llegaba temprano al banco y era el último en marcharse. Trabajé tanto que, en una semana, ya no quedaba nada pendiente.

Y entonces me encontraba solo, enfrentándome al móvil de Alex, que seguía en mi poder, debatiéndome entre el impulso de releer todas aquellas conversaciones, aquellas promesas de amor, aquellas fotos que ella le había enviado... y aquel maldito audio.

No la necesitaba.

Había sobrevivido dos semanas sin su presencia, y todo seguía funcionando como debía: los beneficios aumentaban, todo marchaba. Todo, salvo mi mente, que a veces volvía a ella.

—¿Señor Harrington? —me llamó mi secretario—. Su hermana está aquí para verle.

—Dígale que estoy ocupado y que se marche.

—Tengo una carta de Isabela para entregarle —escuché la voz de Margareth al teléfono.

—Que pase —gruñí.

Escondí el móvil y encendí el portátil, fingiendo estar ocupado. Mi hermana mayor entró, echó un vistazo al despacho y dejó un papel doblado sobre mi escritorio.

—¿Esto? —solté una carcajada—. ¿Ni siquiera un sobre?

—No, solo su corazón —respondió ella—, algo que, por lo visto, para ti no tiene ningún valor.

—¿Sin valor? —ironizé—. Estaba en mi cama con mi hijo. Todo fue una farsa para conseguir dinero fácil.

—¿Ah, sí? ¿Entonces por qué no pidió nada antes de marcharse? —Margareth se dio media vuelta, sabiendo que había alquilado un ático en mi cabeza—. Buena semana, Alexander. Que Dios te dé algo de juicio, porque parece que es el único capaz de convencer a alguien tan perfecto y libre de errores como tú.

Se marchó en silencio, como si no le importara en absoluto si iba a leer la carta o no.

Por supuesto, quise romperla.

¿Qué podía tener que decirme? ¿Más mentiras? ¿O, finalmente, la verdad?

Ignoré aquel trozo de papel durante dos días...

Al tercer día, llegué temprano a la oficina y leí la maldita carta.

Primero me reí con desprecio. Luego la releí, esta vez con aún más desdén. Después, con rabia. Y en la séptima u octava lectura, las palabras ya no salían de mi cabeza.

«No te preocupes por el dinero, me las arreglé sola antes y volveré a hacerlo ahora. Esa será mi mayor prueba de que no soy una oportunista, ni mucho menos de que planeé todo esto para sacar algo de ti.

Quédate con todo lo que es tuyo. Solo te pido, por favor, que no me busques ni intentes arrebatarme lo que es mío: mis hijos.»

De repente, esas palabras acentuaron su presencia.

El aroma de su piel parecía flotar en el aire. Su ausencia empezó a aplastarme el pecho hasta hacerme sentir que me iba a quedar sin aire.

Llamé a Isabela, pero su número ya no existía.

Mi mente volvió una y otra vez a aquel día fatídico.

La forma en que intentó defenderse, cómo sus ojos se llenaron de lágrimas, suplicando que confiara en ella. ¿Y yo? Yo elegí darle la espalda. No porque creyera en Alex, sino porque... ¿por qué

iba a creer en ella, cuando todas las pruebas apuntaban en su contra?

Me levanté de la silla y empecé a pasearme por la oficina, incapaz de quedarme quieto. Los pensamientos no dejaban de girar en mi cabeza, y la ansiedad me mantenía tan alterado que necesitaba hacer varias cosas a la vez para intentar calmarme.

Entonces me di cuenta.

Isabela se había ido. Se había llevado a Theo.

Y sentí rabia.

Rabia hacia ella.

Rabia hacia Alex.

Rabia hacia mí mismo.

Aquella noche no pude dormir. La cama se sentía demasiado grande y fría —aunque había dormido en ella durante más de una década, nunca la había sentido así. No de esa manera.

No quería cerrar los ojos, porque cada vez que lo hacía, mi inconsciente se encargaba de recordarme todas las noches en que Isabela había dormido a mi lado, trayendo una paz que yo ni siquiera sabía que necesitaba.

El simple sonido de su respiración me reconfortaba.

Ahora, el silencio era ensordecedor.

Me levanté y fui hasta el cuarto que antes era de Theo.

La habitación seguía llena de juguetes y colores, pero la cuna estaba vacía.

Pasé la mano por el borde de la cuna, recordando el día que la monté.

Y entonces me vino a la cabeza aquel momento en que Theo, entre sus primeras palabras, dijo: *«papá».*

Yo no era su padre biológico. Pero él era mi hijo.

Y ese dolor era tan intenso que parecía físico.



Me desperté al día siguiente y lo primero que hice fue llamar a Oliver para pedirle que contactara con Santo y le dijera que viniera

a verme al banco cuanto antes. No hacía falta concertar una cita, solo que se presentara directamente en mi despacho.

Y así fue.

Al mediodía, el italiano estaba frente a mí, con esa postura arrogante y triunfante que ahora me irritaba más que nunca.

—¿Ha reconsiderado mi oferta, señor Harrington?

—En realidad, tengo una propuesta que hacerle yo.

—¿Una propuesta? —rió con desdén—. ¿Tan absurda como la mía?

Puse el móvil de Alex sobre la mesa y lo empujé hacia él, esperando su reacción.

—No entiendo.

—Dicen que usted es un hombre práctico y eficiente, famoso por resolver problemas, cueste lo que cueste.

—Así es. Yo resuelvo los problemas de mi familia. Y, al parecer, también los de otras —dijo, tomando el dispositivo y examinándolo con interés—. ¿Cuál es el problema y qué gano si lo resuelvo?

—Quiero dos cosas. Primero, que desbloquee todos los secretos de ese aparato: llamadas, mensajes borrados, grabaciones que haya hecho y que no aparezcan en ningún registro.

—Esa parte es fácil. ¿Y la difícil?

—Encontrar a una mujer que se ha marchado a Brasil.

—Eso me llevará más tiempo —asintió, sin perder la calma—. ¿Y mi recompensa?

—Mi banco financiará su proyecto de fabricación de armas, siempre y cuando —acentué el tono para que entendiera que hablaba en serio— nunca las utilice contra mi país.

—¿Cuánto tiempo tengo?

—Poco. Soy un hombre que tiene mucha prisa.

—¿Y para descubrir los secretos de este teléfono y de su propietario... tengo carta blanca?

—¿Qué quiere decir, Santo?

—Ya lo sabe, señor Harrington. Como dicen: no se puede hacer una tortilla sin romper algunos huevos. Quien guarda secretos en un móvil, miente. Y quien miente... a veces necesita un pequeño incentivo para decir la verdad, así que...

—Sí, tiene total libertad y apoyo para romper todos los huevos que haga falta.

—¿Puede firmarlo? Solo por cuestiones legales.

—Tendrá su documento —extendí la mano.

Y él la estrechó de inmediato.

—Entonces tendrá sus respuestas. Y yo, la financiación millonaria que necesito.

Capítulo 48

Isabela Rojas

En cuanto pisé Poços de Caldas, el aire puro y el calor de mi ciudad natal me abrazaron, llenándome de una sensación de consuelo.

Mientras el taxi nos llevaba a casa, le mostré a Theo las calles de mi infancia, donde había corrido, montado en bicicleta y jugado con mis amigas. Estéticamente todo era distinto a como lo recordaba: algunas casas estaban pintadas de otros colores, otras habían dado paso a edificios... pero seguía siendo el mismo lugar.

Al llegar a la casa de mis padres, esperaba recibir apoyo y cariño, pero pronto me di cuenta de que todo estaba dominado por un sentimiento que ya solo existía en el pasado.

Mi plan era quedarme allí al menos un mes para organizar mis pensamientos, creyendo que encontraría refugio, consuelo y respaldo.

Lo que encontré, sin embargo, fueron miradas de desaprobación y palabras duras.

Mi madre, por ejemplo, no se contuvo en sus comentarios:

—¿Al menos terminaste tus estudios?

—Claro, mamá, terminé el máster.

—Dentro de lo malo, algo es. Qué vergüenza volver embarazada y con un crío, sin padre... —Ni siquiera era capaz de mirarme a los ojos—. Mejor que no salgas de casa. ¿Qué pensará la gente de nosotros?

Mi padre, aunque menos duro, tampoco me defendió ni dijo nada a mi favor.

Fueron cinco largos días en los que fui juzgada, humillada y maltratada por las personas que, en teoría, deberían haber sido mi sostén en aquel momento.

Entonces, una parte de mí lo entendió.

Quería estar allí porque era familiar, porque era seguro, pero sabía que caería en una depresión si seguía escuchando aquellas cosas. Si en cinco días mi mente ya estaba debilitada, en un mes perdería toda fuerza para empezar de nuevo. Y ese había sido precisamente el objetivo de volver a Brasil.

Lo último que les dije antes de marcharme a Belo Horizonte fue:

—Pensé que me recibiríais con cariño... pero ahora entiendo que solo era una parte infantil de mí la que deseaba el abrazo de sus padres. Así que os voy a ahorrar la vergüenza y me marcho a la capital. No quiero criar a mis hijos en un lugar donde me recuerden constantemente mis errores.

Mi madre suspiró y siguió lavando los platos como si nada. Mi padre subió el volumen del televisor, donde un noticiero sensacionalista hablaba sobre la criminalidad en el país.

Ese silencio fue la confirmación de que había tomado la decisión correcta.

Recogí a Theo y mis maletas —sin ayuda de nadie— y me marché a la capital. Aquella misma tarde me prometí a mí misma que lo haría todo diferente. Que yo sería el puerto seguro de mi hijo y que él nunca volvería a verme rota. Theo y el bebé que llevaba en el vientre crecerían con la certeza de tener una madre fuerte, valiente, pero, sobre todo, amorosa y comprometida con ellos.

Mis primeros días en Belo Horizonte fueron en un hotel modesto, que servía desayuno y donde había bastante ruido por las

noches.

Pero fue allí donde Theo y yo empezamos de nuevo.

Entregué mi currículum en varias universidades privadas, pero como las respuestas tardaban en llegar, decidí cambiar de estrategia: también lo dejé en las principales empresas de la capital mineira, y algunas me llamaron. Sin embargo, tuve que hacer cálculos: no quería pasar tanto tiempo lejos de Theo.

Me presenté a varios concursos públicos y, finalmente, el destino sonrió: una importante universidad privada me convocó para una prueba y una entrevista para ser profesora auxiliar en el grado de Administración. El horario era perfecto.

Aprobé, y así empecé a dar clases por la tarde y noche, los miércoles, jueves y viernes. También colaboraba en el laboratorio de investigación del grado. Con ese horario flexible, pude contratar a una niñera para Theo.

A veces incluso lo llevaba conmigo a la universidad, y nadie se quejaba.

—¿Lo ves, hijo? —le repetía cada noche antes de dormir—. Lo hemos conseguido. Mamá puede con todo.

Una mañana de lunes, recibí un mensaje de Margareth:

Maggy Harrington: *Isabela, como me pediste, entregué la carta a Alexander.*

Me pidió tu nuevo número, pero no se lo di. Creo que eso es algo que tú debes decidir.

Dijo que quiere aclarar algunas cosas muy importantes.

Me quedé mirando el mensaje durante mucho tiempo. Tardé todo un día en responder:

Isa R.: *Hola, Maggy, ¿cómo estás? ¡Te extraño!*

Hiciste bien en no darle mi número.

No hay nada que aclarar, para mí todo está muy claro.

¡Un beso!

Alexander Harrington

Además de tener que soportar a Penélope susurrándome al oído *"menos mal que te libraste de esa gobernanta, esa mujer no era de fiar"*, tenía que lidiar con un problema mucho más urgente: mi madre había desaparecido.

Así, de la noche a la mañana, estaba yendo a un spa y de repente se desvaneció.

Mi padre estaba desesperado, la familia llena de teorías conspiranoicas, y yo, el más pragmático de todos, que prefería dejar que la policía se encargara, tuve que escuchar cómo mi padre decía que era mejor no involucrar a las autoridades, ya que eso llamaría demasiado la atención sobre nosotros.

Y había una regla clara para ser un Harrington: existíamos en las sombras, sin que nuestro nombre apareciera jamás en los titulares. Y mucho menos en noticias de sucesos.

—Xander —me llamó mi padre, eufórico—. ¡Gracias a Dios! Tranquilo, tu madre acaba de volver a casa. Se ha encerrado en su habitación, no quiere hablar ni decir nada. Está un poco despeinada y con la ropa hecha trizas, pero parece estar bien. No hace falta llamar a la policía.

—¿Despeinada y con la ropa destrozada te parece "estar bien", papá?

—Lo importante es que no tendremos que involucrar a la prensa.

Que para él *lo importante* fuera eso no era precisamente una sorpresa.

Las prioridades de esta familia siempre desafiaron toda lógica.

Al colgar, sonó la línea del teléfono de mi secretario.

—¿Sí?

—Señor Harrington, el señor Santo Zampieri está aquí para verle.

—Perfecto, que pase.

En ese momento no relacioné el regreso de mi madre con la llegada de Santo, pero en cuanto cruzó la puerta del despacho presidencial, con esa sonrisa que desafiaba toda lógica, lo entendí de inmediato.

—Santo —me levanté y estreché su mano.

—Señor Harrington. Espero que nuestro acuerdo siga en pie.

—Soy un hombre de palabra, Santo. ¿Está listo para darme respuestas? Porque yo estoy listo para firmar su financiación. —Tomé la pluma y la giré entre los dedos.

Santo era un hombre peculiar. Siempre me había preguntado de dónde habría sacado aquella cicatriz que le cruzaba parte del rostro. De algún modo casi sobrenatural, transmitía una mezcla de seriedad y confianza, aunque cuando abría la boca parecía un bromista en quien no se podía confiar ni una palabra.

—Vayamos al grano, sin rodeos. —Puso el móvil de Alex sobre la mesa y pulsó el botón de reproducción de un audio de Isabela—. Esto es inteligencia artificial. Es convincente, pero no perfecta. Hay pequeños ruidos de fondo, lo que indica que fue grabado desde otro móvil que modificó la voz original para ponerla con la de Isabela.

—¿Pruebas?

Sacó otros dos móviles y los colocó sobre la mesa.

—¿De quién son?

—De su hijo. También he recuperado aplicaciones, fotos y audios eliminados. Incluso llamadas. Aquí hay 35 horas de contenido. —Dejó un pendrive sobre la mesa—. Por si quiere comprobarlo usted mismo. Pero lo más importante es...

Santo tomó el segundo móvil y reprodujo un audio en el que Alex decía exactamente lo mismo que supuestamente había dicho Isabela.

—Así que utilizó una aplicación para alterar su propia voz y la reprodujo en el móvil de Isabela. Por eso parecía que el mensaje lo había enviado ella.

—¿Y las fotos?

—Son suyas, sí, pero de hace dos años. Todos tenemos un pasado del que no estamos precisamente orgullosos, ¿no?

—No. —Tragué saliva—. Ahora tengo una pregunta que hacerte.

—Adelante.

Me agarré al borde de la mesa, respiré hondo, entorné los ojos y lo miré como si fuera a matarlo.

—¿Secuestraste a mi madre?

—No. —Santo levantó el dedo índice en señal de corrección—. La invité amablemente a venir a mi despacho para darme algunas explicaciones.

—¿Y ella aceptó?

—No. Así que tuve que ponerle una bolsa negra en la cabeza, meterla en el maletero y llevarla a su destino final para completar el trabajo.

—Eso es secuestro, Santo.

—O servicio de Uber entregas. Soy un hombre polifacético, acepto todo tipo de encargos, incluso para Uber. —Se encogió de hombros—. No que alguien fuera a querer comprar a tu madre... debe de tener un sabor horrible.

Arqueé una ceja.

—¿Y qué explicaciones buscabas?

—Por ejemplo, por qué visitaba a Alex todas las semanas en el internado. Y las llamadas que le hacía después de salir. Y el audio que tu hijo le envió el día en que Isabela dijo estar embarazada. Y la llamada de ella pidiéndole que se reunieran urgentemente para hacer un plan.

Aquello sonaba tan absurdo que me costaba creerlo.

—Todo debidamente documentado en el pendrive. Somos hombres parecidos, señor Harrington: solo creemos en lo que se puede demostrar. Y las pruebas están ahí.

—¿Y existe alguna explicación para que mi mujer despertara desnuda en mi cama, con mi hijo?

—Tu madre es una mujer muy ingeniosa y creativa. Y, lo que es peor, sabe exactamente cómo manipularte. Así que usó eso en tu contra. Todo fue plan suyo. —Golpeó con el dedo el pendrive sobre la mesa.

Suspiré, pero no de alivio.

Isabela tenía razón. Y yo no le creí.

Me sentí tan idiota que apenas podía sostenerle la mirada a Santo.

—¿Qué hiciste con mi madre?

—La llevé a mi despacho, como te expliqué.

—¿Dónde?

—En Roma. En la iglesia donde trabajo. La metí en el confesionario, le quité la ropa y la azoté en la espalda con un rosario hasta que dijo la verdad.

—¿Perdón?

—No subestimes el poder de los métodos de la iglesia... ni del BDSM, señor Harrington. Ambos trabajan directamente con el

inconsciente. Y, como bien sabes, el inconsciente es el responsable de nuestras decisiones.

Parpadeé, intentando procesar toda aquella información.

—Escucharé atentamente las 35 horas. —Tomé el pendrive y lo guardé en el bolsillo de la chaqueta—. Y entonces, tendrás tu documento firmado y el financiamiento del banco.

—Con un interés del 5 % anual —propuso.

—3 % anual, si consigues localizar a Isabela.

—¡Cómo lo adivinaste! Esa es mi parte favorita: localizar personas... y ganar dinero con ello. Bueno, en este caso, ahorrarlo. —Santo se levantó, animado—. Llámame cuando tengas el documento. Yo tendré su paradero.

—Perfecto. Gracias.

—Señor Harrington, una última cosa.

Se dio media vuelta y me miró con esa expresión de pillo sabihondo que siempre parecía saber más de lo que decía.

—¿Sí?

—Tu familia es muy problemática. Todos parecen estar compitiendo por quitarte el poder o controlarte.

Eso no era ninguna novedad.

Sin embargo, después de todas aquellas revelaciones, empecé a preguntarme qué significaba yo realmente para esta familia. La impresión que tenía era que solo servía como cerebro de operaciones para generar ganancias descomunales, porque nadie —ni mi madre ni mi propio hijo— me veía como un ser humano.

Tanto que estaban dispuestos a jugar con mi vida como si fueran dioses.

—¿Y tú cómo resolverías eso?

Santo sonrió de medio lado y salió por la puerta, no sin antes decir:

—Yo les dispararía en la rodilla a cada uno. Así aprenderían quién manda aquí.

Capítulo 49

Isabela Rojas

Algunas noches eran más largas que otras.

Lejos de los ojos de Theo o de mis alumnos, para quienes yo era una profesora segura de sí misma, a veces me sentaba en el balcón del pequeño apartamento, observando el tráfico, y me permitía llorar en silencio.

Una parte de mí deseaba que Alexander me dejara en paz.

Otra parte anhelaba un mensaje, una llamada, cualquier señal de que le importaba o al menos de que reconocía que había cometido un error.

Pero no.

Sabía que era demasiado orgulloso.

Un hombre como él jamás se rebajaría a pedir disculpas.

Habían pasado dos meses desde que dejé Londres, desde que dejé atrás la vida que estaba construyendo con Alexander, pero

parecía que hubiera sido ayer.

En mis recuerdos, sentía una mezcla del cariño que me dio y de las acusaciones que me lanzó; de la forma en que me trató como a una reina para, después, echarme de su casa como a una cualquiera.

Cerré los ojos, pero eso solo hizo que los recuerdos se volvieran aún más vívidos.

—¿Por qué estás desnuda en mi cama con él? —su voz resonó en mi cabeza.

Mi respiración se volvió pesada.

Incluso después de todo este tiempo, podía ver su rostro, su expresión de dolor y desconfianza, mirándome como si fuera una desconocida. Intenté explicarme. Ni siquiera sabía qué decir. Grité, lloré, supliqué que me creyera. Pero no lo hizo.

Aunque, ¿qué esperaba yo de un hombre que encubría los abortos de su hijo y prefería creerle a un drogadicto problemático antes que a mí?

Tomé el móvil de la mesa y lo encendí, mis dedos dudando sobre la pantalla.

Podía llamarlo, tenía su número. Podía intentar explicarlo todo otra vez, pero ¿para qué? Alexander ya había tomado una decisión. Creyó en Alex.

Y en el "mejor" de los casos, aunque se aclarara todo, volvería a tener que lidiar con su madre manipuladora, su hija calculadora y hasta con el propio Alex.

No.

Prefería criar a mi bebé sola, salir adelante sin él, que vivir en un infierno constante.

Dejé el móvil a un lado, cerrando los ojos para contener las lágrimas que amenazaban con caer.

—Tienes que parar con esto, Isabela —murmuré para mí misma.

Escuché a Theo llorar y fui a su cuarto.

Estaba en la cuna, con los ojos medio cerrados y las mejillas húmedas.

—Ya está, mamá está aquí —lo tomé en brazos.

Pero no dejó de llorar.

Nunca tuve el don de calmarlo. Margareth, Naty y Alexander siempre fueron mejores en eso.

—Mamá, quiero a papá —dijo, sollozando.

Me senté en la cama y lo acuné contra mi pecho, sintiendo su cabecita apoyada en mí.

—¿Por qué lloras, mi amor?

—Papá —lo llamó, alzando las manos.

—¿Tuviste una pesadilla? —intenté distraerlo—. ¿O tienes dolor de barriga? Cuéntale a mamá. Ya todo está bien.

Pero sabía que no todo estaba bien. No para mí.

Mientras acariciaba su cabello, el corazón se me encogía.

Theo era la razón por la que seguía adelante, el único motivo que me impedía caer completamente. Pero cada vez que lloraba, cada vez que llamaba a su "papá", recordaba cómo era tener a Alexander cerca.

Recordaba cómo superó sus propios bloqueos para acercarse a Theo, cómo lo cuidaba con cariño, como si fuera el tesoro más valioso del mundo, como si realmente fuera su hijo.

Y yo les había arrebatado eso.

Fui una ingenua al confiar en Alex, debí haber mantenido las distancias desde el principio.

Y mentí a Alexander. Una mentira pequeña que lo desencadenó todo.

—Te prometo que todo va a salir bien —susurré, como si necesitara convencerme tanto como a Theo.

Cuando volvió a dormirse, me quedé de pie en la puerta, observándolo. El amor que sentía por él era tan fuerte que dolía, pero era un dolor que abrazaba con todo mi ser.

Porque, al menos, eso era todo lo que me quedaba.

Fui a la sala y me dejé caer en el sofá, cerrando los ojos.

Pero la paz parecía imposible.

Los recuerdos seguían viniendo, como una película interminable.

Recordé la primera vez que vi a Alexander sonreírme, aquella sonrisa rara que parecía iluminar todo a su alrededor. Recordé cómo me miraba cuando pensaba que yo no lo veía, como si intentara entender cómo había llegado a su vida.

Y recordé el día en que me echó, como si todo eso nunca hubiera significado nada.

Mi respiración se volvió irregular, y finalmente, las lágrimas escaparon.

—¿Por qué no me creíste? —susurré al vacío.

Alexander Harrington

Me aislé de todo y de todos para centrarme únicamente en el trabajo.

No contaba con la eficiencia de Santo, pero en dos semanas me entregó el paradero de Isabela: estaba en Belo Horizonte, capital de un estado de Brasil. Estaba dando clases en una universidad privada de tamaño medio.

Llamé a su nuevo número, pero no me atendió.

Envié mensajes, correos electrónicos, intenté todo tipo de contacto, incluso por vías institucionales de su trabajo, pero ella me ignoró categóricamente —y la empresa se limitó a decir que no podía hacer nada más.

Así que hice lo que tenía que hacer: compré la universidad.

Y obtuve toda la información que necesitaba sobre ella, como sus horarios, y me fui a Brasil.

Belo Horizonte era cálida y no tenía mar. Era un lugar bonito, con personas extremadamente amables, cordiales y de sonrisa fácil, muy diferente de Londres, donde todos iban con prisa y desinteresados en todo lo que no fuera ganar dinero.

Fui al campus, donde el propio rector me hizo un recorrido, mostrándome los edificios, la biblioteca y los laboratorios. Al final, pedí la ubicación del aula D en el módulo de negocios y entré en el aula donde Isabela daría clase en veinte minutos.

Mientras la esperaba, mi corazón latía más rápido de lo normal. El aula estaba vacía, las sillas perfectamente alineadas, la luz del sol entraba por las ventanas altas y llenaba el espacio de un calor acogedor.

Era un aula sencilla, sin la opulencia a la que yo estaba acostumbrado, pero había algo en aquel lugar que lo hacía cálido. Era el efecto de Isabela: donde ella estaba, creaba hogar.

Y entonces, escuché sus pasos. Los reconocí de inmediato.

El sonido de sus tacones resonó en el pasillo antes de detenerse en la puerta.

El tiempo pareció desacelerarse, y contuve la respiración.

Cuando Isabela entró, sentí como si el aire se hubiera escapado de mis pulmones.

Estaba diferente. Llevaba el cabello recogido en un moño sencillo, y había un brillo de determinación en sus ojos. Su vientre era más prominente ahora, y el vestido ceñido destacaba las curvas que evidenciaban su embarazo.

Pero lo que realmente me golpeó fue la expresión de su rostro.

No era rabia. Tampoco indiferencia. Era decepción.

Nuestros ojos se encontraron, y por un momento, el mundo se detuvo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

Tragué saliva, intentando encontrar las palabras.

—Isabela...

Ella alzó una ceja, cruzó los brazos y, asomándose por la puerta, empezó a gritar en portugués:

—¡Seguridad! ¡Por favor, necesito ayuda aquí!

Su tono era áspero, tan diferente del que recordaba.

Me levanté, dando un paso hacia ella, pero retrocedió.

—No te acerques. Ya vendrá alguien a resolver esto. Tengo una clase que impartir y mis alumnos llegarán en cualquier momento.

—Isabela, necesito decirte algunas cosas.

—No hay nada más que decir, Alexander —caminó hasta la mesa y dejó su bolso—. Deberías haberlo entendido cuando ignoré todos tus mensajes.

La frialdad de su voz fue como un golpe directo a mi pecho, pero sabía que me lo merecía. No había nada que pudiera justificar lo que hice, pero aun así, tenía que intentarlo.

—Isabela, descubrí la verdad. Me di cuenta de que cometí un error. Un error terrible.

—¿Te diste cuenta? —cruzó los brazos.

—Tenías razón. Y debí haberte creído. Ahora lo sé todo.

Ella guardó silencio un momento, evaluando mis palabras.

—Ya no importa. Estoy reconstruyendo mi vida y no necesito...

Se interrumpió cuando un guardia de seguridad apareció en la puerta. Entendía algo de portugués, lo suficiente para deducir la conversación.

—Saque a este hombre de aquí, por favor. Va a interrumpir mi clase.

—No puedo, señora.

—¿Cómo que no puede? Él no es alumno, no puede estar aquí.

—El problema, Isabela —intervine—, es que ahora soy dueño de esta universidad. Y te garantizo que no vas a dar una sola clase más aquí sin escucharme antes.

Mi intención era dejar claro que no me rendiría hasta que me escuchara. Pero lo que ella entendió fue:

—Ah, ya veo. ¿Has venido a coaccionarme?

—No. Yo solo...

—¿Vas a quitarme lo único que me queda? ¿No tienes vergüenza, Alexander? Después de cuestionar mi carácter y humillarme, ¿ahora también quieres impedirme seguir adelante? No esperaba esto de ti.

—No voy a impedirte nada, solo quiero que me escuches. ¿O quieres que me arrodille y me arrastre para que me concedas unos minutos?

Ella fue hasta la mesa, tomó su bolso y empezó a salir del aula.

—No. Ya no quiero nada de ti —dijo, dándome la espalda.

—¡Isabela, vuelve aquí!

—Has ganado, Alexander. Me doy de baja.

Capítulo 50

Isabela Rojas

Gracias a Dios, la mayoría de las aulas estaban vacías y había pocos alumnos en ese piso. Aun así, vi algunas cabezas asomarse por las ventanas de los edificios cercanos cuando Alexander me persiguió por los pasillos del módulo.

Todo parecía un borrón mientras salía del aula con el bolso colgado al hombro, y oír su voz solo aumentaba mi ceguera de rabia.

Mi corazón latía acelerado, no por el esfuerzo físico, sino por su presencia.

Alexander tenía ese efecto sobre mí; agitaba mis sentimientos y mi autocontrol de forma profunda, y lo odiaba por eso.

Lo único que deseaba era alejarlo, dejarlo atrás.

Pero él no pensaba ponérmelo fácil.

—¡Vuelve aquí, Isabela! —dijo con su tono autoritario.

Aceleré el paso, intentando mantener la distancia y la compostura, pero antes de llegar a las escaleras, se plantó frente a mí.

—No huyas de mí, Isabela. Quiero hablar contigo.

Me detuve en seco y me giré buscando otra salida.

Al ver que no había más escapatoria salvo bajar las escaleras —o lanzarme desde ellas, lo que no era una mala idea considerando que la otra opción era enfrentarlo—, crucé los brazos y lo miré con todo el control que pude reunir.

—No estoy huyendo, Alexander. Simplemente no tengo nada más que decirte.

Él intentó acercarse, y yo retrocedí.

—Yo sí tengo cosas que decir. Puede que no quieras oírme, Isabela, pero no me iré hasta que me escuches.

Solté una risa nerviosa.

—Eso es lo que siempre haces, ¿no? Usas tu fuerza, tu poder, tu dinero para conseguir lo que quieres. Como comprar esta universidad solo para fastidiarme.

—Si eso es lo que tengo que hacer para tener una oportunidad contigo, entonces sí.

Negué con la cabeza, dando otro paso atrás.

—¿De verdad crees que puedes arreglar todo con dinero, Alexander? —Mi voz salió más alta de lo que pretendía—. ¿Eso es todo lo que te queda?

Se quedó congelado un instante, pero yo continué, incapaz de detener las palabras que me ahogaban.

—Te escondes detrás de él. Usas el dinero para protegerte, para imponerte, para manipular a quienes te rodean. Espero de corazón que nunca te falte, porque sin él serías como un león sin garras ni dientes. Un león que no tiene nada.

Frunció el ceño y apretó la mandíbula, claramente irritado.

Su mirada ardía como fuego.

—Eso no parecía ser un problema antes, ¿verdad? Mi dinero sí valía cuando te gustaba.

—Me gustabas, hasta que te conocí de verdad y entendí que no eres más que eso: un hombre vacío y tan pobre de espíritu que lo único que tienes es dinero. Quédate con él.

—Isabela...

—Ni todo el dinero del mundo haría que te volviera a querer, Alexander.

Eso pareció herirle en lo más profundo.

—No me pongas a prueba, Isabela. Soy capaz de destruir el mundo entero hasta que solo quedemos tú y yo. Y entonces, para bien o para mal, te verás obligada a quererme otra vez.

Mi corazón latió con fuerza, pero no era miedo. Era la furia que había cargado durante meses, mezclada con la certeza de que nunca volvería a vivir algo así. No con Alexander, ni con ningún otro hombre.

—Prefiero morir —gruñí.

Hubo un silencio pesado, denso.

Las palabras se quedaron flotando entre nosotros, como un muro imposible de atravesar.

¿No era él experto en levantar muros impenetrables? Pues debía felicitarle: me había enseñado a hacer lo mismo. Ahora mi corazón estaba blindado.

Se pasó la mano por el pelo, visiblemente frustrado. Su voz salió más controlada cuando por fin habló:

—Me equivoqué, Isabela. Me equivoqué como nunca antes. Y no me permito cometer errores. Siempre hago todo perfecto, siempre controlo todo a mi alrededor. Y estoy siendo un hombre al

venir aquí, admitir mi error y querer repararlo. Pero no aceptaré que digas que todo lo que tuvimos fue por dinero o una mentira.

—No he dicho eso, Alexander.

—¿Entonces qué quieres decir?

Mi voz se quebró, y odié la debilidad que sentí.

—Quiero decir que ya no importa.

Se acercó, y sentí el aroma familiar de su perfume, algo que hizo que mi pecho se encogiera.

—Para mí sí importa.

Negué con la cabeza, endureciendo los músculos del rostro para no dejar ver otra cosa que no fuera fuerza.

—Alexander, ya no te amo.

Vi el dolor en sus ojos, aunque intentara ocultarlo.

Para mi sorpresa, eso no lo hizo retroceder.

—No te creo.

—¿Y qué me importa? No me importa lo que creas o dejes de creer. No es mi problema. Se acabó.

—No te creo, porque sé que aún sientes algo por mí. Puedes decir que me odias, pero no puedes fingir que no queda nada.

Señaló el espacio entre nosotros, como si pudiera tocarlo.

Inspiré profundamente, tratando de recuperar el control.

—Lo que hay entre nosotros, Alexander, es un abismo. Y nada lo va a llenar.

Él negó con la cabeza, como si quisiera convencerse de lo contrario.

—No voy a rendirme contigo.

—Tú ya te rendiste, Alexander. Lo hiciste en el momento en que decidiste creer a tu hijo antes que a mí.

Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas, pero no me arrepentí. Se quedó en silencio un largo rato, y por primera vez, pareció sin respuesta.

—Lo siento —dijo al fin, haciéndose a un lado para dejarme pasar.

Cerré los ojos, respiré aliviada, apresuré el paso y me agarré al pasamanos de las escaleras mientras bajaba. Me pasé el dorso de la mano por la cara para eliminar cualquier rastro de lágrimas que pudieran haber caído sin darme cuenta.

—A veces, Alexander, decir que lo sientes no basta.

Dejé esas palabras flotando en el aire y corrí tan lejos como pude de allí.

Capítulo 51

Alexander Harrington

Estaba sentado en el asiento de cuero del coche, observando cómo el paisaje de Belo Horizonte pasaba por la ventanilla. La ciudad parecía más cálida y humana que Londres, así que ¿por qué todo me resultaba tan pálido, insignificante y sin brillo?

No era lo que esperaba de mi encuentro con Isabela.

Me enfrentó. Con una firmeza que me desconcertó y una determinación que, en otras circunstancias, habría admirado. Pero ahora, parecíamos más distantes que nunca, a pesar de estar en la misma ciudad.

Todo por mi culpa y por mis errores.

Era lo bastante hombre como para admitirlo. Si hubiera actuado de otra forma, ella aún sería mía. Pero aquella noche estaba ciego, viendo solo lo que otros querían que viera, y el orgullo… fue la guinda del pastel que despertó lo peor de mí.

Y ella no merecía nada de aquello, aunque me hubiera ocultado cosas.

—¿Por qué fue tan terca? Isabela no era así... —me froté las sienes, con la voz cargada de frustración.

En medio de todo, esbocé una sonrisa amarga.

Sí, Isabela era terca. Tenía una personalidad fuerte y, cuando tomaba una decisión, nadie era capaz de hacerle cambiar de opinión. Pero eso era precisamente una de las cosas que más me habían atraído de ella desde el principio. No importaba cuán difíciles se pusieran las cosas, siempre las enfrentaba con valentía.

También había en ella dulzura, cariño y una forma positiva y suave de ver la vida que yo envidiaba. Sin embargo, no me había ofrecido nada de eso porque… no lo merecía.

Suspiré, pasándome las manos por el pelo.

Subí las ventanillas del coche; el calor de esa ciudad empezaba a incomodarme, al igual que sus calles, sus gentes felices y amables. O tal vez era solo el peso de todo lo que estaba sintiendo.

—¿Alexander? —la voz de Santo me sacó de mis pensamientos.

Estaba sentado a mi lado, con una tablet en las manos que contenía toda la información que le había pedido. Oliver iba en el asiento del copiloto, junto al conductor.

—¿Sí?

—¿No has tenido éxito?

—No. Este viaje ha sido una pérdida de tiempo.

—Es más resistente de lo que imaginábamos, entonces —reflexionó Oliver.

—Lo es. Siempre lo ha sido.

—¿Y qué piensas hacer? —preguntó Santo, observándome como si fuera un psicoanalista del amor.

—No lo sé. Lo único que quiero es su perdón. Quiero arreglar lo que destruí. Pero ella no lo está poniendo fácil.

—¿Y acaso esperabas que lo hiciera? —Santo inclinó la cabeza, con los ojos fijos en los míos.

No respondí de inmediato.

Tenía razón, por supuesto. Isabela tenía todos los motivos del mundo para no perdonarme.

—No, no lo esperaba, pero por un momento creí que cuando nos viéramos... la magia volvería a surgir. Quería que sintiera el corazón desbocado, la respiración agitada, el cuerpo tenso... como la primera vez que nos vimos —admití por fin—. ¿Demasiado idealista?

—¿Para un hombre materialista como tú? Yo diría que te han lavado el cerebro, como mínimo.

—Ella despierta eso en mí… ese lado que... quiere creer en milagros.

—Uno de los hombres de negocios más respetados del mundo hablando de milagros... —Oliver soltó una risa—. Sí, las cosas cambian de verdad.

—Creo que es más seguro seguir siendo materialista y reservado. Abrirme así, presentarme vulnerable ante ella... dolió. Enfrentar esa frialdad, esa indiferencia. Incluso dijo que ya no me amaba.

—Y sabes que te lo merecías.

—¿Qué?

—Lo merecías —insistió—. ¿Pero te lo creíste? —Oliver se corrigió.

Sus palabras me golpearon de lleno.

—No lo sé. Una parte de mí cree que lo dijo para alejarme. Pero... —hice una pausa, dudando— otra parte cree que lo he perdido todo.

Oliver guardó silencio un momento, reflexionando sobre mis palabras.

—Si Isabela de verdad no sintiera nada por ti, Alexander, no habría reaccionado con tanta intensidad —Santo negó suavemente con la cabeza.

Lo miré, frunciendo el ceño.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que todavía le importas. Tal vez no de la manera que tú quisieras, pero hay algo ahí. Rabia, resentimiento... esos sentimientos solo existen donde hubo algo profundo, y ahora, una herida enorme.

Desvié la mirada, intentando procesar sus palabras.

—¿Y qué sugieres?

—Cambiar el enfoque.

Solté una carcajada seca, sin humor, negando con la cabeza.

—¿Cambiar mi enfoque? ¿Crees que no lo he intentado? Compré la universidad, vine hasta aquí, le pedí perdón... ¿qué más puedo hacer?

Santo apoyó la tablet en su regazo y se inclinó ligeramente hacia adelante, sin apartar los ojos de los míos.

—Alexander, estás acostumbrado a controlar todo. Negocios, personas, situaciones. Pero Isabela no es un negocio que puedas comprar, ni un problema que puedas resolver con poder.

Sus palabras me sacudieron.

Al principio me sentí ofendido, pero mi ego valía menos que el deseo de recuperarla.

—¿Entonces qué hago? —pregunté, sintiendo cómo la frustración volvía a crecer.

Santo sonrió levemente, como si hubiera estado esperando esa pregunta.

—Primero, mírame.

Giré el rostro hacia él. Cuando sujetó los lados de mi cara y presionó mi cabeza como si fuera a aplastarla, estuve a punto de echarlo del coche a patadas.

—Tus recuerdos no eres tú. —Me sacudió la cabeza—. Todo eso es un patrón de comportamiento. Y como una parte de tu cerebro interpretó la realidad dolorosa y la procesó para sobrevivir, creaste una realidad paralela en tu mente. ¡Sal de ella, vuelve a la realidad!

—¿Qué demonios estás haciendo?

—¡Sal de ahí! Reniega del diablo y de sus mentiras. —Me zarandeó y me dio una bofetada—. No eres tu dolor. No eres tu trauma. No eres lo que te pasó, sino lo que hiciste contigo mismo a partir de lo que te pasó. ¡Rechaza al enemigo, abandona tus creencias y ven hacia la luz!

Me empujó como si quisiera expulsar al mismísimo demonio de mi cuerpo… o arrojarme del coche para matarme.

—¿Pero qué coño ha sido eso? ¿Estás loco?

—¡Mírame!

Me aparté todo lo que pude de él, pero Santo me agarró de la corbata y me dio otra bofetada.

—¡Mírame cuando te hablo!

—¿Qué quieres? —le sostuve la mirada, sujetándolo por el cuello, preparado para estrangularlo si era necesario.

Si quería jugar duro, iba a recibir justo lo que pedía.

—Deja de actuar como un superviviente. Deja de actuar con miedo. Sal de ese puto castillo medieval lleno de goteras y moho donde te has encerrado para protegerte, y vuelve a la luz.

—¿Qué se supone que significa eso? —pregunté, confuso.

—En lugar de asustarla e intentar mostrarle cómo sería su vida sin ti, muéstrale cómo sería su vida contigo. Deja de apoyarte en tu dinero, tu poder y tu influencia, y conviértete en el hombre de sus sueños. Tienes cuarenta y cinco años, Alexander, ten un poco de dignidad y compórtate como un hombre. Ve a por ella. Deja de intentar impresionarla. Deja de forzarla a perdonarte. Simplemente… sé sincero. Sé vulnerable de verdad. Demuestra que estás dispuesto a esperar su tiempo. Su perdón.

Cuanto más hablaba, más difícil me resultaba resistirme a aquella dosis brutal de realidad.

Hubo un momento en que simplemente solté su cuello y asentí, rendido.

—Demuestra que podrías vivir otros cincuenta años sin tu trabajo —esa cosa que más valoras en el mundo—, pero no sin ella. No lo digas. No lo expliques. No hagas gestos velados ni

simbolismos. Muéstrale que ella es la razón por la que sigues vivo. Y si tienes suerte —si las leyes de la física y de Dios aún significan algo en este mundo—, su corazón de hielo se derretirá.

Oliver parecía más asustado que yo al final de todo.

Ajusté mi postura en el asiento cuando Santo me soltó, me arreglé la corbata y respiré hondo.

—Vale… ahora dime qué cojones ha sido eso.

—Solo los momentos intensos cambian quienes somos. Momentos intensos generan recuerdos, los recuerdos se convierten en creencias, y las creencias determinan quién eres. Enhorabuena, señor Harrington, acaba de ganar una nueva creencia.

—¿Así que tú le hablabas a mi inconsciente y no a mi consciente?

—¡Bingo! —celebró con una sonrisa—. Solo las situaciones que nos sacuden de verdad tienen el poder de transformarnos. Felicidades, acabas de vivir una de ellas. Y si no cambias, vuelvo esta noche y te disparo en el pie mientras te lo repito todo otra vez.

—Vale, ya entendí lo que tengo que hacer —asentí.

Me quedé mirando a Santo, procesando todo lo que acababa de decirme. La vulnerabilidad nunca había sido mi punto fuerte.

Siempre fui el tipo que lo controlaba todo, que imponía las reglas. Pero con Isabela… nada de eso funcionaba.

—Vulnerabilidad real —repetí, como si probara la palabra en la boca.

—Exacto. Tienes que demostrar que estás dispuesto a luchar, no con el poder que tienes, sino con el corazón.

El silencio se adueñó del coche mientras digería sus palabras. Y los demás —Oliver y el conductor— también parecían estar intentando comprender qué demonios acababa de pasar en el asiento trasero.

Santo tenía razón, por supuesto.

Isabela no era una mujer que se conquistara con gestos grandiosos o demostraciones de poder. Ella valoraba la sinceridad. La autenticidad.

Y yo sabía que, si quería recuperarla, tenía que dejar atrás todo lo que había aprendido a usar como escudo.

—Ya sé por dónde empezar: por mi familia —suspiré.

—No sirve de nada conseguir su perdón y llevarla de vuelta a un nido de serpientes, ¿no? Vuelve a Londres y haz justo lo que te

acabo de mostrar: crea recuerdos nuevos en la mente de tu familia, cambia sus creencias, y así… cambiarás la realidad.

—Gracias, Santo —dije con una breve pausa mientras bajábamos del coche.

Habíamos llegado al aeropuerto de Belo Horizonte, donde mi avión privado ya me esperaba.

—¿Estás seguro de que no quieres volver a Londres?

—No, tengo asuntos que atender en Río de Janeiro. Problemas familiares, ya sabes cómo es.

—Sí. Gracias de nuevo.

Santo sonrió con buen humor.

—La primera es gratis —me guiñó un ojo—. ¡Buena suerte!

Nos despedimos allí. Pasé por la Policía Federal para los trámites de salida del país y, al subir al avión, me acomodé en mi asiento y observé la ciudad desde la ventanilla mientras despegábamos.

Mientras me alejaba de Isabela, sus palabras seguían resonando en mi cabeza.

"Todo lo que queda de ti es el dinero, Alexander. Te escondes detrás de él."

Tenía razón.

Siempre usé el dinero como una herramienta para proteger lo que consideraba importante. Pero ahora era inútil, porque lo único que quería era recuperarla. Y para eso, tenía que mostrar quién era yo… sin esconderme tras él.

¿Qué quedaba de mí sin esa armadura?

Respiré hondo, sintiendo el peso de todo lo que había pasado.

Sabía que tendría que cambiar. Que tendría que convertirme en otro hombre si quería una segunda oportunidad con ella.

Y, por primera vez en mucho tiempo, estaba dispuesto a intentarlo.

Era eso… o vivir sin ella.

Y esa segunda opción… no existía.

Capítulo 52

Isabela Rojas

La mañana siguiente llegó con una resaca terrible.

Cuando me di cuenta, estaba sentada en el sofá de mi pequeño piso, sosteniendo una taza de café ya frío, mirando la luz que se filtraba por la ventana.

Frente a mí, un papel garabateado con mis gastos. Y ahora que quería dejar el trabajo —porque jamás volvería a trabajar en una empresa de Alexander—, necesitaba revisar mis prioridades.

—Tal vez, si ahorro en la niñera y meto a Theo en una guardería de jornada completa, podría trabajar todo el día y recogerle al final de la tarde —comenté en voz alta, como para valorar la idea—. Si las cosas se complican y no consigo trabajo antes de que nazca el bebé, puedo vender aquel ejemplar de Jane Austen… —suspiré.

Todo lo que pensaba acababa llevándome a Alexander.

—Maldito —murmuré con rabia.

Tenía esa maldita habilidad.

Sabía cómo irrumpir en mi vida como un huracán, destrozándolo todo, desordenando cada trozo de lo que con tanto esfuerzo intentaba reconstruir.

Y, como un huracán, se iba, dejándome sola para recoger los escombros.

Pero esta vez, no se fue.

No. Esta vez vino a por mí. Cruzó un océano, compró la universidad donde trabajaba e intentó manipularme de todas las formas posibles. Su descaro me enfurecía, pero la verdad —esa que odiaba admitir— era que todavía me afectaba.

Cerré los ojos, recordando cómo se veía en el aula.

El traje impecable, la mirada intensa, esa presencia que parecía dominarlo todo. Incluso con toda la rabia que sentía, había algo en él que me atraía como un imán.

Pero no.

No podía permitirme eso.

Respiré hondo, intentando alejar los pensamientos sobre él. Necesitaba centrarme. Había tomado una decisión la noche anterior, una difícil, pero necesaria.

—Voy a dejarlo —murmuré, como si decirlo en voz alta lo hiciera más llevadero—. No voy a quedarme a merced de su voluntad ni permitir que juegue con mi vida como si no valiera nada.

Era la única forma de tener paz.

Si Alexander creía que podía controlar mi vida solo porque tenía poder y dinero, le demostraría que estaba muy equivocado.



Esa misma mañana busqué una guardería de jornada completa para Theo y encontré una excelente, a un precio que encajaba en mi presupuesto.

Después fui a la universidad, intentando ignorar el nudo en el pecho y el miedo de cruzarme con Alexander en cualquier momento.

Debido a la hora, las calles estaban llenas de gente, el ruido de las conversaciones era ensordecedor y el calor no ayudaba en absoluto a mi bienestar, pero nada de eso importaba. Estaba decidida.

Cuando llegué al edificio administrativo, la recepcionista me miró con una sonrisa educada.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Hola, soy Isabela Rojas, profesora del departamento de Administración. Quisiera hablar con alguien de Recursos Humanos.

—¿Ocurrió algo, profesora?

—Sí. Quiero entregar mi carta de renuncia.

Ella dudó un momento antes de pedirme que esperara.

Se ocupó de hacer algunas llamadas y yo me senté en la silla de espera. Mientras aguardaba, mis pensamientos volvieron a Alexander.

Por más que quisiera odiarlo, por más que estuviera furiosa con él, aún había una parte de mí que recordaba al hombre que me hizo sentir segura, importante. Aquel que, pese a sus propios traumas, se abrió poco a poco a Theo como si fuera su propio hijo, y que pareció genuinamente feliz al saber que esperábamos un bebé.

—No —murmuré para mí misma, alejando ese pasado absurdo que jamás volvería—. No voy a caer en eso otra vez.

—¿Isabela? —me llamó la recepcionista.

—¿Sí?

—¿Podría subir a la sala de administración? La están esperando allí.

—De acuerdo. Gracias.

Subí hasta el último piso y me llevaron al despacho del rector.

En cuanto entré, un hombre alto, calvo y de aspecto cansado me saludó y me indicó que me sentara.

—Buenas tardes, Isabela. ¿Le apetece un café? ¿Un té?

—No, gracias. Solo quiero iniciar el proceso de desvinculación.

—¿Está segura de eso, Isabela? Recientemente hizo la prueba para ser nuestra profesora sustituta y todos los alumnos hablan maravillas de usted, por lo que tengo entendido... —revisó unos documentos sobre la mesa.

—Sí. Es lo mejor para mí en este momento.

Frunció el ceño y se inclinó hacia adelante.

—Entiendo. Antes de volver a Londres, el señor Harrington, el nuevo dueño de esta institución, me pidió que intentara convencerla de quedarse. Reconoció que usted consiguió la plaza por mérito propio y aseguró que no volverá a molestarla dentro de las instalaciones de la universidad.

—¿Él dijo eso?

Levanté una ceja, sorprendida por su franqueza.

—Sí. También comentó que, si usted se iba, cerraría la universidad —el rector esbozó una sonrisa débil—. Claro que nos enfrentaríamos a cientos de miles de demandas, pero dijo que no le importaba. Que o yo la convencía para quedarse… o toda esta institución se iría al garete.

—¡Ese hombre! —gruñí, entre furiosa y fascinada.

—Como puede ver, no dejó muchas opciones.

El rector me miró como si me rogara clemencia por un crimen muy grave.

Durante el minuto siguiente, reflexioné sobre lo que acababa de decirme.

¿Alexander ya había vuelto a Londres? ¿Tan pronto?

—¿Y si regresa? —pregunté.

—El señor Harrington garantizó que no pondrá un pie más en este campus. Incluso nombró a su abogado, Oliver Radcliffe, para que lo represente.

—Todo es tan sencillo en su mundo, ¿verdad? —golpeé la mesa con los dedos.

—¿Disculpe?

Quería creerle, pero conociendo a Alexander, sabía que siempre encontraría una manera de volver a molestarme. Aun así, solo con saber que la universidad sería un territorio seguro, ya podía respirar con un poco de alivio.

—Dígale al señor Harrington que me quedaré, entonces. Mientras espero los resultados de unos concursos públicos. A menos que compre el gobierno de Minas Gerais o el de Brasil.

El rector alzó una ceja.

Sonaba absurdo. Pero yo sabía que era capaz de hacerlo.

—Como él mismo dijo, yo gané esta plaza por méritos propios. Tengo derecho a dar clases aquí, pasé la prueba y la entrevista.

—Sí, señorita. Su presencia aquí es muy importante para nosotros. De hecho, su ausencia pondría en peligro la existencia de

esta institución, así que...

—No quiero ser una aguafiestas... ese es él —suspiré y me levanté—. Gracias por la reunión, rector. Esperaba hablar con alguien de RR. HH., pero...

—Tome mi número personal. Si surge cualquier cosa, contácteme directamente y lo resolveré de inmediato —me entregó su tarjeta como si fuera una súplica desesperada.

Agradecí con educación y salí del despacho.

En el camino de vuelta a casa, volví a pensar en él.

Maldita sea.

Alexander se había ido, pero su presencia seguía flotando a mi alrededor. Era como una sombra: siempre ahí, incluso cuando no estaba físicamente presente.

Seguía enfadada con él, por supuesto.

Por su forma de intentar controlarlo todo, de pensar que podía comprar o manipular cualquier situación. Pero, al mismo tiempo, había algo más profundo. Más doloroso.

Le echaba de menos.

Era una confesión que ni siquiera quería hacerme a mí misma, pero no podía evitarlo. Por más herida que estuviera, había momentos en que mi mente se escapaba a aquellos días en los que fuimos felices, en los que él era el hombre al que amaba.

Sin embargo, ese hombre ya no existía.

O quizás… nunca existió.

Cuando llegué a casa, me senté en el sofá con la carta de renuncia todavía en la mano. La misma que debía haber entregado en la universidad. ¿Y ahora qué?

Suspiré, mirando fijamente la pared blanca frente a mí. Tenía que ser fuerte, no solo por mí, sino por Theo y por el bebé que venía en camino.

Alexander se había ido… pero yo sabía que no se rendiría tan fácilmente.

Y eso… me daba más miedo del que estaba dispuesta a admitir.

Alexander Harrington

El avión aterrizó en Londres bajo un cielo gris y cargado.

La familiaridad de mi ciudad natal debería haberme traído algo de consuelo, pero lo único que sentía era un vacío insoportable.

El eco de las palabras de Isabela seguía martilleando en mi mente:

—Prefiero morir.

Había elegido el dolor, la rabia y la distancia antes que darme una oportunidad.

Y por más que supiera que merecía su enojo, eso no lo hacía más fácil de aceptar.

Mientras el coche me llevaba por las calles abarrotadas de Londres hasta la sede del Harrington Bank, pensaba en cómo había llegado a este punto.

La familia que se suponía debía haber sido mi apoyo, era en realidad la fuente de todo lo que había salido mal. Alex, con su envidia y manipulación; mi madre, con su crueldad disfrazada de preocupación; incluso mi padre, que siempre eligió la omisión en lugar de actuar.

Eso tenía que acabar.

Cuando entré en mi despacho, me senté a la mesa y me quedé mirando el teléfono.

Llamé a mi secretario, que contestó de inmediato.

—¿Sí, señor Harrington?

—Tome todos los esqueletos en el armario del sótano de la familia y envíelos a la prensa.

—¿Señor? —el chico se atragantó—. ¿Está seguro?

—No le pago para que me cuestione, chico. Le pago para que cumpla mis órdenes.



Dos días después, los medios londinenses estaban en llamas.

Innumerables titulares ocupaban la portada de los principales periódicos del país, denunciando los escándalos de los miembros de mi familia.

Mi favorito era: "El escándalo Harrington: el heredero dejó bastardos por todos lados".

El artículo detallaba cómo Alex había dejado embarazadas a varias mujeres durante su juventud, algunas de ellas sin recibir ningún tipo de apoyo financiero ni emocional.

Sugerí a los editores —quienes lo incluyeron en el reportaje— que animaran a cualquier mujer que hubiera pasado por eso a contactar con mis abogados para recibir todo el respaldo legal necesario y demandarle. Y, en caso de que Alex no pagara todo con carácter retroactivo, que se embargaran sus bienes.

Otra noticia fascinante era: "La matriarca Harrington: un golpe de poder", que narraba sus actos, desde poner una fila de mujeres en la puerta de mi casa hasta conspirar contra Isabela al punto de drogarla para ejecutar su plan absurdo de separarnos.

Sacar a la luz los abusos emocionales, las manipulaciones y los esquemas para mantener el control y el estatus de la familia era mi manera de "dispararles", como había sugerido Santo.

Los Harrington se habían mantenido intactos durante siglos, siempre en las sombras del poder, sin llamar la atención. Y eso nos

dio la falsa sensación de que podíamos hacer lo que quisiéramos sin consecuencias.

Bueno, ahora yo controlaba esta familia.

Y repartiría consecuencias a todos.

¿La reacción?

—¡Alexander! —mi padre gritó por teléfono, desesperado—. ¿Has perdido la cabeza? ¡Los editores dijeron que todo el material salió del propio banco con tu permiso!

—No, padre, no he perdido la cabeza. Solo estoy intentando devolvérsela a esta familia.

—¡Esto va a destruirnos, muchacho! ¡No seas estúpido!

—Esta familia ya estaba destruida mucho antes de que yo naciera, padre. Solo estoy sacando todo a la luz para que podamos empezar a arreglar las cosas. Todos estamos perpetuando costumbres horribles. Bueno, ahora todo va a cambiar, le guste o no.

—Tu madre está en pánico. Las damas de la alta sociedad la han excluido de todos los eventos y actividades. El Club de Caballeros me ha apartado hasta que "tome el control de la situación".

—Tuviste mucho tiempo para resolver los problemas de esta familia y fracasaste. Ahora seré yo quien lo arregle todo de una vez por todas. No intentes interferir o divulgaré cosas peores. Sabes perfectamente que munición no me falta.

Soltó decenas de palabras ininteligibles antes de colgar, ronco de ira.

Me senté en la silla presidencial con una satisfacción que no sentía desde hacía mucho tiempo.

Me sentí como Nerón viendo arder Roma, después de haber encendido la mecha y servido una copa de vino para disfrutar del espectáculo.

Oliver me miró con cautela, pero no discutió.

Sabía que yo era el tipo de hombre que no cambia de opinión.

—¿Y ahora?

—Ahora... —tomé un papel y escribí en grande en la parte superior: "VULNERABILIDAD"— voy a descubrir cómo recuperar a mi mujer.

Capítulo 53

Isabela Rojas

Habían pasado algunas semanas desde el desastroso encuentro con Alexander.

Seguí con mi trabajo como profesora mientras buscaba oposiciones por el país y nuevas oportunidades para no depender de la buena voluntad de Alexander.

Por más que intentara seguir adelante, parecía que su sombra me seguía a donde fuera. Cuando no soñaba con él, recibía noticias desde Londres: Naty me enviaba artículos mostrando cómo la vida de los Harrington estaba patas arriba con titulares en los principales periódicos.

Naty: Pide tu pensión, amiga.

Varias mujeres han llevado al cabrón a juicio y

ahora está desplumado, pagando por todos los hijos que tuvo.

Isa R.: No, amiga.

Estoy muy bien lejos de él y de esa familia.

Y pienso seguir así.

En lo demás, las cosas por fin parecían estar encajando: no volví a tener problemas en el trabajo, mi barriga crecía con el bebé desarrollándose bien y Theo se estaba adaptando a la nueva rutina.

Pero siempre que bajaba el ritmo y tenía un momento de ocio, el silencio se apoderaba del piso y me sentía sola.

Era imposible no pensar en él, sobre todo por las noches. Era la hora en la que él llegaba, cenábamos juntos, hablábamos de cualquier cosa hasta tarde y nos íbamos a dormir...

Una parte de mí le echaba de menos.

No al Alexander que dudó de mí y me echó de su vida, sino al hombre que sostenía a Theo en brazos con tanto amor, a esa sonrisa

rara que me dedicaba cuando creía que nadie lo veía.

Negué con la cabeza, alejando aquellos pensamientos.

Ya no había espacio para esos recuerdos.

Un jueves por la noche, mientras estaba en el sofá sumida en esos pensamientos, sonó el timbre, sacándome de ese mundo ilusorio.

Por algún motivo extraño, mi corazón se aceleró.

—¿Quién es, mamá? —Theo corrió hacia el balcón.

Aunque se pusiera de puntillas, no alcanzaba a ver quién estaba abajo.

Si lo hubiera visto, probablemente no lo habría creído. Porque ni yo me lo creía.

Miré hacia abajo y lo primero que me vino a la cabeza fue llenar un cubo de agua fría y tirarlo. Y por algún motivo retorcido, él me miró desde la calle como si me desafiara a hacerlo.

—¡No! —advertí.

—No me iré sin hablar contigo —afirmó.

Theo se volvió eléctrico y empezó a saltar.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Es él!

—No, hijo...

—¡Es papá! —Theo estaba eufórico—. ¡Ha venido a buscarme!

Entrecerré los ojos e hice un gesto negativo con la cabeza.

No sabía qué era peor: la emoción de mi hijo o Alexander Harrington, de pie en la calle, impecablemente vestido.

—¡Mamá, papá ha vuelto! —celebró Theo.

Aquello me rompió el corazón y me dejó sin saber cómo reaccionar.

Necesité unos minutos para recomponerme. Luego salí al balcón una segunda vez, y él seguía allí, en el mismo lugar.

—Quédate aquí, ¿vale? Mamá ya vuelve. ¡No te muevas! —Dejé a Theo sentado en el sofá y bajé las escaleras.

Antes de abrir la puerta, cerré los ojos, respiré hondo y me repetí una y otra vez: él no puede afectarte, no más.

—¿Qué haces aquí? —pregunté en cuanto abrí la puerta.

—Necesitaba verte. Y hablar de algunas cosas.

Suspiré, cerrando parcialmente el portón tras de mí.

—¿Cómo averiguaste mi dirección? Claro, debes tener todos mis datos por la universidad... y si ya no vas a molestarme allí, lo

harás en mi privacidad, ¿no?

—No he venido a molestarte, Isabela. Solo quería...

Antes de que pudiera terminar, escuché un grito desde arriba, del balcón. Incluso pude imaginar la escena: Theo de puntillas, intentando asomarse por la abertura para ver hacia abajo.

—¡Papá! —gritó.

—Tengo que subir a ver si está bien —le di la espalda y estaba a punto de cerrar el portón.

—¿Puedo verlo?

—¿Eh?

—Theo es la principal razón por la que he venido hoy.

—¿Por qué, Alexander?

—Porque echo de menos a mi hijo.

Eso me dejó sin palabras. Me quedé paralizada, intentando procesar lo que acababa de decir. Y ante la falta de una respuesta que se me quedó atrapada en la lengua, abrí el paso y lo dejé entrar.

Subimos hasta mi piso y corrí al balcón para coger a Theo.

—¿Qué te dijo mamá? ¡Te pedí que te quedaras sentadito en el sofá! —le regañé.

Pero no me prestó atención. En cuanto vio a Alexander entrar por la puerta, salió corriendo y casi se estampa contra el suelo de no ser porque Alexander lo atrapó por los brazos justo a tiempo.

—¡Papá! ¡Viniste! —Lo abrazó con fuerza, como si quisiera estrangularlo de puro amor.

Mi corazón dio un vuelco al ver aquello. Se quedaría grabado en mi memoria durante mucho tiempo: la alegría de Theo, corriendo sin control hacia él, con los brazos extendidos. Y luego Alexander agachándose para cogerlo en brazos, como si ese fuera su lugar natural.

—Hola, campeón —Alexander apoyó la cabeza sobre la de Theo.

Theo rió, abrazándolo con fuerza.

—¡Mira, mamá! —me llamó Theo, como si yo no lo hubiera visto, intentando mostrarme a Alexander.

La alegría de mi hijo en ese momento fue como una puñalada en el pecho. No podía negar cuánto lo había echado de menos.

Suspiré, cruzando los brazos.

—Pasa, ponte cómodo —dije, al fin.

Sentí un poco de vergüenza cuando él echó un vistazo alrededor. Los muebles eran sencillos, y todo el piso tenía el tamaño de la cocina americana que tenía dentro de su casa.

Alexander entró, aún con Theo en brazos, y se sentó en el sofá. Theo estaba radiante, usando todo su vocabulario para contarle emocionado sobre la guardería, los juegos y un dibujo que había hecho.

Alexander escuchó cada palabra con atención, como si fuera lo más importante del mundo.

Observé la escena desde lejos, con el corazón dividido.

—Theo, tengo que hablar con él —le expliqué—. ¿Qué tal si vas a elegir tus juguetes favoritos para luego jugar con... papá?

—¡Vale! —Aplaudió, animado, y salió corriendo hacia su habitación.

Eso me daría unos minutos a solas con Alexander.

—Entonces, ¿qué quieres?

Él suspiró, cruzó las piernas y se sentó de esa forma majestuosa que solo él sabía hacer.

—¿Cómo están las cosas por aquí?

—¿Viniste hasta mi casa solo para preguntarme cómo estoy? ¿No podías mandar un mensaje?

—¿Lo habrías respondido?

—No.

Él arqueó una ceja, como si esa fuera precisamente la conclusión, y por eso había venido en persona.

—Las cosas están bien. Me estoy reconstruyendo, como puedes ver.

—Bien —asintió—. ¿Y Theo, está estudiando?

—Sí, lo matriculé en una guardería de jornada completa. Le está gustando, es muy activo y le encanta tener nuevos amigos...

—Bien —evaluó—. Imagino que has seguido lo que está pasando con mi familia en Londres, ¿verdad?

—Sí, los periódicos no les están dando tregua.

—Soy yo quien no se la da. Saqué todos los secretos de las sombras y los llevé a la luz pública para que mi familia pueda crecer y madurar. Y eso solo será posible si asumen sus errores.

—Ajá.

—¿Viste que varias mujeres presentaron demandas de pensión contra Alex? Le congelaron todos los bienes, perdió el pasaporte y ya no puede salir del país.

Me reí, pero no había nada de humor en mi tono.

—No quiero nada que venga de él. Si viniste por eso, has perdido el tiempo.

—No. He venido porque mi hijo merece lo mejor. Estudiar en la mejor escuela, tener a los mejores profesores, ser bilingüe desde pequeño... —movió la cabeza suavemente—. Sin hablar del seguro médico, seguimiento nutricional, buena ropa, buenos juguetes, experiencias...

—Tu hijo aún no ha nacido, no necesitas preocuparte por eso —respondí con firmeza.

Me observó en silencio durante un momento.

—Mi hijo está justo ahí. —Señaló la habitación donde había entrado Theo—. Es mi hijo. Y es mi heredero. Es un Harrington y debe disfrutar de mi fortuna.

—¿Para acabar igual que tú?

—Por eso tiene a la mejor madre del mundo, para enseñarle a ser una buena persona. Para impedir que yo vuelva a fallar como

padre.

Eso me desarmó. Me dejó atónita, sin palabras.

—También quiero verlo una vez por semana.

Abrí los ojos con sorpresa.

—¿Vas a venir de Londres a Brasil cada semana solo por eso? ¿Tienes idea de cuánto tiempo dura ese viaje?

—Sí. Acabo de llegar —miró su reloj de pulsera—. Y por ver a mi hijo, te aseguro que vale cada segundo de espera.

Lo miré, incrédula.

Parpadeé y hasta me pellizqué, tratando de despertar de ese sueño.

—Alexander, esto no tiene sentido.

—Para mí sí lo tiene. ¿Qué tipo de padre crees que soy? ¿Uno que acepta estar lejos de su hijo? ¿Que no va a participar en su vida? Echo de menos a Theo, y ya tomé una decisión: lo prepararé para que sea mi sucesor, el próximo CEO del Harrington Bank.

Suspiré, negando con la cabeza.

—Debes estar bromeando.

—No lo estoy. Y no creas que quiero robarle la infancia, todo lo contrario. Quiero que la disfrute al máximo, que sea el niño más feliz del mundo, pero también quiero que crezca sabiendo que tiene un lugar en mi familia, en mis negocios, en mis planes. Al igual que su madre.

Lo conocía lo suficiente como para saber que hablaba en serio.

Y esa sinceridad, esa intensidad en su mirada, me sacudieron.

—Necesita un padre, y aquí estoy. Tú, Isabela, eres la garantía de que no se convertirá en otro Alex. Podemos romper este círculo vicioso y permitir que nuestros hijos sean la cura, el futuro de esta familia.

Eso me dejó desconcertada, tanto que lo único que logré decir fue:

—Él te echa de menos.

—Y yo a él. Estos últimos meses han sido terribles porque... no consigo imaginar la vida sin Theo. Ni sin ti.

Me quedé en silencio, con las emociones bullendo dentro de mí.

Era evidente que Theo estaba feliz con Alexander, y, en el fondo, eso me afectaba más de lo que quería admitir. Y por más que todavía sintiera rabia hacia él, no permitiría que mi hijo pagara por ello.

—Eso no significa que te perdone —advertí—. Eso no cambia nada entre nosotros.

Él asintió, sin parecer afectado por mis palabras.

—Todo llega a su tiempo, Isabela. Y yo no tengo prisa.

Respiré hondo, sintiendo el peso de la decisión.

—Está bien —dije al fin—. Puedes ver a Theo una vez por semana. Y voy a pensar en las demás cosas que mencionaste sobre tu ayuda.

Alexander sonrió de forma genuina, como hacía mucho que no lo veía.

—Gracias, Isabela.

Antes de que pudiera responderle, Theo volvió corriendo al salón, con un dibujo de colores en una mano y un tiranosaurio rex en la otra.

—¡Mira, papá!

Alexander tomó el dibujo, admirando cada detalle mientras Theo esperaba su aprobación.

—Tú y Charlotte tenéis mucho talento, una vena artística que yo no tengo —dijo con orgullo—. ¡Muy bien, hijo! ¿Crees que podrías hacerme uno como este para regalármelo? Me encantaría enmarcarlo y ponerlo en mi despacho.

Theo asintió con la cabeza.

—¿Ahora? —preguntó, queriendo saber si Alexander quería que lo hiciera en ese momento.

—No, ahora quiero estar cerquita de ti y quitarme un poco la nostalgia. Hazlo durante la semana y cuando llegue el sábado, papá vendrá a verte, ¿vale?

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Los observé, con el corazón aún dividido. Por más que quisiera mantener a Alexander lejos, no podía ignorar la felicidad de Theo.

Y, quizás, muy en el fondo... tampoco podía ignorar lo que yo aún sentía por él.

Capítulo 54

Isabela Rojas

El fin de semana siguiente, Alexander llegó temprano el sábado y dijo que iba a llevar a Theo a la playa, y me invitó a ir con ellos.

Al principio me resistí, no quería viajar, pero tampoco soportaba estar tanto tiempo lejos de mi hijo. Al final, acepté.

Alexander parecía haberlo pensado todo: trajo medias de compresión para el viaje, una doctora nos acompañó para asegurarse de que todo iría bien en caso de emergencia, y debo confesar que me divertí muchísimo.

Fuimos en su jet privado hasta Florianópolis y desde allí tomamos un yate hasta la Isla do Campeche. Aquel lugar era un paraíso de tan hermoso que era.

El cielo azul parecía pintado a mano, con nubes blancas delicadamente esparcidas sobre la inmensidad. El agua del mar era

de un tono cristalino que solo había visto en postales o en sueños. Estábamos en una playa aislada, rodeada de palmeras y arena fina, el tipo de sitio que existe solo para recordarte lo pequeña e insignificante que eres ante la grandeza del mundo.

A pesar de mi resistencia inicial, mi corazón se ablandó al ver a Theo eufórico por saber que iríamos a la playa con papá.

¿Cómo decirle que no a esa sonrisa tan iluminada?

Minas no tenía una belleza así, y mucho menos el Reino Unido.

Aquella playa era digna de película, y el clima era tan agradable que incluso yo me sentí renovada solo por estar allí.

Theo estaba lleno de energía, corría por la arena de un lado a otro con Alexander. Estaba adorable con su bañador azul con dibujos de peces que su padre le había regalado, y el pelo despeinado por el viento.

Alexander lo seguía, también riendo, con los pies descalzos hundiéndose en la arena mientras fingía perseguir a Theo con los brazos extendidos.

Yo me mantenía a distancia, sentada en una tumbona bajo la sombra de una sombrilla, observándolo todo. Tenía un libro entre las

manos, pero no lograba concentrarme en una sola palabra.

Era imposible no quedar hipnotizada por la escena frente a mí.

De todas las cosas que podría haber imaginado, aquello parecía imposible.

Ese no era el Alexander que había conocido al llegar a la mansión. Parecía otra persona. El hombre serio y reservado que yo conocía estaba ahora allí, arrodillado en la arena, construyendo castillos y ayudando a Theo a cavar agujeros. Se ensuciaba, reía alto, y por un momento, era fácil olvidar todo lo que había pasado entre nosotros.

Me descubrí sonriendo sin querer.

Pero pronto lo recordé todo.

Respiré hondo, intentando apartar el nudo que crecía en mi pecho.

No podía permitir que esos momentos dulces nublaran mi juicio. Alexander estaba allí por Theo, y eso era lo que importaba. Mi papel era solo asegurarme de que todo fuera bien y estar presente si mi hijo me necesitaba.

Desde lejos, vi a Alexander levantar a Theo en brazos y girarlo en el aire, ambos riendo juntos. El corazón se me encogió, dividida entre la alegría de ver a Theo tan feliz y la nostalgia de cuando ese hombre también era mi refugio.

—¡Mamá, mira! —gritó Theo, extendiendo los brazos—. ¡Puedo volar!

Le saludé con la mano, riendo suavemente.

—¡Solo no vueles demasiado lejos, mi amor!

Alexander me miró por encima del hombro, con una sonrisa suave en el rostro, y por un momento nuestras miradas se cruzaron. Ese instante me dejó vulnerable de una forma que odiaba admitir.

Él seguía teniendo un efecto sobre mí, aunque yo intentara negarlo.

Entré un poco en el agua para refrescarme y me sentí renovada. El cansancio de la semana desapareció y la presión sobre mis hombros pareció esfumarse.

Fue agradable saber que había otra persona allí para compartir las responsabilidades y el peso de ser madre.

Theo y Alexander sabían arreglárselas solos y aun así no se olvidaban de mí. Theo vino a traerme agua de coco y algunas

conchas del mar.

Fue un día de paz y restauración.

Más tarde, mientras el sol empezaba a bajar en el horizonte, Theo y Alexander se sentaron en la arena, mirando las olas romper suavemente en la orilla mientras contemplaban el atardecer.

Me acerqué para ver de qué hablaban.

Me senté un poco apartada, observando mientras Alexander hablaba con seriedad con Theo. Mi hijo asentía, y adoptó incluso una postura distinta, como si fuera mayor y más maduro de lo que en realidad era.

—Papá necesita que hagas algo.

—¿Qué, papá?

—Ahora eres el hombre de la casa, Theo —dijo con seriedad, pero con ternura—. Eso significa que tienes que proteger y cuidar a mamá y al hermanito o hermanita que viene en camino. ¿Crees que puedes hacerlo?

Theo asintió con energía, con los ojos brillando.

—¡Sí, papá!

El corazón casi se me detuvo al escuchar eso.

—Ser el hombre de la casa significa que debes preocuparte por el bienestar de mamá. Y asegurarte de que el bebé que viene esté cómodo y feliz. Así que no desobedezcas a mamá ni la hagas enfadar. Sé un buen niño, obediente, y recuerda que si tu mamá está feliz, papá hará todo lo que tú quieras.

—¿Ir a la playa otra vez? —preguntó Theo.

—Sí, podemos venir, pero solo si actúas como el hombre de la casa.

Theo aceptó.

Vieron juntos el atardecer y luego se levantaron. Theo fue a buscar más conchas y Alexander se acercó a mí.

—¿Ya sabes el sexo del bebé?

Desvié la mirada, removiendo la arena con la punta de los dedos.

—No, todavía no. Para mí no tiene mucha importancia...

Él inclinó la cabeza, como si esperara que dijera más, pero al ver que no continuaría, sonrió suavemente.

—Si quieres, puedo acompañarte a alguna consulta para averiguarlo.

La invitación era simple, pero cargada de un peso que no estaba preparada para sostener.

Negué con la cabeza, intentando mantener la voz firme.

—No. Prefiero ir sola.

Él asintió lentamente, sin insistir, pero había algo en su mirada que me hizo sentir que no se rendiría tan fácilmente.

—¿Y cómo vamos a comprar las cosas para el baby shower? ¿Todo de color neutro?

—Sí, blanco y beige, supongo. O verde petróleo, me gusta ese.

—Está bien. Si me necesitas, solo dímelo.

Theo volvió corriendo, agitando las manos para mostrar la concha que había encontrado.

—¡Mira, papá!

—Qué bonita. ¿Dónde la encontraste?

—¡Allí!

—¿Me la enseñas? ¡Tal vez haya más!

Theo salió corriendo para indicar el camino y Alexander lo siguió.

Me quedé observándolos mientras corrían otra vez por la playa y, aunque no quisiera, sentí que algo dentro de mí se ablandaba.

Alexander y Theo parecían completarse mutuamente. Y yo no podía quejarme. Él hacía que mi hijo se sintiera especial, amado, protegido. Y aunque quisiera mantener mi coraza intacta, no podía ignorar lo importante que eso era para Theo.



Cuando finalmente regresamos al jet privado, Theo estaba agotado, pero feliz.

Se quedó dormido en mis brazos, mientras Alexander se sentaba justo al lado, en el pasillo.

Ahora había un silencio cómodo entre nosotros, solo interrumpido por el sonido del motor de la aeronave.

—Gracias por dejarme pasar este tiempo con él —dijo Alexander.

Lo miré, sorprendida por el tono de gratitud en su voz.

—Tenías razón, Theo necesita a un padre. Y tú... eres un gran padre, Alexander —afirmé, intentando mantener un tono neutral.

—Me alegra oír eso, viniendo de ti.

La forma en que me miró hizo que me ardieran las mejillas. Me pilló tan desprevenida que tuve que desviar la mirada, enfocándome en la noche oscura allá afuera y en las nubes que pasaban.

Alexander no dijo nada más durante el vuelo, pero podía sentir sus ojos sobre mí, como si intentara derribar las barreras que había construido durante los últimos meses.

Cuando aterrizamos en Belo Horizonte, Alexander nos llevó de vuelta a casa.

Antes de regresar al aeropuerto, cargó a Theo en brazos y lo llevó hasta su cuna.

—Acuérdate, campeón —dijo, acomodándolo en su camita—. Tú eres el hombre de la casa.

Theo sonrió, abrazó el brazo de Alexander y parpadeó varias veces.

—¿Ya te vas?

—Sí, hijo.

—¡Tu regalo! —Se frotó los ojos y señaló con el dedo el cuaderno de dibujos que estaba encima de la cómoda.

Al recogerlo, una hoja se soltó y cayó al suelo.

Pude verla: un dibujo hecho por Theo, con un dinosaurio amarillo en el centro, Alexander a la derecha y yo con una barriga enorme… y un dinosaurio rojo dentro de ella.

—Es precioso, hijo. Gracias —Alexander le dio un beso en la frente.

Theo pareció satisfecho, pero estaba tan somnoliento que en menos de un minuto volvió a dormirse.

Me quedé de pie en la puerta, observándolo un momento.

Alexander pareció dudar, como si quisiera decir algo, pero al final solo sonrió.

—Hasta la próxima semana, Isabela.

—Hasta luego —respondí, intentando sonar casual.

Cerré la puerta lentamente y me apoyé en ella, respirando hondo.

Mi corazón estaba pesado, pero había algo distinto ahora, algo que no sabía cómo nombrar.

Alexander lo estaba intentando.

Y por más que quisiera resistirme, una parte de mí no podía ignorar el impacto que eso tenía.

Suspiré, pasándome la mano por el rostro.

No podía permitir que esto me afectara. No podía permitirme volver con él.

Pero, en el fondo, sabía que ya estaba librando una batalla perdida.

Capítulo 55

Isabela Rojas

Las semanas fueron pasando y la presencia de Alexander se había convertido en algo constante otra vez.

Tenía que admitir que tenerlo cerca no solo era un consuelo para Theo, sino también para mí.

Un sábado cualquiera, en el que vendría a pasar el fin de semana con Theo, sonó el timbre. Dejé la taza sobre la mesa y bajé las escaleras con cuidado: mi cuerpo estaba pesado, la barriga ya era demasiado grande como para permitirme correr o hacer movimientos bruscos.

Al abrir la puerta, se me detuvo la respiración.

Alexander estaba allí, por supuesto, pero no estaba solo. A su lado, con los ojos brillando de entusiasmo, sonreía Naty.

—¿Naty? —pregunté, sin poder creerlo.

—¡Sorpresa! —exclamó, avanzando para abrazarme—. ¡Mírate! ¡Estás preciosa con esa barrigota!

No pude contener las lágrimas al rodearla con los brazos. No sabía cuánto la había echado de menos hasta verla allí, de carne y hueso, frente a mí.

—¿Cómo…? —pregunté aún en shock, mirando de Naty a Alexander.

—Él me trajo —explicó ella, señalando a Alexander con una sonrisa traviesa—. Y no aceptó un "no" por respuesta.

Alexander seguía en la puerta, con las manos en los bolsillos, observando la escena con una mirada suave. Cada vez que nos veíamos, parecía menos rígido, más vulnerable y abierto.

—Pensé que te gustaría una visita —comentó—. En realidad, fueron meses de preparación para que tu amiga sacara el pasaporte y organizara su vida para quedarse contigo.

—¿Quedarse conmigo?

—Necesitas a alguien de confianza que te cuide. Y ahora que se acerca el final del embarazo, vas a necesitar ayuda. ¿Quién mejor que tu amiga?

—Gracias… —le agradecí, aún procesando la sorpresa.

Él asintió levemente, y algo en la forma en que me miró me hizo sentir expuesta, como si pudiera ver cada emoción que intentaba esconder.

Había olvidado lo que se sentía tener a Alexander cerca. Siempre se anticipaba a todo, lo preparaba todo, conocía mis necesidades incluso antes de que yo las expresara.

Eso me hacía sentir segura.

Subimos al piso y Naty se instaló. No había otra habitación disponible, pero no se quejó.

—Duermo en el sofá, no te preocupes. Lo importante es que esta última etapa de tu embarazo sea lo más tranquila posible. Al menos hasta que regreses a Londres.

—¿Regresar a Londres?

Pensar en eso me provocó un escalofrío en la espalda.

Eché un vistazo por encima del hombro y vi a Alexander distraído con Theo en el salón.

—¿Por cuánto tiempo más piensas quedarte aquí, Isa?

—No lo sé... ¿Alexander dijo algo?

—¿Y tiene que decirlo? —rió—. Amiga, con todo respeto… son once horas de vuelo —suspiró Naty.

—Sí… gracias por cruzar el océano solo para venir a verme.

—De nada. Pero yo solo vine una vez. Que yo sepa, Alexander ha venido todas las semanas. Once horas de ida, once horas de vuelta. Veintidós horas dentro de un avión, sin contar el tráfico, etc.

Asentí en silencio.

—Lo hace todo por Theo.

—¿Y yo estoy aquí por Theo, no? —entrecerró los ojos—. Admítelo, Isa.

—¿El qué?

—Él quiere recuperarte. Y está haciendo todo por lograrlo.

Tuve que admitirlo, aunque a regañadientes. Alexander no era un hombre de palabras, sino de acciones. Pero en este caso, ya había hablado conmigo, se había disculpado, aunque yo siguiera siendo impenetrable al respecto. Sin embargo, tenía que reconocerlo: Alexander estaba demostrando que quería estar cerca de nosotros.

—Sí. Sería tonto negarlo…

—¿Y qué piensas al respecto?

—No lo sé, amiga. No quiero volver a exponerme. Primero su hijo me abandonó… luego él me rechazó… a la tercera ya puedo pedir una canción en el programa "Fantástico", ¿no?

—¿Crees que habrá una tercera vez? —Naty tomó mi mano.

—Sinceramente, no lo sé. Sé que puedo confiar en él cuando se trata de Theo. Pero cuando se trata de nosotros… no estoy segura. Hay demasiado dolor en esta relación.

Después de pasar un rato hablando con Naty, fui a la cocina a buscar algo de beber. Dejé caer el vaso al sentir un mareo acompañado de una fuerte patada del bebé dentro de mi barriga.

El ruido hizo que Alexander saltara del sofá y viniera hacia mí. Me tomó por los brazos y me apartó de los cristales rotos.

—¿Estás bien?

—Sí —respondí, sin mirarlo directamente—. Solo estoy un poco cansada, creo.

Sentí su mirada fija en mí mientras me movía y, cuando por fin lo miré, vi que su atención estaba puesta en mi barriga.

—¿La vista se te nubló? ¿Sensación de desmayo?

—No, solo cansancio. —Puse una mano sobre el vientre e hice una mueca—. Y el bebé... patea fuerte.

Alexander dio un paso adelante, con cautela.

—¿Ya puedes sentirlo?

—Todo el tiempo. Él o ella parece muy activo. Sobre todo por la noche, no me deja dormir.

Antes de que pudiera añadir algo más, sentí una patada particularmente fuerte. Hice una mueca, pero enseguida reí.

—¿Ves? Es como si tuviera un pequeño futbolista dentro.

Alexander rió suavemente, pero había algo más en su mirada.

—¿Puedo sentirlo?

Me quedé paralizada por un momento, sorprendida por la petición. Parecía sincero, casi ansioso, y aunque quisiera mantener la distancia, no fui capaz de decir "no".

—Claro…

Se acercó lentamente y extendió la mano, con cautela. Cuando apoyó la palma sobre mi barriga, sentí que el corazón se me aceleraba.

—Dios mío… —murmuró, con los ojos muy abiertos cuando el bebé volvió a patear.

No dije nada, solo observé su expresión. Alexander parecía profundamente emocionado, como si ese instante fuera algo que nunca olvidaría.

—Es tan fuerte —dijo, casi para sí mismo.

—Lo es —asentí en voz baja, sin poder apartar la mirada—. Ahora imagina eso a medianoche…

Por un instante, era como si solo existiéramos nosotros dos en ese espacio, unidos por el milagro que era ese bebé que compartíamos.

Alexander retiró la mano lentamente, pero aún parecía aferrado al momento, como si no quisiera que terminara.

—¡Theo! ¡Ven a sentir esto! —lo llamó.

El pequeño apareció en un segundo. Su padre guió su mano hasta mi barriga y ambos esperaron hasta que una nueva patada llegó. Theo abrió los ojos, impresionado.

—¿Qué es eso?

—Tu hermanito o hermanita dentro de mamá. Está diciendo "Hola".

—Hola —dijo Theo, apoyando la cabeza sobre mi barriga.

—¿Vas a cuidarlo cuando papá no esté? —Alexander frunció el ceño y lo miró con seriedad.

—¡Sí! —asintió con fuerza.

—Un hombre de verdad siempre cumple sus promesas. No me falles.

—No lo haré, papá —Theo lo abrazó y se sentó en su regazo.

Alexander acarició mi barriga una vez más, y eso pareció poner aún más inquieto al bebé dentro de mí, como si pudiera sentir mis nervios y el latido acelerado de mi corazón.

—Gracias por dejarme sentir esto —agradeció Alexander, con la voz cargada de emoción.

—De nada.

Después de que saliera con Theo para pasar tiempo juntos, me quedé apoyada en la puerta, respirando hondo.

Mi corazón era un caos, lleno de sentimientos contradictorios.

Alexander estaba cambiando. Eso era evidente.

Pero… ¿sería suficiente para reparar lo que rompió?

No lo sabía. Pero en ese momento, decidí disfrutar de la llegada de mi amiga y de ese raro momento de felicidad de todos — incluyéndome a mí.

Capítulo 56

Isabela Rojas

Las semanas que siguieron fueron perfectas.

Con Naty para ayudarme, tenía a alguien de total confianza para cuidar de Theo, llevarlo y recogerlo de la guardería mientras yo daba clases antes de entrar en mi baja por maternidad.

Por primera vez en mucho tiempo, sentí que estaba viviendo ese tipo de felicidad que parecía reservada para otras personas, aquellas que no cargaban con el peso de un pasado como el mío.

En mi octavo mes de embarazo, Alexander se tomó la semana libre para quedarse con nosotros y, por más que intentara mantener una barrera emocional, era imposible ignorar cómo hacía que todo entre nosotros pareciera tan fácil, tan natural.

A principios de semana hicimos una sesión de fotos de embarazo.

Algo que jamás me habría imaginado hacer, pero Alexander insistió, y Theo se mostró encantado con la idea. El fotógrafo era un profesional de renombre, venido directamente del Reino Unido para este trabajo.

Me puse un vestido largo, ligero y blanco, con una corona de flores en el cabello, y me sentí guapa de una forma que no sentía desde hacía mucho tiempo. Theo, vestido con un peto azul claro, sonreía en cada foto, sujetándome la mano o abrazando mi barriga como si ya entendiera que estaba protegiendo al bebé.

Cuando vi las primeras fotos editadas, me emocioné muchísimo.

—¡Qué guapa, mamá! —dijo Theo, entusiasmado.

Sonreí, acariciándole la cabeza.

Aquel momento tenía un significado profundo para mí, más de lo que cualquiera podría imaginar. Durante el embarazo de Theo, tuve que esconderme, llena de vergüenza, miedo y tristeza. Odiaba estar sola, me sentía fea, y la sensación de abandono solo intensificaba esa percepción.

En aquella época no hubo lugar para celebraciones, solo silencio y soledad.

Ahora, todo era distinto.



En los días siguientes, Alexander nos llevó de paseo.

Fuimos a restaurantes, parques e incluso hicimos una escapada rápida a una cascada para divertirnos y tener más recuerdos fotográficos.

Pude notar que no estaba actuando ni fingiendo: Alexander era realmente un padre atento y paciente, siempre dispuesto a convertir cualquier momento en algo especial para Theo.

Y, a pesar de mis esfuerzos por mantener las cosas formales, siempre me sentía relajada y feliz cuando él estaba cerca, dejando escapar toda la felicidad que había guardado y escondido desde que regresé a Brasil.

El jueves, Alexander me acompañó a una ecografía.

No me preguntó si podía ir; simplemente decidió que estaría allí y cumplió su palabra.

Estaba nerviosa, por supuesto.

Había postergado durante tanto tiempo saber el sexo del bebé, que lo único que me importaba era saber si él o ella estaba fuerte y sano.

—Están de enhorabuena. Desde la última vez que nos vimos, Isabela, tu bebé se ha desarrollado muy bien, no hay nada de qué preocuparse.

Cuando el médico anunció el sexo del bebé, Alexander me apretó la mano instintivamente, y nuestras miradas se cruzaron.

—Están impacientes por saberlo, ¿verdad? —el médico rió—. Es una niña.

Una niña.

Mi corazón se aceleró y sentí como si el mundo se encogiera. Por un momento sentí miedo de la reacción de Alexander, pero al mirar al fondo de sus ojos, entendí que debía dejar de proyectar en él mis miedos y los malentendidos del pasado.

—¡Tendremos una niña! —celebró, acariciando mis dedos—. ¡Y mira qué grande y hermosa está! —señaló la pantalla del

ultrasonido.

Theo, que estaba jugando con su dinosaurio, prestó atención cuando su padre se arrodilló frente a él y lo abrazó.

—¡Vas a tener una hermanita, hijo!

Theo frunció el ceño y luego esbozó una sonrisa traviesa.

—¿Una niña?

—Sí, vas a ser el hermano mayor de una niña —acarició su cabello—. Entonces, sabes lo que tendrás que hacer, ¿verdad?

—Lo sé. Comer, ser fuerte y proteger.

—¡Chico listo! Eres el orgullo de papá —Alexander lo alzó y empezó a lanzarlo al aire.

Aquella noche, Alexander nos llevó a cenar fuera.

Theo estaba radiante, contando las nuevas palabras que había aprendido. Estaba evolucionando rápido y cada vez más despierto, sobre todo con Alexander allí para estimularlo. Yo, por mi parte, estaba cansada, pero feliz.

Alexander, como siempre, parecía tranquilo y seguro, pero podía ver cuánto estaba intentando formar parte de nuestra vida, intentando ser alguien en quien yo pudiera volver a confiar.

Cuando nos dejó en casa, Theo dormía en sus brazos. Lo llevó hasta su habitación, lo puso en la cuna, lo cubrió con el edredón y lo rodeó de sus dinosaurios de peluche.

—Gracias por hoy —murmuré en la puerta, sin saber qué más decir.

—Ha sido una semana increíble, ¿no crees?

—Sí... ¿Qué opinas de nuestra hija?

Sonrió al oírme decir eso.

—Espero que se parezca a su madre y un poco a Charlotte. Así será guapa, inteligente y nos llenará de orgullo —estaba a punto de irse, pero de pronto volvió, caminó hacia mí y me tomó por la cintura, acariciándola suavemente—. Pero ¿sabes lo que siento de verdad?

—¿Mm?

—Me siento completo, Isabela.

—¿No habrías preferido que fuera niño?

—Ya tengo un niño, Theo —sonrió—. Y si sigue avanzando así, me va a sustituir en el banco antes de lo previsto.

Ambos reímos, y eso alivió la tensión.

—¿Crees que algún día podrás perdonarme? —preguntó.

En ese momento, una parte más racional y herida de mí quiso decir que la herida de su rechazo nunca sanaría. Pero otra parte, más honesta, reconocía que yo también había fallado. Omití, mentí, rompí su confianza. Y si yo hubiera visto aquella escena desde su perspectiva, tal vez también habría dudado. Tal vez no habría perdonado nunca.

Quise decirlo.

Quise admitir que también me había equivocado, pero las palabras no salieron.

—No necesitas mi perdón, Alexander. No eres del tipo que se conforma con palabras, sino que busca acciones. Y puedo decirte que estás recuperando tu perdón.

—Perfecto, porque no quiero cuidar solo de Theo o de nuestra hija. Quiero cuidar de ti —sus dedos apretaron mi cintura—. Quiero que vuelvas a ser mi mujer. Te echo de menos.

—¿Y cómo puedes decir eso viéndome así? —Tuve que reír—. Estoy enorme.

—Estás llevando dentro la prueba de nuestro amor —se acercó tanto que sentí su respiración sobre mi rostro—. Nunca

estuviste tan guapa, tan sexy y tan atractiva como ahora. Una mujer completa. Mi mujer.

Cerré los ojos y desee ese beso como quien muere de hambre, con los huesos doliendo. Y cuando no llegó, me di cuenta de cuánto lo necesitaba, como si fuera aire después de haberme hundido en mar abierto.

Alexander besó mi frente y acarició mi rostro. Luego se arrodilló y besó mi barriga, sin apartar los ojos de los míos.

—No quiero apresurar nada ni obligarte. Quiero que vuelvas a mí porque tu corazón así lo siente. Esperaré el tiempo que sea necesario para eso.

Entrelazó sus dedos con los míos, y el encaje fue perfecto.

—Buenas noches, Isabela.

—Buenas noches, Alexander —suspiré.

Cerré la puerta, sintiendo una mezcla de emociones que no lograba identificar, algo que no sentía desde que lo conocí.



Ese viernes, estaba dando la última clase de la tarde sobre Gestión y Mapeo de Procesos cuando sonó mi móvil.

Lo ignoré dos veces para poder terminar el tema y luego pedí permiso a la clase para atender la llamada. Si no fuera algo importante, no insistirían tanto.

Al ver el número con prefijo del Reino Unido, pensé que podría ser Margareth.

En cuanto contesté, sentí un escalofrío recorrerme la espalda.

—¿Aló?

—Isabela, querida.

La reconocí de inmediato. Había recibido tantas llamadas de esa mujer que ya podía identificar su estado de ánimo solo por el tono de su voz.

—Señora Harrington —murmuré, con el corazón acelerado.

—Imagino que estás sorprendida de que haya conseguido tu número. No fue difícil, considerando que sigues involucrada con mi familia, incluso después de todo.

Guardé silencio, intentando controlar mi respiración.

—¿Qué quiere?

—Si quieres volver a ver a tu hijo, aléjate de mi hijo y deja en paz a mi familia.

Mi corazón se detuvo.

—¿Qué? ¿Qué está diciendo?

—Has llegado demasiado lejos, seduciendo primero a mi nieto y ahora a mi hijo. ¿No tienes vergüenza? ¿Qué clase de prostituta barata eres? He decidido que ha llegado el momento de corregir todo esto.

Intenté responder, pero colgó antes de que pudiera decir nada.

Por un momento me quedé paralizada. Luego, la realidad me golpeó como un puñetazo en el estómago.

—Theo.

Regresé a la sala de clases a toda prisa y di por finalizada la clase, diciendo que tenía una urgencia en casa y que repondría el contenido más adelante.

Tomé mi bolso y salí corriendo de allí, sintiendo un dolor agudo en el vientre. Marqué el número de Naty y llamé tres veces, pero no respondió.

—¡Contesta, Naty, por favor!

Sin pensarlo dos veces, pedí un Uber y me dirigí directamente a la guardería. El trayecto fue un borrón, mi mente consumida por el pánico y el miedo.

Cuando llegué, el guardia de seguridad me dejó pasar, y fui directa a la recepción.

—Theo Rojas, mi hijo. ¿Está aquí? —pregunté, casi sin aliento.

La recepcionista me miró con sorpresa.

—Ya se lo han llevado, señora. La niñera vino a recogerlo antes.

—¿Esta mujer? —Encontré una foto de Naty y se la mostré.

—Sí, esa misma.

La recepcionista pareció alarmada, pero no supo qué responder ante mi expresión de desesperación. Mi mundo se estaba derrumbando.

Tuve que sentarme en una silla e instintivamente saqué el móvil para llamar a Alexander. Pero la voz de aquella anciana resonó en mi cabeza, clara y cortante:

—Si quieres volver a ver a tu hijo, aléjate del mío.

Apagué la pantalla del móvil y sentí cómo mi vista se nublaba. El corazón me latía con fuerza y la respiración se volvió pesada, entrecortada.

Mis manos temblaban mientras buscaba alguna respuesta, alguna solución mágica que no implicara tener que contarle a Alexander lo que estaba ocurriendo, con la esperanza de recuperar a mi hijo cuanto antes.

—Tengo que ir a la policía —dije en voz alta, para sacarme del estado de shock.

Me levanté y salí apresurada para pedir otro Uber.

Si algo le pasaba a mi hijo, jamás me lo perdonaría.

Capítulo 57

Isabela Rojas

El tráfico parecía no tener fin, el silencio dentro del Uber hacía que el sonido de mi respiración pareciera fuerte y desacompasado, y no podía quitarme de encima la sensación claustrofóbica de que aquel espacio se hacía cada vez más pequeño para mí.

Por más que intentara encontrar respuestas, soluciones o una salida lógica, mi mente volvía una y otra vez al pánico de siempre.

Estaba muerta de miedo.

Theo era mi corazón fuera del cuerpo, y la idea de no saber dónde estaba o qué podría estar ocurriendo me daban ganas de gritar.

Respiré hondo y volví a llamar a Naty —sin éxito—, lo que me angustió aún más. El conductor no preguntó nada, simplemente pisó el acelerador y esquivó a todos los vehículos que se interponían.

Cuando llegué a la comisaría, me encontré con una sala de espera abarrotada, un verdadero caos. Caminé hasta el mostrador, empujando y pidiendo paso. Por primera vez, me sentí orgullosa de saltarme la fila gracias a mi embarazo.

—Buenas tardes. Necesito denunciar una desaparición —mi voz salió temblorosa—. ¡Es mi hijo! ¡Se lo llevaron de la guardería!

La mujer, una señora de mirada afilada y gesto paciente, levantó la cabeza del ordenador y me analizó durante un momento. Quizás estaba acostumbrada a casos urgentes, pero algo en mi expresión debió mostrar que yo estaba al borde del colapso.

—De acuerdo, señora. ¿Puede darme sus datos, por favor? Voy a redactar una nota inicial y enseguida será atendida por el comisario para hacer la denuncia formal.

—Pero no quiero hacer una denuncia. —Parpadeé, al borde de arrancarme el pelo—. ¡Quiero a mi hijo de vuelta! ¡Necesito que la policía salga a la calle ahora mismo! Si no, puede ser demasiado tarde.

Me senté, pero cada segundo allí era un castigo.

—Necesito sus datos, por favor. ¿Nombre?

Tenía las manos sudadas y temblorosas mientras proporcionaba toda la información. Sentía que todo era una pérdida de tiempo. Cada segundo que pasaba allí, era un segundo más lejos de mi hijo.

—Muy bien. ¿Nombre de su hijo?

Pasé cinco minutos rellenando un formulario burocrático. Luego me llamaron para pasar al despacho del comisario, donde un escribano estaba listo para registrar toda nuestra conversación. El comisario leyó los datos en voz alta para confirmar todo y me hizo más preguntas que solo servían para retrasar la solución de mi problema.

Les expliqué, por supuesto, que la madre de Alexander me había llamado.

Al ver el número extranjero, el comisario y el escribano se miraron, suspirando largo, como si pensaran que ese caso jamás se resolvería. Les di el número, pero cuando lo marcaron, se oyó claramente que no existía.

Lo que más les llamó la atención fue que Naty recogiera a Theo de la guardería.

—¿Conoce usted a esa niñera desde hace mucho tiempo? —preguntó el comisario.

—Sí, es mi amiga de confianza. Vino del Reino Unido para ayudarme. ¡Jamás haría algo así! —levanté la voz sin querer—. ¡Esto no fue idea suya! ¡Debe haber sido secuestrada!

La agente asintió e hizo un gesto para que esperara.

—Niñera británica secuestrada y niño de dos años con doble nacionalidad, también desaparecido —el escribano repitió en voz alta, como si tratara de recordar el protocolo para eso—. Bueno, debemos avisar a la policía de carreteras… embajada…

En ese instante entendí que mi caso se resolvería, tal vez, dentro de ocho o doce meses.

Pero estaba tan paralizada por el miedo que permanecí allí, viendo cómo actuaban en cámara lenta: el hombre cogió el teléfono, hizo una serie de llamadas, me pidió más información como descripción física, horarios, si había grabado la llamada…

Respondí todo, pero por dentro me sentía al borde del colapso.

Minutos después, me entregaron un papel que básicamente era el registro de mi denuncia y me indicaron la salida, diciéndome:

—Nos pondremos en contacto en cuanto tengamos respuestas, señora Rojas. No se preocupe, haremos todo lo que esté en nuestras manos.

Pero lo que escuché fue:

—Vuelva a casa, la comisaría está colapsada, hay muchos casos graves. Dentro de un año le devolveremos el informe forense de su hijo.

Salí de allí como un huracán.

La voz de esa vieja maldita resonaba en mi cabeza, y tenía ganas de arrasarlo todo a mi paso.

—Si quieres volver a ver a tu hijo, aléjate del mío.

Sabía que ella era capaz de hacer cosas horribles, pero… ¿secuestrar a un niño? Era una línea que no creía que tuviera el valor de cruzar. Pero la realidad estaba allí, cruda y brutal, delante de mis ojos.

Los investigadores insistieron en el posible involucramiento de Naty, pero yo sabía que mi amiga era incapaz de algo así. Me conocía, conocía a Theo. No habría venido desde el Reino Unido para hacer semejante barbaridad.

En medio del camino de regreso a casa, me llamó un número desconocido.

Contesté de inmediato, preparada para negociar el regreso de Theo a casa.

—¿Amiga? ¿Estás ahí?

La voz de Natalie me provocó alivio y desesperación a partes iguales. Me dieron ganas de hacer pis en el asiento del Uber.

—¿Naty? ¡Por el amor de Dios, ¿dónde estás?! ¿Dónde está mi hijo?

—Isa, ¡lo siento tanto! Fui a buscar a Theo a la guardería, como hice todos los días esta semana. Y cuando estábamos saliendo, un coche negro se detuvo en la esquina. Dos hombres encapuchados salieron y nos secuestraron. —Su voz temblaba—. Me metieron en el maletero y se llevaron a Theo dentro del coche.

—¿Dónde estás?

—Me dejaron en medio de la carretera, estoy en un restaurante-hotel en un sitio casi desierto. Tuve que llamar a mi madre, que llamó a Maggy, para que ella me diera tu número… —dijo casi sin aire—. Se llevaron a Theo y eso es todo lo que sé.

Mi corazón se desplomó.

—¿Quién? ¡Naty, ¿dónde está?! ¿Quién hizo esto?

—No lo sé, amiga. No pude ver sus caras.

—¿La matrícula del coche? ¿Recuerdas algo?

—Nada. Ni siquiera vi bien el vehículo…

El pánico volvió a apoderarse de mí justo cuando llegaba a casa. Lo único que pude hacer fue bajarme del coche y sentarme en el escalón del portón que daba a las escaleras.

—Naty, por favor, dime dónde estás. ¿Estás a salvo?

—Estoy… estoy bien. Voy a buscar el nombre del sitio y te lo mando.

—Perfecto. Voy ahora mismo… —cerré los ojos al sentir una fuerte patada del bebé.

—¿Y Alexander?

Escuchar su nombre me erizó la piel entera.

Necesitaba mantenerme alejada de Alexander si quería recuperar a mi hijo, al menos esa había sido la amenaza de su madre.

—No, la señora Harrington fue muy clara. No voy a poner en riesgo a mi hijo, Naty.

Al decirlo en voz alta, me di cuenta de que no creía ni una sola palabra. Primero, porque la policía no iba a hacer nada. Si de ellos dependía, no volvería a ver a mi hijo jamás. Segundo, porque Hannah Harrington era una mujer lo suficientemente miserable como para secuestrar a un niño inocente que, le gustara o no, era su familiar.

Es decir, si había alguien cuya palabra no valía nada, era la suya.

—¿Isa?

—Mándame el nombre del lugar por mensaje. Voy a pedir un Uber para recogerte.

—Amiga, ¡está en medio de la nada!

—Entonces voy yo. Tranquila. Necesito colgar.

—¿Qué vas a hacer, Isa? —preguntó, angustiada.

—Lo que debí haber hecho desde el principio: poner al padre de mi hijo a resolver esto.

Colgué, pero algo cambió en la forma en que sostenía el teléfono. Ya no sentía miedo. Lo único que corría por mis venas era determinación.

Respiré hondo, busqué el contacto de Alexander y llamé.

Contestó casi de inmediato.

—¿Isabela? ¿Qué ocurre?

—¿Dónde estás?

—A punto de aterrizar en Londres, ¿por qué?

—Tu madre ha secuestrado a Theo.

—¿Qué? —gruñó.

Pude imaginar la escena: se puso de pie, furioso. Apretó la mandíbula, apartó todo lo que tuviera cerca y miró al vacío con el ceño fruncido.

—Me llamó desde un número que ya no existe, dijo que si quería volver a ver a mi hijo, debía alejarme de ti. Los secuestradores dejaron a Naty tirada en medio de la nada y desaparecieron con Theo. ¿Qué hago, Alexander?

Él respiró hondo y me respondió con una voz tranquila, casi hipnótica:

—Quédate en casa. Yo me encargo.

—¿Qué vas a hacer?

—Ponerle fin a esto.

Capítulo 58

Alexander Harrington

Después de aquella llamada no pude concentrarme en nada más que en las palabras de Isabela al teléfono.

—Tu madre ha secuestrado a Theo.

Parecía imposible y, al mismo tiempo, ridículo.

Aunque una parte de mí quería creer que ella nunca haría semejante estupidez, sabía que la sensación de impunidad y anonimato había deformado, dentro de mi familia, la noción de lo que se puede y no se puede hacer.

Peor aún: mi madre había cruzado una línea que jamás pensé que se atrevería a cruzar, y ahora mi hijo estaba desaparecido.

La sangre me hervía, la cabeza empezó a estallarme de dolor. Me tomé un analgésico para controlar la furia, porque si me dejaba llevar por la rabia, lo arruinaría todo.

Minutos después de hablar con Isabela, llamé a los guardaespaldas que había dejado en Belo Horizonte para protegerlos.

Una, dos, tres veces. Sin respuesta.

Respiré hondo, sintiendo la tensión subir por mis hombros.

—Inaceptable —murmuré, mientras tecleaba frenéticamente en el móvil—. Si han fallado conmigo, lo pagarán.

Oliver respondió de inmediato, diciendo que lo que yo pretendía hacer causaría un escándalo generalizado, pero no me importaba.

Una hora después, el avión aterrizó en suelo británico.

A diferencia de las tierras brasileñas, el cielo estaba gris, una lluvia fina y helada caía, presagio claro de un tráfico infernal.

Tardé una eternidad en llegar al Harrington Bank. Fui directo al despacho presidencial, donde Oliver me esperaba con la cara de quien no creía ni una palabra de lo que le había dicho.

—¿Ya llamaste a tu madre? —preguntó.

—¿Y qué esperas que haga? ¿Que diga la verdad?

Me senté en mi silla y saqué del cofre bajo la mesa el portátil que nunca salía de ese lugar.

—Conéctame a las cuentas de la familia —ordené en voz alta, activando el sistema de rastreo financiero en cuanto encendí el dispositivo.

—Esperaba que al enfrentarla entrara en razón. ¿Secuestrar a un niño? Hasta tu madre sabe que eso puede arruinar la reputación, no solo la suya, sino la de toda la familia.

—No conoces a mi madre, Oliver. Para ganar, es capaz de todo.

Yo lo sabía mejor que nadie, porque, aunque me doliera admitirlo, éramos iguales.

Mi familia, en general, siempre se había aprovechado de la libertad y del poder para hacer lo que le daba la gana. Pero mi madre, en particular, como matriarca, tenía esa arrogancia de quien cree que puede actuar sin consecuencias.

Su error fue uno solo: subestimar de qué soy capaz cuando se trata de proteger a mi familia.

Lo primero que hice fue bloquear todas las cuentas bancarias de los Harrington. Todas. Se quedarían sin tarjetas, sin

transferencias, sin retiros y sin ningún beneficio del banco por tiempo indefinido.

Hannah no sobreviviría sin el confort que le proporcionaba el dinero, y eso bastaría para hacerla ceder.

—¿Sabes cuál es la mejor parte de tener un sistema bancario robusto, Oliver?

—Sorpréndeme.

—No se puede esconder nada —gruñí.

Mientras el sistema procesaba los bloqueos, comencé a rastrear las últimas transacciones de todos los miembros de la familia. Entre decenas de transferencias a cuentas privadas e inversiones fraudulentas, algo llamó mi atención.

Penélope había transferido una suma considerable a una empresa de seguridad privada en Minas Gerais.

—Esta familia está llena de ratas… —murmuré, anotando los datos.

—¿Hasta tu hija está metida en esto?

—Parece que quieren hacerle compañía a Alex.

Me froté las sienes y tomé el móvil. Llamé a Santo Zampieri. No me gustaba depender de él para cada paso en mi vida, pero en esta situación necesitaba a alguien con experiencia y acostumbrado a cerrar problemas.

—¿Harrington?

—Dime dónde estás y te alquilo un avión.

—París. ¿De qué se trata?

—Problemas familiares.

—¡Ah, mis favoritos! ¿Cómo lo adivinaste? —suspiró, como si le acabara de regalar un caramelo.

—Mi madre ha secuestrado a mi hijo.

—Eso suena muy greco-freudiano —celebró—. ¿Tus hombres en Brasil no dieron la talla?

—No responden.

—Estarán sin señal… o muertos. En ambos casos, tenemos que ocuparnos del asunto, ¿no?

—Sí. Encontré una transferencia a una empresa de seguridad en Minas Gerais. ¿Crees que puedes tirar del hilo, obtener información, contactar, mover algo?

—Por supuesto. ¿Y sobre tu encantadora madre, qué piensas hacer?

—No lo sé. Solo quiero resolver esta mierda.

Santo soltó una risa maliciosa al otro lado de la línea y murmuró:

—Buena respuesta.



Santo llegó a Londres dos horas después.

Le entregué todos los datos que había conseguido y él me tranquilizó, diciendo que ya tenía a su equipo trabajando para resolver la situación lo antes posible.

Hacía mucho tiempo que no pisaba la casa de mis padres.

Volver al lugar donde nací y crecí, viendo a mis padres como realmente eran y no como héroes, me hizo darme cuenta de que mi antigua casa era un monumento a la hipocresía.

Por supuesto, toda la opulencia del mundo estaba allí: estatuas raras traídas de Grecia y Egipto, una lámpara de araña brillante que cubría todo el techo, alfombras persas impecablemente alineadas y el aroma sutil de madera pulida que disimulaban la podredumbre que se filtraba por las paredes.

Estar de vuelta allí, en compañía de Santo, hacía que cada detalle pareciera más sofocante.

El mayordomo abrió la puerta y nos reconoció al instante.

Su expresión fue de sorpresa, pero mantuvo la compostura y nos dejó pasar sin decir palabra. Santo, a mi lado, parecía inmune al esplendor decadente que nos rodeaba. Venía de un mundo similar y las apariencias rara vez lo engañaban.

Mi padre fue el primero en aparecer.

Venía apoyado en un bastón, y no parecía haberse recuperado del golpe que recibió meses atrás, cuando los escándalos sobre Alex salieron a la luz.

—Xander, ¿qué está pasando? Penélope me llamó diciendo que le bloquearon todas sus cuentas y cuando revisé las mías, también estaban bloqueadas.

—Es una medida de protección, padre.

—¿Protección de qué?

Miró a Santo, aún preguntándose quién era. Luego volvió a mirarme como si no tuviera ni idea de lo que estaba ocurriendo.

Inspiré hondo, controlando la rabia que hervía dentro de mí.

—Theo ha sido secuestrado.

El impacto en el rostro de mi padre fue genuino. Se quedó pálido, como si la sangre hubiese abandonado su cara, y enseguida abrió los ojos como platos.

—¿Qué?

—Sí. Secuestraron a mi hijo en Brasil.

Frunció el ceño e infló el pecho.

—Ese país no es seguro. ¿Pero qué podía hacer si esa mujer decidió huir? Quien huye, algo esconde, ¿no? —provocó—. Pero por el amor de Dios, ¿cómo sucedió?

—Mi madre lo hizo.

Se quedó incrédulo. Negó con la cabeza, como si quisiera borrar las palabras que acababa de oír.

—No, no… eso no puede ser cierto —su voz tembló—. Tu madre tiene muchos defectos y a veces se descontrola, pero eso…

—Tengo pruebas. Llamó a Isabela y la amenazó. Además, transfirió 300 mil libras a Penélope, quien a su vez pagó a esa empresa de seguridad en Brasil. Una diferencia de segundos entre ambas transacciones.

—No, hijo. Estás equivocado. Quien sea que te esté envenenando contra tu propia madre no es alguien de confianza.

—Lo hizo. Y si no recupero a mi hijo lo antes posible, ninguno en esta familia volverá a ver un solo céntimo. Y me encargaré personalmente de que terminen en las páginas policiales.

Mi padre golpeó varias veces un mueble cercano con su bastón.

—¡Hannah! —su voz retumbó por toda la mansión.

Pasos despreocupados se acercaron, y poco después mi madre entró en la sala, luciendo un vestido impecable y una sonrisa falsa que escondía su soberbia habitual.

—Por el amor de Dios, George, ¿por qué gritas?

—No te hagas la inocente, madre —dije, cortando cualquier intento suyo de fingir—. Ya sabemos que estás detrás del secuestro de Theo. Y quiero a mi hijo, ahora.

Ella alzó una ceja, fingiendo sorpresa.

—Alexander, ¿de qué estás hablando?

—¡No finjas que no sabes nada!

—¿Yo? ¿Secuestrar a un niño? ¿Y dices todo esto basado en qué? ¿Solo en las palabras de esa mujer? ¿Ella te dio alguna prueba de que fui yo? Esto es absurdo.

—¿Absurdo? —Saqué el móvil, abriendo la pantalla con los registros de las transferencias bancarias—. Entonces explícame esta transferencia a una empresa de seguridad privada en Brasil. Una suma nada modesta.

Hannah miró los números en la pantalla, y por un momento vi algo moverse en su rostro —una vacilación, tal vez—. Pero recuperó rápidamente la compostura.

—Eso no salió de mi cuenta —dijo, cruzándose de brazos—. Debes de estar equivocado.

—Hannah… —empezó George, su voz grave y baja, señal de que estaba alcanzando su límite—. Arregla esto. Ahora.

Ella rió con desprecio, como si nada de aquello la afectara.

—¿Tu hijo? —Se acercó—. Tu hijo se llama Alex Harrington, Alexander. Y está destruido, sin dinero, obligado a humillarse,

trabajando como un esclavo para pagar la pensión de unas aprovechadas.

—¿Por qué lo sigues justificando?

—¿Y por qué no estás de su lado? Es tu hijo. Tu sangre. Mucho más que ese bastardo de una puta interesada…

—¡Hannah! —mi padre elevó la voz—. ¡Devuelve al niño ahora mismo! ¡Basta ya!

—¿Con qué derecho vienes aquí a acusarme de estas cosas? —cruzó los brazos—. Después de todo lo que hiciste… Tú fuiste quien humilló a nuestra familia, Alexander. ¡Tú nos rebajaste! Ahora todo el mundo habla de los Harrington, pero no por el prestigio de nuestro banco o nuestros logros. No. Hablan de bastardos y de tu relación escandalosa con la exnovia de tu propio hijo.

—Hannah… —mi padre tosió, incómodo.

—Tenía que hacer algo. ¡Alguien tenía que proteger el nombre Harrington! Si ni siquiera el padre biológico de ese niño lo quiere, ¿tú qué estás haciendo? ¿Cuándo perdiste el juicio y olvidaste quién eres, Alexander?

El silencio que siguió fue cortante, y entonces Santo intervino, con su voz grave y directa:

—Lo ha admitido.

Mi madre lo miró con una mezcla de desprecio y curiosidad. Cuando al fin pareció reconocerlo, dio un par de pasos hacia atrás, lista para huir.

—No. Tú no…

—¿Y usted quién demonios es? —preguntó mi padre—. ¿Uno de los matones de mi hijo?

—Soy la peor pesadilla de su familia —Santo negó con la cabeza—. Alguien que ni se asusta ni se deslumbra con el dinero que tienen.

Antes de que alguien pudiera reaccionar, Santo sacó una bolsa negra de su chaqueta y prácticamente se lanzó sobre mi madre, inmovilizándola y arrastrándola fuera del salón.

Ella soltó un grito ahogado, pateó el aire, pero Santo la redujo al instante.

—¿¡Qué demonios estás haciendo!? —gritó mi padre.

—Su esposa secuestró al hijo de él, que a su vez es su nieto y bisnieto de ella. Así que yo voy a secuestrar a su esposa, que en este caso es esta arpía. Usted puede intentar secuestrar a alguien de mi familia también, pero entonces le dispararía en la cabeza, lo

metería en un barril con ácido y lo hundiría en el mar. Así que, por el bien de la resolución de este conflicto, me la llevo para que ella, que es quien generó todo este problema, lo resuelva. ¿Alguna otra pregunta?

Mi padre se desplomó en el sillón más cercano, con los ojos desorbitados.

Al final, solo asintió con la cabeza.

Observé la escena en silencio, sin satisfacción alguna, pero ya estaba cansado de jugar limpio con esa gente. O me verían como el nuevo jefe de esta familia, o viviría atrapado en este infierno una y otra vez por el resto de mi vida.

—Esto se ha salido de control, hijo.

—Sí —asentí—. Y yo estoy devolviéndole los límites a esta familia.

Capítulo 59

Alexander Harrington

Si no fuera por el sonido apagado de los motores y el tintinear del hielo en el vaso de Santo, la pequeña sala dentro del avión permanecería en completo silencio.

Yo estaba sentado en un sillón cómodo, intentando relajar el cuerpo, pero tanta cantidad de viajes y el jet lag por los cambios constantes de huso horario ya estaban destrozándome la cabeza. Santo estaba en cuclillas, con ese brillo depredador en los ojos de un lobo que observa a su presa —o, en el caso de mi madre, otro lobo igual de peligroso que él.

Mi madre estaba esposada e inconsciente en el asiento frente al mío, girado hacia mí —Santo entre nosotros dos.

—¿No debería haberse despertado ya?

—Oh, escucha esto —Santo señaló con el dedo hacia arriba.

—¿El qué? —Afiné el oído para captar lo que fuera.

—El silencio que precede a la tormenta. Es delicioso.

—Cuando despierte, esto va a convertirse en un infierno —me froté la cara.

Santo esbozó una sonrisa.

—Ojalá.

Los guardaespaldas en Brasil finalmente se habían puesto en contacto, informando que habían seguido a los secuestradores y conseguido identificar el lugar donde Theo estaba retenido.

Era una casa aislada, una finca en São Lourenço, a seis horas de Belo Horizonte. Se habían reunido con el equipo de Santo que venía desde São Paulo y ya tenían el lugar rodeado. Solo estaban esperando la orden para entrar en acción.

A pesar del alivio de tener esa información, la rabia hervía en mi interior.

Todo esto estaba ocurriendo porque mi madre era incapaz de aceptar que alguien la contradijera. Peor aún, porque yo me había mantenido ausente, obsesionado con el trabajo, dejando que la vida pasara mientras ellos decidían por mí, siempre y cuando no me molestaran.

Me molestaron.

Hasta el punto de temer por mi mujer. De casi perder a la niña que ella llevaba en el vientre.

El avión dio una sacudida y ese fue el detonante para que mi madre despertara. Alzó la cabeza lentamente, parpadeó hasta recuperar la conciencia y entender dónde estaba.

—Mira quién se ha despertado, nuestra bella durmiente favorita, justo a tiempo —dijo él, con una sonrisa que hizo que mi madre se encogiera.

Ella miró a su alrededor, confundida.

—¿Dónde estamos? ¿Qué está pasando?

—Vamos camino a São Lourenço, a esta finca justo aquí —abrí el tablet y le mostré el mapa—. Para arreglar el caos que has provocado.

Su cara de espanto al ver su plan frustrado fue impagable.

Luego intentó poner cara de inocente, se encogió de hombros. Lo que solo aumentó mi irritación.

—Esto es ridículo, Alexander. No sé de qué estás hablando.

Santo soltó una risa breve, como si le divirtiera la patética tentativa de ella por mantener el control. Se acercó a ella, se quedó

en cuclillas para mirarla a los ojos, como un depredador examinando a su presa.

—¿No sabes, eh? Muy bien. Te voy a contar un cuentecito, solo para que estemos todos en el mismo capítulo. —Hizo una pausa dramática—. Tus secuestradores aficionados fueron seguidos por los guardaespaldas de tu hijo. Me llamaron hace poco y, ¿sabes qué? Han descubierto dónde está el niño.

Ella mantuvo una expresión neutra, pero sus labios temblaron cuando respondió:

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—No sé. ¿Qué crees tú?

—¿Cómo salí de mi país sin pasar por la policía? —miró alrededor.

—Tienes mucho dinero, ¿verdad? —Santo sonrió—. Yo también tengo. Tú tienes a tus matones amateurs, ¿no? Yo tengo gente entrenada en todo el mundo. Pero esa no es la mejor parte.

—¿Ah, no? —ironizó.

—No. La mejor parte de esta historia es que los hombres de tu hijo aún no han entrado en ese lugar… porque voy a ser yo quien entre, armado, disparando a todo el mundo.

—Hum.

—Usándote como escudo humano.

—¿Qué? —Podría haber perdido la dentadura si llevara una.

Su boca se abrió tanto y su piel se volvió tan pálida que parecía que la sangre le había abandonado el cuerpo por completo.

—No me mires así, tienes el tamaño perfecto. Lo suficientemente pequeña como para no estorbar, pero lo bastante grande como para protegerme de las balas.

Ella me miró, desesperada.

—¡Alexander! ¿Vas a permitir que haga esto con tu propia madre?

Apreté la mandíbula y la miré en silencio.

—Solo hay una forma de tratar con terroristas, señora Harrington: siendo peor que ellos. Haciéndoles tener miedo hasta que recuperen la poca humanidad que les queda. Recordándoles que ellos pueden ser crueles, pero yo puedo ser más.

—¡Alexander!

—¿Tú empezaste todo esto, no? Pues ahora te aguantas.

Ella soltó un sonido de indignación, pero Santo continuó, imperturbable:

—Incluso compré este precioso vestido negro —sacó la prenda de una bolsa—. Lo malo: no es antibalas, ya que vas a ser mi escudo. Lo bueno: estiliza. Y si terminas sangrando o cagándote encima, el negro disimula bien en ambos casos.

Ella se removió en el asiento, gritó pidiendo ayuda, pero nadie acudió a su auxilio. Estábamos solo nosotros y el equipo del piloto en la aeronave.

—Claro, si quieres colaborar y facilitar las cosas, puedo replantearme algún detalle del plan. Pero sinceramente, creo que será mucho más emocionante así.

Ella empezó a sacudir la cabeza, como si intentara borrar las palabras de Santo.

—No puedes hacerme esto...

—¿Si no qué? ¿Vas a gritar en inmigración y ser arrestada por secuestro de un ciudadano anglobrasileño? ¿Por asociación ilícita? ¿Por evasión de capitales? Dime, señora Harrington: ¿prefieres ser mi escudo humano sorpresa o acabar presa en tierras tropicales y convertirte en portada de los periódicos que leen tus amigas?

Finalmente, se quebró.

—¡Está bien! Confieso. Yo organicé el secuestro. Necesitaba sacar a esa mujer y a su bastardo de tu vida. ¡Era lo mejor para todos nosotros, Alexander!

Santo me miró, alzando una ceja con satisfacción.

—Eso nos ahorra bastante tiempo —se frotó las manos.

Hannah volvió la mirada hacia él, el pánico creciendo en sus ojos.

—Por favor, escuchen. Sé dónde está. Puedo llamar a los secuestradores y pedirles que suelten al niño en un lugar seguro. No tiene que ser así.

Santo se echó a reír.

—¿Y robarme toda la diversión? ¿Sabes lo que se siente en medio de un tiroteo? Toda esa adrenalina por estar a punto de morir y la dopamina por salir ileso… —se rascó la barbilla—. No… La parte de la dopamina no la vas a tener. Pero vas a tener el culo lleno de adrenalina.

—¡Por favor! —prácticamente gritó, girándose hacia mí—. Alexander, escúchame. Soy tu madre. Saliste de dentro de mí. Por la vida que te di, hijo mío, no permitas esto. Nunca quise hacerle daño

al hijo de esa mujer. Solo quería proteger a nuestra familia, protegerte a ti. Fue un error, lo sé. Pero no tiene que terminar así.

Empezó a llorar mientras suplicaba:

—Nunca más me meteré en tu vida. Lo prometo. Nunca volveré a interferir en tu relación con esa… mujer. Solo… por favor, dame otra oportunidad.

Me sorprendió bastante.

No esperaba ese tipo de comportamiento de ella. Mi madre no era una mujer que se humillara o se pusiera en esa posición. Ella, que siempre mantenía una postura altiva, se estaba deshaciendo frente a mí.

Pero no sentí satisfacción. Solo asco.

—Quiero a mi hijo esperándome en el aeropuerto de Belo Horizonte cuando aterrice este avión. O dejaré que él te use como abrigo de piel cuando empiece el tiroteo —junté las manos y me incliné un poco hacia adelante, dejando que el fuego en mis ojos hablara por mí—. Y sabes perfectamente que lo permitiría.

Ella sollozó y asintió con la cabeza.

Le lancé el móvil y ella llamó de inmediato a un número, suplicando que cancelaran la operación y que Theo fuera enviado de

vuelta a Belo Horizonte, o todos morirían, incluida ella.

—Se lo dije, señor Harrington. A un loco no lo cura un manicomio, lo cura otro capaz de hacer algo mil veces peor.

Me levanté y me preparé para salir de aquella sala.

—¿Alexander? —me llamó.

—Solo vuelve a dirigirme la palabra cuando mi hijo esté a salvo.

Miré por la ventana del avión y contemplé la inmensidad del océano bajo nosotros. Nada en ese momento importaba más que la seguridad de Theo.

Y la conseguiría, al precio que fuera.

Capítulo 60

Isabela Rojas

Dos días.

Dos días habían pasado desde que la policía me aseguró que "estaba haciendo todo lo posible". Dos días desde que llamé a Alexander y le conté la verdad, aun sin tener pruebas concretas. Dos días desde que él me prometió que lo resolvería todo.

Y ahora estaba aquí, encerrada en mi piso, caminando de un lado a otro, con el corazón desbocado, las manos sudorosas y la cabeza llena de pensamientos que no me daban ni un solo segundo de paz.

Naty estaba sentada en el sofá, con las piernas cruzadas y el rostro pálido; su energía vibrante de siempre se había transformado en un silencio asfixiante.

—Debería haber hecho más —murmuré, cruzándome de brazos—. Debería haber ido a buscarle yo sola. Confiar en la policía

fue un error. Confiar en Alexander...

Mi voz se quebró, pero Naty, tan angustiada como yo, alzó la cabeza e intentó consolarme.

—Isa, hiciste lo que pudiste. No podías saber que esto pasaría.

—¡Pero lo sabía, Naty! —repliqué, alzando la voz—. Algo dentro de mí sabía que esa familia era peligrosa, que no debía involucrarme con ellos. ¡Vi de lo que era capaz su madre! Y, aun así, dejé que las cosas llegaran hasta este punto.

Naty no respondió, solo me observó mientras yo escupía mi culpa y mi angustia en palabras desordenadas.

—¿Y Alexander? —pregunté, más para mí que para ella—. Confié en él. Esta vez lo hice diferente, llamé, conté todo, y ahora... silencio. ¿Qué está haciendo? ¿Por qué no se ha puesto en contacto conmigo?

—Quizá lo esté resolviendo todo —sugirió.

Negué con la cabeza, sintiendo cómo me ardían los ojos de vergüenza y rabia.

—¿Y si me equivoqué? ¿Y si confiar en él solo empeoró las cosas?

Antes de que Naty pudiera responder, sonó el timbre.

Ese sonido, tan común y cotidiano, me paralizó.

Naty me miró frunciendo el ceño y me acompañó hasta la terraza.

—¿Quién será?

Mis pies parecían haberse clavado al suelo. Me costaba dar un solo paso sin sentir que iba a desmoronarme. Cuando por fin llegué a la barandilla, me asomé.

Y mi corazón casi se detuvo al ver a Alexander abajo.

—¡Él no dijo que vendría! —dije, jadeando, corriendo hacia la puerta—. ¿Por qué no avisó?

Solté un grito ahogado, me tapé la boca con las manos y retrocedí un paso, como si esperara lo peor.

—Te ayudo, apóyate en mí —dijo Naty, corriendo en mi auxilio.

Bajamos las escaleras a toda prisa. Mis piernas temblaban tanto que casi me traicionaban en cada escalón. Cuando llegamos al nivel del suelo, estaba lista para gritarle, llorar, golpearle.

Pero cuando vi a mi hijo en sus brazos, animado y feliz como si solo hubiese salido a dar un paseo, mi corazón se detuvo.

—¡Mamá! —gritó él, con los brazos abiertos.

Mis rodillas cedieron y caí al suelo, llorando. Theo casi saltó de los brazos de Alexander y corrió hacia mí, lanzándose entre mis brazos.

Me abrazó con fuerza.

—¡No llores, mamá! —repetía, con esa alegría infantil, sin entender nada de lo que había pasado.

Lo sujeté con todas mis fuerzas, mis lágrimas empapando su pelo mientras acariciaba su cara, besaba sus mejillas y sentía el calor de su cuerpecito contra el mío.

Comprobé cada detalle: las orejas, las cejas, la nariz, buscando si faltaba algún pedacito de él.

—Casi me muero del susto, amor mío… Nunca más voy a dejarte solo… —murmuré con la voz rota—. ¿Te hicieron daño? ¿Te pasó algo?

Theo se rió, algo incómodo, pensando probablemente que mi reacción era exagerada. Pero al ver que de verdad estaba destrozada, rompió a llorar también.

—Mamá, no llores —suplicó.

Alcé la vista y mis ojos se encontraron con los de Alexander.

Estaba ahí, imponente e inquebrantable, pero sus ojos… sus ojos decían otra cosa. Había envejecido por lo menos cinco años desde la última vez que lo vi —hace apenas dos días.

Parecía exhausto, aliviado y completamente arrepentido.

Me ayudó a levantarme del suelo y me atrajo hacia sí, limpiando con cuidado mis rodillas.

—Basta de emociones fuertes. Estás embarazada y necesitas recuperarte.

—Pensé que no lo volvería a ver —lo abracé con desesperación.

—Te dije que podías confiar en mí. Soy su padre, siempre lo resolveré. Ya no estás sola, Isabela, ¿cuándo lo vas a entender?

Antes de que pudiera responder, otra figura bajó del coche estacionado.

Y al verla, me hirvió la sangre.

Hannah Harrington.

Salió del coche con el rostro cansado, sin maquillaje, sin ropa elegante. Parecía lista para ir directamente a prisión.

No me enorgullezco de lo que pasó. No pensé. No razoné.

La rabia me invadió como una tormenta, me dejó ciega, y antes de que Naty o Alexander pudieran detenerme, me lancé sobre ella.

—¡Maldita desgraciada! —grité, agarrándola del pelo con fuerza.

Hannah gritó de dolor, pero no me detuve. Tiré con tanta rabia que mechones enteros se desprendieron de su cabeza. Y no contenta con eso, seguí arrancando más, hasta dejar a esa gallina vieja completamente desplumada.

Cuando ya no quedaba más pelo que arrancar, cerré los puños y empecé a llenarle la cara de hostias. Cada golpe me hacía doler las manos, pero descargué todo mi odio, mi frustración y la angustia acumulada durante dos días golpeando a esa mujer como si pudiera devolverme la cordura que había perdido.

—¡Intentaste quitarme a mi hijo! —grité como una fiera, sin importarme perder la compostura—. ¡Te atreviste a tocar a mi bebé!

Ella intentó defenderse, pero mi rabia era más fuerte.

Le metí toda la mano en la boca, intentando arrancarle los dientes, y al ver que no lo lograba, busqué una piedra para terminar el trabajo.

Necesitaba sacar todo ese odio acumulado o iba a reventar de un infarto.

—¡Isa! —Alexander intentó detenerme, pero Santo lo frenó, sujetándole del hombro.

—No molestes. Están teniendo una conversación educada y civilizada.

—¡Mi mujer está embarazada! —protestó Alexander.

—¿Y sabes lo que dicen? Si no cumples el antojo de una embarazada, el bebé nace con la cara de quien se lo negó. ¿Quieres que tu hija tenga la cara de tu madre?

Ahí fue cuando le pegué con más gusto.

Si había algo en esta vida que jamás permitiría, era que mi hija se pareciera a esa mujer. Así que, por si acaso, le di hasta que la furia se convirtió en una sensación de misión cumplida.

Cuando finalmente me detuve, Hannah estaba tirada en el suelo, con mechones sueltos, la cara arañada y el cuerpo lleno de marcas visibles.

Santo se acercó, la levantó del suelo y la sostuvo, ya que apenas podía mantenerse en pie.

—Ahora que ya os habéis entendido, ¿qué tienes que decir? —preguntó.

Ella me miró, asustada y humillada, y entonces hizo algo que jamás imaginé ver:

—Por favor, Isabela… perdóname. Yo… yo no volveré a meterme en tu vida ni en la de mi hijo. Lamento lo que pasó.

Santo me miró, esperando mi respuesta.

—¿Puedes perdonarla o quieres cinco minutitos más de charla con ella, sin que se rompa la amistad?

Crucé los brazos.

Él hizo un gesto como de puñetazos y patadas, ofreciéndome una última ronda.

Miré a Hannah, sintiendo aún el sabor amargo de la rabia en el pecho, pero negué con la cabeza.

—Jamás te voy a perdonar. Y si algún día vuelves a acercarte a mis hijos, iré a la cárcel, pero te mato —le solté entre dientes.

—Nadie va a ir preso por hacer lo correcto —añadió Santo—. Siempre resolveremos estas cosas como una familia. Hablando.

Me lanzó una última mirada, dejándome claro que, si quería arrancarle la dentadura a esa vieja, era mi última oportunidad.

—Ya basta de charla.

—Perfecto. Ahora, sé educada y pídele disculpas a tu hijo. —Santo la giró hacia Alexander.

Hannah no tenía fuerza para dar un discurso. Solo logró murmurar:

—Lo siento…

Alexander la miró con desprecio y le dio la espalda.

Santo aplaudió y dejó caer a la vieja como un saco.

—Caso resuelto. Todos contentos. Debería tener un programa de resolución de conflictos familiares en la tele. Sería líder de audiencia.

Ayudó a Hannah a levantarse y, mientras la llevaba de vuelta al coche, Alexander vino hacia mí. Estaba tenso, pero sus ojos estaban llenos de algo que hacía tiempo no veía: vulnerabilidad.

—Isabela… intenté arreglarlo todo. Sé que tardé, pero… perdóname por no haber dado señales antes.

Dejé a Theo en brazos de Naty y me acerqué a él. Sin pensar, lo abracé fuerte y empecé a besarle el rostro, los labios, el cuello.

—Estás perdonado —susurré, sin aliento—. Sé que hiciste lo que pudiste. Gracias por traerme de vuelta a mi hijo.

—A nuestro hijo —me corrigió—. ¿Ves? Puedo encargarme de todo. Puedo protegerte, darte lo que necesitas, asegurar siempre lo mejor para ti y para nuestros hijos. Solo necesito que confíes en mí.

Asentí, sintiendo la culpa golpearme con fuerza.

—Tienes razón —admití—. Si hubiera confiado en ti desde el principio, nada de esto habría pasado. No volverá a repetirse, lo prometo.

Me miró con profunda admiración.

—Entonces confía en mí, Isabela. Confía en que siempre cuidaré de ti y de nuestros hijos. Confía en que siempre serás mi prioridad, que siempre pensaré en tu seguridad, en tu felicidad, en tu bienestar.

Asentí sin dudar. No había nada que discutir.

—Cuando nazca nuestra niña, vuelve conmigo a Londres. —Entrecruzó nuestros dedos—. Vamos a empezar de nuevo. Te prometo que todo será diferente.

Lo miré, sintiendo por primera vez en mucho tiempo que esas palabras tenían peso, valor… y que no eran solo promesas vacías.

En ese momento supe que, por fin, estábamos listos para construir algo nuevo.

Algo que ningún Harrington sería capaz de destruir.

—Puedes apostarlo.

Capítulo 61

Isabela Rojas

—Puedes apostarlo.

En ese momento, todo parecía haber encajado; las estrellitas se habían alineado y, por fin, podía respirar tranquila porque mi hijo estaba de vuelta.

Fue como si el universo hubiera ajustado las agujas del reloj, concediéndome un instante de paz, un soplo de alivio tras toda aquella tormenta.

Entonces lo sentí.

Un pinchazo agudo atravesó mi vientre, dejándome completamente sin aliento. Mi cuerpo se tensó y miré a Alexander con los ojos muy abiertos.

—¿Qué pasa? —se acercó a mí y me tomó de la mano.

Antes de que pudiera responder, un chorro caliente y húmedo bajó por mis piernas. El líquido claro empapó el suelo a mi alrededor

y el pánico se apoderó de mí.

—Creo que la niña viene... —susurré.

El mundo empezó a girar.

Todo a mi alrededor se volvió un borrón de voces y movimientos apresurados. Alexander tomó el control de la situación al instante. Me sujetó con firmeza por los brazos, con los ojos fijos en los míos, intentando traerme de vuelta a la realidad.

—Respira, Isabela. Todo está bien. Estoy aquí contigo.

Quería creerle, pero mi corazón latía con fuerza, mi mente estaba invadida por miedos e incertidumbres irracionales. No era así como lo había imaginado. No aquí, no ahora.

—¡Naty! —gritó Alexander—. ¡Quédate con Theo! Yo la llevo al hospital.

—Todo va a salir bien, amiga —dijo ella desde el fondo.

Alexander rodeó mi cintura con un brazo, guiándome con cuidado hacia el coche. Cada paso era difícil, como si mi cuerpo luchara contra mí.

Dentro del coche intenté controlar la respiración, pero las contracciones venían rápidas, intensas, haciendo que cada parte de mi cuerpo se contrajera.

—Alexander... ¿y si algo sale mal? —pregunté con la voz quebrada.

Él apretó mi mano con fuerza.

—Nada va a salir mal, Isa. Estoy aquí contigo. Ya lo tenemos todo preparado, ¿recuerdas? Vamos al mejor hospital. Confía en mí.

Asentí, intentando absorber la calma que él irradiaba. Pero dentro de mí todo era un caos.

Los recuerdos de ir sola a un hospital desconocido en Londres y tener a Theo sin ningún apoyo... Ese miedo seguía oprimiéndome, asfixiándome, mientras el dolor aumentaba con cada minuto.

El camino hasta el hospital pareció durar una eternidad, o dos. Cuando por fin llegamos, sentí que había corrido una maratón. Alexander me ayudó a bajar del coche, y un equipo médico ya nos esperaba en la entrada, gracias a las llamadas que él había hecho durante el trayecto.

—Está de parto —explicó Alexander—. ¿Su ginecólogo ya ha llegado?

Solo me di cuenta de que hablaba en inglés cuando los médicos cambiaron su actitud y lo miraron con más seriedad, respondiéndole en el mismo idioma.

—Yes, sir. We'll take care of everything from here.

Me sentaron en una silla de ruedas, y él no soltó mi mano ni por un segundo mientras me llevaban a la sala de partos.

—Alexander... no me dejes —lo agarré, desesperada.

Se detuvo un instante, se inclinó hacia mí y me miró directamente a los ojos.

—No lo haré. Ni ahora ni nunca, Isabela. Te lo prometo.



La sala de partos era luminosa y estaba llena de movimiento, pero mi visión parecía limitada. Todo lo que podía sentir era un dolor abrumador, como si mi cuerpo se estuviera partiendo en dos.

Las voces de los médicos sonaban apagadas, como si estuvieran a kilómetros de distancia.

—Isabela, tienes que respirar conmigo —la voz de Alexander me trajo de vuelta.

Él ancló mi atención, sus ojos azules se colocaron frente a mi rostro. Alexander me sostuvo la mano y me mostró cómo debía hacerlo.

—No puedo...

—Sí que puedes —se acercó, apoyando su frente en la mía—. Lo hiciste cuando nació Theo y ahora vas a hacerlo con nuestra hija. Eres la mujer más fuerte que he conocido. Solo necesitas respirar y relajar el cuerpo, la bebé ya está en camino.

—¿No te vas a ir?

—No, no me voy. Me quedaré justo aquí a tu lado. Ese es mi lugar. Estamos juntos en esto.

Sus palabras me dieron una fuerza que no sabía que tenía. Respiré hondo, concentrándome en el ritmo que él marcaba conmigo, y le apreté la mano como si mi vida dependiera de ello.

Las contracciones vinieron con más intensidad, y el equipo médico empezó a dar instrucciones.

—¡Empuja, Isabela!

Grité, el dolor alcanzando un pico que jamás imaginé poder soportar.

Toda esa adrenalina y furia que había descargado sobre la maldita madre de él ahora me pasaban factura. Me había enfadado tanto que mi tensión subió y acabé entrando en trabajo de parto.

—¡No puedo! —grité, desesperada.

—Sí, puedes —Alexander seguía a mi lado, con los ojos clavados en los míos—. Piensa que en unos minutos vas a tener a nuestra hija en brazos. Piensa en Theo. Tú puedes.

La mención de Theo y de nuestra pequeña me dio un nuevo impulso.

Reuní toda la fuerza que me quedaba y empujé. Una vez más. Y otra.

Y entonces, la escuché.

Un llanto alto, claro e insistente.

Mi cuerpo se relajó al instante, el dolor fue reemplazado por una sensación de alivio y una alegría abrumadora. Las lágrimas corrieron por mi rostro mientras la ginecóloga levantaba a mi hija, envuelta en una pequeña manta blanca.

—Aquí tienes a tu bebé, Isabela.

Cuando la colocaron en mis brazos, el mundo se detuvo.

Era perfecta.

Pequeñita, con mejillas sonrosadas y los ojos aún cerrados.

Dejó de llorar inmediatamente al sentir el contacto con mi piel, y esa emoción fue recíproca, porque yo también encontré la paz.

—Es tan hermosa... —susurré, acariciando su carita.

Alexander se quedó a mi lado, mirándola con una expresión que nunca antes había visto. Sus ojos brillaban, una sonrisa suave curvaba sus labios.

—Es nuestro milagro, Isabela —se inclinó y besó mi frente—. Más que eso, es nuestro nuevo comienzo.

Lo miré, con el corazón desbordando de amor.

Él rodeó con un brazo a la bebé y a mí, envolviéndonos en un abrazo que parecía contener todo el amor y la protección del mundo.



Algún tiempo después, cuando estábamos en la habitación, con la bebé durmiendo plácidamente en mis brazos, miré a Alexander. Estaba sentado en el sillón junto a la cama, observando cada uno de nuestros movimientos como si no quisiera perderse ni un segundo.

—Gracias —dije en voz baja.

Él frunció el ceño, como si no entendiera.

—¿Por qué?

—Por no alejarte de mi lado. Por no rendirte con nosotros. Por estar aquí. Por mostrarme que todo podía ser diferente.

Sonrió y tomó mi mano.

—Nunca me rendiría contigo, Isabela. Nunca.

Miré a nuestra hija, y luego volví a mirarle a él.

—Y lo más importante: te prometo que nada de aquello volverá a ocurrir. Nadie volverá a separarnos. Todo será distinto a partir de ahora.

Sus ojos brillaban con determinación.

—Lo prometo.

En ese momento, ya no me quedaban dudas: nuestro amor había vencido.

Capítulo 62

Alexander Harrington

Decidí quedarme en Belo Horizonte por tiempo indefinido.

Después de todo, no había otro lugar en el que quisiera estar.

Isabela y Lilly me necesitaban aquí. Y, para ser sincero, yo también las necesitaba a ellas. Por primera vez en mi vida, sentía que estaba exactamente donde quería y debía estar.

Decidimos quedarnos en el hospital tres días más, solo por precaución y para asegurarnos por completo de que ambas estaban bien. Gracias a Dios, los exámenes de Isabela mostraron que estaba en perfecto estado, a pesar del pico de estrés que sufrió el día del parto, y Lillian estaba sana.

Los primeros días con nuestra hija fueron agotadores y llenos de euforia. Era tan pequeña, tan frágil, que parecía imposible no estar alerta en todo momento.

Me despertaba de madrugada, incluso cuando no era mi turno de cuidarla, solo para escuchar su respiración suave y constante.

Isabela, aunque cansada, parecía brillar de una manera que nunca antes había visto. La maternidad siempre pareció algo natural en ella, pero verla con Lillian era diferente.

La sostenía como si fuera lo más valioso del mundo, y yo sabía que estaba presenciando algo especial.

En la tercera noche, cuando Lillian empezó a llorar, me levanté sin dudar. Isabela murmuró algo, todavía medio dormida, pero yo ya estaba junto a la cuna. La tomé en brazos con cuidado, aún acostumbrándome a su peso ligero.

—¿Qué pasa, pequeñita? —susurré, meciéndola con suavidad.

Dejó de llorar casi de inmediato, abriendo sus ojitos para mirarme con una expresión que solo podía describirse como curiosidad.

—Cuéntale a papá, ¿qué necesitas?

Pasé el dedo delicadamente por su mejilla. Ella agarró mi dedo con su manita, y en ese momento sentí una oleada de amor tan intensa que casi me dejó sin aliento.

—Tienes que dormir para crecer fuerte y sana. Y mamá necesita descansar, así que dile a papá qué necesitas.

Lillian se quedó dormida en mis brazos mientras la acunaba.

Creo que era justo eso lo que necesitaba.



A la mañana siguiente fuimos a un hotel de lujo, ya que el piso de Isabela era demasiado pequeño y estaríamos todos amontonados allí.

Cuando Theo llegó, se quedó impresionado con el lugar.

Isabela fue a prepararle para el gran momento. Estaba emocionado desde que supo que sería el hermano mayor, pero yo sabía que solo lo entendería de verdad cuando viera a su hermana.

Me senté en el sillón junto a la cama y coloqué a Theo sobre mi pierna.

—Tienes que tener cuidado, ¿vale?

Theo intentó contener la energía incontrolable de un niño de dos años y dejó de moverse.

Isabela vino hasta nosotros y puso a Lillian en mis brazos.

—Es tan pequeñita... —abrió mucho los ojos.

—Sí, tu hermanita acaba de nacer —expliqué, inclinándome para que pudiera verla mejor—. ¿Recuerdas la promesa que me hiciste?

—¡Prometí que iba a protegerla!

—Eso es —pasé el brazo libre por detrás de él, acercándolo más—. Y esa promesa es muy importante, Theo. Ella te va a necesitar el resto de su vida. ¿Crees que puede contar contigo?

Asintió con fuerza, tomándose cada palabra muy en serio.

—¿Puedo sostenerla, papá?

Miré a Isabela, que estaba sentada en la cama. Asintió con una pequeña sonrisa, y entonces volví a mirar a Theo.

—Claro que puedes, pero papá te va a ayudar, ¿de acuerdo?

Él asintió, ansioso.

Acomodé cuidadosamente a Lillian en sus brazos, manteniendo mis manos por debajo para asegurarme de que

estuviera bien sujeta.

Theo la miró con una expresión de absoluto asombro.

—¿Cómo se llama?

—Lilly.

—Hola, Lilly. Soy Theo —dijo en voz baja, casi como si estuviera compartiendo un secreto.

Isabela y yo cruzamos una mirada, los dos demasiado emocionados para decir nada. Theo continuó:

—Eres pequeña, pero yo soy grande. Te voy a proteger.

Lillian, como si entendiera, movió una de sus manitas en el aire, y Theo rió, mirándome entusiasmado.

—¿Le gusto, papá?

—Claro que sí. ¿A quién no le vas a gustar? Eres un niño tan inteligente, fuerte y responsable —respondí, sonriendo.

Isabela se levantó y se acercó a nosotros, se colocó junto al sofá. Acarició el cabello de Theo, con una mirada llena de orgullo.

—Tiene suerte de tener un hermano mayor tan maravilloso.

Theo alzó la vista hacia ella, todo orgulloso.

—Voy a cuidarla, mamá. Lo prometo.

Isabela rió en voz baja, besó su frente, y luego me miró. Su sonrisa era diferente, más suave, más íntima.

—Creo que ha heredado lo mejor de ti —comenté.

—Sí... tal vez lo haya hecho.

Por la tarde llevé a Theo a hacerse algunos exámenes y a ver a un psicólogo, para entender si le había quedado alguna marca o trauma del secuestro.

La conclusión de los médicos y del psicólogo fue que, aunque estuvo con desconocidos, Theo no fue agredido ni sufrió emocionalmente, así que interpretó todo aquello como una gran aventura... una que casi me cuesta la cordura y que provocó que su hermana naciera de forma precipitada.

Lo importante era que no llevaría consigo ninguna marca de aquello, y eso ya era suficiente para considerarlo una victoria.

Por la noche, después de que Theo y Lilly se durmieran, subí con Isabela a la terraza del hotel para disfrutar de las vistas y tomar un poco de aire. Al notar que tenía frío, me quité la chaqueta y la coloqué sobre sus hombros; también la atraje hacia mí y pasé un brazo alrededor de ella.

—¿Cuándo piensas volver a Londres? —preguntó.

—Cuando tú, Theo y Lilly podáis viajar.

Me miró frunciendo el ceño, confundida.

—No voy a dejaros aquí, sin mí. Londres es tu lugar.

—Solo de pensar que voy a estar en la misma ciudad que tu madre... eso me aterroriza.

—¿Crees que no aprendió la lección? —negué con la cabeza —. ¿Crees que va a quedar impune después de todo esto? No, Isabela, no va a ser así. Y eso no puede impedirte volver a casa. A nuestra casa. Protegida, con seguridad, conmigo allí.

—Tengo tantas cosas que resolver... —se frotó el rostro con los dedos.

—Yo me encargo de todo —dije con firmeza—. Voy a vaciar el piso y entregarlo en perfecto estado...

—Es pequeño, pero pasé buenos momentos allí.

—Puedo comprar el edificio entero —le ofrecí otra alternativa.

Se rió y me miró como diciendo: tú no cambias nunca.

La miré, deteniéndome en cada detalle de su rostro.

—Isa, nunca he estado tan seguro de algo en mi vida. Quiero que estés conmigo en Londres. Toda nuestra familia, juntos.

Ella sonrió, inclinándose para besarme.

—Yo también.

Nos quedamos allí un rato, en silencio, escuchando los sonidos de la noche.

Por primera vez en mucho tiempo, sentía que había encontrado mi lugar.

Y mi lugar estaba con ella y con mis hijos.

Capítulo 63

Alexander Harrington

Un mes Después.

El calor de aquella mañana en Belo Horizonte flotaba a mi alrededor. El cielo estaba despejado, sin una sola nube, lo que haría el viaje de regreso a casa aún más agradable.

Al principio, Isabela dudó, preocupada por si sería seguro que Lilly hiciera un viaje tan largo, pero le aseguré que nuestra hija tendría todas las comodidades y cuidados durante nuestro regreso a Londres.

Al subir al avión, eché un vistazo al espacio que se había adaptado para el viaje. Una cuna especialmente diseñada estaba fijada de forma segura dentro de la suite principal, rodeada de equipos médicos de última generación y de un equipo profesional que contraté para asegurarme de que todo saliera bien. Nuestra bebé tendría todo lo que necesitara: confort, seguridad y un monitoreo constante.

Isabela entró poco después, con Lilly en brazos, mientras Theo corría a su alrededor, lleno de energía. Naty venía detrás, vigilándole con la mirada.

—¡Guau! —exclamó Theo al mirar alrededor del avión—. Parece una casa.

—Es para tu comodidad —lo llamé para que se sentara en mi regazo—. Tiene cama, cine... incluso pedí que instalaran una sala solo de juegos. ¿Qué prefieres?

—¡Ice Age, papá! —gritó entusiasmado.

—Entonces eso veremos.

Los ojos de Theo brillaron. Saltó al suelo y empezó a correr entre los asientos, abriendo todas las puertas para ver qué había. Al final, volvió a mí y se sentó junto a la ventana, mirando hacia afuera.

—Está a mil por hora —comentó Isabela.

—No pasa nada, déjale disfrutar. Es curioso, y eso es bueno.

Ella asintió y suspiró, un poco emocionada.

—No te pongas así, volveremos cuando quieras —pasé el brazo por sus hombros, la atraje hacia mí y besé su frente.

Una vez que todo el equipo de seguridad se acomodó y se hicieron todas las revisiones del avión, despegamos. Cuando nos estabilizamos en el aire, Isabela llevó a Lilly a dormir en su cuna y la acompañé.

Theo, por supuesto, quería estar cerca de su hermanita. Abrazó los barrotes de la cuna y se quedó observando a Lilly como si fuera su mayor responsabilidad.

—¿Está bien, papá? —preguntó preocupado.

—Está perfecta, Theo. ¿Y sabes por qué? —me incliné hacia él —. Porque tiene un hermano mayor increíble que siempre la cuida.

Theo sonrió, hinchando el pecho con orgullo, y crucé una mirada con Isabela. Era increíble cómo esos pequeños momentos se volvían tan significativos, especialmente para nuestro pequeño héroe.

Isabela y Naty vinieron con nosotros a la sala de cine, pero en cuanto ella se recostó en un sillón, se quedó dormida. Pedí al servicio de a bordo que pusieran la película y sirvieran palomitas y algunos dulces para Theo.

Aproveché ese momento de calma relativa para atender una llamada que entraba en mi móvil.

El nombre de Oliver brillaba en la pantalla.

—Ya estoy en el aire, ¿alguna emergencia? —pregunté en voz baja para no despertar a Isabela.

—Alex ha sido arrestado —dijo directamente.

Por un momento, todo quedó en silencio.

—¿Arrestado? —repetí, aunque sabía que ese día acabaría llegando.

—Sí. Todo su patrimonio fue liquidado para pagar las pensiones atrasadas. Coches, joyas, el piso... pero aun así no fue suficiente. Está endeudado. Y ahora... bueno, el sistema hizo lo que tenía que hacer.

Asentí en silencio, como si pudiera verme.

—Tu padre preguntó si no podrías prestarle el dinero o darle un puesto con un sueldo generoso, solo hasta que se estabilice.

Suspiré, cerré los ojos un momento y me presioné el puente de la nariz.

Alex siempre pensó que el mundo giraba a su alrededor, que sus actos no tendrían consecuencias. Pero el mundo se había cansado de él, y ahora estaba recogiendo lo que había sembrado.

—La respuesta a ambas preguntas es no.

—Va a ser otro escándalo para la familia —advirtió.

—Sí. Y él necesita aprender a comportarse como un hombre —mi voz fue firme—. Y esta familia necesita aprender a comportarse también. No voy a limpiar más los errores de nadie. Si este es el precio que hay que pagar y que la familia debe soportar, que así sea.

—Entendido —dijo Oliver tras una pausa. Sabía que no había terminado.

—¿Hay algo más?

—Sí. La investigación contra Hannah y Penélope está avanzando, y las autoridades están cerca de arrestarlas.

Mi mandíbula se tensó.

—Perfecto. Podrían meterlos a todos en la misma celda, así no se sienten solos.

—¿Piensas hacer algo al respecto? —preguntó Oliver.

Miré a Isabela, que aún dormía plácidamente, y luego a Theo, que seguía absorto con la película.

—Ayudar en la investigación.

—Tu padre se va a enfurecer —comentó.

—Eso ya no es mi problema.

—Entendido.

Colgué el teléfono y lo dejé a un lado. Cuando me giré, encontré a Isabela mirándome, somnolienta pero con curiosidad en los ojos.

—¿Qué ha pasado?

—Solo más líos de la vieja familia Harrington. Nada que importe ahora.

Ella sonrió, y esa sonrisa hizo que todo valiera la pena.

Me senté a su lado y la atraje hacia mí, apoyando su cabeza en mi hombro. Ese momento, con mi familia a mi alrededor, era todo lo que necesitaba. No importaba lo que estuviera pasando con mi madre, Penélope o Alex.

Como padre y cabeza de familia, por supuesto que quería protegerlos. Pero si interfería en las consecuencias de sus actos, jamás aprenderían.

Y lo más importante de todo era que tenían que entender, de una vez por todas, que la familia que estaba construyendo era más importante que cualquier otra cosa.

Isabela, Theo y Lilly eran mi prioridad.

Y si alguien quería formar parte de eso, sería bienvenido, siempre y cuando mereciera un lugar a nuestro lado.

Mi presente y mi futuro estaban aquí, conmigo, y haría todo lo posible por protegerlos.

Capítulo 64

Alexander Harrington

Theo pegó su carita contra la ventana del coche para observar con atención las calles de Londres. Todo le parecía nuevo a sus ojos, hasta que llegamos a la mansión.

En cuanto el coche se detuvo, bajé para ayudar a Isabela con nuestra hija, pero el pequeño salió corriendo para explorar los jardines del frente. Parecía feliz, pero lo más importante era que, claramente, se sentía en casa.

—¿Cómo puede tener tanta energía después de tantas horas de viaje? —preguntó Naty, caminando detrás de Isabela.

—Hacía tiempo que no lo veía tan emocionado —comentó Isa.

Abrí la puerta principal para que pudieran entrar.

Isabela se quedó parada en el recibidor, observando todo en silencio. Parecía sentir nostalgia. Al mirarla, tuve la sensación de que una película se proyectaba en su mente: todas las idas y venidas en

aquella mansión, hasta poder regresar ahora, no como empleada, sino como mi esposa.

—¡Papá! —Charlotte vino corriendo hacia mí y se lanzó a mis brazos.

—¡Mira quién está aquí! —acaricié su cabello—. ¿Me echaste de menos?

—¡Muchísimo!

—Mira quién ha vuelto… y quién ha llegado.

Me hice a un lado para que viera a Lilly dormida en los brazos de Isabela.

—Guau, parece una muñequita. ¡Es tan pequeñita!

Saludó a Isabela con educación y luego se agachó para ponerse a la altura de Theo.

—¡Vaya, cuánto has crecido!

Él se escondió detrás de mí.

—¿No te acuerdas de ella, hijo? Es Charlotte, tu hermana mayor —lo tomé en brazos.

—¿Ella me protege?

—Claro que sí. Cada hermano mayor protege al más pequeño, puedes apostar —besé su frente—. ¿Ya has comido?

—Sí. Estaba por salir, pero cancelé todo para tu gran regreso. Te echaba de menos —me abrazó.

—Yo también. Solo voy a guardar todo, enseñarte la casa de nuevo y nos sentamos en el comedor, ¿vale?

—Vale, papá.

—¿Con ganas de ver tu habitación, campeón? —Balanceé a Theo en mis brazos.

Fuimos al antiguo cuarto de Isabela, que ya había sido reformado antes, pero que ahora había pasado por una transformación aún mayor. El primer cambio era una puerta azul clara decorada con dinosaurios.

—¿Qué crees que hay aquí?

—¡Una habitación! —aplaudió.

—¿Listo para ver tu nueva habitación, campeón?

Sus ojos se agrandaron y asintió con entusiasmo.

Empujé la puerta, revelando el espacio que había preparado para él. La habitación era un verdadero paraíso infantil: las paredes

estaban pintadas como el espacio exterior, con dinosaurios astronautas y naves espaciales entrando y saliendo de una estación. Había estanterías altas repletas de libros, juguetes y fotos suyas.

Al fondo del vestidor, en un espacio reservado al que solo tendría acceso cuando fuera mayor, había una escalera en espiral que llevaba al piso de arriba, justo frente a mi habitación y la de Isabela. También había un pequeño tobogán que terminaba en una piscina de bolas.

Theo soltó un grito de alegría y casi saltó de mis brazos, ansioso por explorar.

Cuando lo dejé en el suelo, no sabía por dónde empezar.

—¡Mira! —exclamó, lanzándose a la piscina de bolas y buscando las escaleras del tobogán para subir y deslizarse.

—Y eso que aún no has visto todo —le dije, señalando el baúl frente a su cama.

Usó toda su fuerza para abrirlo y comprobó que estaba lleno de dinosaurios de juguete, además de animales de granja.

—Un volociloptor y un tilonossololex —dijo, enredándose con los nombres.

—Son todos tuyos, pero solo podrás jugar si los guardas aquí después.

—¡Los guardo!

—¿Puedo confiar en ti?

—Sí.

Dejé a Charlotte, Naty y Theo explorando la habitación y tomé a Isabela por la cintura, llevándola al piso de arriba.

—No tenías que cambiar nada, la habitación ya era preciosa.

—Se lo merece, Isabela. Él forma parte de mi vida ahora, y quiero que lo sepa en cada detalle que fue pensado solo para él.

Ella me miró, con los ojos brillantes, y no hizo falta que dijera nada más.

—Ahora quiero enseñarte algo.

Subimos otro tramo de escaleras hasta detenernos frente a una puerta blanca decorada con pequeños lirios rosas, al lado de la habitación principal.

—Esta es la habitación de nuestra hija —dije, abriendo la puerta.

Isabela entró, y un suspiro se escapó de sus labios.

La habitación tenía un ambiente cálido y acogedor, con paredes pintadas en tonos suaves de rosa y beige. Un móvil con pequeñas estrellas colgaba del techo, girando ligeramente con el movimiento del aire. Una butaca cómoda estaba colocada cerca de la ventana, con una vista perfecta al jardín.

En el centro de la habitación, sin embargo, había una caja grande aún cerrada, con una imagen de una cuna impresa en el lateral.

—Falta un pequeño detalle, claro —comenté, señalando la caja.

Isabela rió suavemente, se sentó en la butaca con Lilly en brazos y comenzó a mecerla con dulzura.

—¿Vas a montarla?

—Sí.

—¿No estás cansado del viaje?

—Para nada —respondí, mientras cogía las herramientas que había dejado preparadas.

Mientras empezaba a abrir la caja y organizar las piezas, Isabela observaba cada detalle de la habitación, que había sido

pensada no solo para Lilly, sino también para que ella se sintiera cómoda al amamantarla, bañarla y cambiarla.

—¿Cuándo hiciste todo esto?

—Tuve tiempo de sobra ese mes que estuve en Brasil. Lo seguí todo a distancia, ajusté los detalles que quería y pedí que dejaran esto último para montarlo yo mismo.

—Gracias por pensar en todo.

—No mereces menos que eso.

Ella sonrió, y ese gesto llenó la habitación de amor, alegría y paz.

Mientras encajaba las primeras piezas de la cuna, la miré y dije:

—He estado pensando en el futuro. En lo que quieres hacer.

Frunció un poco el ceño, curiosa.

—¿Sobre qué exactamente?

—Sé cuánto te gusta tener tu propio dinero y ser independiente. Claro que el dinero no será un problema, pero imagino que, con el tiempo, querrás hacer algo por ti misma.

—Sí, es verdad —respondió, algo sorprendida.

—Quizá, cuando todo esté más tranquilo, podrías hacer un doctorado. Hablé con Margareth y me dijo que está deseando ayudarte con una tesis.

—Sería maravilloso.

—Y después, si quieres seguir una carrera académica, dar clases en alguna universidad, puedo ayudarte a abrir puertas… si eso es realmente lo que deseas.

Ella me observó, aún sorprendida, pero con un brillo de admiración en los ojos.

—Si prefieres, puedes trabajar en el banco o, quién sabe, en alguna empresa que compre solo para verte feliz y realizada. Pero sé que eres una mujer independiente, que quiere lograr sus cosas por méritos propios. Solo quiero que sepas que estaré aquí para apoyarte, para ser tu base mientras sigues tus propios sueños.

Isabela guardó silencio durante unos segundos, pensativa.

—Es bonito escuchar eso de ti —dijo al fin—. Saber que piensas en mí, en mis sueños. Por ahora, solo quiero cuidar de nuestros hijos. ¿Eso te molesta?

—En absoluto.

—Después ya planearé el resto. Lilly es mi prioridad ahora. Pero es reconfortante saber que te tengo a mi lado.

Terminé de encajar la última pieza y me levanté. Coloqué la cuna en su sitio, luego el colchón, los cojines pequeños y suaves, y la contemplé por un instante.

—Siempre estaré contigo, Isabela. Pase lo que pase.

Tomé a Lilly en brazos y atesoré ese momento como si pudiera hacerlo eterno. Ya no había inseguridad, ni miedo. Cualquier rastro de trauma era como una pesadilla que, horas después de despertar, ya no asusta.

—Tú y tu hermano cambiasteis mi vida para siempre —murmuré para no despertarla—. Yo seguiría sobreviviendo... sin vosotros. Gracias por devolverme la vida.

La coloqué con sumo cuidado en la cuna, para que disfrutara de su nueva camita y del móvil de estrellas con suave sonido de piano… y yo pudiera tener todo el tiempo del mundo con mi mujer.

Ella sonrió, y esa sonrisa me hizo sentir que estábamos exactamente donde debíamos estar.

—Gracias por todo, Alexander. Por no rendirte con nosotros... —empezó a decir Isabela.

—Te amo. Nunca me rendiría contigo ni con nuestros hijos. Con nuestra familia.

—Yo también cometí errores, pero...

—No te culpes ni te disculpes. Si el precio por tenerte de vuelta y verte reconocer tu valor fue pasar por todo eso… lo pagué y lo pagaría mil veces más, siempre que podamos terminar juntos.

Ella levantó la cabeza para mirarme, con los ojos brillando de amor y gratitud.

El beso fue suave al principio, como si fuera el primero, pero pronto se volvió profundo e intenso, como si quisiéramos recuperar cada instante perdido.

Deslicé mis manos por su espalda, atrayéndola hasta que no quedara espacio entre nosotros.

Tenerla en mis brazos, completamente mía, envuelta en mi tacto y respiración, hacía que mi corazón golpeara fuerte contra su pecho y me hiciera sentir más vivo que nunca.

Apoyé mi frente contra la suya, saboreando sus labios, sintiendo el calor de su aliento y la nostalgia que se transmitía por su piel erizada.

La punta de su nariz rozó la mía, y por un momento, olvidé que existía algo más en el mundo aparte de nosotros dos.

Respiré hondo, dejando que ese instante fuera eterno, porque lo había esperado durante tanto tiempo… y aunque hubo momentos en los que creí que no volvería, siempre tuve fe y esperanza de que estaríamos juntos otra vez.

Me separé un segundo, solo para que pudiera respirar.

Ella abrió los ojos lentamente, con las pestañas húmedas, pero no por tristeza.

Era un brillo de amor, de entrega.

Sus labios se curvaron en una sonrisa tímida, pero sus ojos lo decían todo. Gritaban aquella certeza que durante tanto tiempo le había dado miedo admitir.

—Te amo —declaró.

Mis dedos se deslizaron por la línea de su rostro, su piel suave bajo mis caricias. Con el pulgar, tracé la curva de su mandíbula, como si quisiera memorizarla.

Cuando nuestros labios se encontraron de nuevo, fue como si el mundo desapareciera por completo.

Sentí su sabor, una mezcla de dulzura y algo que solo Isabela podía provocar en mí, algo que me dejaba sin aliento.

Ella respondió con la misma intensidad, sus dedos enredados en mi cabello, atrayéndome más. Nuestros cuerpos se encajaban como si hubieran sido hechos el uno para el otro.

La sujetaba como si pudiera desvanecerse en cualquier momento, pero al mismo tiempo con la certeza de que estaba ahí, conmigo, y que ya no nos perderíamos jamás.

Pude sentir en su boca lo mismo que me transmitían sus ojos: calor, deseo, ternura… y un amor que lo desbordaba todo, un vínculo más fuerte que cualquier palabra.

Cuando por fin nos separamos, solo lo suficiente para recuperar el aliento, mi mano bajó a su nuca, mientras el pulgar acariciaba su mejilla.

—Buena chica —susurré—. Eso era justo lo que quería oír.

Ella rió, con esa risa suave y melodiosa que siempre me desarmaba, y se lanzó sobre mi pecho, rodeándome con fuerza. Y yo la estreché contra mí, como si quisiera protegerla de todo, como si deseara garantizar que ese momento jamás nos fuera arrebatado.

Y podía asegurar que nunca lo sería.

Abajo, el sonido de Theo riendo mientras Charlotte lo animaba a lanzarse por el tobogán se colaba por los pasillos. Ese sonido llenaba la casa de vida, alegría y esperanza.

Volví a mirar a Isabela, tomando su rostro entre mis manos como si ella fuera mi mundo.

Y la verdad era que lo era.

Epílogo

Alexander Harrington

Cinco años después.

Las luces del árbol de Navidad parpadeaban en cálidos tonos de rojo, dorado y verde, iluminando el salón principal con un resplandor suave que hacía todo aún más mágico.

La nieve caía afuera, cubriendo los jardines de la casa, los árboles del bosque e incluso las ventanas, pero dentro de la mansión, especialmente junto a la chimenea, estábamos calentitos.

Theo corría por el salón con su cohete espacial intergaláctico, y Lilly, por supuesto, iba tras él.

—¡Vamos, Lilly! —la animaba—. ¡Tenemos que aterrizar la nave en el planeta Tierra antes de que Papá Noel decida llevárselo todo de vuelta!

—¡Espera! —respondió Lilly, tropezando con el dobladillo del vestido.

Solo tenía cinco años, pero estaba decidida a seguirle el ritmo a su hermano mayor, que estaba entusiasmado y lleno de energía.

Me apoyé en el marco de la puerta, observando la escena con una sonrisa. Isabela apareció justo detrás de mí, con un vestido rojo sencillo que la hacía parecer la encarnación misma del espíritu navideño. Se puso las manos en la cintura y gritó con tono de regaño:

—¡Theodore Harrington! ¡Deja de correr o vas a tirar la mitad de la decoración antes de que podamos abrir un solo regalo!

—Pero mamá, los dinosaurios tienen que volver al planeta —dijo Theo, señalando con la cabeza su cohete espacial.

—¡Los dinosaurios no viajan en naves espaciales! —retrucó Isabela—. Vas a acabar sudando, hecho un desastre, y vas a salir fatal en las fotos de Navidad.

—Da tiempo antes de que se apague la chimenea.

—¿La chimenea? —Isabela frunció el ceño.

—Sí, ¿cómo va a bajar Papá Noel por la chimenea si está encendida? ¿Queréis quemar al viejo?

—No sé, pregúntale a tu padre —decidió, al ver que la pregunta era demasiado compleja.

—¿Papá? —Theo arqueó una ceja.

—Estoy seguro de que la foto de Navidad será antes de que llegue Papá Noel, así que hazle caso a tu madre —concluí.

La casa empezó a llenarse de vida con la llegada de los invitados.

Naty entró equilibrando una bandeja de galletas caseras que Lilly intentó coger en cuanto las vio. Charlotte apareció poco después, con una copa de vino en la mano y una sonrisa divertida, acompañada de su novio. Margareth, siempre puntual, llevaba una pila de regalos que me apresuré a colocar bajo el árbol.

—Me encanta que esta casa parezca detenida en el tiempo, como si nada cambiara aquí —comentó mi hermana, guiñando un ojo—. Sigue siendo el hogar más caótico que conozco.

Isabela rió y empezó a reunir a todos junto al árbol, llamándolos para sentarse en los sofás y cojines alrededor.

Cuando por fin estuvimos todos acomodados, Theo saltó de su sitio y comenzó a señalar los paquetes.

—¡Yo primero! ¿Puedo empezar? ¿Puedo, papá, puedo?

—¡Mamá! —Lilly tiró del vestido de Isabela—. Quiero abrir mi regalo ya.

Isabela suspiró, llevándose la mano a la frente, y me miró.

—Alexander, ¿puedes ayudarme antes de que tengamos un motín?

—Con gusto —respondí, levantándome y acercándome a Lilly.

Me arrodillé junto a ella y tomé un regalo grande con un lazo plateado.

—¿Qué tal si empezamos con este, princesa?

Los ojos de Lilly brillaron, y comenzó a romper el papel con entusiasmo. Cuando finalmente vio lo que había dentro, soltó un gritito de alegría.

—¡Es una bicicleta rosa! ¡Papá, es una bicicleta con rueditas!

—Y es toda tuya, mi amor —afirmé, ayudándola a sacarla del paquete.

Lilly se subió de inmediato, aunque aún no supiera pedalear. Theo se emocionó y empezó a correr en círculos alrededor de su hermana.

Mientras ellos jugaban, tomé otro regalo y llamé a Theo.

—Este es para ti, campeón. Pero antes, quiero saber: ¿qué le pediste a Papá Noel este año?

Theo cruzó los brazos y me miró con seriedad.

—Quiero más hermanos.

Naty, que estaba sirviendo galletas a Lilly, se quedó congelada en mitad del movimiento; Charlotte escupió el vino sobre la alfombra e Isabela mantuvo una sonrisa congelada durante varios segundos.

—¿Más hermanos? —repetí—. ¿No te basta con cuidar de Lilly?

—No, ¡quiero más!

Todos se echaron a reír ante su mirada decidida y su tono imperativo. Charlotte y Naty intentaron ocultar las risas tras las manos, Margareth apoyó al pequeño. Isabela, que ahora construía una carrera como profesora en la mejor facultad de economía de Londres, se limitó a desviar el tema:

—Vamos a ver qué trajo el saco de Papá Noel… Spoiler: no son más niños...

Theo rompió el papel con la energía de siempre y se quedó boquiabierto al ver lo que había dentro.

—¡Un dinosaurio robótico!

El juguete era casi de su tamaño. Y, tan inteligente como era, escaneó el código QR con el móvil de su madre y empezó a controlar

el dinosaurio, que rugía y caminaba por la sala.

—¡Guau! ¡Gracias, mamá! ¡Gracias, papá!

—¿Te ha gustado el regalo, amor? —Isabela le acarició el cabello—. Tu padre contrató una empresa para hacerlo especialmente para ti.

—¡Me ha encantado! Pero… sigo prefiriendo más hermanos.

Isabela se quedó pálida y asintió en silencio.

—Quizá dentro de cinco años… todavía tengo mucho por vivir. Y como sabéis, cada embarazo en esta familia es una emoción.

—No ahora que la mitad de la familia está en la cárcel —dijo Margareth, alzando su copa y brindando con Isabela.

Aproveché el momento de desconcierto y tomé una pequeña caja que tenía guardada en el bolsillo. Me acerqué a ella y tomé su mano, captando la atención de todos.

—Hablando de regalos —comencé, mirándola a los ojos—, creo que este es el momento perfecto...

Isabela me miró con sorpresa, pero antes de que pudiera decir algo, me arrodillé ante ella y abrí la cajita para revelar un anillo de diamantes.

—Isabela, estos últimos años has sido mi luz, mi fuerza, mi amor. Desde que entraste en mi vida, lo transformaste todo. Me diste una familia, convertiste esta casa en un verdadero hogar y me hiciste el hombre más feliz del mundo. Recibe este regalo como la renovación de mis votos matrimoniales, ante todos los que amamos, como prueba de mi amor, mi apoyo y mi compromiso contigo. Prometo hacerte feliz y enfrentar todo lo que venga, contigo a mi lado.

—¡Brutal! —festejó Margareth.

—¿Aceptas este regalo como símbolo de mi amor y sigues siendo mi esposa, mi compañera, mi mitad?

—Es tan cursi —murmuró Charlotte.

—Cállate, es precioso —suspiró Naty.

Isabela sonrió y asintió.

—Acepto, mi amor.

Deslicé el anillo en su dedo y ella me atrajo para besarme mientras todos aplaudían.

—¡Uy, que los futuros hermanos de Theo y Lilly van a fabricarse hoy! —celebró Margareth.

Aprovechando el comentario, Theo se acercó con su dinosaurio, me tiró del brazo y susurró:

—Ha sido precioso, papá. Pero… sigo pensando que necesitamos más hermanos.

Lilly, sentada en su bici de rueditas, con los brazos cruzados, dijo:

—¡Eso!

Fin.

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0F35JTX14

AGE GAP + JEFE / EMPLEADA + EMBARAZO INESPERADO + FAST BURN + GRUMPY vs SUNSHINE + SEGUNDAS OPORTUNIDADES

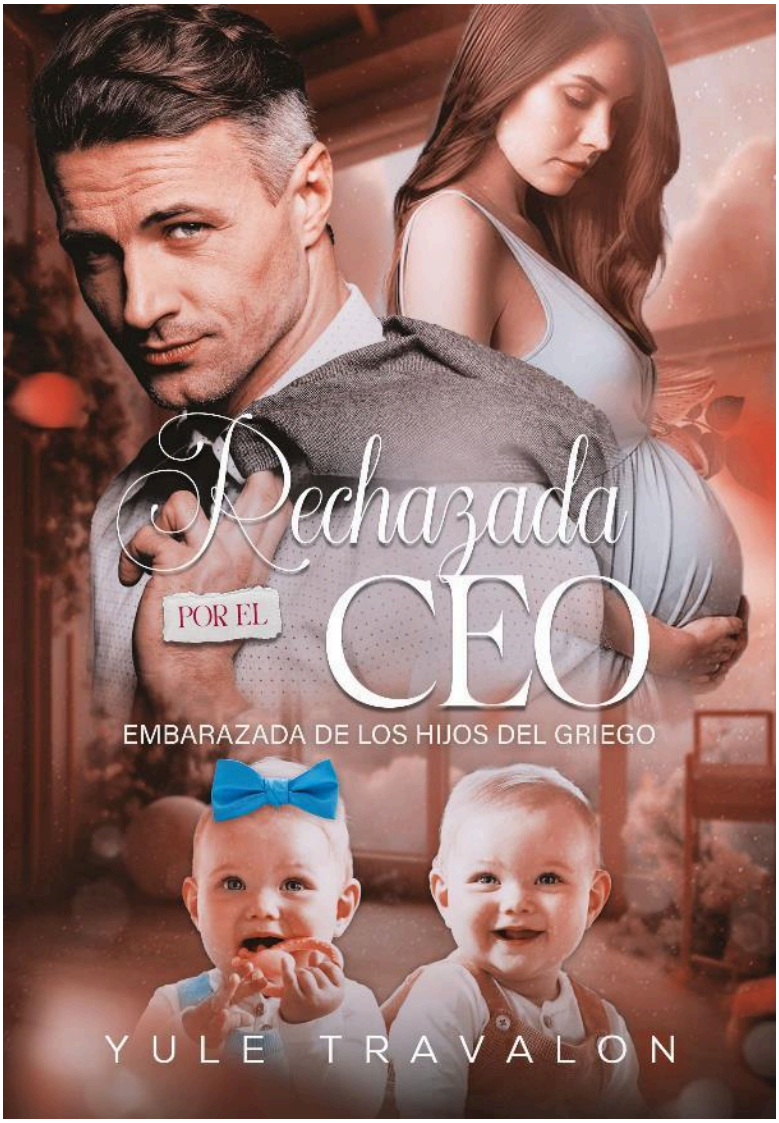
OLIVIA MÁRQUEZ

Jamás imaginé que una bendición como un embarazo se convertiría en una carga más en mi vida. Cuando me involucré con Daniel, aunque sabía que un romance con el jefe no era el tipo de relación ideal, nunca pensé que me sentiría tan devastada.

La forma en que me trató y las humillaciones a las que me sometió jamás serán olvidadas, porque están grabadas en mi corazón. Suponer que soy una oportunista detrás de su fortuna y creer que usaría a nuestro bebé, la mayor bendición de mi vida, como moneda de cambio fue demasiado bajo.

Voy a hacerle sentir en cada célula de su cuerpo el peso del arrepentimiento, porque cuando me desee —y lo hará—, lo despreciaré con aún más intensidad de la que él tuvo conmigo.

Daniel va a pagar.



Link: https://www.amazon.es/dp/B0F678YJH2

DIFERENCIA DE EDAD + JEFE Y EMPLEADA + EMBARAZO INESPERADO + FAST BURN + SEGUNDAS OPORTUNIDADES

DR. KOSTAS LYKAIOS

Ser un médico exitoso siempre fue mi mayor objetivo en la vida, y puedo decir que superé todas mis metas en ese sentido. A punto de convertirme en el CEO del hospital más prestigioso de São Paulo,

divido mis días entre el trabajo y encuentros casuales sin compromiso.

Hace años que convivo con un diagnóstico de infertilidad, pero nunca me afectó. Jamás quise ser padre ni formar una familia de anuncio publicitario.
Por eso, cuando Jessy aparece embarazada —y encima, de gemelos — solo puedo asumir que lo planeó todo. No sé cómo lo hizo, pero estoy seguro de que no volverá a engañarme.

JESSICA NAVARRO

La vida nunca ha sido fácil para mí, pero jamás renuncié a mis sueños. Ahora, mientras cuido de mi abuela y me alejo poco a poco de la opresión de mis padres religiosos y conservadores, me dejé llevar por un romance tan breve como intenso con mi jefe.

El Dr. Kostas es un hombre increíble e insaciable, pero no representa ningún futuro para mí. Mientras yo sueño con la maternidad, él no quiere saber nada de formar una familia.

Cuando la noticia de mi embarazo nos golpea de lleno, nuestra relación se desmorona y me siento destrozada por las dudas que siembra sobre mi carácter. ¿Cómo puede dudar de mí?

Después de todas las luchas que he enfrentado, ¿ahora que debería estar viviendo un momento de plenitud como madre tengo que volver a demostrar mi valor?
Si Kostas cree que lo perdonaré fácilmente, está muy equivocado. Si me quiere de verdad, esta vez tendrá que ganárselo.

———

Una mentira bien contada;
Una pareja demasiado distinta, pero con una química irresistible;
Un destino difícil de entender, pero lleno de giros emocionales.

Ella es todo lo que él siempre deseó.
Él es todo lo que ella necesita.
¿Serán capaces de redescubrir el amor entre tantas ilusiones y mentiras, y superar aquello que los separa?

¿Te gustó esta historia? Espero que haya calentado tu corazón y te haya entretenido. Pretendo traducir varios libros al español, así que, por favor, si tienes algún comentario, sugerencia u observación que pueda ayudarme, ¿podrías enviármelo por correo electrónico? Siempre estoy abierto a escuchar y mejorar tu experiencia con mis libros.

¡Cariño para ti!

Yule Travalon.

?? yuletravalon@gmail.com